




HOWARD PYLE

El libro de los piratas

a v a t a r e s

Ficción, realidad y fantasía sobre los Bucaneros, Piratas y Maroneros que poblaron el Mar de las Antillas Español, a partir de los escritos y pinturas de Howard Pyle.

Lectulandia

Howard Pyle

El libro de los piratas

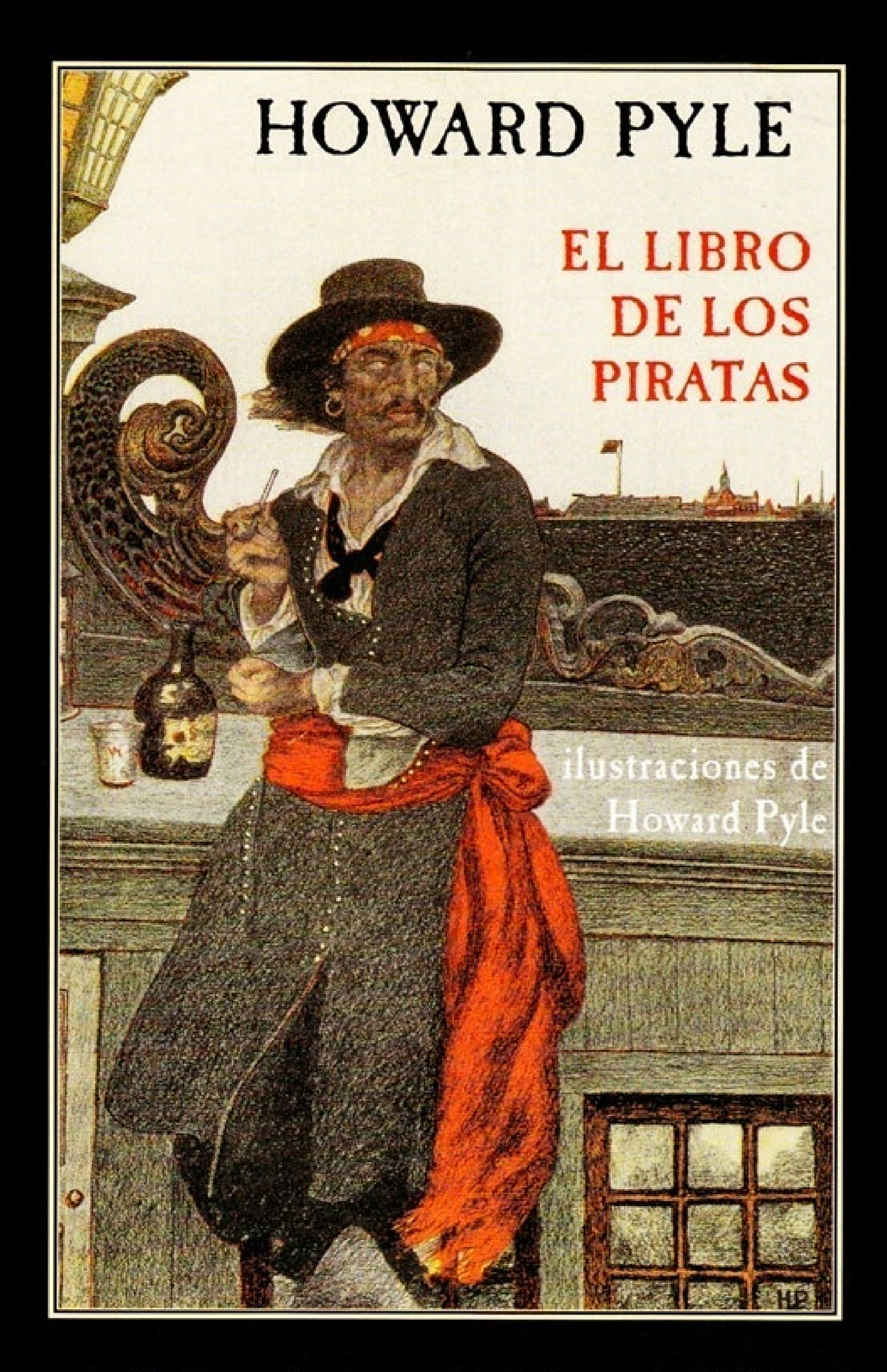
Valdemar: Avatares - 44

ePub r1.0
orhi 02.07.2017



Título original: *The Book of Pirates*
Howard Pyle, 1921
Traducción: José María Nebreda
Ilustración de cubierta: Howard Pyle: *Exigiendo tributo a los ciudadanos*
Ilustraciones: Howard Pyle

Editor digital: orhi
ePub base r1.2



1. Kidd en el puente del Adventure Galley

El libro de los piratas



Valdemar / Avatares nº 44



Para nuestro maestro y amigo
Francisco Torres Oliver.

Los editores



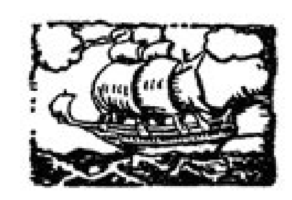
EL LIBRO DE LOS PIRATAS

DE HOWARD PYLE

Traducción

JOSÉ MARÍA NEBREDA

Ficción, realidad y fantasía sobre los Bucaneros, Piratas y *Maroneros* que poblaron el Mar de las Antillas Español, a partir de los escritos y pinturas de Howard Pyle.



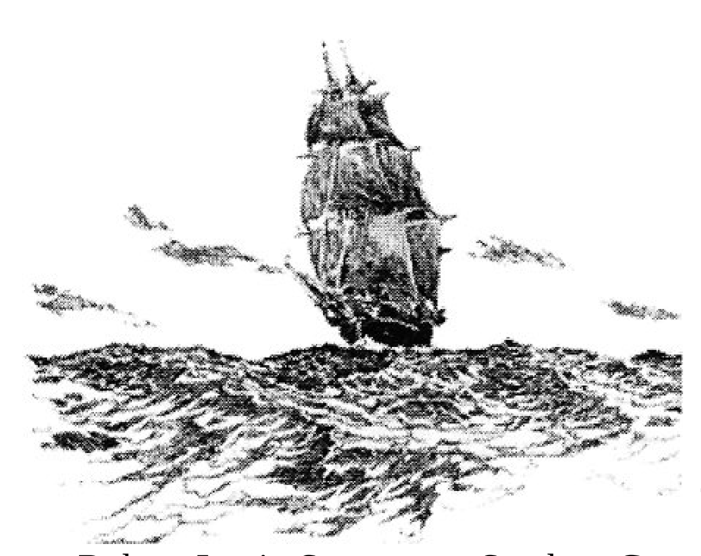
CONTENIDO





PRÓLOGO

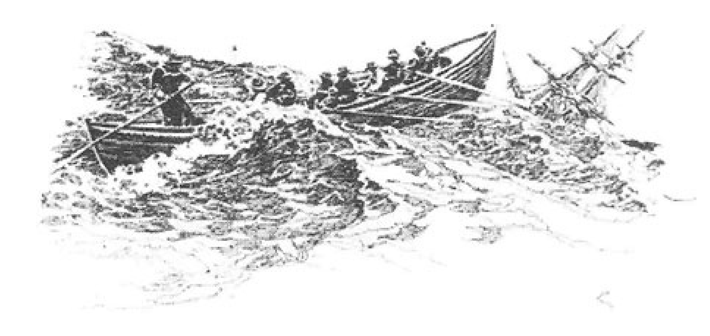
HOWARD PYLE Y LOS PIRATAS DEL CARIBE ESPAÑOL



El nombre de Howard Pyle, brillante ilustrador y escritor de finales del XIX y principios del XX, siempre estará asociado a la aventura, a un tipo de literatura y, sobre todo, de ilustración que en aquellos lejanos tiempos venía a sustituir a las modernas fuentes de entretenimiento de hoy en día: la televisión, el cine, los vídeos y los juegos de ordenador. Aquellos maravillosos libros ilustrados, firmados por Robert Louis Stevenson, Stephen Crane, Julio Verne, el mismo Howard Pyle y tantos otros, solían regalarse en cumpleaños, fechas señaladas y fiestas de Navidad, y, si nos fijamos en las dedicatorias escritas en la primera página, hace ya casi un siglo, podremos ver que la mayoría son como la que lleva el tomo del que se ha hecho la traducción: «To Bill from Uncle Douglas. Xmas, 1921».

Hubo un tiempo en el que estos libros eran un preciado regalo. Narraban historias de piratas, de caballeros y dragones, cuentos de misterio, de aventuras… Solían estar bien encuadernados en tela, en papel grueso, con dibujos y adornos grabados en el lomo y las cubiertas; pero, sobre todo, guardaban en su interior un fascinante y colorista tesoro: varias ilustraciones, generalmente a todo color, que mostraban en dibujos una escena importante de la narración y que encendían la imaginación de los niños, que eran sus más ávidos consumidores. Surgió toda una pléyade de magníficos

ilustradores:

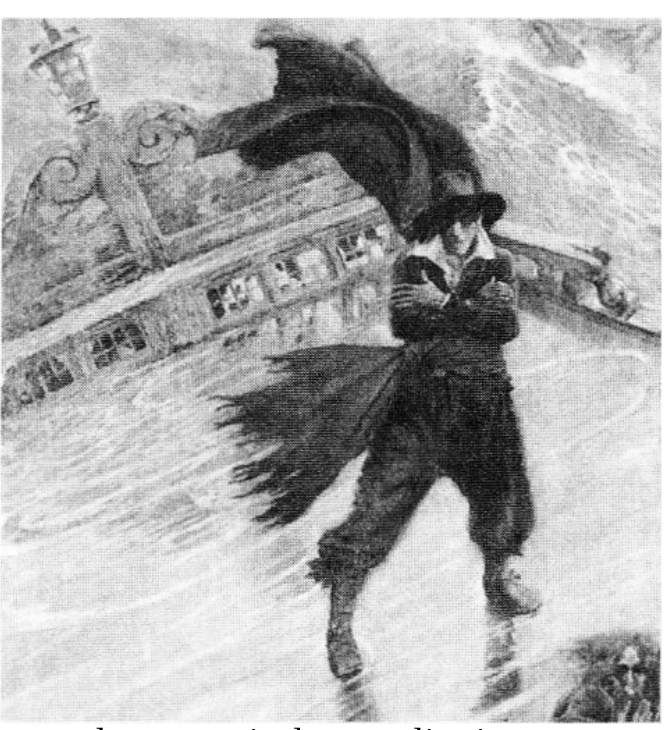


Howard Pyle, N. C. Wyeth, Frank Schoonover, Mead Schaeffer y muchos otros. Aquella fue la Edad de Oro de la Ilustración Americana y, en general, la edad de oro del libro ilustrado. Howard Pyle, junto con Edwin Austin Abbey, fue uno de los precursores de este movimiento y, tal vez, la figura que más influyó en las sucesivas generaciones de ilustradores americanos, pudiéndose ver su impronta incluso en muchos de los artistas de hoy en día.

Pyle nació el 5 de marzo de 1853 en el seno de una familia con larga tradición cuáquera, hecho que influyó enormemente en su vida. Sus raíces se remontaban a varias generaciones y siempre vivió en el lugar de su nacimiento: Wilmington, Delaware, en el dulce y maravilloso Valle del Brandywine. Desde bien temprano desarrolló una sorprendente capacidad para la expresión artística y, a los trece años, comenzó a estudiar en la escuela de dibujo del profesor Van der Weilen, en Filadelfia, a la vez que combinaba su aprendizaje con el trabajo en el curtido del cuero en la pequeña empresa de su padre. Pronto escribiría e ilustraría sus propias historias y en 1876 el *Scribner's Magazine* aceptó y publicó su primer trabajo, un pequeño poema escrito e ilustrado por él mismo. A partir de entonces comenzaría su dilatada carrera profesional.

La producción literaria y artística de Howard Pyle es sorprendentemente amplia; se calcula que hizo unas 3.300 ilustraciones a lo largo de toda su vida, es decir, más de dos ilustraciones por semana durante su carrera profesional. Pero también su producción literaria es muy amplia: *The Merry Adventures of Robin Hood* (1883), *Pepper & Salt* (1886), *Otto of the Silver Hand* (1888), *The Story of Jack Ballister's Fortune* (1895), *The Ghost of Captain Brand* (1896), *The Story of King Arthur and His Knights* (1905), *Stolen Treasure* (1907)… por sólo citar algunos; libros todos ellos escritos e ilustrados por él mismo.

Pero Howard Pyle, hombre extremadamente enérgico y laborioso, no se dedicó sólo a su carrera de ilustrador, sino que también impartió clases de arte en su propia escuela de dibujo, en Chadds Ford, Pensilvania. Estas clases llegaron a ser famosas y entre sus numerosos alumnos (se calcula que pudieron llegar a cien) se encuentran nombres como los de N. C. Wyeth, Frank E. Schoonover, Clifford Ashley, Jessie Willcox Smith y Stanley Arthur. Sus técnicas eran lo más realistas posible, a pesar de que el tema tratado fuera fantástico. La famosa ilustración de «*El Holandés Errante*» se hizo en una de estas clases; el jardinero de la familia posó como protagonista, se ató su capa a una rama para simular el efecto del viento mientras que los estudiantes echaban cubos de agua sobre el entarimado para simular las condiciones en la cubierta de un barco azotado por la tempestad.



Howard Pyle y su familia solían pasar las vacaciones de verano en Rehoboth Beach, Delaware, lugar en el que abundaban las leyendas sobre piratas y tesoros enterrados, y en 1889 visitó Jamaica acompañado de su esposa. Las historias que escuchaba en Rehoboth y los efectos de luz y luminosidad que contempló en su viaje a los trópicos, encendieron la imaginación de Pyle. De la suma de ambos, y de su innata capacidad para contar historias y plasmar en ilustraciones su contenido, nacieron algunos de los más bellos, realistas e impresionantes dibujos sobre piratas, abordajes, náufragos abandonados en playas tropicales y solitarias, y tesoros enterrados; de tal forma que, hoy en día, la imagen que tenemos de los piratas viene en gran medida determinada por la pluma y el pincel de Howard Pyle.

Muchos de estos cuentos y dibujos fueron posteriormente recopilados por Merle Johnson en el *Howard Pyle's Book of Pirates*, publicado por Harper & Brothers, en 1921, y que ahora Valdemar nos trae a la luz casi un siglo después de que fueran escritos e ilustrados, en una época en la que aún quedaban lejanos ecos y aromas de aquellos «viejos tiempos» de aventura… No quiero terminar esta breve Semblanza sin elogiar el esfuerzo que se ha hecho por parte de los editores para que todas las ilustraciones, tanto a color como en blanco y negro, pudieran ser reproducidas íntegramente con la mayor calidad posible, ya que algunos de los originales se encontraban en un estado francamente deteriorado. También hay que señalar que me he tomado la libertad de añadir dos ilustraciones nuevas de Howard Pyle a todo color que no figuraban en la edición original, y otras tres a color que en la mencionada edición estaban reproducidas en blanco y negro; creo que el amante de la buena ilustración me lo agradecerá.

Howard Pyle murió el 9 de noviembre de 1911 en Florencia, durante un viaje a Italia, y fue enterrado en el cementerio protestante de la ciudad. Su legado, sobre todo sus pinturas, permanecerá en la imaginación y los ojos del amante del buen arte como una de las obras más bellas de la «edad de oro de la ilustración».

JOSÉ MARÍA NEBREDA
Rivas, abril, 2001





PRÓLOGO DE HOWARD PYLE

¿Cuál es el motivo por el que tan variada suma de diabluras no consigue que la mayor parte de la masa de respetable harina que conforma el pastel de nuestra moderna civilización se ponga a temblar y resquebrajarse llena de espanto y repugnancia? Y una pregunta más que también viene a cuento: ¿Por qué la figura del pirata tiene, y siempre ha tenido, un cierto halo de encanto sensacionalista y heroico? ¿Es que acaso, entre la montaña de escombros de nuestra cultura, aún persiste una oculta atracción por los tiempos antiguos y salvajes? ¿Acaso, aun en esta época en la que impera el orden, existe una naturaleza sin dominar dentro de las respetables paredes mentales de cada uno de nosotros que pugna por derribar los muros de la ley y el orden? Y para dejar del todo claro mi exposición: ¿acaso los niños, cualquier niño de cualquier lugar, no prefieren ser capitanes piratas que Miembros del Parlamento? Y nosotros mismos, ¿no preferimos leer la historia del capitán Avery y la captura del tesoro del barco de las Indias Orientales, con la hermosa princesa y el montón de joyas (que, según se dice, vendió a puñados a un comerciante de Bristol), que cualquiera de los sermones de Bishop Atterbury o el romance religioso «Theodora y Didymus» de Robert Boyle? Me temo que todos sabemos, dentro de nuestra naturaleza sin regenerar, que sólo hay una respuesta posible a tal pregunta.

En la paz agradable y cálida del corazón sentimos que las maravillosas batallas navales de Nelson son enormemente interesantes, pero, a pesar de su épica y del espléndido derroche de valor del que hacen gala, me inclino a pensar que la mayoría de nosotros prefiere volver las páginas de la historia y leer cómo el capitán Drake capturó el navío español cargado de tesoros en los Mares del Sur, y cómo se repartió tan enorme botín en la Isla de la Plata (llamada así precisamente por la tremenda cantidad de la que se hizo acopio), teniendo que medirse las partes que le correspondían a cada uno en cacharros de un cuarto de galón, ya que era prácticamente imposible contar las piezas por separado.

El coraje y la osadía, no importa si es mucha o difícil de creer, hace que sus aventuras nos atraigan y despierten a la otra persona que llevamos dentro; y no hay duda de que este valor desesperado, esta lucha continua y tremendamente desigual

contra toda ley y orden del mundo civilizado, han contribuido en gran medida a hacer de ellos héroes populares y a que su negra enseña sea bien vista. Sin embargo, no es sólo por el coraje y la osadía por lo que se han ganado nuestros corazones. Hay otra razón, quizá más llamativa, que tiene que ver con la codicia y la riqueza, y que hace que sintamos gran placer imaginándonos cómo se repartían los piratas el botín en sus islas secretas, cómo enterraban el tesoro en las arenas de alguna playa del trópico, ocultando sus riquezas hasta que el paso del tiempo les permitiera desenterrar de nuevo los doblones de oro para poder dar buena cuenta de ellos convertidos en nobles y corteses señores; todo esto siempre nos ha gustado más que las historias emocionantes acerca de sus extraordinarias huidas de los navíos encargados de su captura, atravesando tortuosos canales entre los arrecifes de coral.

¡Y, desde luego, vaya una vida de aventuras la suya! ¡Una vida de estar siempre alerta, de peligro continuo, de huida constante! Un océano inmenso, navegando siempre sin rumbo fijo, sin hogar; olvidado durante meses, carenando el barco en alguna playa desierta y deshabitada, apareciendo de repente para abatirse sobre algún mercante con estruendo de mosquetería, gritos, alaridos y un infierno de pasiones desatadas. ¡Qué gran héroe! ¡Qué cantidad de sangre, codicia, fuego y rapiña!

La piratería, tal y como se desarrolló en sus comienzos —es decir, a principios del siglo XVIII—, no brotó de repente. Fue una evolución a partir de los bucaneros, aún casi dentro de la ley, del siglo XVI; y de igual forma estos mismos bucaneros, en cierta medida, fueron una evolución de los desorganizados y prohibidos ejércitos del periodo Tudor.

Hubo un negocio encubierto en las campañas contra las posesiones españolas en tiempos de la reina Isabel. Muchas de aquellas aventuras —las de Sir Francis Drake, por ejemplo— actualmente estarían por encima de la ley y entrarían *de facto* en la definición de piratería. Sin embargo, como no estaban oficialmente reconocidos por el gobierno, sus autores jamás eran castigados ni llamados al orden a causa de sus campañas contra el comercio español en las Indias Occidentales. En vez de eso, se les solía elogiar y no se consideraba un descrédito que estos hombres se enriqueciesen a costa de los botines arrebatados a los galeones españoles en tiempos de paz. Muchos de los más reputados ciudadanos y mercaderes de Londres, cuando pensaban que la reina había distraído sus obligaciones de luchar contra el gran Poder Católico, fletaban escuadras con su propio dinero y reclutaban buenos protestantes en las levas para guerrear contra las fuerzas papistas.

Algunos de los tesoros capturados en semejantes aventuras fueron inmensos, fantásticos, increíbles. Por ejemplo, es difícil dar crédito al «botín» conseguido por Drake con la famosa captura del barco de la plata en el Mar del Sur.

Uno de los viejos bucaneros escritores del siglo pasado dice: «Los españoles aseguran que llevaban doce toneladas de plata y dieciséis cuencos de monedas acuñadas por persona (había cuarenta y cinco en total), y que era tanto que se vieron obligados a arrojar una gran parte por la borda porque el navío no podía cargar con

semejante peso».

Seguramente se trata de una afirmación en extremo exagerada, escrita por el autor de acuerdo a las autoridades españolas, y jamás han existido las pruebas suficientes como para probar con consistencia a las atrevidas mentes de aquella época que los tremendos beneficios —«botines», como ellos los llamaban— procedían de la piratería. El Mundo Occidental está lleno con los nombres de aquellos osados marineros de los viejos días, que navegaban a lo ancho de un ondulante e inexplorado océano en sus pequeños barcuchos de menos de cien toneladas, en busca de mares desconocidos o, quizá, tras los tesoros españoles: Frobisher, Davis, Drake y muchos otros.

En esta guerra encubierta contra la España católica muchos de los aventureros estaban, sin duda, guiados e incitados por un celo puritano, sombrío y calvinista para con su religión protestante. Pero, sin duda en igual medida, el oro y la plata de la «Dama Escarlata» también tenía mucha parte de culpa en la insistente energía con la que estos duros marinos luchaban contra lo misterioso, contra los terrores desconocidos de un desconocido océano que se perdía más allá del ocaso, combatiendo en aguas lejanas en pos de los anchos e ingobernables galeones cargados de tesoros que surcaban de un lado a otro el Mar Caribe y atravesaban el Canal de las Bahamas.

No hay nada más horroroso y terrible que las guerras religiosas de los viejos tiempos. Apenas podemos creer la fría e insensible crueldad de aquellos días. En general, la muerte era la pena más pequeña que se aplicaba a los que eran capturados. Cuando los españoles hacían prisioneros entre los ingleses, la Inquisición se ocupaba de ellos, y todo el mundo sabe lo que eso significaba. Si los ingleses capturaban un navío español sus prisioneros eran torturados, ya fuera por las ansias de venganza o para obligarlos a confesar dónde estaba escondido el tesoro. La crueldad genera crueldad, y es difícil decir quién era más eficiente torturando a sus víctimas, si los anglosajones o los latinos.

Cuando Cobham, por ejemplo, capturó un navío español en el Golfo de Vizcaya, y una vez que se apagó toda resistencia y el clamor de la batalla había finalizado, ordenó a su tripulación que ataran al capitán, a sus hombres y a todos los españoles que estuvieran a bordo —fueran o no soldados—, y que los cosieran a lo alto de la vela mayor, por encima de la cubierta. Y allí siguieron, casi veinte hombres muertos atados a la vela, cuando unos días después el barco fue arrojado a la costa.

Por supuesto, semejantes actuaciones no iban a quedar sin venganza, y la vida de más de un inocente fue sacrificada posteriormente en pago a la crueldad de Cobham.

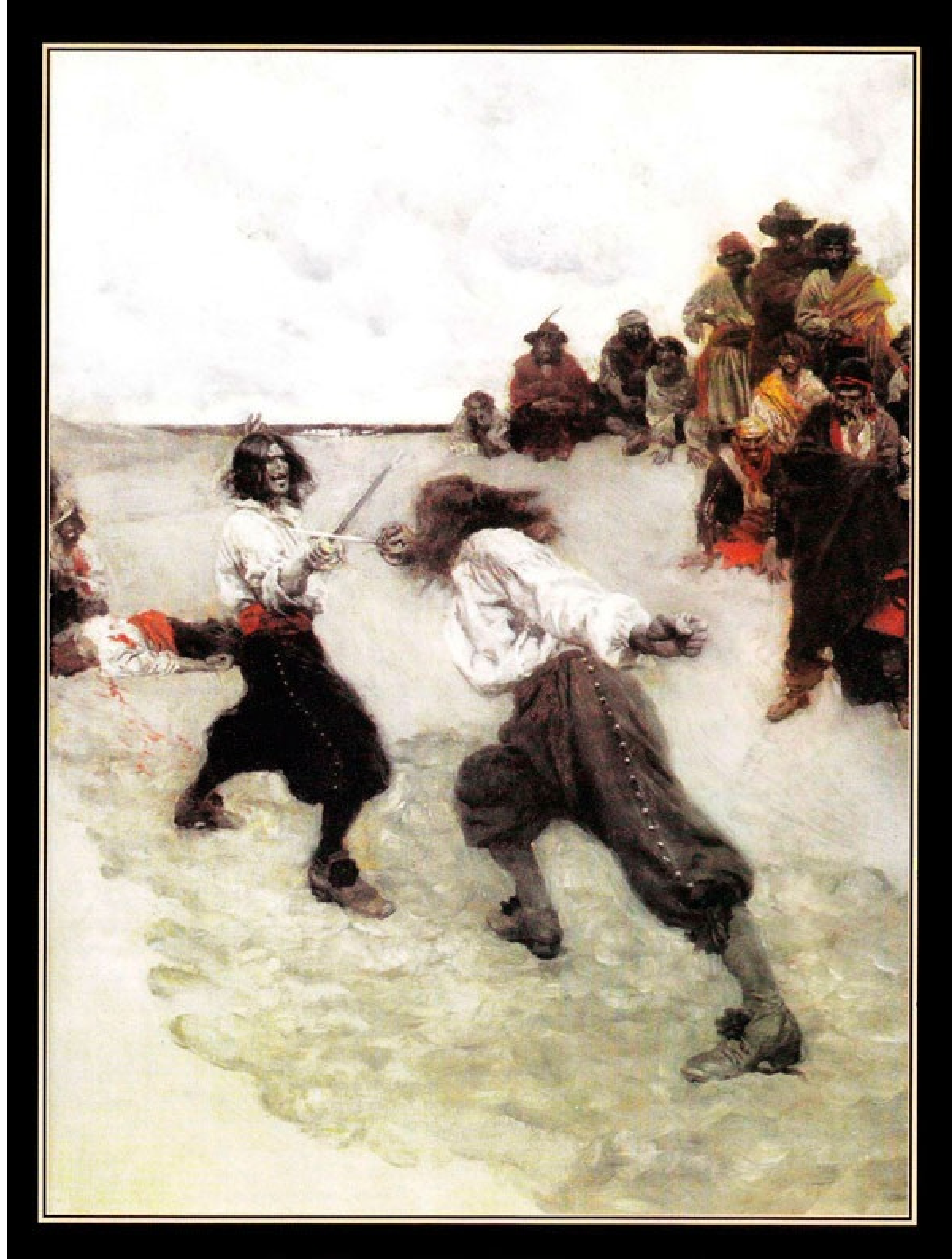
No hay nada más pirático que todos estos actos. Sin embargo, como ya he dicho antes, se hacía la vista gorda, se condonaban y no eran sancionados por la ley, aunque las gentes respetables no solían tomar parte en ellos. Pero poco a poco, el Catolicismo y el Protestantismo empezaron a dejar de ser enemigos tan acérrimos; las guerras religiosas aún estaban muy lejos de finalizar, pero ya no se arrojaba al suelo la funda

de la espada cuando su filo estaba fuera de la vaina. De tal forma sucedió un tiempo de relativa paz, y surgió una generación de hombres para los que ya no era respetable ni noble —podríamos decir que obligado— combatir a un país con el que no se estaba en guerra. Y sin embargo, la semilla había sido plantada; estaba demostrado que era factible practicar la piratería contra España y no sufrir grandes pérdidas por ello. Se había derramado sangre, se había empleado gran crueldad y, una vez hecho, no parecía existir nada más satisfactorio que derramar sangre y emplear crueldad.

España siempre había conseguido mantener la paz dentro de sus fronteras; sin embargo, en las Indias Occidentales, la guerra contra todos era una constante: ingleses, holandeses, franceses. Era casi una cuestión de vida o muerte mantener sus dominios en el Nuevo Mundo. Se encontraba en bancarrota y, agitada por los coletazos de la Reforma, su poder había comenzado a tambalearse y se iba deshaciendo poco a poco. América era su cofre del tesoro, y sólo gracias a ella podía seguir llenando de oro y plata sus arcas desfondadas. Así que luchaba con vigor, con desesperación, para mantener alejado al resto del mundo de sus posesiones de ultramar; una tarea en extremo ardua pues el viejo orden sobre el que descansaba su poder se había roto y desmoronado para siempre. Y sin embargo, aún seguía luchando, luchando contra el destino, de tal forma que en la América tropical hubo una batalla continua contra todo el mundo. Y de esta manera, cuando la piratería dejó de golpear sus costas más cercanas, continuó con renovado vigor en aquellos mares lejanos, reclutando a su servicio a los elementos más malignos y rebeldes que siempre suelen aparecer en las tierras de reciente descubrimiento, donde la única ley es la anarquía, donde la fuerza es lo que cuenta y donde el poder se obtiene con el simple acto de rebanar una garganta.

HOWARD PYLE





2. ¿Por qué no lo dejamos?

El libro de los piratas

de Howard Pyle



Capítulo I

BUCANEROS Y MARONEROS[1] DEL CARIBE ESPAÑOL



usto encima de las costas noroccidentales de la vieja Isla de La Española —el Santo Domingo de nuestros días— y separada de ellas por un estrecho canal de unos ocho o nueve kilómetros de ancho, se halla una pequeña y extraña isla conocida, a causa de su remoto parecido con semejante animal, por el nombre de Tortuga de Mar[2], o galápago de mar. Apenas tiene treinta y dos kilómetros de largo por once o doce de ancho; no es más que un simple grano de arena, y, si se mira su situación en un mapa, la cabeza de un alfiler basta por sí sola para ocultarla por completo; y sin embargo, desde esa mota de polvo, como desde el núcleo de una hoguera, surgió una llama ardiente de crueldad, salvajismo y codicia que se extendió por todo el mundo y sembró de terror y muerte las Indias Occidentales españolas, desde San Agustín a la Isla de Trinidad y desde Panamá a las costas del Perú.

Hacia la mitad del siglo XVII, ciertos aventureros franceses abandonaron la isla fortificada de San Cristóbal, haciéndose a la mar en botes y embarcaciones ligeras, y se dirigieron hacia poniente en busca de nuevas islas. Llegados a La Española avistaron en ella «abundantes encantos», tomaron tierra y exploraron la región, encontrando gran cantidad de vacas salvajes, caballos y cerdos.

Las naves que iban de regreso a Europa desde las Indias Occidentales necesitaban vituallas, y la comida, especialmente la carne, era un bien escaso en las islas del Caribe español; había un gran negocio en auge, con provechosos beneficios, en el salado y secado de la carne de vaca y cerdo para luego ser vendida a los barcos que regresaban al continente.

Las costas al norte y oeste de La Española, que se abren a la parte oriental del viejo Estrecho de las Bahamas, entre la isla de Cuba y los grandes Bancos de las Bahamas, se encuentran en medio de la ruta principal. Aquellos pioneros franceses en seguida se dieron cuenta de la doble ventaja que podían obtener gracias al ganado salvaje que a ellos no les costaba nada y a un mercado de carne que estaba en pleno auge. Así que empezaron a llegar en lanchas y barquichuelos, como una plaga de mosquitos, y colonizaron la parte más occidental de la isla. Se establecieron en esa zona, repartiendo su tiempo entre la caza del ganado y el *bucaneo*[3] de la carne, y el despilfarro de sus magras ganancias en salvajes orgías, las cuales nunca escaseaban en las Indias Occidentales españolas.

Al principio los españoles no prestaron mucha atención a los escasos exploradores de origen francés que embarrancaban sus botes y canoas en la arena de la playa, y que cazaban uno o dos bueyes para mantener juntos cuerpo y espíritu; pero cuando aquellos escasos viajeros empezaron a convertirse en docenas, y las docenas en veintenas, y las veintenas en cientos, entonces la cosa cambió drásticamente y los pobladores originales comenzaron a murmurar y quejarse cada vez más encolerizados.

Pero los despreocupados bucaneros no se dieron cuenta, lo único que les preocupaba era la ausencia en la isla principal de un lugar más adecuado para que los barcos fondearan.

Este problema fue finalmente solucionado gracias a una partida de exploradores que se aventuraron a atravesar el estrecho canal que separaba la isla principal de la Tortuga. Allí descubrieron exactamente lo que necesitaban: un buen puerto natural que se abría justo en la unión del Canal de Barlovento con el viejo Canal de las Bahamas, un lugar de paso por el que las cuatro quintas partes de todo el comercio de las Indias españolas debía pasar justo delante de sus barbas.

En la isla moraban unos pocos españoles, pero eran gentes tranquilas y predispuestas a hacer amistad con los forasteros; pero cuando cada vez más y más franceses continuaron cruzando el estrecho canal, invadiendo la Tortuga y convirtiéndola en un enorme almacén de la carne que cazaban en la isla vecina, entonces los españoles comenzaron a inquietarse por todo aquel asunto, de la misma

forma que ya les había sucedido en la isla principal.

Y de esta forma, un buen día, media docena de barcazas cargadas de españoles armados hasta los dientes, tomaron tierra en la parte opuesta de la Tortuga y pusieron en fuga a los franceses que se ocultaron despavoridos en los bosques y peñascos como si fueran una nube de mosquitos que se dispersa ante las ráfagas de vientos tormentosos. Aquella noche los españoles bebieron hasta emborracharse salvajemente, quedándose roncos de tanto gritar por su victoria, mientras que los franceses remaban hoscamente en sus embarcaciones de vuelta a la isla principal, y la Tortuga fue de nuevo posesión española.

Pero los españoles no quedaron satisfechos con un triunfo tan insignificante como era el de limpiar la Isla Tortuga de los nauseabundos extranjeros; seguidamente se dirigieron a La Española, enardecidos por su fácil victoria, con la intención de echar a todos los franceses que allí permanecían y no dejar en sus tierras ni un solo bucanero. Al principio fue muy fácil ya que los cazadores franceses vagaban solos por los bosques, acompañados únicamente por sus perros medio salvajes, de tal forma que, cuando se encontraban con dos o tres españoles que iban juntos, el francés casi nunca se aventuraba a salir de los bosques de nuevo, pues incluso su lugar de descanso estaba perdido.



Sin embargo, esta victoria tan rápida y fácil pronto se volvió en contra de los españoles, ya que los bucaneros se vieron obligados a unirse unos con otros en busca de protección, y de esta manera creció una extraña unión entre estos hombres sin ley, una unión tan próxima, tan fuerte, que difícilmente puede ser comparada con otra que no sea la del esposo con su mujer. Cuando dos de ellos se hacían compañeros,

tomaban nota de sus posesiones y firmaban el documento por ambas partes, hacían un lote único con todas sus pertenencias y marchaban a los bosques para inventariar sus fortunas; era como si se tratara de una sola persona; de día vivían juntos, de noche dormían juntos; si uno sufría, el otro también; si uno ganaba, el otro también ganaba. La única cosa que conseguía separarles era la muerte, y el superviviente heredaba todos los bienes que el otro dejaba. Y de esta forma se consiguió algo más en contra del cazador bucanero español, ya que la unión de dos bucaneros temerarios, de vista aguda y presteza de ánimo, equivalía a casi media docena de isleños españoles.

Poco a poco, mientras los franceses se iban organizando cada vez mejor en aras de la autoprotección, comenzaron a tomar la iniciativa. Regresaron a la Isla Tortuga y entonces les tocó el turno a los españoles, que fueron cazados como sabandijas mientras los franceses proclamaban su victoria.

Una vez que se hubieron establecido firmemente, fue enviado un gobernador francés a la Tortuga, un tal M. le Passeur, desde la isla San Cristóbal; se hizo fortificar la Tortuga y los colonizadores, principalmente hombres de dudosa fama y mujeres sobre cuya ocupación ya no quedaba ninguna duda, comenzaron a invadir la isla, ya que de todos es sabido que a los bucaneros tanto les daba un doblón como una judía de Lima, de tal forma que el lugar se convirtió en burdel y tienda de licores, todo con el objeto de recolectar su dorada cosecha, y la isla quedó en manos de Francia.

Hasta ahora los habitantes de la Tortuga se conformaban con ganar todo lo posible a costa de los navíos que hacían el camino de regreso a casa, pero siempre por los canales del comercio legítimo. Fue a Pierre el Grande a quien le estaba reservado introducir la piratería como medio para conseguir con mayor rapidez y facilidad las ganancias que antes se obtenían con trueques medianamente honestos.

Reuniendo otros veintiocho espíritus tan fuertes y temerarios como él mismo, se hizo arriesgadamente a la mar en un bote que apenas daba para llevar a toda su tripulación, y bajando por el Canal de Barlovento hacia el Mar Caribe se puso al acecho de una presa que compensara todos los riesgos de su empresa.

Al principio la suerte fue esquiva con ellos; sus provisiones de agua comenzaron a escasear y seguían sin ver nada más allá del hambre o un regreso humillante. Y entonces avistaron un navío español que pertenecía a una «flota»[4] y que había quedado un poco separado de sus consortes.

La embarcación en la cual los bucaneros remaban con esfuerzo podía haber servido, quizá, como bote salvavidas del gran navío; los españoles les superaban en número a razón de tres para uno, y Pierre y sus hombres tan sólo estaban armados con pistolas y cuchillos; sin embargo aquélla era su única oportunidad y decidieron tomar el navío español o morir en el intento. Cayeron sobre los españoles cobijados por las brumas nocturnas y después de ordenar al último que barrenase su embarcación una vez hubiesen salido todos, subieron como un enjambre de hormigas por el costado de la desprevenida nave y se desperdigaron por sus cubiertas como un torrente, la pistola

en una mano y el cuchillo en la otra. Un grupo corrió hacia la santabárbara para asegurar las armas y municiones, disparando y dando tajos a todo aquel que ofreciera resistencia o se cruzara en su camino; el resto se precipitó tras los pasos de Pierre el Grande hacia la cabina principal, en donde encontraron al capitán que estaba jugando a las cartas con unos compañeros; Pierre le puso la pistola en el pecho y le exigió que le entregara el barco. Los españoles no tuvieron otra opción que rendirse o morir. Y de esta manera se consiguió una presa tan importante.

No pasó mucho tiempo antes de que las noticias de esta gran hazaña y del enorme tesoro conseguido llegasen a los oídos de los bucaneros de Tortuga y La Española. ¡Entonces se produjo un tremendo barullo, acompañado de gran escándalo y tumulto! Cazar ganado salvaje y *bucanear* la carne ya no era rentable, lo único que había que hacer ahora era dedicarse a la piratería; se había conseguido una gran presa, y aún había más esperando.

En poco tiempo, navegar de un lado para otro en pequeños botes ocupó toda la rutina del negocio regular. Se redactaban artículos entre el capitán y la tripulación, se sellaban pactos y se hacían contratos entre unas partes y otras.

En cualquier profesión siempre están aquellos que dejan su marca, los que consiguen un éxito moderado y los que fracasan estrepitosamente. En el caso de la piratería se cumplen las mismas normas, pues hubo hombres que destacaron especialmente, personajes cuyos nombres, a veces deslustrados y enmohecidos por el paso del tiempo, han llegado incluso hasta nuestros días.

Pierre François, que, con su barcaza de veintiséis desesperados, se precipitó temerosamente en medio de la flota de la perla en las costas de Sudamérica, atacó la nave capitana bajo los cañones de dos buques de guerra, capturó el navío, aunque tenía ocho cañones y sesenta hombres, y habría podido huir a salvo si al largar velas el palo mayor no se hubiera venido abajo, permitiendo que los buques de guerra consiguieran recuperar el botín.

Pero incluso aunque eran dos buques de guerra contra lo que quedaba de los veintiséis bucaneros, los españoles se sintieron satisfechos de llegar a un acuerdo para la entrega del navío tomado, mediante el cual Pierre François y sus hombres salían impunes de la acción.

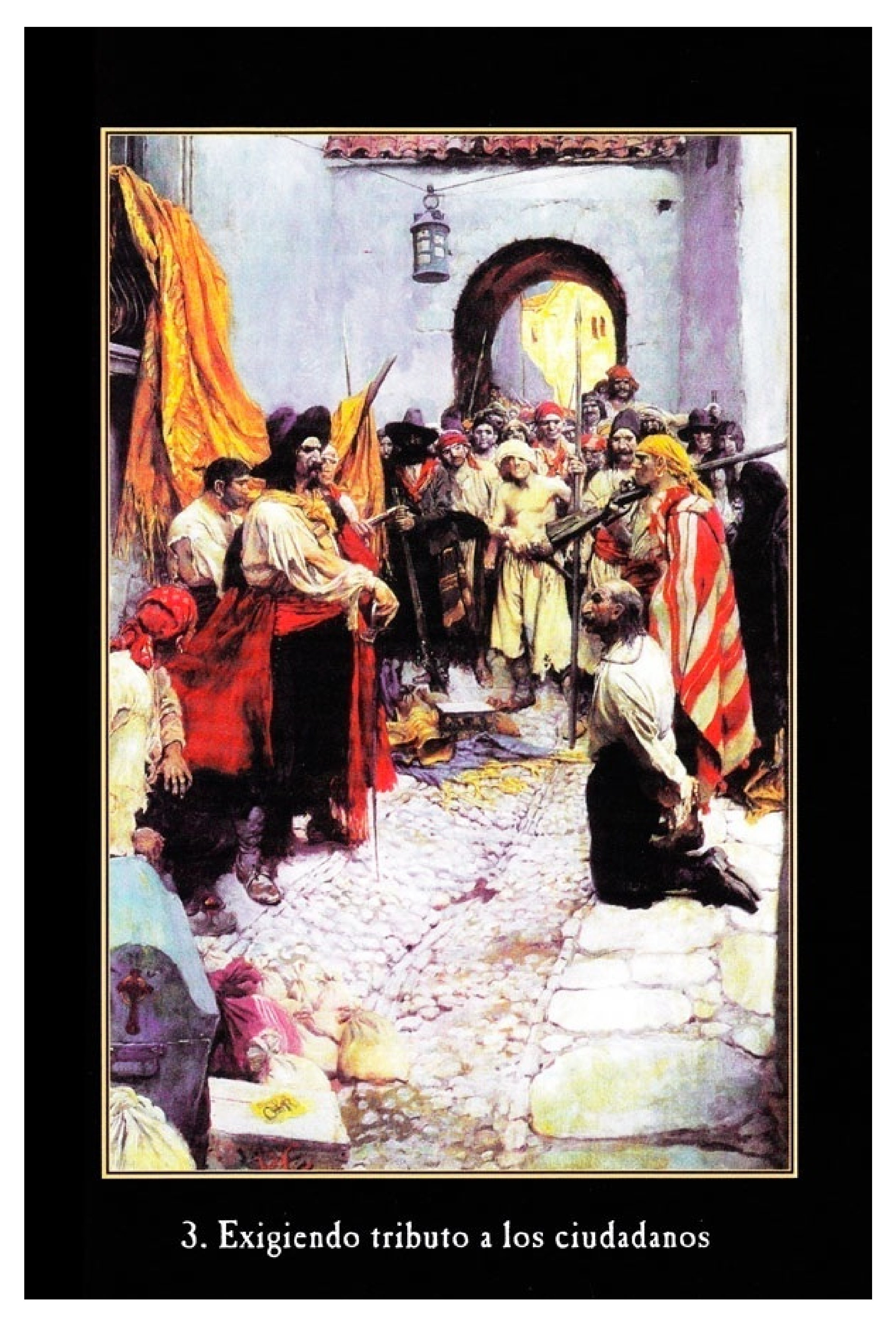
Bartholomew el Portugués fue un personaje aún más eminente. Con un pequeño bote ocupado por treinta aventureros abordó un gran navío a la altura del Cabo Corrientes tripulado por setenta hombres.

Asaltó el barco una y otra vez, siendo rechazado simplemente por el superior número de defensores, hasta que los españoles sobrevivientes, unos cincuenta en total, se rindieron ante los veinte piratas que quedaban, que subieron a las cubiertas como un enjambre de diablos sanguinolentos y cubiertos de pólvora.

Más tarde perdieron el navío al ser de nuevo recuperado por los españoles y Bartholomew el Portugués salvó su vida a duras penas después de llevar a cabo un montón de increíbles aventuras. Pero nada más escapar de las garras de los españoles

consiguió reclutar otra banda de aventureros y volvió a caer sobre el mismo navío amparado por las tinieblas de la noche, tomándolo de nuevo justo cuando se disponía alargar el ancla en el puerto de Campeche, bajo la protección de los cañones del fuerte; una vez capturado el barco izó el cable y se hizo a la mar sin perder ni un solo hombre. Más tarde zozobró en un huracán cerca de la Isla de los Pinos, pero no por ello su hazaña fue menos osada.

Otro pirata notable y tan famoso como los dos anteriores fue Roch el Brasileño, un agresivo holandés llegado desde las costas de Brasil al Caribe español, llamado así por tal motivo. El primer hecho notable del que tenemos noticia fue la captura de un navío cargado de plata de un valor fabuloso, que consiguió llevar a salvo hasta Jamaica; y cuando al fin fue hecho prisionero por los españoles consiguió aterrorizarlos jurando que sería atrozmente vengado por el resto de sus seguidores.



3. Exigiendo tributo a los ciudadanos

Éstos fueron tres de los bucaneros piratas que infestaron el Mar de las Antillas español. Mas había cientos no menos desesperados, no menos temerarios, no menos insaciables de codicia y ansias de riquezas que los ya mencionados.

El resultado de este continuo acecho con pequeñas embarcaciones pronto se hizo

patente. Los riesgos que se veían obligados a asumir los propietarios de navíos y los fletadores de mercancías se hicieron tan grandes que el comercio español prácticamente desapareció de estas aguas. Ningún barco osaba hacerse a la mar a no ser que fuera acompañado de poderosos navíos de guerra, y no siempre estos últimos estaban a salvo de ser importunados. Las mercancías que se exportaban desde América Central y del Sur navegaban ahora por la ruta del Estrecho de Magallanes, y muy pocos, o ninguno, se atrevía a tomar los canales que existían entre las Bahamas y el Caribe.

Así que finalmente «*bucanear*», término con el que llegó a ser conocido tal negocio, dejó de reportar los vastos beneficios que había dado en un principio. La crema había sido rebañada y sólo quedaba en el plato una fina película de leche. Ya no se amasaban fortunas fabulosas en diez días de crucero; pero el dinero es capaz de hacer que los hombres afronten todo tipo de riesgos. Debían encontrarse nuevos métodos de enriquecerse o, de otra manera, los bucaneros desaparecerían.

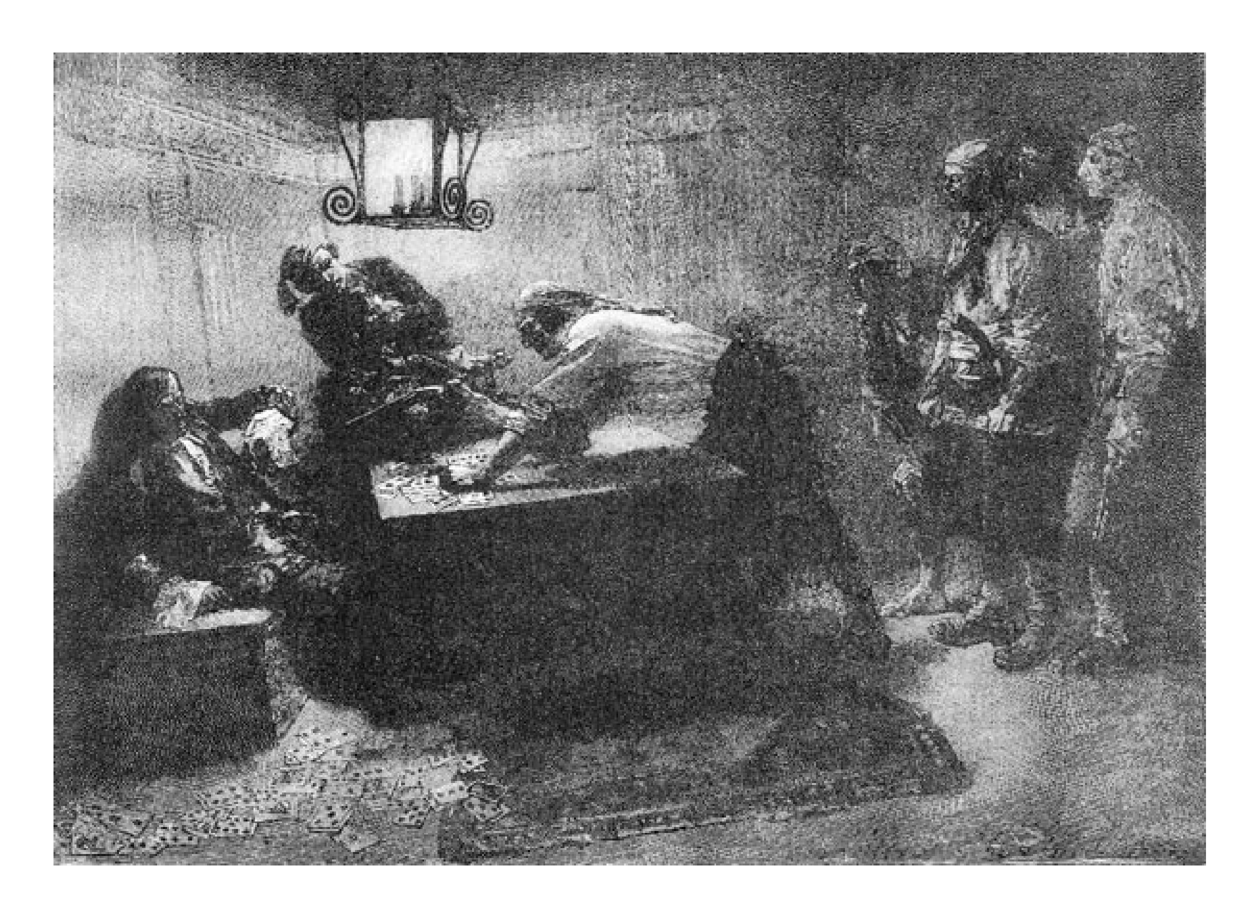
Entonces surgió un hombre que mostró a los bucaneros una nueva forma de robar el dinero de los españoles. Se trataba de un inglés: Lewis Scot.

La práctica desaparición del comercio en el Caribe español obligó a que el género se acumulase dentro de las ciudades y villas fortificadas de las Indias Occidentales. Como ya no había presas que capturar en los mares se pensó, si habían de seguir en el negocio, hacerlo en tierra. Lewis Scot fue el primero en darse cuenta de tal hecho.

Consiguió reunir un gran número de hombres tan hambrientos de riquezas y desesperados como él mismo, y cayeron sobre la ciudad de Campeche, consiguiendo capturarla y saquearla, llevándose consigo todo lo que pudieron acarrear.

Cuando se hubo acabado con cualquier resistencia en la villa, Scot amenazó con prender fuego a todas sus casas si no se le entregaba una inmensa suma de dinero. Con tal botín puso rumbo a la Isla Tortuga, adonde llegó sano y salvo… De esta forma se resolvió el problema.

Después de él vino Mansvelt, un bucanero no menos notable, que cayó primero sobre la Isla de Santa Catalina, hoy llamada Vieja Providencia, tomándola y haciendo de ella su base de operaciones para un posterior, e infructuoso, saqueo de Cartagena y Nueva Granada. Su nombre posiblemente no hubiese llegado hasta nosotros, junto con el de todos los otros bucaneros famosos, a no ser por el hecho de que fue el maestro de un alumno aventajado, el gran capitán Henry Morgan, el más renombrado de todos los bucaneros, antiguo gobernador de Jamaica y caballero del rey Carlos II.



Después de Mansvelt vino el osado John Davis, oriundo de Jamaica, que creció con la codicia de la piratería desde que era amamantado por su madre. Con tan sólo ochenta hombres cayó sobre la ciudad de Nicaragua amparado en la oscuridad de la noche, hizo callar al centinela con el filo de su cuchillo y se dedicó al saqueo de iglesias y casas «sin ningún tipo de respeto ni veneración».

Por supuesto, no pasó mucho tiempo antes de que la ciudad se movilizara por completo, y entonces la pequeña banda de hombres no tuvo más remedio que abrirse paso como pudo hacia sus embarcaciones. Apenas permanecieron breves instantes en la villa, pero en tan poco tiempo consiguieron robar y llevarse consigo dinero y joyas por un valor de quinientas piezas de a ocho, arrastrando con ellos más de una docena de notables prisioneros, que luego canjearían por un rescate.

Y entonces apareció en escena un personaje que ensombrecería a todos los que le habían precedido. Se trataba de François el Olonés, que saqueó las grandes ciudades de Maracaibo y Gibraltar. Frío, desapasionado, implacable, por su perezosa sangre amas fluyó el más mínimo pálpito de humanidad, su gélido corazón nunca fue rozado por un rayo de misericordia, ni por una simple chispa de piedad hacia los desgraciados que tenían la mala fortuna de caer en sus sangrientas manos.

El gobernador de La Habana mandó tras él un gran navío de guerra en el que viajaba un verdugo negro, de forma que no hubiera ningún tipo de molestos retrasos e inconveniencias legales en cuanto los piratas fueran capturados. Pero El Olonés no esperó a que llegara el barco de guerra; partió en su busca, encontrándoselo anclado en la boca del río Estra. Atacó al amanecer, un ataque astuto, inesperado, decisivo. En poco tiempo los españoles se vieron forzados a esconderse bajo las escotillas, y el

buque fue tomado. Entonces llegó el fin. Uno por uno, aquellos pobres y aullantes desgraciados fueron obligados a salir, y uno por uno fueron degollados a sangre fría, mientras El Olonés permanecía en pie sobre la cubierta de popa mirando impasible lo que sucedía más abajo. Cuando sacaron al negro a la cubierta le separaron de todos los demás. Rogó y suplicó que le perdonaran la vida, prometiéndoles a cambio que les contaría todo lo que quisieran. El Olonés se dedicó a interrogarle y, cuando consiguió sonsacarle todo lo que deseaba saber, hizo señas con la mano a sus hombres y el pobre negro siguió a todos los demás. Sólo se salvó un hombre, que fue enviado al gobernador de La Habana con un mensaje en el que se decía que jamás daría cuartel a ningún español que se encontrara en armas… amenaza que en absoluto resultó vana.

El éxito del Olonés no se forjó ni mucho menos en poco tiempo. Fue creándose fama a base de mucho esfuerzo y a pesar de bastantes contratiempos. Pero paso a paso, después de superar varios reveses, su suerte cambió y las victorias llegaron una tras otra, importantes aunque pasajeras, hasta conducirlo a su amargo final.

Navegando más allá de Maracaibo, consiguió capturar una rica presa cargada con una enorme cantidad de plata y dinero, y entonces se le ocurrió la idea de atacar la mismísima ciudad de Maracaibo, a pesar de todo su poderío. Sin pensárselo dos veces logró reclutar quinientos canallas de entre todos los que habitaban la Isla Tortuga, nombró capitán de tierra a un tal Michael de Basco y, poniéndose al frente de doscientos bucaneros, navegó por el Golfo de Venezuela y se dirigió hacia la ciudad condenada como una plaga. Ancló sus navíos y, junto con sus bucaneros, atacó por tierra el fuerte que se alzaba en la bocana de la ensenada y que defendía los accesos al Lago Maracaibo y a la misma ciudad.

Los españoles presentaron una dura batalla, luchando con toda la fuerza de la que eran capaces; pero tras un enfrentamiento de tres horas la guarnición se dio por vencida y huyó, dejando tras de sí una estela de terror y confusión. Muchos de los moradores de la ciudad escaparon en botes a la cercana villa de Gibraltar, que se alzaba un poco más al sur, sobre los acantilados del Lago Maracaibo, a algo más de cuarenta leguas.

Entonces los piratas se dirigieron hacia la ciudad, y no es difícil imaginar lo que sucedió a continuación. Fue un holocausto de lujuria, pasión y sangre como nunca antes se había visto en las Indias Occidentales españolas. Se saquearon casas e iglesias hasta que las paredes quedaron completamente desnudas, y se torturaron a mujeres y hombres para que confesaran dónde había más tesoros ocultos.

Después, una vez rapiñado todo lo que pudieron de la ciudad, entraron en el lago y cayeron sobre Gibraltar, donde se refugiaba el resto de los aterrorizados vecinos.

El gobernador de Mérida, un valiente soldado que había servido a su rey en Flandes, consiguió reunir una tropa de ochocientos hombres y fortificar la ciudad, y esperaba el ataque de los piratas. Éstos llegaron al fin con buen tiempo y poco después, a pesar de la enconada resistencia, Gibraltar también cayó. Entonces se

repitieron las mismas escenas que durante los últimos quince días habían tenido lugar en Maracaibo, con la diferencia de que aquí permanecieron durante cuatro horribles semanas, reclamando dinero —¡dinero y más dinero!— a los empobrecidos y ya enfermizos hombres que habían sido confinados en aquel inmundo agujero.

Después decidieron marchar, pero antes exigieron más dinero todavía —diez mil piezas de a ocho—, en concepto de rescate por la ciudad, asegurando que de otra forma sería arrasada por el fuego. Hubo cierta incertidumbre por parte de los españoles, cierta predisposición a la rebelión, pero el Olonés no tenía ningún tipo de dudas. Tal y como había prometido prendió fuego a la ciudad, tras lo cual se entregó rápidamente el rescate, y se rogó a los piratas que tuvieran compasión y les ayudaran a apagar el incendio. Ya complacidos accedieron a hacerlo pero, a pesar de todos sus esfuerzos, cerca de la mitad de la villa se consumió bajo las llamas.

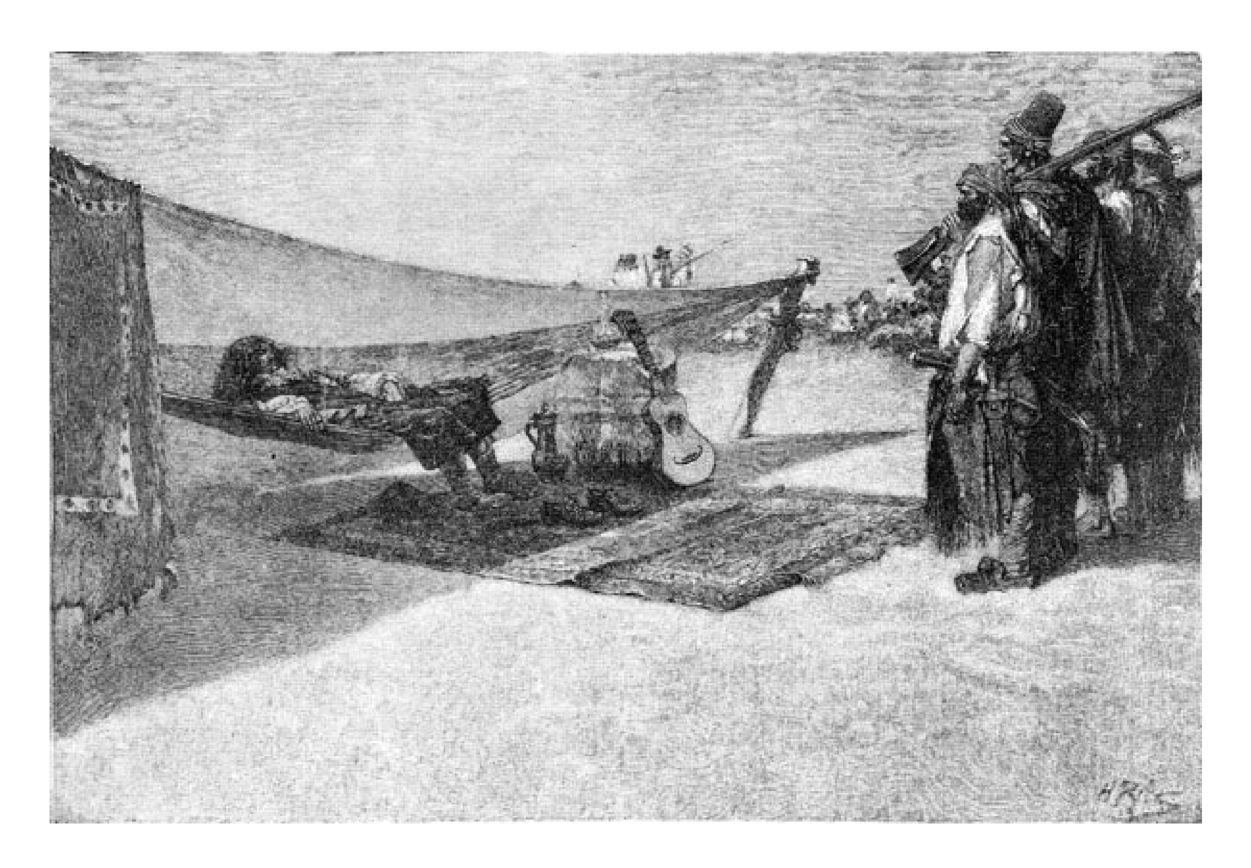
Más tarde volvieron de nuevo a Maracaibo, donde exigieron un rescate de treinta mil piezas de a ocho por dejar intacta la ciudad. En esta ocasión, tras los sucesos de Gibraltar, no hubo ningún tipo de vacilación; sin embargo resultaba imposible reunir semejante cantidad de dinero en toda la empobrecida región. Pero al final se llegó a un acuerdo, y la ciudad fue perdonada por la suma de veinte mil piezas de a ocho y quinientas cabezas de ganado, y la torturada Maracaibo fue por fin dejada en paz.

En la Isla de la Vache los bucaneros se repartieron doscientas setenta mil piezas de a ocho, además de joyas, balas de seda y lino, y otra miscelánea que formaba parte del botín, hasta hacer un total inmenso.

Aquélla fue una de las grandes hazañas del Olonés; pero a partir de entonces su estrella declinó —pues incluso la naturaleza parecía querer acabar con un monstruo semejante—, hasta que finalmente encontró una muerte anónima y miserable a manos de una desconocida tribu de indios que habitaban el Istmo de Darién[5].

Es el momento ahora de presentar al más grande de los bucaneros, al que sobresale por encima de todos los demás y cuyo nombre, incluso en nuestros días, nos trae a la memoria sus atrevidas hazañas, su arrojo imparable, su truculenta crueldad y su insaciable, interminable sed de oro: el capitán Henry Morgan, el temerario galés, que llevó a los bucaneros a la cumbre de su poder.

Como era costumbre en aquellos días, se vendió a sí mismo para pagarse la travesía a través del océano, y durante un tiempo trabajó como criado en las Barbados. Nada más conseguir la libertad se metió en el negocio de la piratería, donde pronto alcanzó una posición de considerable importancia. Estaba asociado con Mansvelt durante los acontecimientos que les llevaron a la toma de la Isla de Santa Catalina, cuya importancia como centro de operaciones para futuras escaramuzas contra las costas vecinas, Morgan siempre tuvo muy en cuenta.



La primera de las acciones que Morgan llevó a cabo contra una ciudad de las Indias españolas fue el osado ataque a la villa de Puerto Príncipe, en la Isla de Cuba, con un simple puñado de hombres. Se trató de una hazaña cuyo arrojo jamás fue superado por ninguna otra, ni tan siquiera por el famoso ataque a la mismísima ciudad de Panamá. Una vez llevado a cabo el asalto se dirigieron a sus botes delante de las narices de todos los habitantes de la Isla de Cuba, que ya estaban sobre aviso y decididos a acabar con ellos. Y sin embargo, no sólo consiguieron escapar sino que se llevaron consigo un botín considerable que consistía en trescientas mil piezas de a ocho, además de quinientas cabezas de ganado y muchos prisioneros que luego canjearían por un rescate.

Pero cuando se iba a hacer el reparto de semejante tesoro —¡ah!—, entonces tan sólo se consiguió reunir cincuenta mil piezas de a ocho. Nadie de la tripulación, excepto el capitán Henry Morgan, sabía decir qué había sido del resto del dinero. En el gremio de los ladrones la honestidad no era una norma muy común.

Rudo, agresivo y mentiroso, el capitán Morgan tenía, sin embargo, un maravilloso poder de persuasión que hacía que los violentos bucaneros que estaban bajo su mando lo confiasen todo a su juzgado, creyendo a pies juntillas cualquier cosa que les contase. A pesar de la enorme suma de dinero que tan descarada y evidentemente se había quedado para sí, el número de hombres que se alistaban en su banda creció sin cesar, hasta convertirse en una tropa considerable y bien equipada.

Y entonces se decidió que la cosecha, el botín, ya estaba maduro y dispuesto a caer del árbol en la ciudad de Puerto Bello, y el destino de la ciudad fue sellado. Puerto Bello estaba defendido por dos poderosas fortalezas bien pertrechadas y comandado por un noble soldado que siempre llevaba al cinto su espada de buen

acero toledano. Pero ni los torreones más fuertes ni los guerreros más nobles pueden oponerse a los bucaneros cuando en la sangre de éstos bulle el ansia y la codicia de oro.

Tras desembarcar en Puerto Naso, ciudad que se alzaba a unas diez leguas al oeste de Puerto Bello, se encaminaron hacia esta última, llegaron ante el fuerte y reclamaron su rendición. Los defensores se negaron a capitular y Morgan advirtió que no habría cuartel. Aun así continuaron negándose; acto seguido la fortaleza fue atacada y, tras una lucha encarnizada, cayó bajo sus manos. Morgan fue fiel a sus palabras: se encerró a todos los supervivientes en la prisión del castillo, se prendió fuego al polvorín, y tanto el fuerte como los soldados y todo lo que había dentro volaron por los aires mientras los bucaneros se dirigían a la ciudad cobijados por el humo y el polvo levantados por la explosión. El gobernador aún permanecía en el otro castillo, y quizá podía haberlo defendido con éxito, pero fue traicionado por sus propios soldados. Los bucaneros entraron aullando en el desguarnecido fuerte. Pero el gobernador siguió luchando, con su mujer e hija agarrándole por las rodillas e implorándole que se rindiera, y la sangre se escurría de su cabeza herida manchando el blanco collar, hasta que una piadosa bala puso fin a tan vano sacrificio.

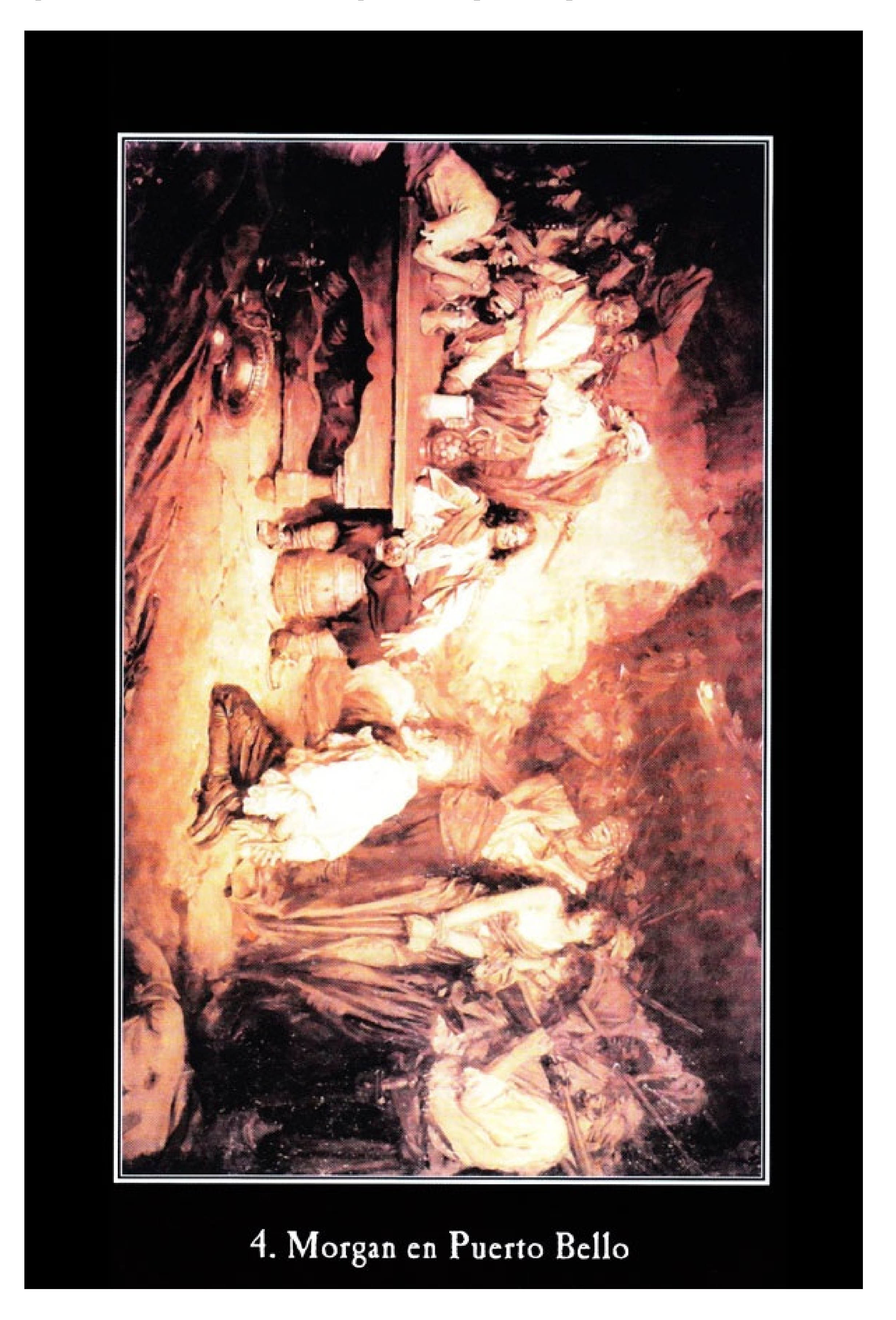
Volvieron a repetirse las viejas escenas. Todo lo que tenía algún valor fue saqueado y después se puso precio a la ciudad.

Esta vez sí se hizo un reparto más honesto, o por lo menos así lo pareció, del botín acumulado, el cual ascendía a doscientas cincuenta mil piezas de a ocho, más mercancías y joyas.



Las siguientes ciudades en sufrir los ataques de los bucaneros fueron otra vez las

desdichadas Maracaibo y Gibraltar, que estaban empezando a recuperarse de la ruina provocada por el Olonés. Una vez más ambas villas fueron despojadas de cualquier tipo de mercancía y de toda piastra, y una vez más se puso precio a su destrucción hasta que los ciudadanos fueron esquilmados por completo.



4. Morgan en Puerto Bello

Pero entonces el azar cambió de tornas, pues cuando el capitán Morgan salía de Gibraltar se encontró con tres grandes navíos de guerra que le esperaban en la entrada del lago. Al darse cuenta de que le resultaría imposible escapar por aquella estrecha franja de agua, el capitán Morgan se sintió inclinado a negociar, incluso estaba dispuesto a devolver todos los tesoros que había obtenido con la condición de que los dejasen marchar en paz. Pero no; el almirante español no quería ni oír hablar de semejante propuesta. Pensaba que tenía a los piratas en la palma de su mano y no deseaba que le devolviesen nada, tan sólo quería borrarlos de la superficie de las aguas de una vez para siempre.

Aquélla fue una decisión bastante desafortunada para los españoles ya que, en vez provocar el miedo y la parálisis entre los piratas, como creía el almirante, hizo que su loca valentía se tornase salvaje desesperación.

Transformaron un gran navío que habían capturado en la ciudad de Maracaibo en una especie de barco de fuego cuya tripulación estaba formada por troncos de madera cubiertos con gorras y chaquetas de marino, y lo llenaron de azufre, brea y hojas de palma impregnadas en aceite. Luego marcharon al encuentro de los españoles con el barco de fuego a la cabeza y lo dirigieron exactamente contra el buque del almirante. El timón estaba manejado por voluntarios, los más valientes y desesperados de entre todos los piratas, y en las portillas colocaron los troncos vestidos de marinos. De tal forma se acercaron a la nave del almirante, abordándola a pesar de todo el poderío de sus cañones; y entonces los españoles se dieron cuenta, demasiado tarde, de a que se estaban enfrentando en realidad.

Intentaron cortar los ganchos pero casi de inmediato ambos barcos se vieron envueltos en nubes de humo y rugientes llamas, y el buque almirante se fue a pique. El segundo navío no quiso esperar la llegada de los piratas y se dirigió hacia el fuerte; su cobarde tripulación hundió el barco bajo la protección de los cañones y huyó por los acantilados. El tercer navío no tuvo ninguna posibilidad de escapar y fue tomado por los piratas sin la menor resistencia. La entrada del lago ya estaba limpia y los bucaneros se hicieron a la mar, dejando esquilmadas por segunda vez las ciudades de Gibraltar y Maracaibo.

Entonces el capitán Morgan se decidió a acometer una nueva empresa, algo que jamas había sido llevado a cabo en toda la historia de la piratería. Se trataba, nada más y nada menos, del asalto y toma de Panamá que, después de Cartagena, quizás era la más poderosa y bien armada de todas las ciudades de las Indias Occidentales.

Para preparar su aventura se hizo con cartas de marca del gobernador de Jamaica, y gracias a su aparente permisividad comenzó inmediatamente a reunir todo el material necesario para el asalto.

Cuando se supo abiertamente que el gran capitán Morgan iba a emprender una hazaña que eclipsaría a todas las que hasta entonces se habían llevado a cabo, una gran multitud se enroló bajo su mando, y pronto se pudo formar un ejército de más de dos mil desesperados y piratas dispuestos a todo para llevar a buen fin la empresa,

aunque ésta se mantuvo en el más absoluto secreto. Port Couillon, en la Isla de La Española, al norte de la Isla de la Vache, fue el lugar previsto para la reunión, y hasta allí llegó una variada muchedumbre desde todos los rincones del Caribe. Se había hecho acopio de gran cantidad de víveres conseguidos en el continente, y hacia el 24 de octubre de 1670 todo estaba preparado para el asalto.

La Isla de Santa Catalina, como ya dije, fue anteriormente tomada por Mansvelt, el maestro de Morgan en el arte de la piratería. Pero pronto había sido recuperada por los españoles, que fortificaron todo su perímetro. Una de las primeras acciones que Morgan había emprendido cuando comenzó a dedicarse a la piratería fue el intento de tomar de nuevo la Isla de Santa Catalina. Pero había fracasado; sin embargo ahora se antojaba absolutamente necesario la posesión de aquel pedazo de tierra para utilizarlo como base de operaciones, y Morgan ordenó que la plaza *debía* ser conquistada. Y así se hizo.

Los españoles, durante el tiempo que permanecieron en ella, la habían fortificado casi por completo, y si el gobernador de la isla hubiese sido tan valiente como el que encontró la muerte en el castillo de Puerto Bello, seguramente el relato de los hechos que a continuación vienen habría sido otro. Pero no fue así, ya que entregó cobardemente la isla a las primeras de cambio, disimulando un ataque de los bucaneros para salvaguardar su honor. Y así cayó Santa Catalina.

El siguiente paso que debía darse era la captura del castillo de Chagres, que protege la entrada del río del mismo nombre, y por cuyas aguas los bucaneros podrían transportar tropas y provisiones para el posterior ataque a la ciudad de Panamá. Esta aventura fue llevada a cabo por cuatrocientos hombres escogidos comandados por el mismo capitán Morgan.

El castillo de Chagres, llamado de San Lorenzo por los españoles, se erguía sobre un abrupto acantilado en la boca del río y era uno de los bastiones más fuertes, para su tamaño, de todos los que había en las Indias Occidentales. Morgan tenía que tomar este baluarte si pretendía conquistar Panamá.

Tanto el ataque como la defensa del castillo fueron igualmente feroces, sangrientos y desesperados. Los bucaneros cargaron contra las murallas una y otra vez, y una y otra vez fueron obligados a retirarse. Llegó la mañana y parecía que los piratas iban a ser finalmente rechazados. Pero justo entonces el fuego prendió en el tejadillo de palma de una de las edificaciones del interior del castillo y se produjo una conflagración que causó el estallido de uno de los almacenes; en medio de la sorpresa y el terror que se adueñó de los defensores, los piratas aprovecharon para abrirse paso hacia el interior de las fortificaciones, y el castillo fue capturado. La mayoría de los españoles se arrojaron desde los muros del castillo hacia las aguas del río o las rocas que sobresalían abajo, prefiriendo la muerte a la prisión y la tortura; muchos supervivientes fueron pasados a cuchillo y a unos pocos se les perdonó y se les hizo prisioneros.

De tal manera sucumbió el castillo de Chagres, y ya nada se interponía entre los

bucaneros y la ciudad de Panamá excepto la selva inexplorada.

Y entonces ya no fue un secreto el nombre de la ciudad cuyo destino estaba sellado.

Río Chagres arriba navegó el capitán Morgan con mil doscientos hombres apretujados en sus canoas; apenas hicieron un alto, excepto alguna que otra vez para estirar las entumecidas piernas, hasta llegar a un lugar conocido como Cruz de San Juan Gallego, donde se vieron obligados a dejar las canoas debido a la poca profundidad del agua.

En el lugar quedaron ciento sesenta hombres con la tarea de proteger los botes y preparar la huida en el caso de que no tuviera éxito el ataque sobre Panamá; el resto se sumergió en la espesura salvaje que se extendía ante ellos.

Allí les hizo frente un enemigo más poderoso que una hueste de españoles armados de pólvora, fósforos y plomo: el hambre. Apenas encontraron ningún tipo de oposición a su avance pero, mirasen donde mirasen, cualquier fibra de carne, cualquier grano de maíz, cualquier onza de pan y comida, todo estaba completamente destruido y arrasado a su paso. Incluso cuando los bucaneros conseguían llevar a cabo alguna emboscada y hacían huir a los españoles, éstos se tomaban el tiempo necesario para despojar a sus compañeros caídos de cualquier pizca de comida que pudieran llevar en sus zurrones, dejándolos completamente vacíos.

Así nos lo cuenta el narrador de estos acontecimientos, que también formaba parte de la expedición: «Finalmente se daban a comer aquellos zurrones de cuero, para que sus líquidos estomacales se pudieran entretener en algo»[6].

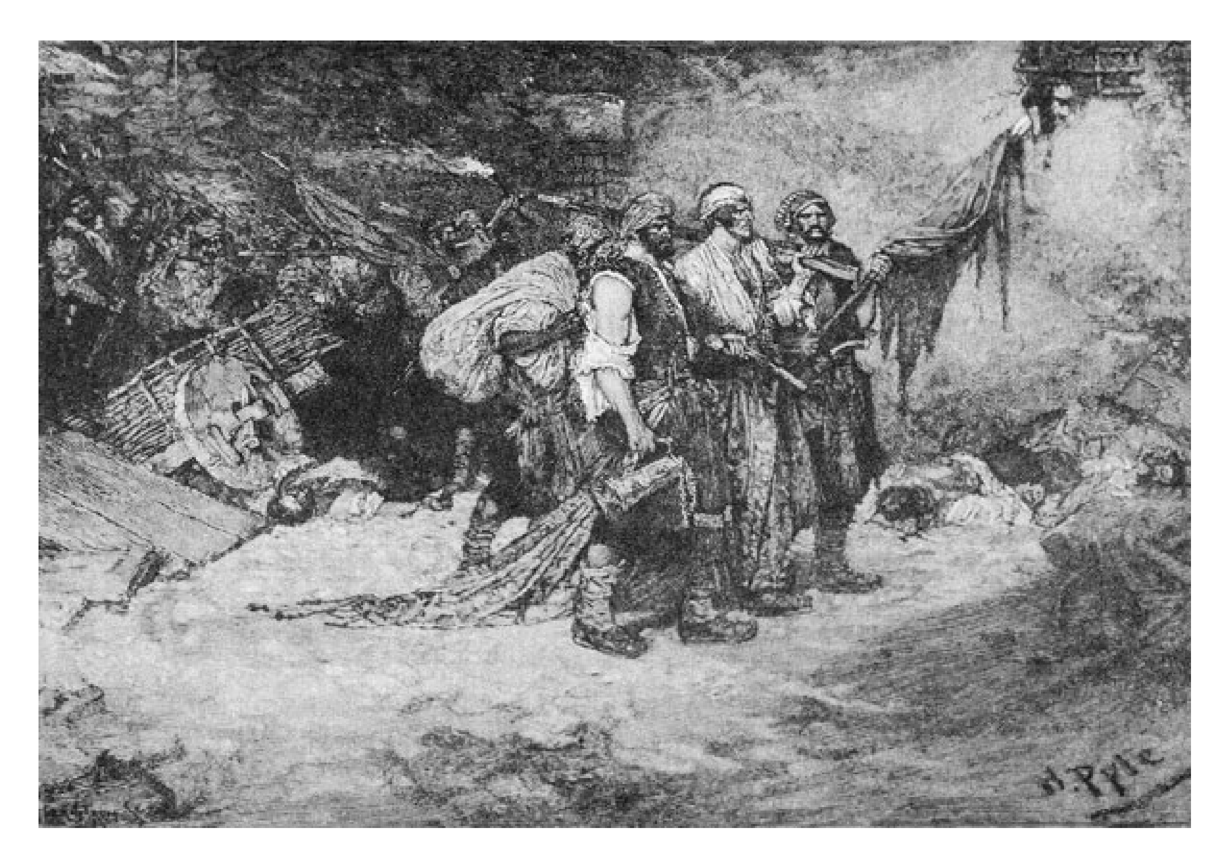
Así marcharon durante diez días, soportando penurias, abriéndose paso hacia delante, demacrados por el hambre y macilentos por las fiebres y las enfermedades. Y entonces, desde una elevada colina que se erguía por encima de los árboles, divisaron los campanarios de la ciudad de Panamá, y ya nada se interponía entre ellos y su meta excepto los españoles, que les superaban en número de cuatro contra uno, algo bastante sencillo con lo que ya se habían enfrentado en más de una ocasión.

Se abalanzaron sobre Panamá, y los españoles fueron a su encuentro; cuatrocientos jinetes, dos mil quinientos infantes y dos mil vacas salvajes que habían reunido y que ahora azuzaban sobre los bucaneros para intentar romper y desordenar sus filas. Los bucaneros tan sólo eran ochocientos, pues los demás habían caído en combate o salpicaban la terrible senda por la que habían atravesado la selva; pero transcurridas dos horas los españoles emprendieron una huida enloquecida hacia la llanura, dejando tras de sí los cuerpos de seiscientos compañeros.

En cuanto a las vacas, como muchas habían caído por los disparos, sirvieron de comida a los famélicos piratas, ya que bien es sabido que los bucaneros se encuentran a sus anchas cortando y tajando carne de ganado.

Acto seguido se encaminaron a la ciudad. Otras tres horas de lucha y ya estaban en las calles, gritando, aullando, saqueando, comiendo, emborrachándose y dando rienda suelta a toda la infamia y lujuria que ardía en sus corazones como las llamas

del infierno. Y luego se volvieron a suceder las mismas escenas de siempre: rapiña, crueldad extorsión; sólo que esta vez no se pidió rescate por la ciudad, pues Morgan había dado órdenes para que fuese destruida. Se la prendió fuego, y Panamá, una de las ciudades más grandes del Nuevo Mundo, fue barrida de la faz de la tierra. Sólo Morgan sería capaz de decir por qué se llevó a cabo semejante acción. Es posible que, de otra manera, se hubiesen descubierto todos los lugares ocultos en los que se escondieron tesoros; fuera lo que fuera, el gran bucanero se llevó a la tumba su secreto. Durante tres semanas Morgan sus hombres moraron en este paraje marchito, luego partieron acompañados de *ciento setenta y cinco bestias de tiro* cargadas de oro, plata y joyas, además de gran cantidad de mercancías y seiscientos prisioneros por los que se exigiría un rescate.



Pero a cuánto equivalía y qué fue de aquella inmensa fortuna nadie, excepto el mismo Morgan, consiguió saberlo nunca, pues cuando se fue a hacer el reparto tan sólo quedaban *doscientas piezas de a ocho para cada hombre*.

Cuando fue declarada semejante división se levantó entre los hombres un grito unánime de disconformidad, haciendo que incluso el capitán Morgan llegara a asustarse. Aquella misma noche él y otros cuatro comandantes cortaron las amarras de su bote y huyeron mar adentro, y se dice que entre todos ellos se repartieron la mayor parte del botín. Casi con toda seguridad, las ganancias acumuladas en el saqueo de Panamá debían de superar el millón y medio de dólares. Un cómputo razonable de todas las rapiñas obtenidas por Morgan en las Indias Occidentales podía ser el siguiente: Panamá, 1.500.000 dólares; Puerto Bello, 800.000 dólares; Puerto del Príncipe, 700.000 dólares; Maracaibo y Gibraltar, 400.000 dólares; otras varias

piraterías, 250.000 dólares… lo que hace un total de 3.650.000 dólares, una inmensa cosecha de rapiña y pillaje. Con aquellas fabulosas riquezas, arrebatadas a los españoles por la fuerza y el terror, y robadas a sus compañeros de manera tan avarienta, el capitán Henry Morgan se retiró del negocio, con grandes honores por parte de todos, aupado a la fama a causa de sus hazañas, nombrado caballero por el buen Rey Carlos II y, por último, convertido en gobernador de la próspera Isla de Jamaica.

Otros bucaneros siguieron sus pasos. Campeche fue tomada y saqueada, incluso la propia Cartagena cayó; pero con Henry Morgan se alcanzó el periodo de mayor gloria de los bucaneros, y a partir de entonces su influencia, poder y fuerza comenzó a declinar sin descanso hasta que finalmente fueron borrados de la faz de las aguas.

Los bucaneros cada vez eran más crueles. En cierta manera, sus crímenes llegaron a ser tan abominables que incluso los gobernadores que les protegían, conmovidos al fin por semejantes atrocidades, llegaron a prohibir las salidas de los bucaneros en busca de presas, pensando que si cortaban el árbol de raíz el resto de sus retoños se desperdigarían hasta ser finalmente eliminados. Pero lejos de ser exterminados, cada miembro por separado se diseminó por los cuatro puntos cardinales: hacia el norte, el sur, el este y el oeste, formando núcleos aislados sobre los que se reunían y apiñaban los peores desechos de la humanidad.

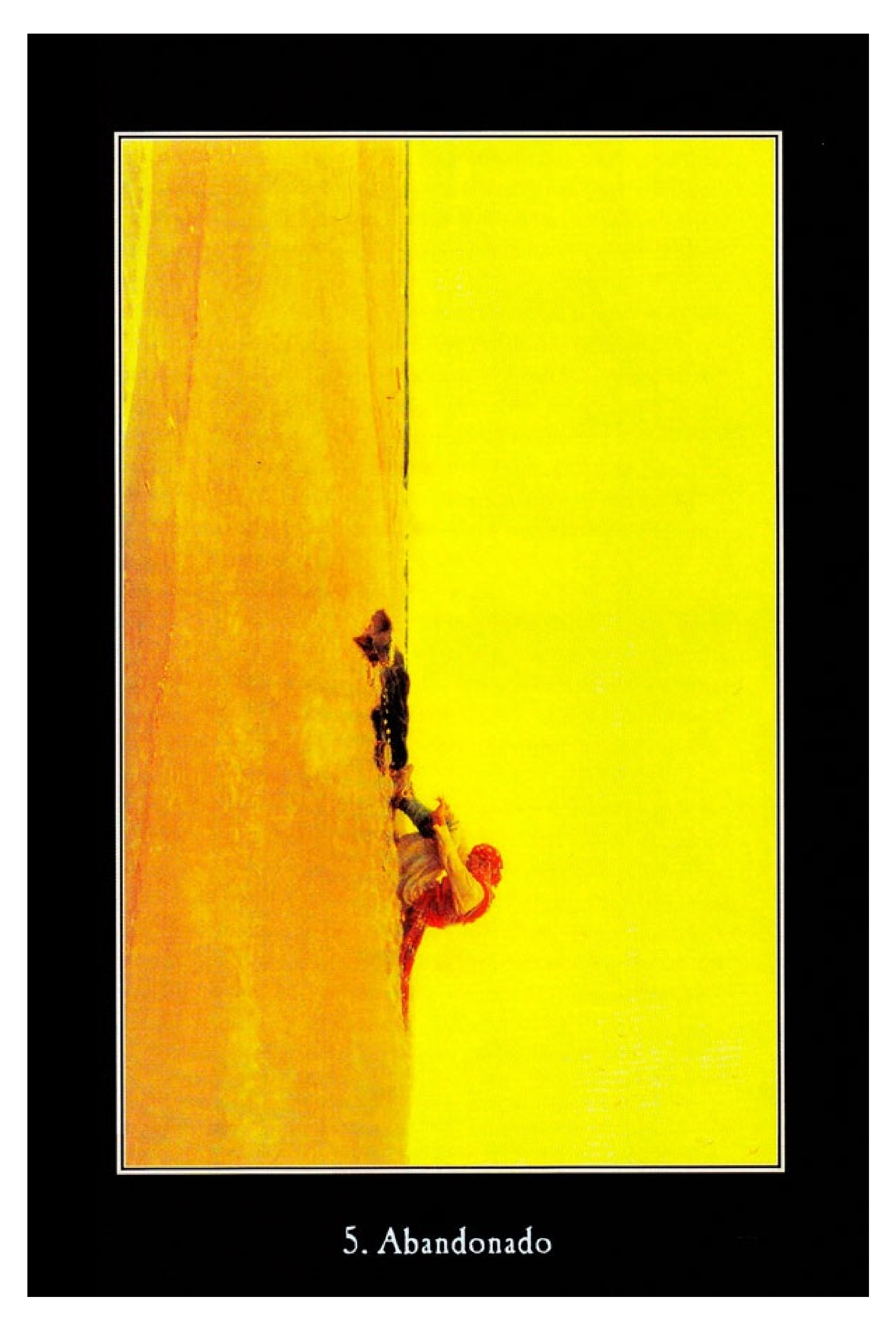
El resultado fue que, cuando el siglo XVII quedó almacenado en la cesta de los tiempos pasados, un mayor número de filibusteros cruzaban las aguas del Atlántico en sus pequeños barcos armados, cada uno con su propia bandera negra, el cráneo y los huesos cruzados, destacando sobre el mástil, y una indescriptible tripulación hecha de restos dispersos de una humanidad civilizada, o semicivilizada (blancos, negros, rojos y amarillos), generalmente conocidos por el sobrenombre de *maroneros*[7], pululando por las cubiertas del barco.

Estos despojos y restos de los viejos bucaneros no sólo limitaron sus correrías a las costas de América; las Indias Orientales y los mares de África también fueron testigos y sufrieron sus andanzas, incluso las aguas del Golfo de Vizcaya tuvieron buenos motivos para recordar más de una incursión de sus naves.

Viles descendientes de unos próceres semejantes, consiguieron superar los métodos de sus antepasados, pues mientras los bucaneros se contentaban con atacar las posesiones españolas, los *maroneros* no hacían ascos a las riquezas de ninguna nación.

De tal forma navegaban a lo largo y ancho del Atlántico, y los cincuenta años que los *maroneros* estuvieron en la cumbre de su poder fueron un martirio para los habitantes de las costas de Nueva Inglaterra, para las provincias centrales, para las Virginias y los barcos que recorrían las Indias Occidentales con sus cargas de pescado en salmuera, grano y tabaco. El comercio llegó a ser tan peligroso como la misma piratería, y los capitanes eran elegidos más por su habilidad con el sable y la pistola que por su destreza como marinos.

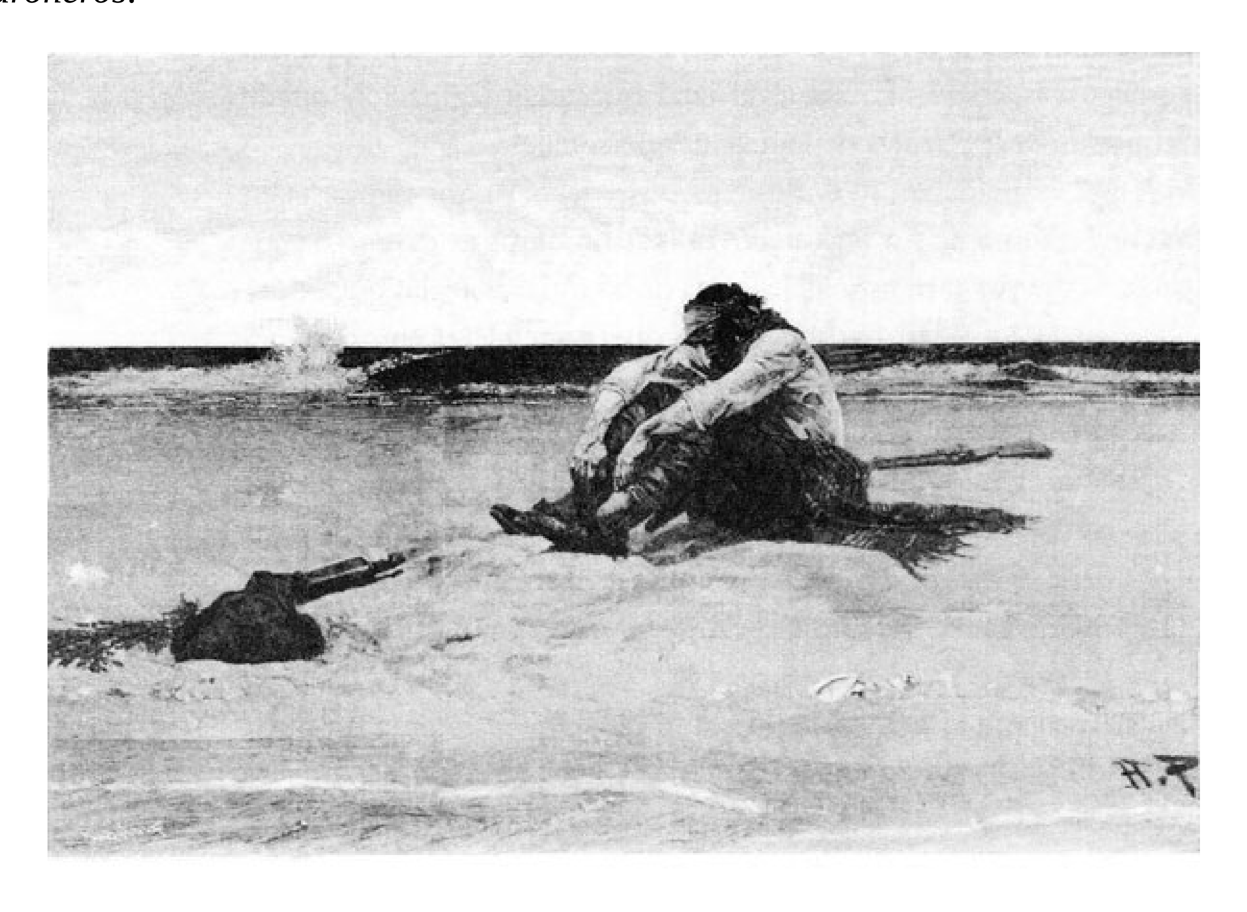
La mayor parte del negocio en aguas americanas estaba en manos de los barcos de cabotaje yanquis y, por lo tanto, ellos fueron los que se llevaron la peor parte. Uno tras otro llegaban al puerto boletines con la noticia de que aquel barco había sido saqueado o de que a este otro se le había prendido fuego, de que otro más había sido capturado y convertido en barco pirata, o despojado de todos sus bienes y enviado al puerto tan vacío como la cáscara de un huevo al que se le ha extraído la yema y la clara. Las ciudades de Boston, Nueva York, Filadelfia y Charleston sufrieron estas acciones por igual, y los antaño prósperos dueños de barcos veían cómo se les escapaba el dinero de entre los dedos mientras que ellos tan sólo podían quejarse amargamente.


5. Abandonado

«*Maronar*[8]: En términos marinos, abandonar a alguien en una isla desierta bajo el pretexto de haber cometido algún terrible crimen». Con esta descripción, nuestro buen Noah Webster[9] dibuja el esqueleto, la anatomía, sobre el cual nuestra imaginación puede reconstruir la apariencia de semejantes personajes.

A este verbo deben su nombre los *maroneros*, ya que su puesta en práctica era uno de sus más efectivos instrumentos de castigo o venganza. Si un pirata transgredía alguna de las muchas reglas que imperaban en la sociedad particular a la que pertenecía, entonces era abandonado en una isla desierta; si un capitán defendía con demasiada valentía su barco del acoso de los piratas, entonces era igualmente abandonado; incluso si el mismísimo capitán pirata aplicaba las reglas con excesiva severidad y no agradaba a sus seguidores, también corría el riesgo de que se le aplicase el mismo castigo que él seguramente ya habría empleado más de una vez con otros subordinados suyos.

Este proceso era tan sencillo como terrible. Se escogía un lugar adecuado (generalmente una isla desierta lejos de cualquier ruta de navegación) y se trasladaba en bote al condenado desde el barco a la playa. Se le dejaba en una diminuta mancha de arena con una escopeta, media docena de balas, un poco de pólvora y una cantimplora de agua, todo lo cual se arrojaba tras él mientras la tripulación del bote retornaba al barco, dejando a su suerte al pobre desgraciado, completamente solo, para que maldijese su suerte hasta volverse loco, o para que se hundiese en la desesperación más absoluta hasta que una piadosa muerte pusiera fin a sus tormentos. Era muy extraño que volviera a saberse algo más de él después de haber sido abandonado. Es posible que la tripulación del bote de algún barco cercano encontrara unos huesos mondos brillando en las blancas arenas de una playa bajo el deslumbrante resplandor del sol poniente, pero nada más. Y así se las entendían los *maroneros*.



Sin lugar a dudas, el mayor número de capitanes piratas eran de origen inglés, ya que, en los días de la buena Reina Isabel, los marinos ingleses parecían tener una tendencia natural para llevar a cabo cualquier tipo de aventura que tuviera algo que ver con la piratería; desde el gran almirante Drake de los viejos tiempos hasta el agresivo Morgan de los días de los bucaneros, los ingleses siempre llevaron a cabo las hazañas más arriesgadas, crueles y dañinas.

El primer pirata que abre la lista es el osado capitán Avary, uno de los primeros *maroneros*. Su historia ha llegado hasta nosotros entre brumas, semioculta por un halo de leyenda y tradición. Las hazañas de otros que llegaron después superaron ampliamente a las de Avary, pero él continúa en un lugar aventajado como el primer *maronero* de la historia que se enseña en nuestros días.

Cuando ingleses, holandeses y españoles se aliaron para exterminar a los bucaneros de las Indias Occidentales, ciertos personajes influyentes de Bristol, en la vieja Inglaterra, fletaron dos barcos con la intención de colaborar en tan noble causa, ya que los negocios de los mercaderes de Bristol habían sufrido pérdidas a causa de todos los Morgan y oloneses de los viejos días. Uno de aquellos barcos se llamaba el *Duke*, cuyo comandante era un tal capitán Gibson, siendo Avary primer oficial.

Se hicieron a la mar hacia las Indias Occidentales y Avary se sintió impresionado por las ventajas que ofrecía el negocio de la piratería, y por la cantidad de riquezas y beneficios que podían obtenerse con tan poco esfuerzo.

Una noche el capitán (que era uno de esos sujetos a los que les encanta dar puñetazos), en lugar de ir a tierra y llenarse de ron como era habitual, se quedó a emborracharse en su cabina privada. Mientras permanecía roncando en el interior del cuarto bajo los efectos del ron, Avary y algunos otros conspiradores levaron anclas sigilosamente y salieron del puerto de La Coruña, navegando en silencio entre las naves de la flota aliada que estaban fondeadas en la oscuridad.

Más tarde, al salir el sol, las sacudidas y cabeceos del navío, los continuos roces y golpeteos del aparejo, y el ruido de pasos que iban de un lado para otro de las cubiertas lograron despertar al dormido capitán. Seguramente permaneció aturdido un rato, preguntándose qué diablos sucedía, hasta que hizo sonar la campana y Avary, acompañado de otro hombre, respondió su llamada.

—¿Qué sucede? —vocea el capitán desde su litera.

—Nada —dice Avary, tranquilamente.

—Algo pasa en el barco —insiste el capitán—. ¿No se está moviendo? ¿Es que hace mal tiempo?

—¡Oh! No, no —responde Avary—; estamos mar adentro.

—¿Mar adentro?

—¡Vamos, vamos! —dice Avary—. Se lo contaré; debe saber que ahora soy yo el capitán del barco y que usted tendrá que abandonar este camarote. Navegamos hacia Madagascar, dispuestos a hacer fortuna, y si usted está dispuesto a unirse a nuestra empresa, ser discreto y ocuparse de sus asuntos, nos sentiremos encantados de

recibirle; pero si no es así, hay un bote al costado del barco que le dejará en tierra.

El pobre y atolondrado capitán no tenía ningún interés en hacerse pirata bajo las órdenes de su amotinado primer oficial, así que le pusieron en el bote con algunos víveres y cuatro o cinco marineros más que, como él, habían renunciado a engrosar las filas de sus alegres camaradas.

El resto de la tripulación puso rumbo a las Indias Orientales, con la intención de hacer fortuna en aquellas aguas, pues el capitán Avary tenía gran vigor y no estaba dispuesto a desperdiciar su tiempo navegando por las Indias Occidentales, que ya estaban esquilmadas por los bucaneros de Morgan y por otros bastante menos distinguidos. No, intentaría dar un gran golpe de un solo hachazo y ganarlo o perderlo todo en el intento.

Por el camino se hizo con un par de balandras y dejó atrás Madagascar. Navegó hacia las costas de la India y durante un tiempo su nombre se perdió en los rincones inciertos y oscuros de la historia. Pero sólo durante un tiempo, pues de repente se prendió con letras de fuego y gloria. Pronto se tuvo noticia de que un navío que pertenecía al Gran Mongol, lleno de tesoros y con la hija del monarca que se dirigía de peregrinación a La Meca (eran mahometanos) a bordo, había tenido un encuentro con los piratas y que, tras una corta resistencia, había caído en sus manos, y con él la nombrada damisela, su corte y todos los diamantes, perlas, seda, plata y oro que se encontraban a bordo. Se rumoreó que el Gran Mongol, enloquecido de rabia por la afrenta que se había llevado a cabo sobre su propia sangre, había intentado borrar del mapa a los pocos colonos ingleses que se asentaban en la costa; ante lo cual la honorable Compañía de las Indias Orientales había puesto el grito en el cielo. Los rumores fueron subiendo de tono y llegó a decirse que Avary pretendía desposar a la princesa india, por las buenas o por las malas, y que de esta forma se haría rajá y renunciaría a la piratería, tachándola de indecorosa. En cuanto al tesoro sustraído, no parecía tener fin la enormidad de su monte según iba pasando de boca en boca.

Si prescindimos del romance y la exageración tendremos ante nosotros la verdadera historia: es decir, que Avary había caído sobre un navío indio lleno de tesoros (y posiblemente con la hija del Mongol a bordo), que lo había capturado y que había cosechado una enorme fortuna.

Tras decidir que ya había ganado la suficiente cantidad de dinero gracias al negocio de la piratería, se dispuso a retirarse y vivir decentemente durante el resto de sus días. Para conseguir este objetivo se propuso estafar a sus camaradas de Madagascar la parte del botín que les había correspondido. Les convenció para que almacenaran todas sus riquezas en su barco, ya que era el más grande de los tres; y luego, teniendo a buen recaudo el tesoro, cambió el rumbo de su nave una noche bonancible y, cuando la luz del día bañó las costas de Madagascar, sus camaradas de las balandras se encontraron completamente solos en mitad del ancho océano, sin el más leve atisbo del tesoro por el que tan duramente habían luchado.

Al principio Avary tenía la intención de establecerse en Boston, Massachusetts, y

si la pequeña ciudad hubiese sido un poquito menos triste, seguramente habría tenido el honor de convertirse en el hogar de tan famoso personaje. Sin embargo, a Avary no le gustó su aspecto y puso rumbo hacia el este, a Irlanda, estableciéndose en Biddeford, con la esperanza de llevar una vida fácil durante el resto de sus días.

Poseía una inmensa cantidad de joyas, perlas, diamantes, rubíes, etcétera, pero en sus bolsillos apenas tintineaba tan sólo un puñado de monedas legales. De tal forma, pidió consejo a cierto mercader de Bristol para la venta de las piedras, un sujeto no mucho más honesto que el propio Avary. El susodicho personaje se ofreció para actuar de agente de venta del pirata. Tomó las joyas y se las llevó, y aquélla fue la última vez que Avary vio su tesoro indio.

Es posible que, a oídos de los americanos, los nombres piratas que más familiares suenan son los del capitán Robert Kidd y el capitán Edward Teach, o «Barbanegra».

En estos tiempos que corren poco podemos aventurar ya con respecto a Kidd, o con respecto a los pros y los contras de si realmente era o no era un pirata. Durante muchos años fue el pirata más famoso de todos los que poblaban los mares; apenas existía un barranco, riachuelo, diminuta lengua de arena, montículo de rocas o caverna abierta al mar de la que no se dijera que escondía uno de los fabulosos tesoros de este gran *maronero*. Ahora estamos convencidos de que no fue realmente un pirata y de que jamás enterró ningún tesoro, excepto una pequeña cesta que tuvo que esconder en las arenas de la Isla Gardiners[10], y posiblemente esto también es parte de la leyenda.

Así que el pobre Kidd debe ser relegado a la aburrida categoría de las personas sencillas y respetables, o, como mucho, casi respetables.

Pero la vida de Barbanegra es completamente distinta, pues en su persona se aúnan todas las características, desvaríos, salvajismos y barbaridades de los verdaderos piratas, un pirata que realmente enterró tesoros, que hizo caminar por la *tabla* a más de un capitán y que asesinó a más personas de las podría contar con los dedos de sus dos manos; un sujeto que ocupa, y seguirá ocupando, el lugar que se le ha asignado durante generaciones, y que seguirá dependiendo de sus actos para seguir en el pedestal de la fama durante las generaciones que han de venir.

El capitán Teach nació en Bristol y fue dado en aprender el negocio a bordo de diferentes barcos corsarios que navegaban por las Indias Orientales durante la vieja guerra contra los franceses —la de 1702—, y no hubo otro alumno más aventajado. Por fin, a finales del año 1716, un capitán Corsario, un tal Benjamin Hornigold, le ascendió de rango y le concedió el mando de una balandra —más tarde nave de presa —, y de tal manera la fortuna de Barbanegra comenzó a forjarse. Sólo había que subir un pequeñísimo escalón, y cambiar el texto de unas cuantas cartas, para pasar de «corsario» a «pirata», y Teach tardó muy poco tiempo en dar el paso. Y no sólo fue él mismo quien lo hizo sino que también convenció a su antiguo capitán para que se uniera a él.

Y a partir de entonces empezaron a sucederse toda esa serie de arriesgadas y

deshonestas depredaciones que dieron a su nombre tan justa fama, y que lo situaron en un lugar de honor entre los más grandes *maroneros* que navegaron sin leyes por los mares.

—Nuestro héroe —afirma el viejo historiador hablando de las hazañas y combates de este gran hombre—, nuestro héroe asumió el sobrenombre de Barbanegra debido a la gran cantidad de vello que, como un meteoro espantoso, cubría por completo su rostro, y aterrorizó a toda América más que cualquier otro cometa de verdad visto en muchos años. Solía rizarse la barba en pequeños bucles al estilo de nuestras pelucas de Ramillie[11], y acostumbraba echárselos sobre las orejas. Cuando combatía llevaba sobre los hombros una especie de bandolera de la que colgaban tres pistolas; sobre el sombrero siempre ardían unas teas que, al alumbrar sus fieros ojos desde ambos lados de la cara, le daban un aspecto feroz y salvaje, todo lo cual componía tal figura que ni con la imaginación los hombres podían concebir un espanto más aterrorizador surgido de los infiernos.

La noche antes de que encontrara la muerte en batalla la pasó bebiendo tranquilamente en agradable compañía hasta que el sol estuvo alto. Uno de sus camaradas le preguntó si su pobre y joven esposa sabía dónde estaba enterrado el tesoro.

—No —dijo Barbanegra—, nadie excepto el diablo y yo mismo sabemos dónde está, y el que más viva de los dos se quedará con todo.

En cuanto a lo que concierne a la pobre y joven esposa, la vida a la que la llevaron él y sus beodos compañeros de ron es demasiado horrorosa para ser narrada aquí.

Durante un tiempo Barbanegra se dedicó a su negocio por el Mar de las Antillas español, consiguiendo, en los pocos años que estuvo allí, una pequeña pero considerable fortuna gracias a los botines obtenidos en la captura de diversos barcos; pero poco a poco se le metió en la cabeza la idea de probar suerte en las costas de Carolina; así que puso rumbo al norte, acompañado de una pequeña flota formada por su propio navío y otras dos balandras capturadas. Desde entonces formó parte activa en la construcción de una pequeña parte de la historia de América.

Se hizo ver por primera vez atravesando la barra del puerto de Charleston, causando no pocos miedos entre la desafortunada población de la villa, y allí se quedó durante cinco o seis días, bloqueando el puerto y parando a su antojo a los barcos que pretendían salir o entrar, de tal forma que, durante todo ese tiempo, el comercio de la ciudad estuvo paralizado por completo. Cualquier barco detenido era considerado botín de guerra, y tanto tripulación como pasajeros (de entre los cuales había más de un personaje influyente de la colonia) eran retenidos como prisioneros.

Para la buena gente de Charleston era bastante incómodo contemplar día tras día la negra bandera con su calavera blanca y los huesos cruzados ondeando en el mástil de la nave capitana, desplazándose de un lado a otro sobre las verdes y saladas marismas; y también resultaba bastante incómodo saber que este o aquel ciudadano

importante se hallaba encerrado con el resto de los prisioneros bajo las escotillas.

Una mañana el capitán Barbanegra tuvo conocimiento de que sus reservas de medicinas estaban casi agotadas.

—¡Bah! —dijo—, no por ello se nos va a llenar de canas el pelo.

Hizo llamar al temerario capitán Richards, el comandante del *Revenge*, su barco consorte, y le ordenó que se llevara consigo al señor Marks (uno de sus prisioneros), y que pusiera rumbo a Charleston en busca de las medicinas. No existía una mejor tarea para la que nuestro buen capitán Roberts estuviera especialmente indicado. Remó hasta la ciudad y, con toda la desfachatez del mundo, le dijo al gobernador:

—Mire, buen hombre —y se pasaba un trozo de tabaco de mascar de una mejilla a la otra—, verá, necesitamos las medicinas urgentemente, y si no las tenemos, incendiaremos los cascos ensangrentados de las naves que hemos capturado, y le cortaremos el gaznate a todos los mentecatos que hay a bordo.

No existía más que una respuesta para un argumento de semejante jaez, y el venerable gobernador y la buena gente de Charleston sabían de sobra que Barbanegra y su tripulación eran muy capaces de llevar a cabo lo que habían prometido. De esta manera Barbanegra consiguió sus medicinas, y aunque a la colonia le costó dos mil dólares, se consideró una cantidad pequeña en comparación con el beneficio que suponía deshacerse de Teach.

Dicen que mientras el capitán Richards negociaba con el gobernador la tripulación de su bote se dedicaba a recorrer las calles de la ciudad, yendo de aquí para allá a su antojo, mientras la buena gente les miraba con el ceño fruncido, pero sin atreverse a hacer o decir nada.

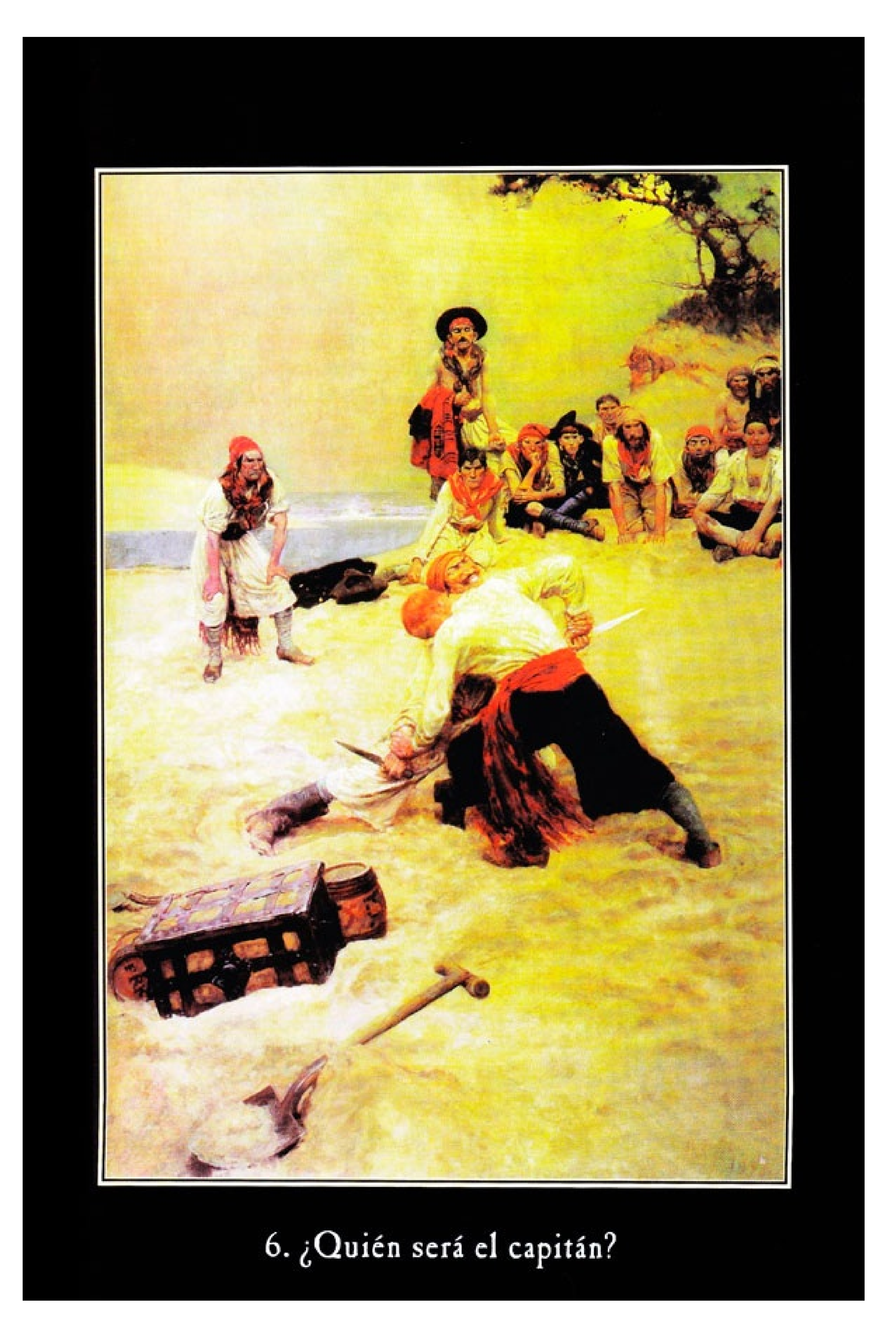
Después de conseguir un botín cercano a los siete u ocho mil dólares gracias a las presas capturadas, los piratas zarparon del puerto de Charleston y pusieron rumbo a Carolina del Norte.

Y entonces Barbanegra, al igual que muchos otros de su misma calaña, comenzó a estrujarse el cerebro para encontrar una manera de robar la parte del botín que correspondía a sus camaradas.

A la altura de la Cala Topsail hizo como que embarrancaba su propia nave por accidente. Hands, el otro capitán consorte, con el pretexto de ayudarle, también embarrancó su balandra. Ahora ya sólo quedaba una embarcación con la que poder partir en busca de ayuda. Y eso hizo Barbanegra con cuarenta hombres escogidos de entre todos sus favoritos. Se dejó al resto de la tripulación sobre la pequeña ensenada de arena, en espera de una ayuda que jamas llegaría.



En cuanto a Barbanegra y a los que fueron con él, al ser menos a repartir, su parte del botín era mayor. Pero aun así resultaban demasiados en opinión de Barbanegra, lo que hizo que abandonara a otros dieciocho o veinte en una franja desierta de arena, de la que afortunadamente para ellos fueron rescatados por otro filibustero que seguía aquella ruta, un tal Mayor Stede Bonnet, del que hablaré dentro de un rato. Por este tiempo se hizo pública una proclama real que ofrecía el perdón a todos los piratas que entregasen sus armas antes de una determinada fecha. Y así nuestro querido Barbanegra se entregó al gobernador de Carolina del Norte y puso a salvo su cabeza aceptando la proclama, aunque se guardó para sí todo el botín que ya había conseguido.



6. ¿Quién será el capitán?

Y de esta manera nos encontramos con el osado capitán Barbanegra respetablemente establecido en la amable provincia de Carolina del Norte, donde llegó a intimar enormemente con su buen amigo el Gobernador. Existe algo intrínsecamente bello en la imagen del viejo y osado lobo de mar que ha dejado atrás

su vida aventurera (excepto por alguna que otra excursión contra los mercaderes que comerciaban en las marismas vecinas, cuando había necesidad de dinero); el viejo pirata adaptado a la pacífica rutina de la vida colonial, con su joven esposa de dieciséis años acompañándole siempre, y que hacía la número catorce de todas las que ya había tenido en los diferentes puertos del mundo.

Pero, cansado de la inactividad, Barbanegra retornó al fin a la piratería. Durante un tiempo se dedicó a recorrer los ríos, marismas y ensenadas de la colonia, navegando por entre las corrientes como si fuera el Rey, sin que nadie se atreviese a decirle nada, hasta que a los colonos les resultó imposible seguir soportando semejante peste. Enviaron una delegación al gobernador de Virginia rogándole que aceptase ayudarles a erradicar el problema.

En aquellos momentos estaban anclados en Kicquetan, a la entrada del Río James, dos buques de guerra. A ellos recurrió el gobernador de Virginia; y el osado teniente de navío Maynard, del *Pearl*, fue enviado a la Cala Ocracoke para hacer frente al pirata que reinaba sobre aquellos territorios como el gallo del gallinero. Allí se encontró con Barbanegra, que le estaba aguardando, tan dispuesto para el combate como él mismo. La lucha no se hizo esperar, y mientras duró fue algo digno de ver. Barbanegra se bebió de un trago una botella entera de *grog*[12] a la vez que deseaba suerte a su oponente en su intento de abordaje, disparó de golpe todas sus baterías e hizo volar por los aires a casi veinte hombres de Maynard, dejando totalmente inservible una de sus balandras. Acto seguido, amparado por el humo y la pólvora, el pirata y sus hombres abordaron la otra nave, teniendo lugar una lucha cuerpo a cuerpo entre Barbanegra y el oficial, un combate digno sin duda de los buenos viejos días. Primero descargaron las pistolas el uno sobre el otro y luego echaron mano de los sables —cinta a la izquierda, cinta a la derecha, arriba, abajo, un tajo tras otro—, hasta que la espada del teniente se partió casi a la altura de la empuñadura. Barbanegra pudo haber acabado de inmediato con él, pero uno de los hombres del oficial se interpuso entre ambos y largó al pirata una terrible cuchillada en el cuello, y de esta forma el teniente salvó la vida con tan sólo unos pocos rasguños en los nudillos.

Nada más descargar ambos sus pistolas, una bala atravesó el cuerpo de Barbanegra, pero él no iba a rendirse por tan poca cosa, desde luego que no. Como se ha dicho antes, pertenecía a la verdadera y salvaje casta de los piratas, y consiguió mantenerse en pie hasta que recibió al menos veinte tajos y cuchilladas, además de otros cinco balazos, y luego cayó muerto intentando disparar su descargada pistola. Más tarde el teniente cortó la cabeza del pirata y partió con el sangriento trofeo expuesto en la proa de su desmantelada balandra.

Los hombres de Barbanegra que sobrevivieron fueron conducidos hasta Virginia, donde se los juzgó y ahorcó a todos menos a uno o dos; sus nombres, sin duda, todavía persisten en los registros y las leyendas de la colonia.

Pero, ¿es cierto realmente, como dice la tradición, que Barbanegra enterró sus

tesoros a lo largo de las costas arenosas que frecuentaba?

El profesor Clement Downing, guardia marina a bordo del *Salisbury*, escribió un libro a su regreso de un crucero por Madagascar que se había emprendido con la intención de acabar con la piratería que infestaba aquellas aguas. En el citado texto nos dice:

«En Gujarat conocí a un portugués llamado Antonio de Silvestre que, junto con otros dos portugueses y dos holandeses, se había enrolado como aprendiz de marino, al igual que hacen muchos europeos. Este Antonio me contó que había estado con los piratas, y que se encontraba en una de las balandras de Barbanegra cuando fue derrotado. Me dijo que si tenía la suerte de ir al río York o a Maryland, cerca de una isla bastante alejada de las rutas marítimas llamada Isla Mulberry, que me las ingeniase para fondear e ir en busca de agua, ya que los piratas habían enterrado una considerable suma de dinero dentro de grandes cestas tapadas con láminas de hierro. Por desgracia, jamás hice aquel camino, ni conocí a nadie que hubiese frecuentado aquellas regiones, pero conseguí enterarme de que efectivamente sí existía un lugar llamado Isla Mulberry. Si alguna persona va por allí alguna vez y no le importa cavar un poco en el extremo superior de una pequeña cueva, en un sitio adecuado para desembarcar, en seguida sabrá si la información de la que dispongo es o no correcta. Enfrente crecen cinco árboles, debajo de los cuales, según me dijo el portugués, está enterrado el dinero. No puedo garantizar la veracidad de esta información, pero si alguna vez voy allí pienso asegurarme en uno u otro sentido. Si alguien obtiene algún beneficio gracias a lo que estoy contando, y si Dios quisiera que ese alguien viajara a Inglaterra algún día, espero que recuerde y agradezca de dónde ha sacado esta información».

Otro pirata de renombre fue el capitán Edward Low, que aprendió su oficio de marino comerciando en las aguas de la vieja y buena ciudad de Boston, y el de pirata en las de Honduras. No existe personaje más fiero en su oficio, nadie ha conseguido igualar su sed de sangre ni su maligna crueldad. Resulta extraño que se haya escrito tan poco acerca de este impresionante sujeto, pues su historia es al menos tan truculenta como la del mismo Barbanegra.

Hizo su primera travesía bajo las órdenes de un capitán yanqui, atravesando las aguas de Honduras con un cargamento de madera, que en aquellos tiempos no era un botín tan interesante como el que solían llevar los barcos españoles.

Un día en que el barco estaba fondeado en las aguas del Golfo de Honduras, el señor Low y la tripulación del bote, que habían estado recogiendo madera en la playa toda la mañana, retornaron al barco antes de tiempo.

—¿Qué hacen de vuelta? —preguntó el capitán al ver que volvían de vacío.

—Queremos el desayuno —contestó Low, que hacía de interlocutor del grupo.

—No habrá desayuno —dijo el capitán— hasta que no regresen con otra carga de madera.

—Haya o no haya, lo pagaremos —replicó Low, y acto seguido levantó su

mosquete, levantó el arma y apretó el gatillo.

Afortunadamente la bala se perdió en el aire, y el capitán yanqui pudo seguir recogiendo madera durante algún tiempo más.

Sea como fuere, ya no había sitio para Ned Low entre la tripulación del barco, así que optó por escapar con sus compañeros de bote, capturó un bergantín en alta mar y se hizo pirata.

Más tarde entró en contacto con el notable capitán Lowther, un personaje que iba en busca de su propio destino, el cual completó la educación de Low, enseñándole el resto de las barbaridades que aún no conocía.

Y así se convirtió en un pirata de importancia, alguien que conocía bien su oficio y que albergaba en su corazón un odio implacable por todos los yanquis debido al desayuno que le había sido negado, cosa que se apresuraba a demostrar cuando la suerte le ponía a alguno en su camino. Una vez capturó un navío de Carolina del Sur, el *Amsterdam Merchant*, mandado por un tal capitán Williamson: embarcación yanqui, comandante yanqui. Le cortó las orejas y la nariz al capitán y se marchó lleno de felicidad, satisfecho de haber desfigurado a un yanqui.

Tanto Nueva York como Nueva Inglaterra soportaron más de una visita del malvado capitán, y todas ellas no carecieron de buenos motivos para ser recordadas, pues ya se ocupaba él de que no cayesen en el olvido.

Un día del año 1722 había trece navíos fondeados frente al puerto de la buena ciudad de Marblehead. De pronto entró en la dársena una extraña embarcación.

—¿Qué barco es ése? —se preguntaban los ciudadanos, ya que la llegada de un nuevo barco era motivo de gran importancia en aquellos tiempos.

Pronto se supo quiénes eran los forasteros. Sobre el palo mayor se izó una bandera negra_con la calavera y los huesos cruzados.

—Es el sangriento Low —dijo uno de los vecinos, y el tumulto y la confusión se extendió como un río de pólvora, como si un halcón sobrevolase y diese graznidos entre la niebla por encima de una charca llena de patos.

Aquél fue un día de gloria para nuestro capitán, pues se encontró con trece navíos indefensos de una sola vez. Capturó el que más le placía y desapareció mar adentro, y durante muchos días Marblehead no olvidó aquella visita.

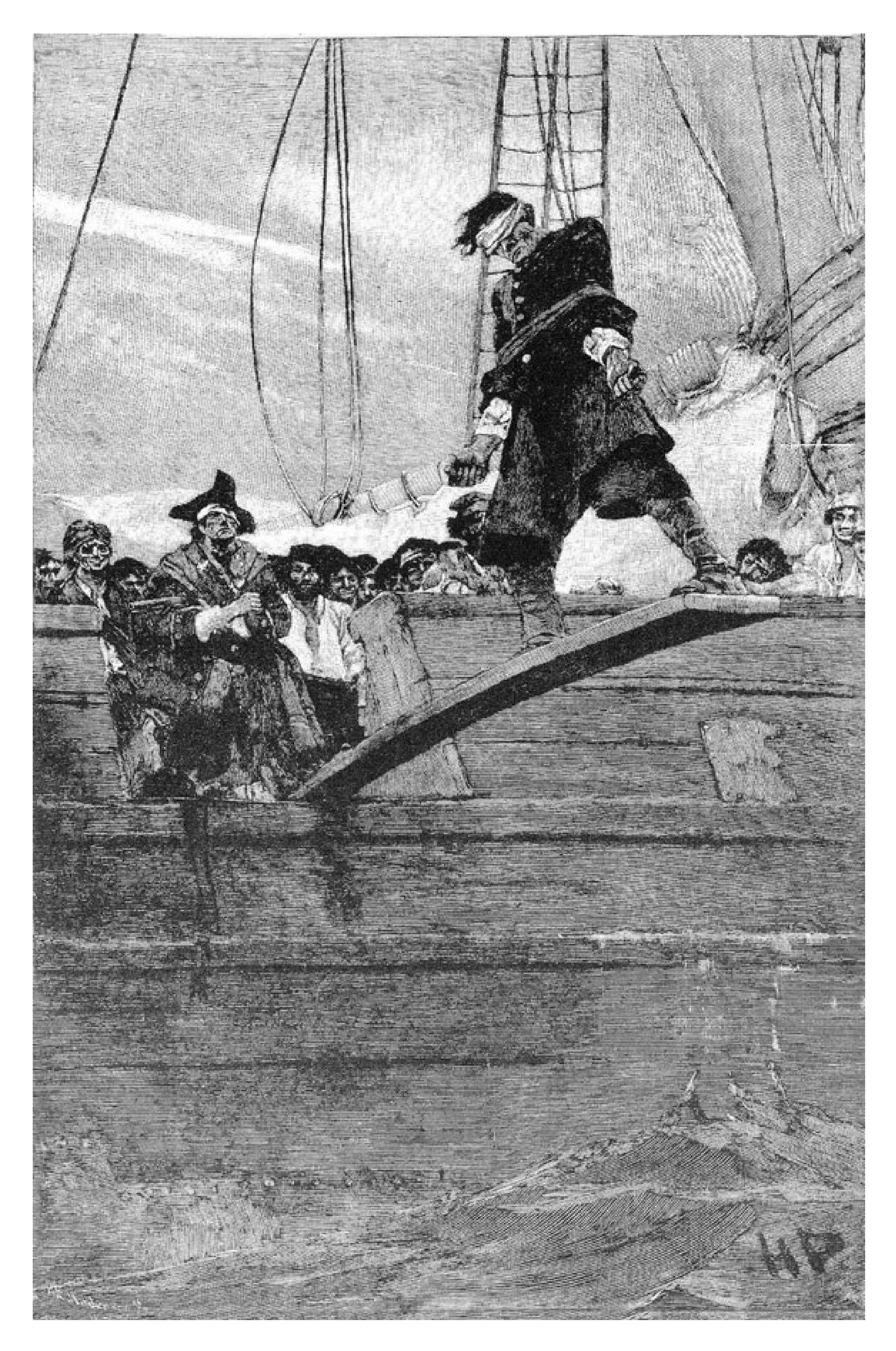
Algún tiempo después, el navío de Low y su consorte tuvieron la desgracia de tropezar con un barco de guerra inglés, el *Greyhound*, tan fuertemente armado que hasta Low se sintió satisfecho de poder huir, dejando a su consorte con toda la tripulación a bordo como compensación a los poderes de la ley y el orden. Y afortunados ellos si no les aguardaba peor castigo que caminar por la terrible tabla, con una venda alrededor de los ojos y una cuerda alrededor de los tobillos. De esta manera se capturó al barco consorte y su tripulación fue puesta a buen recaudo y encadenada, mientras Low se alejaba mar adentro con toda la rabia que puede albergar el corazón de un pirata.

El fin de este notable sujeto se pierde en las brumas del pasado: algunos dicen que

murió de la fiebre amarilla en algún lugar de Nueva Orleans; por desgracia no parece que acabara sus días colgado del extremo de una cuerda.

De entre los piratas estrictamente americanos destaca la figura del mayor Stede Bonnet. Aunque en la realidad tan sólo fue un pobre desgraciado mitad pirata mitad no que, incluso después de dedicarse en cuerpo y alma al oficio que había elegido, siempre estaba haciendo promesas de arrepentimiento y perdón, renegando de todas las malas acciones que había realizado.

Sin embargo siguió llevando a cabo sus actos piráticos con gran comodidad hasta que tuvo la desgracia de tropezar con el valiente coronel Rhett frente al puerto de Charleston, y tanto su fortuna como su valor fueron repentinamente borrados de la faz de las aguas con una andada de pólvora y un tumultuoso abordaje. La *Black Roger*[13], con su calavera y tibias cruzadas, fue arriada del palo mayor, y al coronel Rhett le cupo el honor de volver al puerto con un precioso cargamento de canallas y asesinos como nunca antes había sido visto en la ciudad.



Después de ser ajusticiados fueron puestos en fila y encadenados, como las bestias malignas que eran, listas para la horca.

«Ned» England fue un sujeto de diferente catadura, pues tan sólo se dedicó a chasquear su látigo en las aguas de las Indias Orientales y en las cálidas costas de la

India.

El nombre del capitán Howel Davis es reconocido por todos sus camaradas. Fue el Ulises de los Piratas, no sólo el más querido de Mercurio, sino también de Minerva.

Fue él quien engañó al capitán de un barco francés que doblaba en tamaño y fuerza al suyo, quien le hizo caer en la trampa y capturó la presa sin un solo disparo de pistola ni la más mínima lucha o forcejeo; fue el quien entró en el puerto de Gambia, en la costa de Guinea, bajo el punto de mira de las baterías del castillo, diciendo que tan sólo era un simple tratante de esclavos.

Se mantuvo el engaño hasta que la fruta estuvo lo suficientemente madura como para ser recogida del árbol; y entonces, cuando el gobernador y la guardia del castillo se encontraban plenamente confiados, Davis y sus hombres se dispersaron tomando los puntos estratégicos de la ciudad: la pistola en una mano, el cuchillo en la otra, y el dedo listo en el gatillo por si había necesidad. Ataron a los soldados espalda contra espalda y al gobernador en su misma silla, y luego se dedicaron a rapiñar todo lo que les placía. Nada más terminar zarparon mar adentro, y aunque no obtuvieron la fortuna que en un principio creían, sí fue lo suficiente como para hacer un buen reparto.

Su valor se fue incrementando con los éxitos obtenidos y pronto se decidieron a tomar la isla del Príncipe, que era un próspero asentamiento portugués cercano a la costa. Se hizo un plan muy detallado del asalto, y sin duda habría prosperado de no ser por un negro portugués que estaba con los piratas y que los traicionó avisando de la acción al comandante del castillo. De esta forma, al día siguiente, cuando el capitán Davis desembarcó, se encontró con una fuerte columna de hombres armados que parecían esperar para darle la bienvenida. Sin embargo, cuando él y sus hombres estuvieron lo suficientemente alejados del bote, se produjo un repentino estruendo de mosquetería, seguido de una nube de pólvora y varios lamentos apagados. Tan sólo un hombre pudo salir corriendo de entre aquella acre nube de humo, saltar al bote y alejarse rápidamente; y cuando la pólvora fue disipándose poco a poco pudieron verse los cuerpos del capitán Davis y de sus hombres amontonados uno sobre otro como una pila de ropa vieja.

El capitán Bartholomew Roberts era el alumno particular y más aventajado de Davis, y cuando éste encontró la muerte tan súbita e inesperadamente, de la desafortunada manera que se ha contado más arriba, fue elegido por la mayoría para ocupar el cargo de capitán de la flota, llegando a ser digno sucesor de tan ilustre maestro. Muchos fueron los desgraciados mercantes holandeses que abordó y saqueó este halcón de los mares, siendo despojados de cualquier cosa de valor que llevaran encima antes de escapar de sus zarpas.

—Tenía un porte altivo —dicen los viejos cronistas—, y siempre iba vestido de la misma manera: chaleco y pantalones carmesí, una pluma roja sobre el sombrero, una cadena de oro al cuello con una cruz de diamantes en medio, la espada en su mano y

un par de pistolas que pendían de una cinta de seda cruzada sobre los hombros a la manera de los piratas.

De igual manera vestía en su último enfrentamiento con el *Swallow*, un buque de guerra de la marina real. Fue sin duda un valiente combate el que ofrecieron aquellos rudos piratas pues, al encontrarse atrapados entre el barco de guerra y la costa, decidieron embestir el buque real, disparar una salva de cañonazos y acto seguido intentar huir, confiando en la suerte y con la esperanza de que el enemigo estuviera debilitado por la andanada.

El capitán Roberts fue el primero en caer bajo el fuego que el *Swallow* disparó en respuesta; un trozo de metralla le atravesó el cuello y el capitán cayó encima del cañón sobre el que permanecía desde el principio de la batalla. Un hombre llamado Stevenson, que estaba al timón, le vio caer y pensó que estaba herido. Pero pronto la sangre fue resbalando por su brazo hasta formar un charco en la cubierta y el hombre se dio cuenta de que estaba muerto.

—Después de eso —cuenta la leyenda—, el pirata (Stevenson) se echó a llorar, rogando que el próximo disparo le tocara a él.

Tras la muerte del capitán, a la tripulación pirata no le quedaron ganas de seguir luchando, la *Black Roger* fue arriada y todos y cada uno de los supervivientes pasaron por las manos de la justicia y, luego, por la horca.

* * *

Quede pues así narrada una breve y escueta historia de los más famosos piratas. Pero tan sólo son una pequeña parte de una larga lista con muchos más nombres notables: el capitán Martel, el capitán Charles Vane (que obligó al valiente coronel Rhett, de Carolina del Sur, a una interminable persecución entre las marismas y ensenadas de la costa), el capitán John Rackam, y los capitanes Anstis, Worley, Evans y Philips, y muchos otros, más de una veintena de broncos personajes, cuyos simples nombres hicieron temblar a los capitanes de navíos de aquellos buenos viejos tiempos.

Y así finaliza este negro capítulo de la historia pasada, un capítulo lleno de maldades, crueldad y sufrimiento, bañado en sangre y fuego. Pero así ha sido escrito, y así debe ser leído. Todo aquel que quiera puede leer entre las líneas de la historia esta gran verdad: el mal en sí mismo es un instrumento para el desarrollo del bien. De tal manera, tanto la historia del mal, como la del bien, deberían ser leídas, estudiadas y asimiladas.



Capítulo II

EL FANTASMA DEL CAPITÁN BRAND



mpresiona contemplar a veces cómo el descrédito puede caer sobre una persona por causa de alguna acción inoportuna realizada por su abuelo, pero la gente, que siempre suele estar más dispuesta a resaltar lo malo y callar lo bueno, frecuentemente se complace en hacer sufrir al inocente y perdonar al culpable.

Barnaby True era un muchacho tan bueno y honesto como cualquier niño de su edad, al que no se le dejaba de recordar que su abuelo había sido el famoso pirata William Brand, el cual, después de un montón de aventuras (si hemos de creer en las historias y chismorreos que se han escrito sobre su persona), fue asesinado en Jamaica por el capitán John Malyoe, comandante de su propio barco consorte, la galera *Adventure*.

Nunca se ha negado, al menos eso tengo entendido, que durante el tiempo que el capitán Brand luchó contra los piratas del Mar del Sur había sido un sujeto de gran reputación, querido y tan honesto como cualquier otro capitán.

Comenzó aquella aventura a bordo de un navío, el *Royal Sovereign*, fletado por varios comerciantes de Nueva York, todos ellos gente honesta. Incluso el mismo gobernador había tomado parte en la aventura firmando los papeles de comisión del capitán Brand. Así que cuando el desafortunado sujeto tomó el mal camino, el mismo seguramente también habría estado tentado de hacerlo, así como muchos otros que veían en aquellos lejanos mares una gran cantidad de presas cargadas de riquezas y fácilmente asequibles.

En todas esas historias y baladas se asegura que nuestro capitán fue un hombre cruel y malvado; si hubiera sido así, Dios sabe que ya ha sufrido y pagado por ello,

pues sus huesos yacen en algún lugar de Jamaica, y jamás volvió a ver a su esposa ni a su hijo, a los que dejó en Nueva York al cuidado de extraños, después de hacerse a la mar a bordo del *Royal Sovereign* y dar comienzo aquella larga y desafortunada travesía.

En la época en la que comenzó a escribirse su desdichado destino en Port Royal Harbor había conseguido hacerse con el mando de dos navíos: el *Royal Sovereign,* que había sido fletado para él en Nueva York, y la galera *Adventure,* que él aseguraba haber tomado en algún lugar impreciso de los Mares del Sur. Con estos dos barcos permaneció durante un mes en las aguas de Jamaica hasta su regreso a las costas de África, mientras aguardaba noticias de casa que, cuando llegaron, eran de lo más pesimistas, ya que las autoridades coloniales estaban por entonces cada vez más enojadas con sus acciones y querían colgarle por pirata, con la intención de limpiar así sus conciencias por haber confiado en semejante personaje. Así que a nuestro capitán le pareció más oportuno esconder su mal ganado tesoro en aquellas solitarias playas, y volver más tarde a Nueva York e intentar negociar con sus riquezas su propia libertad; esto le parecía mejor que navegar directamente por las Américas con todo lo que había conseguido en sus piraterías, con el riesgo de perder tanto la vida como el dinero.

Y sin embargo así ocurrió, pues el caso es que el capitán Brand y su artillero, y el capitán Malyoe del *Adventure* y su oficial de navegación, desembarcaron todos juntos con un cofre lleno de dinero (sin perderse de vista el uno al otro en ningún momento) y enterraron el tesoro en alguna parte de la playa de Port Royal Harbor. Se dice que entonces tuvo lugar una riña sobre la futura repartición del dinero y que el capitán Malyoe, sin previo aviso, disparó en la cabeza al capitán Brand mientras que el oficial de navegación del *Adventure* hacía lo mismo, aunque en el cuerpo, con el artillero del *Royal Sovereign,* y que ambos huyeron después, dejando dos cuerpos cubiertos de sangre en la arena bajo el sol agonizante, sin nadie que supiera exactamente dónde estaba escondido el tesoro excepto los dos que habían despachado a sus camaradas de semejante modo.

Es bastante lastimoso tener un abuelo que haya terminado sus días de esta manera, pero sin duda Barnaby True no tenía la culpa, ni podía haber hecho nada para evitarlo ya que ni tan siquiera había nacido cuando su abuelo se hizo pirata y tan sólo tenía un año cuando le sobrevino el trágico final. Sin embargo, los chicos con los que iba a la escuela jamás se cansaron de llamarle «pirata» y muchas veces le cantaban aquella vieja balada que empezaba:

Oh, el capitán Brand era mi nombre,
Un marinero,
Sí, un marinero;
Oh, el capitán Brand era mi nombre,
Un marinero libre.

Oh, el capitán Brand era mi nombre,
Un pecador en tierra y en la mar,
Pues desoí los mandatos de Dios,
Yo, un marinero libre.

No era muy correcto cantar semejante estrofa al nieto de un hombre tan desafortunado, y muchas veces el pequeño Barnaby True apretaba los puños y se enzarzaba a golpes con sus atormentadores, regresando más de una vez a casa con la nariz llena de sangre y haciendo que su madre se pusiera a llorar desconsolada.

Sin embargo no siempre sus días transcurrían entre bromas y tormentos, pues aunque sus compañeros muchas veces se metían con él, otras, en cambio, eran tan buenos amigos como uno pueda imaginar, y juntos iban a nadar cerca de una estrecha franja de tierra que discurría a lo largo del East River, por encima del Fuerte George, de la manera más amistosa posible. Otras veces, incluso a lo mejor al día siguiente de haberse peleado con sus compañeros, corría con ellos por la cuesta de Bowerie Road, seguramente con la intención de ayudarles a robar las cerezas de algún viejo granjero holandés, olvidándose por completo de que su propio abuelo había sido un ladrón de gran calibre.

Bien, pues cuando Barnaby True tenía entre dieciséis y diecisiete años entró a trabajar en la casa administrativa del Sr. Roger Hartright, un conocido comerciante con negocios en las Indias Occidentales y, al mismo tiempo, padrastro de Barnaby.

Gracias a la bondad de este amable personaje, Barnaby no sólo entró a trabajar en su empresa sino que también realizó cuatro viajes como sobrecargo a las Indias Occidentales a bordo del barco del Sr. Hartright, la *Belle Helen*, cuando nuestro héroe aún no tenía los veintiún años, y estaba a punto de realizar un quinto nada más cumplirlos. Y no sólo actuaba como un simple sobrecargo sino como el confidente del Sr. Hartright, que, no teniendo hijos propios, estaba muy ilusionado procurando a nuestro héroe un puesto importante y de responsabilidad en su empresa, como si realmente fuera hijo de sangre, de tal forma que hasta el mismo capitán del barco apenas tenía más influencia que Barnaby, a pesar de lo joven que era.

También los agentes y colaboradores del Sr. Hartright diseminados por todos aquellos lugares, que conocían los intereses del buen hombre, trataban con gran educación y respeto al Maestro Barnaby, especialmente el Sr. Ambrose Greenfield, de Kingston, Jamaica, que, en las ocasiones en las que visitaba aquellas regiones, hacía todo lo posible para que la estancia de Barnaby fuera de lo más agradable y placentera.

Todo esto debe ser contado antes de empezar con la verdadera historia de nuestro héroe, pues si no difícilmente se entenderá el sentido de las extraordinarias aventuras que cayeron sobre él nada más cumplir la mayoría de edad, ni la lógica de sus consecuencias después de que tuvieron lugar.

Fue durante su quinto viaje a las Indias Occidentales cuando sucedió la primera

de estas fantásticas aventuras de las que a continuación hablo.

Había estado en Kingston la mayor parte de las últimas cuatro semanas, alojado en la casa de una viuda muy decente y respetable llamada Srta. Anne Bolles, que, ayudada por sus tres encantadoras y agradables hijas, regentaba una pulcra casa de huéspedes en las afueras de la ciudad.

Una mañana, mientras nuestro héroe sorbía una taza de café, vestido tan sólo en pantalón de pijama, camisa y chaqueta, y en zapatillas, como era costumbre en el lugar, donde la gente intentaba ir lo más fresca posible… pues esa mañana, mientras sorbía su café, la señorita Eliza, la hija más joven, entró y le dio una nota que, según le dijo, le acababa de dar en la puerta un forastero, marchándose rápidamente antes de esperar contestación alguna. Pueden hacerse cargo de la sorpresa de Barnaby cuando abrió el mensaje y leyó lo siguiente:

> SR. BARNABY TRUE.
>
> SEÑOR, aunque no me conoce, yo sí a usted, y le voy a decir esto: si se acerca a Pratt's Ordinary, en Harbor Street, el próximo viernes a la ocho en punto de la noche, y sigue a la persona que le diga: «El *Royal Sovereign* ha llegado», descubrirá una cosa que será de gran provecho para usted. Señor, guarde este mensaje, y muéstreselo a la persona que le diga las palabras arriba citadas, de forma que pueda verificar que usted es el hombre al que busca.

Eso era lo que decía la nota que, por otra parte, no llevaba dirección ni ningún tipo de firma.

La primera sensación que embargó a Barnaby fue de extrema y profunda amenaza. Luego se le ocurrió que tal vez algún astuto granuja, de los muchos que rondaban por aquellos lugares —y los había de la peor calaña—, estaba intentando gastarle una broma pesada. Pero lo único que la señorita Eliza pudo decirle cuando le preguntó qué aspecto tenía el portador de la nota es que se trataba de un hombre alto, corpulento, que llevaba un pañuelo rojo alrededor del cuello y hebillas de cobre en los zapatos, y que tenía el aspecto de ser marino ya que a la espalda le colgaba una larga coleta. Pero, ¡por Dios!, aquella descripción no significaba nada en una ciudad portuaria y llena de gente a la que se podría calificar justo de la misma manera. Así que nuestro héroe guardó la nota en su billetera decidido a enseñársela a su buen amigo el señor Greenfield por la tarde, y pedirle consejo sobre qué hacer al respecto. Así lo hizo, y la opinión del caballero coincidió con la suya: que algún granuja pretendía gastarle una mala pasada y que lo que decía la nota no era más que humo.

Sin embargo, aunque a Barnaby le habían confirmado su opinión sobre la naturaleza del comunicado que había recibido, se propuso llegar hasta el final de todo aquel asunto y decidió estar en Pratt's Ordinary, como pedía el mensaje, en el día y a la hora especificada.

En aquellos tiempos, Pratt's Ordinary era un lugar hermoso y bastante frecuentado, con buen tabaco y el mejor ron que uno pueda probar, y tenía un jardincillo en la parte de atrás, que miraba al paseo marítimo y al puerto, en el que crecía una densa vegetación compuesta por palmeras y helechos rodeados de flores y otras plantas silvestres. Había en aquel jardín unas cuantas mesas, algunas dentro de pequeñas grutas, como en el Vauxhall de Nueva York, iluminadas con lámparas de papel de color rojo, blanco y azul que colgaban de la vegetación; allí acostumbraban ir las damas y los caballeros a sentarse un rato al atardecer y a tomar zumo de lima con azúcar y agua (y a veces alguna bebida un poco más fuerte), y también a contemplar el mar y los veleros bajo la fresca del anochecer.

De tal forma allí fue nuestro héroe, un poco antes de la hora que ponía en el mensaje, y traspasó el recinto y el pequeño jardín, yéndose a sentar a una mesa que estaba al fondo del patio, cerca de la orilla del agua, desde donde no podría ser visto con excesiva facilidad por nadie que llegara. Pidió una botella de ron, agua y una pipa de tabaco, y se dispuso a esperar a los bromistas que suponía vendrían a la cita para ver cómo terminaba su engaño y para disfrutar de su confusión.

Se hallaba muy a gusto en el recinto; la brisa que venía de la costa, que soplaba fuerte y constante, movía las hojas de la palmera que había sobre su cabeza, susurrando y agitándose contra el cielo, donde la luna, casi llena, las hacía brillar como si fueran sables de acero. Las olas rompían contra la pequeña playa que se abría al lado del jardín, con un agradable murmullo nocturno, llenando de reluciente espuma los malecones del puerto. Había muchos navíos anclados en el agua, y por encima de ellos sobresalía la majestuosa silueta de un buque de guerra recortándose contra la luna llena.

Así estuvo sentado nuestro héroe durante casi una hora, fumando su pipa de tabaco y bebiendo *grog*[14] sin percibir absolutamente nada que tuviera que ver con lo que ponía en la nota.

Casi habían pasado treinta minutos de la hora que se indicaba en el mensaje cuando un bote de remos apareció sin previo aviso de entre la noche y se dirigió hacia la pequeña playa que había al lado del jardín para tomar tierra, desembarcando tres o cuatro hombres en medio de la oscuridad. Sin decirse una palabra entre ellos, se sentaron a una mesa cercana, pidieron ron y agua y comenzaron a beber el *grog* en silencio. Llevaban sentados allí casi cinco minutos cuando Barnaby True empezó a sentir que le observaban con enorme curiosidad, y justo entonces uno de ellos, que era evidentemente el jefe del grupo, se dirigió a él:

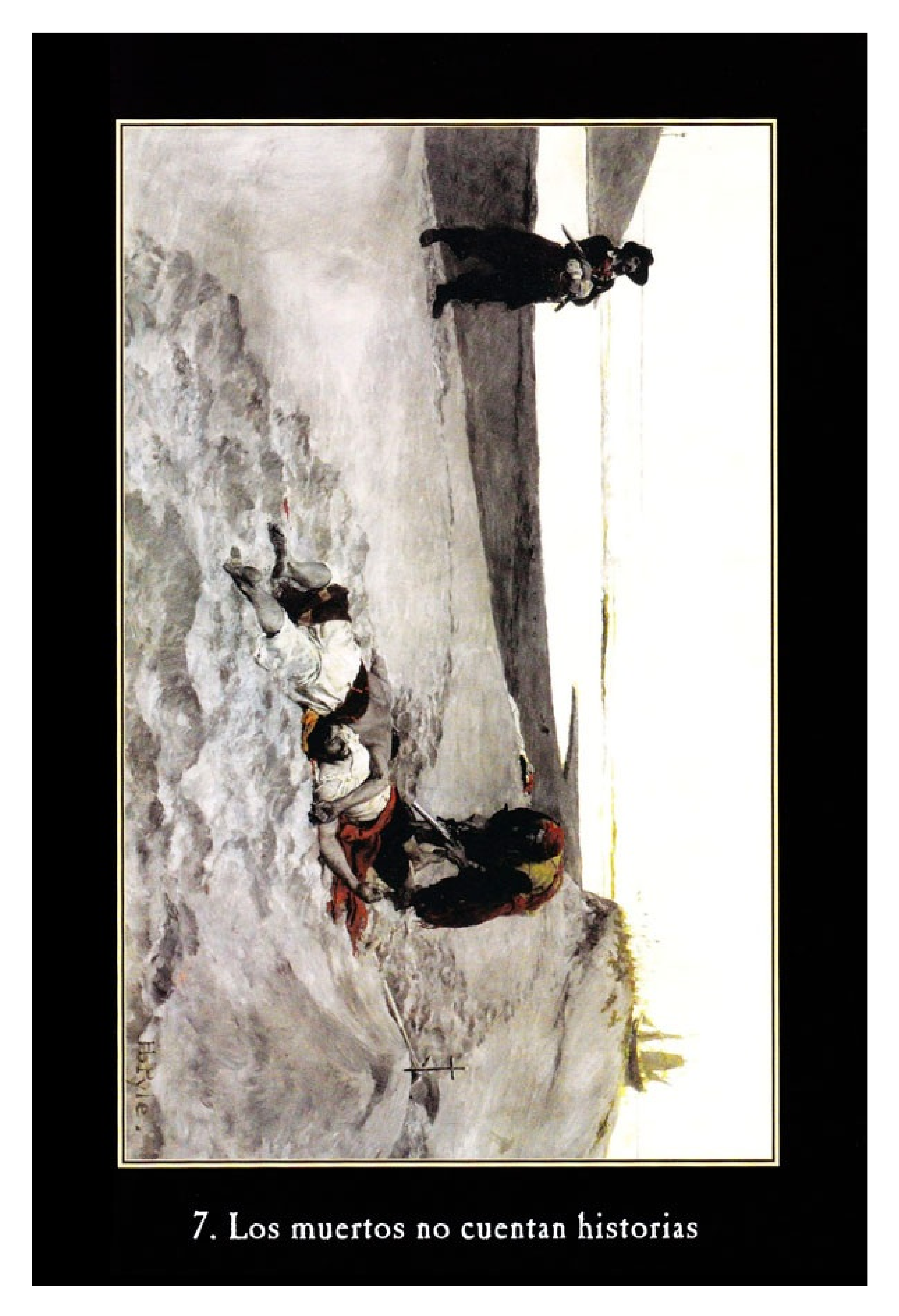
—¡Vamos, compañero! ¿Es que no va a venir a tomarse un trago de ron con nosotros?

—Pues no —contestó Barnaby con toda corrección—. Ya he bebido demasiado y si continúo se me subirá a la cabeza.

—Aun así —apuntó el extraño—. Creo que debería venir y beber con nosotros; pues, a no ser que esté equivocado, usted es el Sr. Barnaby True y yo estoy aquí para

decirle que el *Royal Sovereign ha llegado*.

Debo decir ahora, con toda honestidad, que Barnaby True jamás estuvo más desconcertado en toda su vida que al oír pronunciar esas palabras de forma tan inesperada. Se había preparado para oírlas en unas circunstancias tan diferentes que, ahora que en verdad las había escuchado dirigidas a él y pronunciadas por un perfecto desconocido que, junto con otros, había aparecido de entre la oscuridad de manera tan misteriosa, apenas podía creer que sus oídos no le estuviesen engañando. Su corazón comenzó a latir repentinamente con fuerza y, si hubiera sido un hombre más viejo y sabio, estoy seguro de que habría rechazado la invitación, en vez de saltar de lleno, ciego, en una aventura de la que no conocía ni el principio ni el final. Pero con veintiún años recién cumplidos, y en posesión de un espíritu aventurero capaz de llevarle detrás de cualquier cosa que tuviera algo que ver con el riesgo y el peligro, consiguió decir, con toda la naturalidad del mundo (aunque sólo Dios sabe si se correspondía con la ocasión):



7. Los muertos no cuentan historias

—Bueno, si es cierto, si realmente el *Royal Sovereign* ha llegado, me sentaré con ustedes, ya que me lo piden con tanta amabilidad.

Y acto seguido se dirigió a la otra mesa, llevándose la pipa consigo, se sentó y siguió fumando con toda la naturalidad que podía presentar en semejante ocasión.

—Bien, Sr. Barnaby True —dijo el hombre que le había hablado al principio, tan pronto como Barnaby se acomodó en su sitio, hablando en un tono de voz muy suave, de forma que nadie más pudiera enterarse de lo que estaba diciendo—. Bien, Sr. Barnaby True —le llamaré por su nombre, para que se dé cuenta de que lo conozco, aunque usted no a mí—, estoy muy complacido de que sea lo suficiente hombre como para meterse en este asunto, aunque todavía no conoce realmente de qué trata. Me doy cuenta de que es una persona valiente y merecedora de la buena suerte que va a caer sobre usted esta misma noche. Sin embargo, y antes de nada, debo pedirle que me enseñe un pequeño trozo de papel que usted debe de llevar consigo.

—Por supuesto —dijo Barnaby—. Aquí lo tengo, seguro y a salvo; Véalo usted mismo.

Y acto seguido, sin más palabras, echó mano a su cartera, la abrió y entregó a su interlocutor la misteriosa nota que había recibido un par de días antes. El otro acercó el candil que se encontraba en la mesa para el uso de los fumadores y comenzó a leerla inmediatamente.

Barnaby aprovechó la ocasión para echarle un vistazo más detenido. Era alto y corpulento, llevaba un pañuelo rojo anudado alrededor del cuello y hebillas de cobre en los zapatos, de tal forma que Barnaby True se preguntó si no sería aquel personaje el mismo que le entregó la nota a la Srta. Eliza Bolles en la puerta de la casa de huéspedes.

—Todo está correcto y en regla, como debe ser —dijo el otro, después de levantar los ojos de la nota—. Y ahora que ya he leído el papel —acompañó sus palabras con el movimiento de los brazos—, voy a quemarlo, por la seguridad de todos.

Y así lo hizo, doblándolo y acercándolo a la llama del candil.

—Y ahora —continuó— le voy a decir por qué estamos aquí. He sido enviado para preguntarle si es lo suficientemente hombre como para tomar sus propias decisiones y partir conmigo en ese bote que hay en la playa. Diga «Sí» y saldremos inmediatamente sin perder más tiempo, pues el diablo siempre está en tierra aquí, en Jamaica —aunque usted no sabe a que me refiero—, y si se nos adelanta lo lamentaremos después. Diga «No» y podrá irse por donde vino, y le prometo que jamás volveremos a importunarle con este asunto. Háblenos claro, joven caballero, y díganos qué piensa de todo este asunto, y si está dispuesto a seguir, o no, con la aventura.

Apenas dio nuestro héroe ninguna muestra de duda. No puedo asegurar que su coraje no flaqueara en algún momento; si así fue, juro que no por mucho tiempo, y cuando respondió lo hizo en el más firme de los tonos.

—Puede estar seguro de que soy lo suficiente hombre como para ir con ustedes —dijo—, y puedo cuidar de mí mismo si pretenden hacerme algún daño; y si no pudiera, aquí tengo algo que seguramente me ayudará.

Y metió la mano en el interior del bolsillo de la chaqueta, mostrando la culata de una pistola que había llevado consigo cuando salió de la casa de huéspedes por la

tarde.

Los que estaban sentados a su lado estallaron en un coro de carcajadas.

—Bueno —dijo su interlocutor—, en verdad le sobra valor, y me gusta su espíritu. En cualquier caso, nadie en el mundo diría que tiene menos coraje que yo mismo, pero si tiene que usar esa pistola será mejor que no lo haga contra nosotros, que somos sus amigos, sino contra otro que es más maligno que el mismísimo diablo. Venga, pues, con nosotros; partamos ahora mismo.

De esta manera tanto él, como los otros, que no habían dicho ni una sola palabra en todo ese tiempo, se levantaron de la mesa y, una vez pagadas las consumiciones de la mesa, se encaminaron al bote que seguía amarrado en la playa, al fondo del jardín.

Según iban acercándose, nuestro héroe pudo ver que se trataba de un largo bote de remos tripulado por una decena de negros, con dos faroles en la popa y tres o cuatro ganchos de hierro.

El hombre que había estado hablando con Barnaby True durante todo el tiempo y que con toda seguridad era, como ya se ha dicho, el capitán de la partida, saltó inmediatamente al interior de la embarcación, seguido de nuestro héroe y del resto de los hombres que le acompañaban. Nada más sentarse, empujaron el bote mar adentro y los negros comenzaron a remar alejándose de la costa, hasta llegar cerca de la popa del buque de guerra.

Nadie dijo ni una palabra desde que abandonaran la playa y, a causa del silencio, perfectamente podría tratarse de una tripulación fantasma. Barnaby True estaba demasiado perdido en sus pensamientos como para decir algo, unos pensamientos que cada vez se hacían más serios y preocupantes, llenos de inquietud, entre los cuales aparecía la idea de que podrían llevárselo y nadie volvería a saber nada más de él. En cuanto a los demás, ya nadie parecía tener necesidad de decir nada, ahora que se había embarcado definitivamente en su empresa.

Y de esta forma la tripulación siguió remando en perfecto silencio durante casi una hora, con el jefe de la expedición al mando del timón, dirigiendo el bote a través del puerto en dirección a la desembocadura del Río Cobra. Y es que aquél era su destino, como Barnaby pudo deducir después de una breve ojeada; una estrecha franja de tierra delimitada por una larga hilera de cocoteros (cuya situación conocía muy bien Barnaby) que poco a poco empezaba a brillar más cercana bajo la luz lechosa de la luna. Según llegaban a la desembocadura del río vieron que la marea se arrastraba con fuerza río abajo, de tal forma que mar adentro se formaban olas y remolinos que agitaban el bote mientras la tripulación de negros paleaba con fuerza para superarlos. Pronto llegaron a un sitio cubierto de arena, una pequeña isleta en la que crecía una densa vegetación compuesta de mangos. Pero todos seguían sin decir ni una sola palabra sobre su destino o lo que se traían entre manos.

La noche, ahora que estaban cerca de la costa, se llenó del murmullo del agua arrastrada por la marea baja y el aire estaba lleno del olor de los pantanos y del barro, mientras la luz de la luna lo iluminaba todo y apenas dejaba ver unas pocas estrellas

brillando aquí y allá en el firmamento; todo era tan extraño y misterioso que Barnaby no podía quitarse de encima la sensación de que estaba dentro de un sueño.

Los remeros siguieron inclinándose sobre los remos y el bote se deslizó lentamente entre la tupida vegetación de mangos y salió de nuevo a aguas más despejadas.

En ese momento el jefe de la expedición dijo algo con tono autoritario y los negros dejaron de remar al instante.

Justo entonces Barnaby se dio cuenta atemorizado de que otro bote se deslizaba aguas abajo, dirigiéndose hacia donde ellos estaban, empujado con fuerza por el reflujo de la marea que le arrastraba hacia el puerto, y supo que aquel era el motivo por el cual su interlocutor había ordenado a los hombres que dejasen de remar.

La otra embarcación, o lo que podía discernir de ella en la oscuridad, estaba llena de hombres, algunos de los cuales parecían armados, pues incluso en aquella terrible oscuridad la luz de la luna se reflejaba de vez en cuando en los cañones de los mosquetes y las pistolas, y en el silencio que siguió cuando la tripulación del bote dejó de remar Barnaby True pudo escuchar perfectamente el *chop, chop* de los remos de la otra embarcación según se iba aproximando a ellos en la quietud de las aguas nocturnas. Pero no se podía hacer una idea de lo que significaba todo aquello, ni si los de enfrente eran amigos o enemigos, ni que iba a suceder acto seguido.

Los remeros del bote que se acercaba no cesaron ni por un momento en su tarea, no hasta que estuvieron muy cerca de Barnaby y sus compañeros. Entonces un hombre que estaba sentado a popa ordenó que dejaran de remar y se irguió mientras el resto quedaba inclinado sobre los remos. Al pasar delante, Barnaby True pudo verle con total claridad bajo la luz de la luna que le daba de lleno: se trataba de un hombre alto y corpulento, con un rostro rojizo y redondeado, embutido en una bonita casaca roja. En medio del bote había una cesta o cofre sobre un tronco de madera cortado, cubierto con restos de arena y suciedad. Mientras pasaban, el caballero, que aún permanecía erguido, lo señaló con un elegante bastón que tenía el puño de oro.

—¿Buscabas esto, Abraham Dawling? —dijo, y en su rostro se dibujó una mueca tan maligna y desagradable como Barbaby True no había visto en su vida.

Los otros no contestaron ni una sola palabra, sino que siguieron sentados tan rígidos como las piedras. Y entonces, por fin, cuando el otro bote hubo pasado, su interlocutor pareció volver a la vida y se puso a aullar:

—¡Muy bien, Jack Malyoe! ¡Muy bien! Esta vez te nos has adelantado, pero la próxima será la tercera y entonces nos tocará a nosotros, aunque el mismísimo William Brand salga del infierno para unirse a vosotros.

Esas palabras dijo mientras la otra embarcación se alejaba cada vez más, aunque el caballero que iba en ella no se dignó contestar excepto con una ruidosa carcajada.

Había otro hombre entre la tripulación armada, en la popa del bote que se alejaba; parecía un sujeto cruel y malvado, de grandes mandíbulas y con la cabeza tan lisa como la palma de mi mano. Mientras el bote se deslizaba en la noche río abajo,

empujado por el reflujo de la marea y el palear de los remos, esbozó una sonrisa y la luz de la luna se reflejó en sus enormes dientes. Acto seguido, sacó una gran pistola y dijo unas palabras que Barnaby escuchó con toda claridad:

—Que así sea, pero dame tu palabra de honor y pondré otra bala en la cabeza del hijo de un cocinero de barco.

Sin embargo el caballero le reprendió algo y el bote terminó perdiéndose en medio de la noche mientras Barnaby podía escuchar cómo los hombres que se encontraban a los remos retomaban su tarea, dejándoles solos en el lugar donde se encontraban, sin que nadie dijera una palabra durante un buen rato.

Al rato alguien del bote de Barnaby hizo una pregunta.

—¿Adónde vamos ahora? —dijo.

Entonces el jefe de la expedición pareció volver en sí mismo y logró decir:

—¿Adónde? —exclamó—. ¡Vayámonos todos al diablo! ¿Ir? ¡A donde te dé la gana! ¿Adónde? ¡Volvamos, eso es lo que vamos a hacer!

Acto seguido se puso a jurar y maldecir hasta que la saliva se le empezó a salir por la boca, como si se hubiese vuelto completamente loco, mientras los negros remaban de vuelta al puerto tan rápidamente como podían meter y sacar los remos del agua.

Desembarcaron a Barnaby True al lado de la vieja casa de aduanas, pero estaba tan aturdido y agitado por todo lo que había sucedido, por lo que había visto y por los nombres que había escuchado, que apenas era consciente de todas las cosas y lugares familiares que le rodeaban. Y de esa manera caminó bajo la luz de la luna por la calle que le conducía a la casa de huéspedes, como si estuviera borracho o enfermo; pues «John Malyoe» era el nombre del capitán de la galera *Adventure* —el que había disparado al abuelo de Barnaby— y «Abraham Dawling» el del artillero del *Royal Sovereign*, al que también habían disparado en aquella misma ocasión, y luego había sido abandonado por los asesinos, junto al capitán pirata, bajo la brillante luz del sol.

Toda aquella aventura apenas había durado dos horas, pero daba la sensación de que todo ese tiempo no pertenecía a la verdadera vida de Barnaby, sino a otra totalmente distinta, tan oscura, extraña y misteriosa que no podía tratarse de la suya propia.

En cuanto al cofre cubierto de barro y arena, tan sólo podía hacer suposiciones sobre lo que contenía y sobre el significado último de su encuentro.

De todo aquello nada dijo nuestro héroe, ni una sola palabra de lo que había visto esa noche; se lo guardó en su interior, donde siguió perturbándole durante días y días, sin apenas poder pensar en otra cosa.

El Sr. Greenfield, agente y asesor del Sr. Hartright en aquellos lugares, vivía en una preciosa casa de ladrillo a las afueras de la ciudad, en Mona Road, con su esposa y sus dos hijas, unas vigorosas y simpáticas jovencitas de ojos y cabellos negros, con unos preciosos dientes que podían admirarse siempre que sonreían y otros atractivos no menos evidentes. Barnaby True solía ir bastante como invitado, y en verdad era

todo un placer para él ir de visita a aquella casa, y sentarse en la galería a fumar un cigarro con el noble y viejo caballero, y contemplar las montañas mientras las jóvenes damiselas reían y parloteaban, o tocaban la guitarra y entonaban canciones. A veces Barnaby tenía unas ganas enormes de sincerarse con el anciano y contarle todo lo que le había sucedido la noche que salieron del puerto; pero al final siempre se lo pensaba mejor y dejaba el asunto de lado, dedicándose a apurar su cigarro en silencio durante un buen rato.

Un día o dos antes de que la *Belle Helen* zarpara del puerto de Kíngton, el Sr. Greenfield paró a Barnaby True cuando iba camino de la oficina y le invitó a cenar esa misma noche (pues en los trópicos se desayunaba a las once y se tomaba la cena por la noche, cuando refrescaba, y no a media tarde como hacemos nosotros en latitudes menos calurosas).

—Me he encontrado —dijo el Sr. Greenfield— con su pasajero de honor para Nueva York y con su nieta, para los que están reservados la cabina principal y dos camarotes como ordena esta nota (y se la mostró), el señor John Malyoe y la señorita Marjorie Malyoe. ¿Ha oído hablar alguna vez del capitán Jack Malyoe, señor Barnaby?

Estoy convencido de que por entonces el señor Greenfield no tenía ni remota idea de que Barnaby True era el nieto del capitán Brand, y John Malyoe el asesino de éste, pero cuando pronunció el nombre de aquel personaje, con quien Barnaby se acababa de cruzar en su última aventura y cuyo recuerdo había quedado nítidamente grabado en su cerebro, fue como el detonante que le hizo comenzar a preguntarse un montón de enigmas. Sin embargo pudo contestar, aparentando una total indiferencia, que sí había oído cosas acerca del capitán Malyoe y sobre quién era.

—Bueno —dijo el señor Greenfield—, si Jack Malyoe fue un pirata malvado y asesino, y su sable estaba lleno de sangre, ahora, sin embargo, es Sir John Malyoe, el dueño de una hermosa hacienda en Devonshire. Sí, señor Barnaby, cuando alguien se convierte en caballero y hereda una preciosa propiedad (aunque he oído que está llena de deudas), el mundo hace la vista gorda a su pasado de hace veinte años. Sin embargo, también he oído decir que sus parientes aún lo tratan con frialdad.

Barnaby no contestó a estas últimas palabras, sino que permaneció sentado durante largo rato, fumando pensativamente.

Y entonces, aquella misma noche, Barbaby True se encontró cara a cara por primera vez con el asesino de su abuelo, el hombre más despiadado con el que había estado personalmente en toda su existencia.

Se hallaba en el malecón y había visto de lejos a Sir John Malyoe en medio de la oscuridad; a aquella distancia, le daba la sensación de que jamás había contemplado un rostro tan malvado como el suyo. No es que fuera un hombre feo, pues la nariz y el mentón estaban bien proporcionados, pero sus ojos destacaban como dos esferas rojizas y acuosas, y parpadeaba continuamente, como si le estuviesen escociendo a todas horas; tenía los labios finos y eran de un color rojizo—escarlata, y sus mejillas,

coloradas y gruesas, estaban moteadas, aquí y allá, por pequeños coágulos venosos de color violeta; y, cuando hablaba, su voz sonaba tan cascada y agria que a uno le daban ganas de aclararse la garganta para poder escucharle. Así que, delante de aquel par de manos grandes y blancas, de esa voz ronca y de esos labios tan finos y sobresalientes, a Barnaby True le daba la sensación de que jamás había visto un conjunto de rasgos que le desagradaran más que los del hombre al que observaba.

Y sin embargo, aunque a nuestro héroe le repelía la figura de Sir John Malyoe, la de su nieta, en cambio, a pesar de que era la primera vez que la veía, se le antojaba como la más hermosa y admirable de todas las jóvenes que había conocido. Tenía una piel delicada y fina, labios rojos, el cabello rubio —aunque se lo había empolvado de blanco para la ocasión— y los ojos más azules que Barnaby había contemplado en toda su vida. Una criatura tímida y dulce, que no parecía capaz de pronunciar una sola palabra sin el consentimiento de Sir John, y que daba la sensación de que se echaría a temblar y a encogerse si alguien le dirigía la más mínima mirada. Cuando por fin decía algo, hablaba en un tono de voz tan bajo que uno tenía que prestar toda la atención del mundo si quería enterarse de lo que estaba diciendo, incluso cuando sonreía lo hacía con tal timidez que realmente era difícil saber si estaba o no alegre.

En cuanto a Sir John, se sentó a cenar como un verdadero cerdo, engullendo, masticando y bebiendo como tal criatura, haciendo continuos ruidos con los labios, sin dirigir apenas una palabra a su nieta, a la señoritas Greenfield ni a Barnaby True, con un aire tan hosco y malhumorado como si proclamara: «Vuestras vituallas y bebidas no son nada del otro mundo, pero tengo que comérmelas pues no hay otra cosa». ¡Era un hombre obeso y brutal!

Sólo después de acabada la cena, cuando la joven damisela y las otras dos señoritas se sentaron juntas en un rincón, pudo Barnaby escucharla hablar con cierto relajo. Pronto se hizo más comunicativa y estuvo charlando bastante rato, aunque en tono muy bajo, hasta que de pronto la llamó su abuelo diciéndole, en su agrio y ronco tono de voz, que ya era hora de retirarse. En seguida interrumpió su charla y saltó de la silla, tan asustada como si la hubieran pillado diciendo alguna inconveniencia y fuera a ser castigada por ello.

Barnaby True y el señor Greenfield salieron al exterior para ver a ambos coger su calesa, junto a la cual permanecía uno de los hombres de Sir John con una linterna en alto. ¿Y quién era aquel hombre? ¡Pues no era otro que aquel villano de la cabeza rasurada que estuvo a punto de disparar sobre el líder de la expedición de la que había formado parte la noche anterior! Barnaby True le había reconocido cuando la luz de la linterna le dio de lleno en la cara y sus ojos se encontraron con los de él. Aunque no debía de conocer a nuestro héroe, le miró de la manera más descarada y familiar que uno pueda imaginarse, sin dignarse llevar la mano al sombrero en señal de saludo a él o al señor Greenfield; nada más entrar su jefe y la joven dama en la calesa, cerró la puerta y subió al asiento del conductor, partiendo sin decir ni una palabra, pero dirigiendo otro vistazo descarado a Barnaby y al viejo caballero.

Ésas eran las maneras de aquellos dos, el dueño y el criado, y lo que Barnaby pudo ver entonces pronto se confirmó en posteriores encuentros: la pareja más malvada que nunca había conocido; aunque, Dios lo sabe, lo que más adelante les tocó en suerte bien puede apaciguar todas las quejas contra ellos.

Al día siguiente, las pertenencias de Sir John Malyoe comenzaron a ser cargadas a bordo de la *Belle Helen*, y al atardecer el magro y maligno criado subió dando saltos por la plancha de madera del barco con la agilidad de una cabra, seguido por dos negros que cargaban un enorme cofre de marino.

—¡Vaya! —gritó—, ¿usted es el sobrecargo? Pensé que era algo más cuando ayer noche le vi hablando de igual a igual con Su Honorable. Bueno, no importa; en este negocio hay que ser enérgico, aunque me parece demasiado elegante y joven para ser sobrecargo. Vamos, écheme una mano, a ver si puede ayudarme a poner en orden la cabina de Su Honorable.

¿Cómo se atrevía aquel sujeto a dirigirse a el de aquella manera? Barnaby True se tenía en gran estima y era todo un caballero; os podéis imaginar que el descaro de aquel villano sólo podía tener una contestación posible.

—Encontrará al camarotero por ahí —contestó—. Él le mostrará sus aposentos.

Acto seguido se dio la vuelta, alejándose con gran dignidad y dejando al otro sujeto clavado en donde estaba.

Cuando entró en su propio camarote pudo ver, por el rabillo del ojo, que el villano seguía en el mismo sitio en el que le había dejado, y que le observaba con una expresión maligna y malevolente; de tal forma pudo darse cuenta de que se había hecho un enemigo para el viaje, y que no sería prudente olvidar, ni perdonar, aquella mirada clavada en su persona.

Al día siguiente, el propio Sir John Malyoe llegó a bordo, acompañado de su nieta, y seguido por su hombre de confianza y por cuatro negros cargados con dos baúles, no demasiado grandes pero sí enormemente pesados, sobre los cuales tanto Sir John como el devoto criado parecían tener el mayor cuidado e interés para que fueran llevados con toda presteza al camarote que iba a ocupar. Barnaby True se hallaba en la cabina de mando cuando pasaron por su lado, pero aunque Sir John Malyoe le miró con dureza directamente a la cara, no dijo ni una sola palabra, ni dio muestras de saber quién era nuestro héroe. Ante aquello el criado, que lo había visto todo con los ojos de un felino, se puso a sonreír y burlarse ante la visión de la figura de Barnaby, que parecía tan insignificante.

La joven dama, que también se había dado cuenta de la escena, se puso toda colorada, y luego, cuando pasó delante, miró a nuestro héroe, inclinó un poco la cabeza y le dirigió una dulce sonrisa cargada de amabilidad; pero en seguida recobró la compostura, como si estuviera asustada por lo que acababa de hacer.

Aquel mismo día zarpó la *Belle Helen*, con el tiempo más bueno y encantador que uno pueda desear.

Sólo había dos pasajeros más a bordo, el reverendo Simon Styles, maestro de una

próspera academia en Ciudad Española, y su esposa, una pareja agradable y eminente pero muy reservada, que solían sentarse juntos a leer en la cabina principal; de esta manera, y ya que Sir John Malyoe permanecía casi todo el tiempo en su camarote al cuidado de los dos baúles tan preciados para él, recayó en Barnaby True la tarea de distraer a la joven dama, cosa que le agradaba sobremanera, como puede imaginarse. Pongamos juntos día tras día, durante semanas, a un hombre vigoroso y valiente de veintiún años y a una dulce y bella damisela de diecisiete, un tiempo agradable y cálido, como ya he dicho, y el navío sacudiéndose suavemente al compás de las olas, empujado por una brisa cantarina que levanta pequeñas manchas de blanca espuma en la superficie del mar, sin nada que hacer excepto permanecer sentados contemplando el azul del océano y de los brillantes cielos por encima de sus cabezas; no es difícil imaginar qué va a suceder, y el placer que Barnaby True experimentaba en su compañía.

¡Ah, aquellos días en lo que uno es joven y, para bien o para mal, cae rendido al amor! ¡Cuántas veces durante aquel viaje permaneció nuestro héroe en vela acostado en su litera, pensando sin poder conciliar el sueño y, aunque lo intentaba, no podía dejar de pensar en ella y se quedaba mirando la oscuridad con los ojos abiertos!

¡Pobre infeliz! Debía haberse dado cuenta de que aquel estado de felicidad tenía que terminar muy pronto. Pues, ¿quién era él para interesarse por la nieta de Sir John Malyoe? Él, un simple sobrecargo de un barco mercante y ella, la nieta de un magnate.

Sin embargo, todo siguió de manera agradable y placentera hasta un atardecer en el que las cosas cambiaron de repente. Barnaby y la joven habían estado juntos bastante rato aquella tarde, apoyados en la baranda y contemplando cómo se iba oscureciendo el mar por occidente, donde aún brillaba las brasas del crepúsculo. Ella había estado muy callada y triste todo el rato, pero de pronto, sin venir a cuento, empezó a hablar a Barnaby acerca de sí misma. Le dijo que iba con su abuelo a Nueva York y que desde allí se dirigirían a la ciudad de Boston, donde iban a encontrarse con su primo, el capitán Malyoe, que estaba acuartelado en aquel sitio. Luego siguió diciéndole que el capitán Malyoe era el heredero de la hacienda de Devonshire, y que tenía que casarse con él en otoño.

¡Pobre Barnaby! ¡Qué infeliz había sido! Cuando ella empezó a hablar del capitán Malyoe en seguida supo lo que iba a decirle. Pero ahora que se lo había contado, no acertaba a decir nada, y se quedó mirando el océano mientras el aire le raspaba la garganta con cada inspiración. Ella, pobrecilla, siguió diciendo, en un tono de voz apagado, que le había atraído mucho desde el primer momento en que le vio, y que había sido muy dichosa durante todos aquellos días, y que siempre pensaría en él como un amigo muy querido que la había tratado con gran cariño, a ella que tan poco placeres había tenido en su vida, y que siempre estaría en sus pensamientos.

Después ambos quedaron en silencio, hasta que al fin Barnaby pudo decir, con voz entrecortada y ronca, que el capitán Malyoe era un hombre muy afortunado y que

si él estuviera en el lugar del capitán Malyoe sería la persona más dichosa de la tierra. Y así, una vez pudo hablar, dio rienda suelta a su lengua y empezó a decirle, con la mente obnubilada, que él también la amaba y que lo que le había contado le rompía el corazón y le hacía sentirse el hombre más miserable, infeliz y desgraciado del mundo.

Ella no se enfadó ante sus palabras, ni se volvió a mirarle, tan sólo dijo, con voz muy queda, que no debía decir esas cosas porque serían perjudiciales para los dos y que, sintiera lo sintiera, tenía que obedecer las órdenes de su abuelo, pues realmente era un hombre terrible.

Ante aquello Barnaby True se limitó a repetir que la amaba con todo su corazón, que ya no tenía ninguna esperanza y que ahora era el hombre más miserable de la tierra.

En ese preciso momento, tan trágico para Barnaby, alguien que había estado oculto cerca de ellos todo el rato hizo un repentino movimiento y Barnaby True pudo ver entre la oscuridad creciente que se trataba del malvado sirviente de Sir John Malyoe y supo que había estado escuchando todo lo que se habían dicho.

El sujeto se fue directo al camarote principal y el pobre Barnaby, confuso y preocupado, se quedó mirándole, sintiendo que ahora sí que había caído sobre él el último grano de la desdicha.

La joven no pudo ver al sirviente, ya que seguía apoyada en la barandilla, y Barnaby True se quedó quieto a su lado, acosado por un tumulto de pasiones y sentimientos que lo confundían, con el corazón batiendo alocadamente en su pecho.

Así permanecieron no mucho tiempo más cuando, de repente, Sir John Malyoe salió corriendo de su camarote, sin el sombrero pero llevando en la mano su bastón de puño dorado, y se dirigió directamente hacia el lugar en el que se encontraban Barnaby y la joven, con el malvado espía pisándole los talones y sonriendo como un diablo.

—¡Desvergonzada! —gritó Sir John, tan pronto como estuvo lo suficientemente cerca, con tal vozarrón que todo el mundo en cubierta podía oír sus palabras, y mientras hablaba blandía su bastón de un lado a otro, a punto de golpear a la joven que, asustada, retrocedía por la cubierta como si fuera a echar a correr en cualquier momento.

—¡Desvergonzada! —volvió a gritar entre juramentos, demasiado horribles como para ser reproducidos en esta página—. ¿Qué estás haciendo aquí con este sobrecargo yanqui? No es digno de una dama… ¡Vuelve al camarote, desvergonzada (aunque esta vez dijo algo peor), antes de que te azote los hombros con este bastón!

Pero en el estado de agitación en el que se encontraba Barnaby, en quien se mezclaban pasión, amor y desesperación, y con la rabia que le produjo esta escena, cualquier hombre puede perder el control de sus actos. Sin saber apenas lo que hacía, agarró a Sir John Malyoe a la altura del pecho y le empujó violentamente hacia atrás, recriminándole a gritos, con una voz fuerte y ronca, el trato que le había dado a la joven, diciéndole que si continuaba en su actitud le quitaría el bastón de las manos y

lo arrojaría por la borda.

Sir John se tambaleó debido al empujón que le había dado Barnaby, pero en seguida recuperó la compostura. Acto seguido, profiriendo un aullido, se dirigió corriendo hacia nuestro héroe con el bastón en alto, y estoy seguro de que lo habría usado contra el (sólo Dios sabe que hubiera sucedido entonces) de no ser porque su criado le sujetó y le hizo retroceder.

—¡Hágase a un lado! —gritó nuestro héroe, lleno aún de rabia—. ¡Apártese! ¡Si me golpea con ese bastón le arrojaré por la borda!

Con el ruido de los gritos y el retumbar de las pisadas, algunos miembros de la tripulación salieron corriendo a cubierta, entre ellos estaban el capitán Manly y su primer oficial, el señor Freesden, que salieron en seguida de la cabina de mando. Pero Barnaby, que por entonces había perdido completamente el control, no fue capaz de parar.

—Quién se cree que es —gritaba— para intentar golpearme e insultarme de esa manera. ¿Se cree mejor que yo? ¡Ni se le ocurra pegarme! Puede que sea capaz de disparar a un hombre por la espalda, como ya lo hizo con el pobre capitán Brand en río Cobra[15], pero no pretenda golpearme cara a cara. ¡Sé quién es y sé qué clase de persona es!

Por entonces Sir John Malyoe había cesado en sus intentos de golpear a Barnaby, pero aún se le veía agitado y sus ojos saltones parecían a punto de salirse de las órbitas.

—¿Qué es todo esto? —gritó el capitán Manly mientras se abría paso entre los hombres acompañado del señor Freesden—. ¿Qué está sucediendo?

Pero, como ya he dicho, nuestro héroe era incapaz de contenerse hasta que no escupiese todo lo que tenía que decir.

—Ese maldito desgraciado me ha insultado, y también a la joven dama —gritó, lleno de rabia y pasión—, y después ha intentado golpearme con su bastón. Pero sé quién es y sé lo que es. Sé lo que guarda en esos dos cofres que tiene en su camarote, en dónde los ha encontrado y a quién pertenecen. Los sacó de las playas de la desembocadura del río Cobra; no tengo más que abrir la boca y decir todo lo que sé.

El capitán Manly puso la mano encima del hombro de nuestro héroe y comenzó a sacudirle con tanta fuerza que apenas le dejaba mantenerse en pie, diciéndole al mismo tiempo que se callase.

—¿Qué es lo que hace? —le gritó—. ¡Usted es un oficial a mi mando que se está peleando con uno de mis pasajeros! Vaya inmediatamente a su camarote y no salga hasta que yo le dé permiso.

Ante estas palabras, Barnaby volvió repentinamente a sus cabales.

—¡Pero, capitán, ha intentado golpearme con su bastón —gritó—, y eso no se lo consiento a ningún hombre!

—No importa lo que haya hecho —dijo el capitán Manly con severidad—. Váyase a su camarote, como le he ordenado, y quédese allí hasta que yo le diga, y en

cuanto lleguemos a Nueva York me ocuparé de informar personalmente a su padre adoptivo de su comportamiento. No pienso consentir esta clase de disputas a bordo de mi barco.

Barnaby True miró a su alrededor, pero la joven había desaparecido. Debido a la ceguera producida por su frenesí ni tan siquiera se había dado cuenta del momento en el que se había ido. En cuanto a Sir John, permanecía erguido a la luz de un farol, con el rostro del color de la ceniza, y creo que si las miradas matasen, la que en esos momentos dirigía a Barnaby True le habría hecho caer a plomo en el mismo lugar en el que se encontraba.

Después de que las sacudidas del capitán Manly hicieron recuperar el juicio a Barnaby, pobre infeliz, se dirigió a su camarote, tal y como se le había ordenado, cerró la puerta tras de sí y se tumbó en su litera sin desvestirse, cayendo en un profundo estado de humillación y desesperanza.

Así permaneció un rato no muy largo, creo, mirando las tinieblas, hasta que poco a poco, a causa del sufrimiento y la angustia, cayó en un sueño ligero, casi una vigilia, siendo constantemente acosado por las más vívidas y desagradables pesadillas que perturbaban su descanso unos instantes hasta que se quedaba de nuevo dormido.

Sucedió justo en medio de una de esas pesadillas, cuando se irguió de repente despertado por el estallido de un disparo de pistola, seguido de inmediato por varios pistoletazos más, seguidos a su vez de un golpe sordo y unos chirridos estridentes, y ruidos de pasos que corrían en dirección a la cabina de mando. Luego sobrevino una marabunta de voces aullantes en la cabina y el ruido de cuerpos que eran arrojados fuera, empujados con violencia entre los mamparos. En ese preciso instante se oyeron gritos de mujer y una voz, la de Sir John Malyoe, que aullaba con todas sus fuerzas:

—¡Villanos! ¡Malditos villanos!

Acto seguido estalló un súbito pistoletazo en el interior de la cabina de mando.

Barnaby se puso en pie de inmediato y, a toda prisa, después de coger una de las pistolas que colgaban de la cabecera de su lecho, se precipitó en el interior de la cabina de mando, que estaba tan oscura como la noche, ya que las linternas que solían iluminarla habían desaparecido o estaban rotas. El recinto, envuelto en espesas tinieblas, estaba lleno de gritos y de un barullo enorme salpicado de cuando en cuando por estridentes chillidos femeninos que salían de la propia cabina principal y del camarote anexo. Casi de inmediato Barnaby se tropezó con dos o tres hombres que estaban enzarzados en una pelea sobre la cubierta y que le hicieron caer al suelo y perder la pistola; sin embargo, pudo recuperarla en seguida.

No sabía que significaba todo aquel tumulto, pero pudo oír la voz del capitán Manly gritando:

—Pirata sanguinario, ¿quieres estrangularme hasta la muerte?

De inmediato se dio cuenta de lo que estaba sucediendo: habían sido atacados por los piratas al cubierto de la noche.

Miró hacia las escalerillas y pudo ver, recortándose contra las tinieblas del

exterior, la negra figura de un hombre que permanecía tan quieta como una estatua en medio de la refriega y supo, instintivamente, que debía pertenecer al instigador de aquella malvada trampa. Aún arrodillado en la tablazón de la cubierta, apuntó al pecho de la tenebrosa y negra figura y, acto seguido, apretó el gatillo.

En medio del resplandor rojizo que sobrevino, y tras el retumbante estallido del disparo, Barnaby vio, resplandeciendo en la oscuridad, un rostro flaco y difuso con ojos de pez, una frente huesuda y magra en la que destacaba, en uno de sus lados, lo que parecía ser una gran mancha de sangre, un sombrero lleno de adornos de encaje dorados, un pañuelo rojo anudado alrededor del cuello y el resplandor de unos botones de latón. Acto seguido, la oscuridad volvió a cubrir la escena de tinieblas.

Pero justo en ese instante se oyó la voz de Sir John Malyoe gritando:

—¡Dios mío! ¡Es William Brand!

Luego se produjo el sonido de alguien que caía pesadamente al suelo.

Barnaby recobró la visión de nuevo y pudo distinguir a la oscura y difusa figura que aún permanecía erguida en el mismo lugar en el que la vio por primera vez, y de esta forma descubrió algo en ella que antes se le había pasado por alto, algo de una esencia tan sobrenatural que las simples balas no podrían hacerla daño. Aunque lo que contemplaba Barnaby en aquellos momentos realmente era una aparición, la veía con mayor claridad que a cualquiera de los seres humanos que solía ver día a día.

Aquello fue lo último que pudo recordar nuestro héroe, pues acto seguido —ya fuera por accidente o por los designios del destino— alguien le propinó un golpe en un costado de la cabeza con tal violencia que pudo ver cientos de estrellas bailando delante de sus ojos antes de caer a plomo envuelto en dolor.

Cuando Barnaby True recuperó el conocimiento, se dio cuenta de que alguien estaba cuidándole con gran destreza y cariño, alguien que pasaba un pañuelo mojado de agua por su frente y que le había vendado cuidadosamente su herida con la habilidad de un médico.

Al principio fue incapaz de recordar todo lo que había sucedido, hasta que abrió los ojos y se encontró en un camarote extraño, bellamente decorado y con las paredes pintadas de blanco y oro; la luz de la lámpara brillaba en sus ojos y se mezclaba con los rayos grises del alba que entraban por la claraboya. Había dos hombres inclinados sobre él: un negro que vestía una camiseta de rayas y llevaba un pañuelo amarillo alrededor de la frente y unos aretes de plata en las orejas, y un hombre blanco vestido con extraños ropajes de aspecto extranjero, un gran mostacho que sobresalía por encima de la boca y unos pendientes de oro.

El último había sido el encargado de curar la herida de Barnaby con gran mimo y dulzura.

Todo esto fue lo primero que vio Barnaby tras recuperar la conciencia después de su desmayo. En seguida, después de recordar cómo le habían golpeado, sintiendo que su cabeza le dolía como si estuviera a punto de partirse en pedazos, volvió a cerrar de nuevo los ojos, haciendo un gran esfuerzo para no quejarse por el dolor,

preguntándose con qué clase de piratas se había enfrentado, unos sujetos que eran capaces de golpear en la cabeza a un hombre sin ningún tipo de miramientos y que luego se tomaban la molestia de devolverle a la vida y procurarle todos los cuidados y atenciones posibles.

No intentó abrir de nuevo los ojos sino que permaneció con los párpados cerrados hasta que sintió que alguien le ajustaba el vendaje de la cabeza. En ese instante volvió a abrirlos para preguntar quiénes eran sus cuidadores.

Sin embargo, bien porque no sabían la lengua inglesa o porque no querían hablar, ninguno de los dos le respondió con palabras sino por medio de extraños signos; el hombre blanco, al darse cuenta de que Barnaby podía hablar y de que era dueño de nuevo de sus acciones, asintió tres o cuatro veces con la cabeza, mostró el brillo de sus blancos dientes al dibujarse una sonrisa en su rostro y luego señaló con el dedo en dirección a la sala que había más allá. Al mismo tiempo el negro cogió la chaqueta de nuestro héroe y le hizo señas para que se la pusiera. Barnaby se dio cuenta de que querían que viese a alguien que estaba fuera y se levantó con grandes esfuerzos, dejando que el negro le ayudara a ponerse la chaqueta, sintiéndose aún dolorido e inseguro bajo sus dos piernas, con la cabeza latiéndole como si estuviera a punto de partirse en dos mitades, y todo ello aumentado por los intensos cabeceos y balanceos del navío, que parecía navegar bajo los efectos de una fuerte marejada.

Y así, aún mareado y dolorido, entró en lo que realmente parecía ser una sala muy hermosa, pintada de blanco y oro como la cabina que acababa de abandonar, amueblada con gran gusto, con una mesa de caoba pulida muy reluciente que abarcaba casi toda la longitud de la habitación y un importante número de botellas, y vasos de cristal puro, colocados en fila sobre una estantería superior.

A la cabecera de la mesa, de espaldas a nuestro héroe, se hallaba sentado un hombre envuelto en un llamativo chaquetón de marinero, con un pañuelo rojo alrededor del cuello, las piernas estiradas y fumando tranquila y cómodamente una pipa de buen tabaco.

Mientras Barnaby se acercaba el hombre se dio la vuelta, ante los ojos asombrados de nuestro héroe, y sus facciones se hicieron visibles a la luz de la lámpara mientras la luz de la aurora comenzaba a entrar por el tragaluz, revelando el rostro del personaje que había conducido la misteriosa expedición nocturna que había salido del puerto de Kingston hacia el río Cobra.

El hombre miró detenidamente a Barnaby True durante unos momentos y después estalló en carcajadas; y, en verdad, ver a Barnaby de pie con el aparatoso vendaje en la cabeza y la expresión de asombro que apareció en su rostro tras descubrir quién era el pirata en cuyas manos habían caído, daba a toda aquella escena un aire bastante jocoso.

—Bueno —dijo el otro—, por fin puede tenerse en pie, y sin gran perjuicio por lo que veo. ¿Cómo se siente ahora, querido muchacho?

Barnaby no respondió al instante sino que, asombrado y dolorido, se sentó a la

mesa enfrente de su interlocutor, el cual puso una botella de ron a su lado, junto con uno de los vasos de la estantería que colgaba encima.

Esperó a que Barnaby llenara el vaso y tan pronto como lo hizo empezó a hablar.

—Supongo que pensará que se le ha tratado con gran brusquedad la pasada noche. Pues bien, es cierto, aunque no sé absolutamente nada de quién fue el que le propinó ese golpe en la cabeza. Siento que se le haya tratado con tan pocos miramientos, pero hay mucho que decir y, puede creerme, le aseguro que sólo le deseo lo mejor y espero que pronto se dará cuenta de ello.

Hizo una pausa para sorber un trago de *grog* y continuó con lo que tenía que decir:

—¿Recuerda —dijo— la expedición que emprendimos desde el puerto de Kingston hace unas cuantas noches y lo contrariados que estábamos?

—Claro —dijo Barnaby—, no creo que pueda olvidarla fácilmente.

—¿Y recuerda lo que le dije a ese villano, Jack Malyoe, cuando su bote se cruzó con el nuestro aquella noche?

—No estoy seguro —replicó Barnaby True—, pero si me lo repite sabré que responderle.

—De acuerdo —contestó el otro—. Dije que aquel miserable ya nos había robado una vez pero que la próxima las cosas cambiarían, aunque el mismísimo William Brand tuviera que regresar del infierno para solucionar el problema.

—Sí, recuerdo algo parecido —dijo Barnaby—, ahora que lo menciona, sin embargo sigo sin entender qué significa todo esto.

El otro le observó detenidamente durante un rato con la cabeza ladeada y los ojos entornados. Luego, como si estuviera muy complacido, estalló en una carcajada.

—Mire aquí —dijo— y le enseñaré algo.

Se echó hacia un lado y descubrió dos pequeños cofres de viaje con cierres de latón, tan parecidos a los que Sir John Malyoe había subido a bordo en Jamaica que Barnaby estaba casi seguro de que debían de ser los mismos.

Nuestro héroe sentía muchos recelos sobre el contenido de aquellos dos cofres, y estos recelos habían aumentado cuando vio las molestias que Sir John Malyoe se tomaba en su cuidado y cómo su rostro se había puesto lívido, con una expresión maligna y asesina, si se le preguntaba por ellos. Pero, ¡Dios!, Barnaby True no se esperaba lo que vieron sus ojos cuando aquel sujeto levantó las tapas de los cofres —cuyos cierres ya habían sido forzados— y, abriendo primero una y luego la otra, ¡apareció ante la atónita mirada de Barnaby un inmenso tesoro de plata y oro! La mayor parte estaba envuelto en sacos de cuero, aunque había muchas monedas, grandes y pequeñas, blancas y doradas, amontonadas en el fondo como si fueran judías, de tal forma que los saquitos de cuero estaban casi al borde de los cofres.

Barnaby volvió a sentarse totalmente aturdido ante lo que contemplaban sus ojos; aunque no estoy seguro de si era capaz o no de respirar, lo que sí puedo decir con absoluta certeza es que permaneció sentado mirando el tesoro como si estuviera

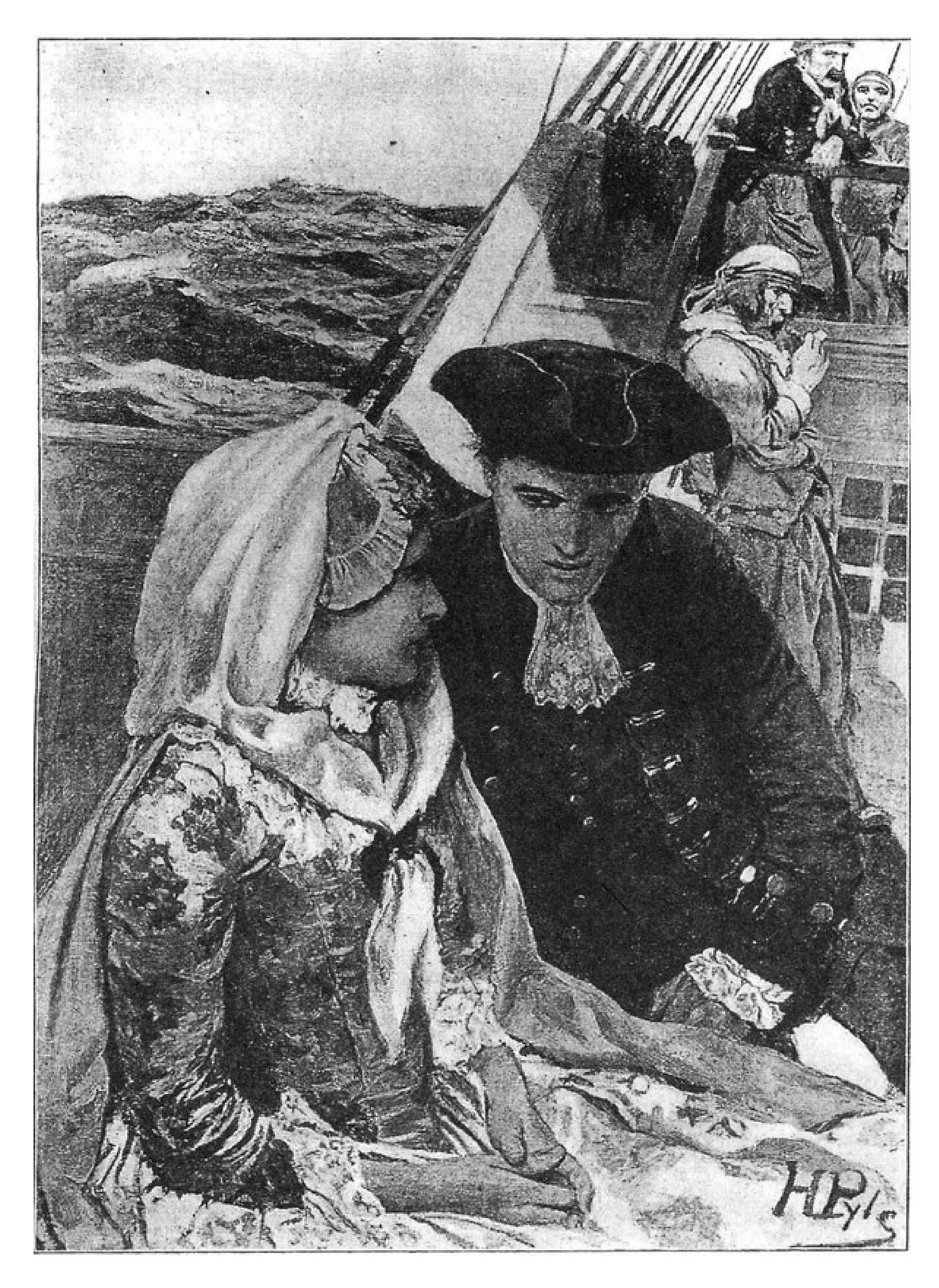
hipnotizado, hasta que, al poco rato, el otro volvió a cerrar las tapas de los cofres y estalló de nuevo en carcajadas, haciéndole recobrar la conciencia de golpe.

—Bueno, ¿qué opina de todo esto? —preguntó—. ¿No es fortuna suficiente como para que un hombre se haga pirata? Sin embargo, no es sólo para mostrarle estos cofres por lo que le he hecho esperar aquí tanto tiempo, sino también para decirle que no es usted el único pasajero a bordo, que hay otra persona que quiero confiarla a su cuidado y protección, de acuerdo a las órdenes que he recibido; así que, si está listo, señor Barnaby, se la presentaré ahora mismo.

Hizo una pausa, como esperando algún tipo de respuesta por parte de Barnaby, pero al no recibir ninguna por parte de nuestro héroe se levantó, recogió la botella de ron y los vasos y cruzó la sala en dirección a una puerta similar a la que Barnaby había atravesado unos momentos antes. La abrió y, después de permanecer un rato en el umbral intercambiando unas breves palabras con alguien que se encontraba en el interior, hizo salir a una joven dama que entró en la sala lentamente mientras Barnaby seguía sentado a la mesa.

Se trataba de la señorita Marjorie Malyoe. Estaba pálida y miraba a todos lados con gran asombro, como si estuviera sorprendida ante el desarrollo de los acontecimientos.

Barnaby True jamás podrá decir si el extraño viaje que tuvo lugar a continuación fue largo o corto, si duró tres días o más de diez. Si queréis haceros una idea, pensad en dos personas de carne y hueso moviéndose y viviendo continuamente como en una especie de sueño o pesadilla, sin embargo tan felices el uno con el otro que el universo que les rodea no tiene ninguna importancia para ellos. ¿Quién puede decir en tales circunstancias si el tiempo transcurrido es corto o largo? ¿Acaso un sueño se puede medir en términos de largura y cortedad?



El barco en el que navegaban era un bergantín de buen tamaño y sólida construcción, gobernado por una tripulación numerosa, la más rara y extravagante que Barnaby había visto jamás; algunos hombres eran blancos, otros amarillos, otros negros, y todos ellos vestidos con prendas de colores llamativos, con pendientes y aros de oro en las orejas, algunos llevaban enormes mostachos, otros tenían pañuelos atados alrededor de la frente, y todos hablaban un lenguaje del que Barnaby no era capaz de entender ni una sola palabra, pero que bien podía ser portugués por una o

dos frases que había escuchado. Tampoco esta extraña, misteriosa tripulación de Dios sabe dónde, parecía prestar mucha atención a lo que él, o la joven dama, hacían en el barco. A veces les observaban desde algún rincón con sus ojos amarillos, pero eso era todo; por lo demás, parecían criaturas salidas de una pesadilla nocturna. Sólo el capitán de la estrafalaria tripulación intercambiaba a veces unas pocas palabras con Barnaby para hablar acerca del estado del tiempo cuando ambos se encontraban en la salita para tomar un vaso de *grog* o fumar una pipa de tabaco, antes de que el pirata volviera a sus tareas en cubierta. Así que nuestro héroe y su joven compañera tenían libertad plena para hacer lo que quisieran, y nadie se interponía en sus andanzas.

Ella no mostraba ningún síntoma de miedo o preocupación, sólo al principio estuvo como aturdida y asombrada por todo lo que la estaba sucediendo. En realidad, creo que su abuelo, esa bestia salvaje, había aplastado su personalidad con tal violencia y despotismo que ya nada de lo que pudiera sucederle la afectaba como lo haría con otras personas de vivencias más normales.

Pero sólo fue al principio, pasado un tiempo su rostro empezó a adoptar un aspecto franco y limpio, como si de él emanara una luz blanca, y se solía sentar muy quieta y tranquila, dejando que Barnaby la mirase directamente a los ojos; y así durante mucho tiempo, un rostro claro en el que se entreabrían unos labios sonrientes, y ambos, como debe ser, apenas respiraban, contentándose con escuchar, como si lo hicieran desde un remoto lugar, la extravagante jerga que usaba la tripulación mientras hablaban bajo un sol cálido y brillante, o los crujidos de las correderas y los aparejos al ser cazadas las velas.

¿Es de extrañar pues que, en estas circunstancias, Barnaby True no supiera con exactitud si el viaje había sido largo o corto?

Podían haber seguido navegando en ese maravilloso crucero por siempre jamás. Imaginaos lo sorprendido que se sintió Barnaby cuando, tras subir a cubierta una mañana, se dio cuenta de que el bergantín estaba amarrado y con el ancla echada en las cercanías de Staten Island[16], enfrente de una pequeña aldea marinera, a la vista de los familiares tejados y chimeneas de la ciudad de Nueva York, que sobresalían por encima del agua.

Era el último lugar de la tierra que esperaba contemplar.

Y, en verdad, resultó bastante extraño permanecer anclados todo el día en aquel lugar de Staten Island, con la ciudad de Nueva York tan cercana y, sin embargo, tan inalcanzable. Pues, aunque deseasen escapar, tanto él como la joven se daban cuenta de que eran vigilados muy de cerca, como si ambos fueran prisioneros y estuvieran atados de pies y manos; de manera que parecía imposible cualquier tipo de huida.

Durante todo aquel día hubo un extraño ir y venir de hombres por las cubiertas del bergantín, y al atardecer un bote puso rumbo a la pequeña aldea, llevando a bordo al capitán y un gran bulto cubierto con una tela alquitranada en la popa. Barnaby no sabía que era lo que llevaban a la aldea, pero lo cierto es que el bote no regresó hasta el crepúsculo.

El sol acababa de ser engullido por las aguas cuando el capitán puso los pies de nuevo en la cubierta y, encontrándose allí con Barnaby, le hizo señas para que le siguiese a la salita, en donde ya estaba sentada la joven; la violenta luz del crepúsculo entraba por el tragaluz, dándole un aspecto de una belleza resplandeciente.

El capitán ordenó a Barnaby que tomara asiento, pues tenía que decirle algo; en cuanto Barnaby se sentó, al lado de la joven dama, comenzó a hablar con gran seriedad, y vino a decir algo parecido a esto:

—Aunque usted, señor, crea que soy el capitán de este bergantín, en realidad está equivocado, pues tan sólo cumplo órdenes, y me he limitado a llevarlas a cabo en todas las acciones que he emprendido hasta ahora.

Una vez dicho esto, a manera de prólogo, continuó con su explicación, contándoles que sólo había una orden que aún le quedaba por obedecer, y que era la más importante de todas. Dijo que Barnaby y la joven no habían sido trasladados de la *Belle Helen* por capricho, sino que todo había sido planeado por un hombre mucho más inteligente que él y a quien debía obedecer en todo lo que le ordenase. Dijo que esperaba que, tanto Barnaby como la joven, llevasen a cabo con gusto la tarea que se les iba a encomendar, pero que, quisieran o no quisieran, deberían hacerla, pues eran las órdenes de alguien al que jamás debía cuestionarse.

Es de suponer el asombro de nuestro héroe al escuchar semejantes palabras pero, fueran cuales fueran sus expectativas, ni sus suposiciones más delirantes se acercaron a lo que realmente se le demandó.

—Mis órdenes son éstas —siguió el otro—: Debo llevarles a la playa a usted y a la joven, y asegurarme de que se unen en matrimonio antes de dejarles partir; y, para que todo se desarrolle adecuadamente, un sacerdote honesto y bueno, que vive en la aldea y que ya ha sido puesto al corriente, está, sin lugar a dudas, esperando su llegada. Ésas son mis órdenes, y esta tarea es la última que se me ha encomendado, así que les dejo solos cinco minutos para que puedan hablar del asunto, pero apresúrense pues, lo quieran o no, la orden debe ser llevada a cabo.

Sin más preámbulos salió de la habitación, dejándoles solos tal y como había prometido; Barnaby estaba rígido como una piedra y la joven, con el rostro vuelto hacia un lado, tenía las mejillas tan coloradas como un tizón al rojo vivo.

No puedo decir exactamente las palabras que Barnaby le dijo, tan sólo que habló atropelladamente, sin orden ni concierto, asegurándole que sólo Dios sabía cuánto la amaba, que la quería con toda su alma y corazón, y que no existía nada más importante para él en todo el mundo; pero que, sin embargo, si ella no estaba dispuesta a cumplir lo que se la ordenaba, si no quería casarse con él, preferiría la muerte antes que obligarla a hacer algo que fuera en contra de sus deseos. Le dijo que hablara con sinceridad, que le contestara sí o no, y que Dios sabía que daría el mundo entero porque la respuesta fuera «sí».

Todas estas cosas, y muchas más, dijo apresuradamente, sin orden ni tino, mientras ella seguía sentada en el mismo sitio, con el pecho subiendo y bajando al

ritmo agitado de su respiración. Tampoco puedo reproducir las palabras exactas que contestó ella, tan sólo que dijo que sí quería casarse con él. Tras oír su respuesta, Barnaby la tomó entre sus brazos y juntó sus labios a los de ella, con el corazón latiéndole locamente en el pecho.

En esos momentos el capitán volvió a la salita, justo a tiempo de ver que Barnaby tenía la mano de ella entre las suyas, que la joven volvía el rostro hacia un lado y que el corazón la golpeaba en el pecho como el martillo de un herrero; de tal forma se dio cuenta en seguida de que todo se desarrollaba de la manera adecuada. Les deseó mucha felicidad y estrechó la mano de Barnaby.

Uno de los botes del bergantín se encontraba arriado y listo cuando la pareja salió a cubierta, y ambos bajaron de inmediato y se acomodaron dentro. Pronto tomaron tierra y fueron caminando por las calles de la aldea bajo la oscuridad crepuscular, ella agarrada de su brazo como si estuviera a punto de desmayarse, mientras que el capitán de la embarcación y otros dos hombres de a bordo los seguían un poco más atrás. Llegaron a la casa del sacerdote, que les esperaba fumando un pipa en el cálido atardecer, caminando de un lado a otro a la entrada de su morada. De inmediato les hizo pasar al interior de la casa, en donde su esposa ya había encendido una vela y esperaban dos vecinos de la aldea. Tras preguntarles unas cuantas cosas sobre su edad, nombres y lugares de origen, la ceremonia se llevó a cabo y el certificado matrimonial fue firmado por los testigos presentes, excepto por los hombres que habían venido del bergantín que se negaron rotundamente a poner sus manos en cualquier papel oficial.

El mismo bote que les había llevado a la aldea por la tarde esperaba embarrancado en la playa. Allí el capitán les deseó toda la felicidad del mundo, estrechó calurosamente la mano de Barnaby y les hizo embarcar con presteza. El bote se deslizó por el agua con velocidad, empujado por la brisa que soplaba desde la tierra, mientras que aquellos extraños sujetos desaparecían tras ellos en medio de la noche.

Al pasar cerca del bergantín oyeron el susurro de las velas al ser izadas y se dieron cuenta de que se disponía a hacerse a la mar una vez más. Jamás volvió a ver Barnaby a sus extraños tripulantes, ni tampoco nadie de quien yo haya podido escuchar.

De madrugada llegaron a los muelles del Sr. Hartright, a los pies de Wall Street, y las calles estaban oscuras, silenciosas y desiertas mientras caminaban hacia la casa de Barnaby.

Os podéis imaginar el asombro del querido padre adoptivo de Barnaby cuando, vestido con una simple bata y con un candil en la mano, quitó el cerrojo de la puerta y la abrió, viendo quién era en realidad el que le había hecho levantar a aquellas horas de la noche, y que además venía acompañado de una linda jovencita.

Lo primero que pensó el pobre hombre fue que la *Belle Helen* había regresado a puerto; Barnaby no se lo quiso aclarar hasta que estuvieran en el interior de la casa,

seguros y a salvo de oídos indiscretos, donde podría contarle tranquilamente toda aquella extraña y asombrosa historia.

—Dos marineros extranjeros dejaron esto para ti esta mañana —dijo el buen hombre mientras les conducía al cuarto de estar alumbrando su camino con la vela; a su luz Barnaby pudo ver un objeto que descansaba cerca de la puerta del comedor.

Apenas pudo Barnaby reprimir un grito de asombro al descubrir que el objeto en cuestión era uno de los dos cofres del tesoro que Sir John Malyoe había embarcado en Jamaica y que los piratas habían tomado de la *Belle Helen*. En cuanto al Sr. Hartright, no tenía la más mínima idea de qué trataba todo aquel jaleo.

Al día siguiente la *Belle Helen* llegó a puerto, portando las terribles noticias de que había sido abordada de noche por los piratas y de que Sir John Malyoe había muerto. Nadie sabía a ciencia cierta si su fallecimiento se debía a la conmoción que le provocó ver la cara del viejo capitán, al que él mismo había asesinado y al cual suponía enterrado y bien enterrado, resplandeciendo en las tinieblas de la noche, o si, por el contrario, había sido producido por las pasiones desenfrenadas que anidaban en su cerebro; lo cierto es que, cuando los piratas dejaron la *Belle Helen*, llevándose consigo a Barnaby, la joven y los cofres del tesoro, los que quedaron a bordo encontraron a Sir John Malyoe tendido en el suelo, echando espuma por la boca y con el rostro ceniciento, como si hubiera sufrido un ataque de asfixia, y que lo llevaron de inmediato a su camarote, en donde murió sobre las diez de la mañana del día siguiente, sin abrir los ojos ni decir una sola palabra.

Nadie volvió a ver jamás a su malvado sirviente; es posible que saltara por la borda o que los piratas que abordaron el barco se lo llevaran consigo, ¿quién sabe?

El Sr. Hartright, después de escuchar atentamente la historia de Barnaby, no estaba muy seguro de a quién pertenecía en realidad el cofre del tesoro dejado por los marineros para Barnaby, pero las noticias sobre la muerte de Sir John Malyoe facilitaron su decisión. Si no estaba claro que aquel tesoro perteneciera a Barnaby, sí era seguro que tenía que ser propiedad de su esposa, ya que era la heredera legal de Sir John Malyoe. Y de esta manera aquella inmensa fortuna (más de sesenta y tres mil libras al cambio de hoy en día) pasó a Barnaby True, el nieto de William Brand, un famoso pirata; y así lo hizo constar el juzgado inglés de Devonshire pues, al no tener el capitán Sir John Malyoe ningún descendiente masculino, todas sus propiedades debían a pasar a su joven nieta.

En cuanto al resto del tesoro, jamás se volvió a oír hablar de él, y Barnaby no sabía a ciencia cierta si fue repartido entre los piratas o si se lo llevaron consigo a algún lugar extraño y distante en donde poder gastarlo sin temor.

Y así termina esta historia, pero antes quiero hacer una última observación: no se sabe con seguridad si la extraña aparición del rostro del capitán Brand al resplandor del pistoletazo fue una aparición fantasmal o si realmente estaba allí en carne y hueso, pero lo cierto es que nadie ha vuelto a oír hablar de su persona… aunque tampoco se había oído decir nada de él desde aquel lejano día en el que el capitán Sir

John Malyoe le disparó a traición en las orillas del río Cobra, allá por el año 1733.



Capítulo III

CON LOS BUCANEROS

Que Trata de Ciertas Aventuras que le Acontecieron a Harry Mostyn
Bajo el Mando del Capitán H. Morgan en los Años l665-66

I



unque este relato trata más en particular de la toma del vicealmirante español en los muelles de Porto Bello y del rescate de *Le Sieur* Simon, su esposa y su hija (hazaña llevada a cabo con éxito por el famoso bucanero capitán Morgan), tenemos que conocer primero algo de la historia anterior del gentil Harry Mostyn, al cual, si lo deseas, puedes considerar el héroe de varias de las aventuras que se narran en estas páginas.

En el año 1664 el padre de nuestro héroe embarcó en Portsmouth, Inglaterra, para dirigirse a las Barbados, donde poseía una importante plantación de caña de azúcar. A aquellos lugares de América se llevó consigo a toda su familia, siendo el honorable Harry el quinto hijo de un total de ocho, un chico grande y robusto con muy poca inclinación para la vida sacerdotal, para la cual había sido educado. Por la época en la que se desarrolla esta historia el honorable Harry Mostyn, aunque apenas contaba con dieciséis años, era tan alto y fuerte como la mayoría de los hombres de veinte, y tenía un espíritu tan temerario y atrevido que ninguna aventura le parecía lo suficientemente peligrosa y arriesgada como para no embarcarse en ella.

Por aquel entonces, y en aquellos lugares de las Américas, se hablaba mucho de un tal capitán Morgan, y de los grandes éxitos que estaba cosechando pirateando las posesiones españolas.

Aquel personaje había sido anteriormente un simple empleado del Sr. Rolls, un agente comercial de la caña de azúcar en las Barbados. Después de trabajar un tiempo, y siendo de natural aventurero, se juntó con otros personajes de su talento y, tras hacerse con una carabela de tres cañones, se dedicó en cuerpo y alma al oficio de la piratería, llegando a convertirse en uno de los más famosos bucaneros de todos los tiempos.

El honorable Harry había conocido muy bien a aquel hombre durante los días en los que estuvo al servicio del Sr. Rolls, oficiando de escribiente en las oficinas de azúcar que estaban en los muelles; era un sujeto alto, de hombros anchos y bastante robusto, con unos labios y mejillas muy colorados, de ojos azules y vivos, y el cabello del color rojizo de las castañas. Muchos le tenía por un hombre audaz que poseía una voz ronca, pero en aquellos días nadie imaginaba que se convertiría en el pirata tan famoso y renombrado que, un poco más tarde, llegó a ser.

Durante todo aquel año no se habló de otra cosa en aquellos lugares más que de sus hazañas, y, hacia el final del año 1665, el capitán Morgan, después de llevar a cabo con gran éxito una campaña contra los españoles en el Golfo de Campeche —en donde logró capturar varios barcos de la flota de la plata—, tomó tierra en las Barbados, para equiparse y reclutar hombres con vistas a una nueva aventura de similar catadura.

Se había hecho, junto con otros aventureros, con un navío de quinientas toneladas, que pretendían adaptar al oficio de la piratería abriendo portalones en las amuras para poder colocar cañones, de forma que pudiera llevar tres o cuatro carronadas en la cubierta principal. El nombre del barco, conviene mencionarlo, era el *Good Samaritan*[17], un nombre realmente poco adecuado para una embarcación pirata, que no estaba en absoluto diseñada para curar heridas sino más bien para provocar el mayor número de daños posible.

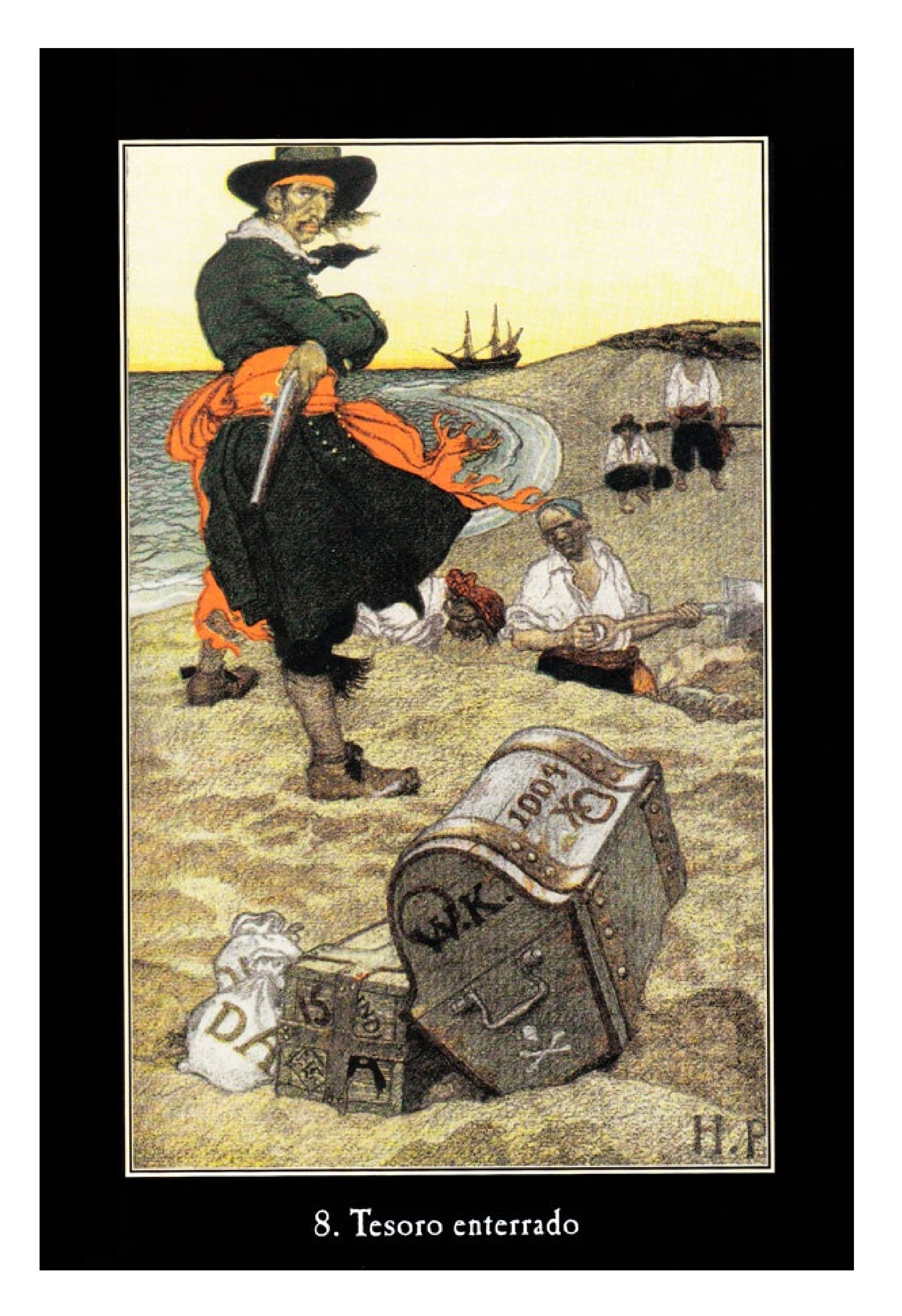
Aquella aventura era toda una tentación que parecía haber puesto el destino delante de los ojos de nuestro héroe; así que, después de hacer un hatillo con sus ropas, y sin un chelín en los bolsillos, se encaminó a la ciudad para entrevistarse con el capitán Morgan. Allí encontró al gran pirata que vivía como un hombre corriente, acompañado de una pequeña corte de hombres audaces y aventureros que hablaban a grandes voces y bebían sin cesar ron puro como si fuera agua con un poco de azúcar.

¡Y vaya si tenía porte de bucanero! ¡Qué diferente del pobre y humilde escribiente que iba por los muelles de la plantación! ¡Vaya trenza dorada que le caía por la espalda! ¡Qué maravillosa espada de buen acero español! ¡Qué capa de terciopelo de vivos colores le cubría, junto con tres pistolas plateadas! Si el honorable Harry aún no estaba del todo convencido, aquel espectáculo de gloria le hizo decidirse por completo.

Por fin nuestro héroe se decidió a preguntar a aquel arrogante personaje y, cuando el pirata se acercó a él, le dijo cuál era su intención y que quería enrolarse como caballero de fortuna en la expedición que estaban preparando. Ante esas palabras el

capitán pirata estalló en grandes carcajadas y, tras dar una fuerte palmada en la espalda del honorable Harry, juró a voz en grito que haría de él un hombre hecho y derecho, y que sería todo un desperdicio que alguien de su catadura se hiciera clérigo.

El capitán Morgan cumplió su promesa y, cuando el *Good Samaritan* partió de Jamaica con las velas a favor del viento, nuestro honorable Harry formaba parte del grupo de aventureros que iban a bordo.



8. Tesoro enterrado

II

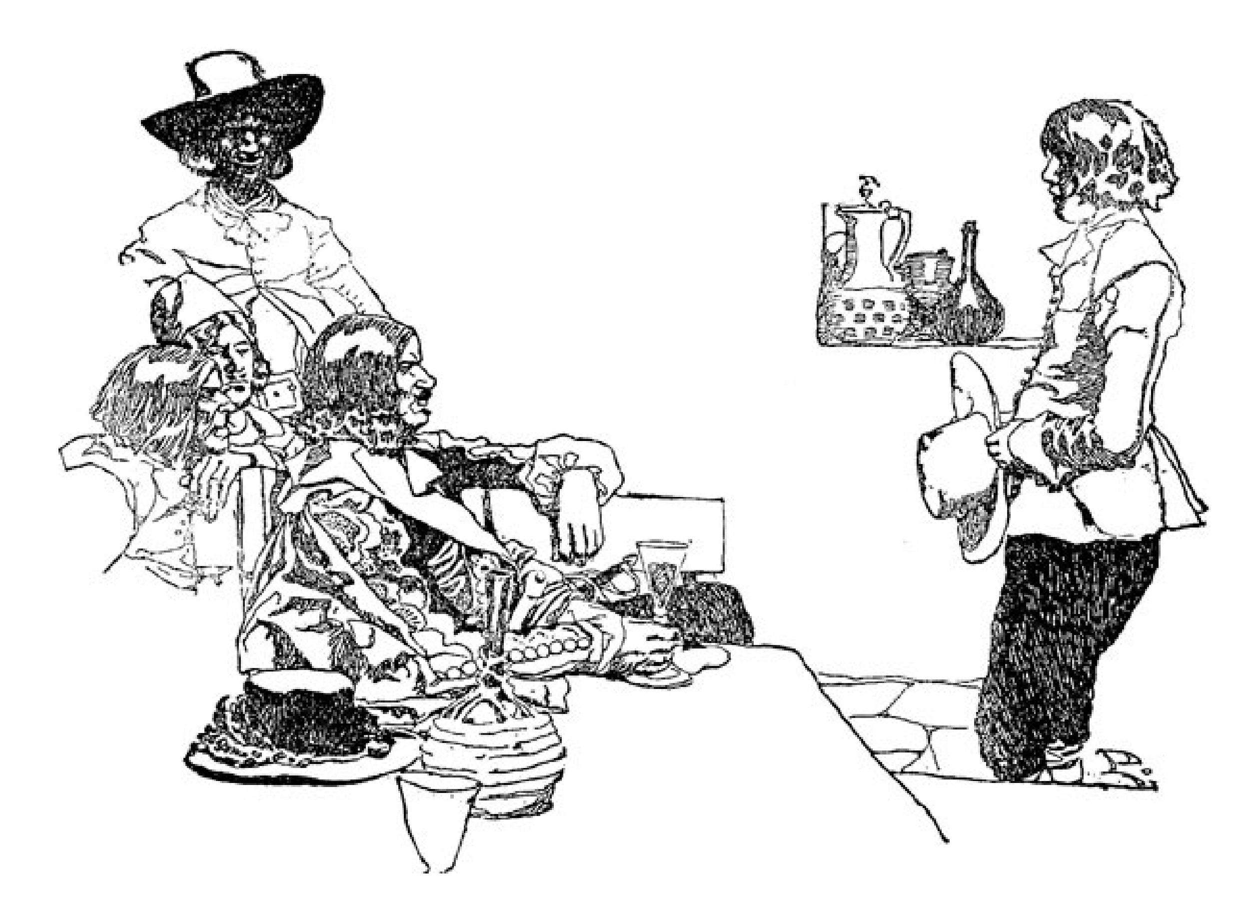
Si hubierais podido ver la ciudad de Port Royal[18] tal y como se encontraba en 1665 os habríais dado cuenta en seguida de que era un lugar especial. No tenía

grandes casas ni edificios construidos con ladrillos, tal y como los que se ven ahora por todos sitios, pero un gran número de cabañas y cobertizos de madera y paja conformaban las calles, y todas ellas estaban adornadas con banderines de colores vivos y alegres. En ese lugar se reunían todos los piratas y bucaneros que infestaban aquellos mares; los hombres gritaban, juraban y hacían apuestas; el dinero se les escurría de las manos como si fuera agua y muchas veces acababan sus festejos cogiendo fiebres malignas y muriendo de repente. En aquellas latitudes tórridas el cielo casi siempre está cubierto de nubes y hace un calor sofocante, y cuando el sol brilla con fuerza recalienta la arena humeante haciendo que las casas sean hornos y las calles un infierno; así que no era de extrañar que los hombres murieran como ratas en semejante agujero. Y sin embargo no parecía importarles lo más mínimo, y, mirase donde se mirase, siempre se veía una multitud de mujeres de mala vida, judíos, comerciante y piratas, adornados con pañoletas de vivos colores, trenzas doradas y toda clase de artilugios y galas de la más variopinta y extraña especie, todos ellos luchando, planeando y soñando con los tesoros robados a los españoles.

Cuando el capitán Morgan arribó a la ciudad se le dio una calurosa bienvenida y el gobernador le hizo llegar un mensaje en el que se le requería que se presentara ante Su Excelencia tan pronto como le fuera posible. Así que el pirata se hizo acompañar de nuestro héroe (al cual había tomado gran estima) y marchó sin pérdida de tiempo al encuentro de Sir Thomas Modiford, que era por aquel entonces el gobernador real de toda aquella chusma malvada.

Su Excelencia estaba acomodado en una gran silla a la sombra de una galería cubierta cuyo pavimento estaba enlosado de adoquines. A causa del calor tan sólo vestía una camisa, calzones, medias y zapatillas. Fumaba tranquilamente un puro enorme y sobre una mesa, al lado de su brazo, reposaba una copa de jugo de lima con agua y ron. En aquel rincón, al resguardo del bochorno reinante, se estaba fresco y cómodo gracias a que la brisa del mar soplaba con fuerza entre las rendijas, acariciándoles el rostro y azotando la larga cabellera de Sir Thomas, que se había dejado suelta a causa del calor.

Puedo decir que el propósito de la entrevista tenía que ver con el rescate de Le Sieur Simon que, junto con su mujer e hija, habían sido capturados por los españoles.



Aquel gentil aventurero (Le Sieur Simon) había sido hecho, unos años atrás, gobernador de la isla de Santa Catarina por los bucaneros. Aunque el lugar estaba bien fortificado por los españoles, los piratas habían conseguido tomarlo y lo utilizaban como base de operaciones contra el comercio de los españoles, de forma que sus buques nunca estaban a salvo al cruzar aquellas aguas. Por fin los españoles, dispuestos a no consentir por más tiempo la amenaza que aquello suponía contra su comercio, enviaron una gran fuerza contra los filibusteros para echarlos de la isla. Y así recuperaron el control de Santa Catarina e hicieron preso a su gobernador y a la mujer e hija del mismo, así como a toda la guarnición de bucaneros.

Los conquistadores mandaron a galeras a parte de la guarnición, a otros los llevaron a trabajar en las minas y del resto nada se volvió a saber. El propio gobernador —Le Sieur Simon— iba a ser enviado a España para ser juzgado por sus delitos de piratería.

Puedo decir también que aquellas noticias sólo se sabían en Jamaica gracias a un capitán español, un tal Don Rodríguez Sylvia, que además era el portador a las autoridades españolas de los informes sobre todo aquel asunto.

Aquél era, en resumidas cuentas, el propósito de la entrevista, y cuando nuestro héroe y el capitán caminaban de vuelta de casa del gobernador al alojamiento que el pirata había tomado en una posada, Morgan aseguró que se proponía coger aquellos informes al capitán español esa misma tarde, aunque fuese necesaria la fuerza para arrebatárselos.

Tanto interés en el asunto, como podéis daros cuenta, tan sólo era debido a la amistad que el gobernador y el capitán Morgan tenían con Le Sieur Simon. Es

curioso observar la lealtad que aquellas gentes malvadas se profesaban entre ellos. Pues debéis saber que el gobernador Modiford, Le Sieur Simon y todos los demás bucaneros eran de la misma clase de personas: filibusteros de días pasados que se hacían pasar por hombres honestos. Por eso estaban tan determinados a liberar a Le Sieur Simon de los españoles.

III

Cuando el capitán Morgan llegó a sus aposentos después de la entrevista con el gobernador se encontró un cierto número de hombres que le estaban esperando, el tipo de camaradas que suelen merodear por aquel lugar; unos pertenecían al *Good Samaritan*, otros tan sólo querían obtener algún provecho de su persona y algunos más estaban con él a causa de su bien ganada fama y porque les gustaba pertenecer a su séquito y que les llamasen camaradas. Todo buen pirata solía rodearse de semejante chusma en aquellos días.

Al encontrarse con ellos el capitán Morgan les informó de sus planes; a saber: que pretendía encontrar al capitán español, hacerse con sus informes y obligarle a que les acompañase.

Con ellos detrás, nuestro bucanero se echó a las calles, acompañado por su lugarteniente, un hombre de Cornualles llamado Bartholomew, y por el protagonista de esta historia. Recorrieron las calles durante casi toda una hora hasta que dieron con el capitán español. Éste se había enterado de que el capitán Morgan le estaba buscando y, al encontrarse en un lugar tan rodeado de enemigos, había optado por esconderse en una posada regentada por un judío portugués; los bucaneros tuvieron que recorrer casi toda la ciudad hasta dar con él. Hacia allí se dirigió el capitán Morgan, presentándose con la mayor frialdad y compostura, seguido de cerca por su retahíla de granujas.

El aposento estaba muy oscuro, tan sólo iluminado por la claridad que entraba por la puerta y por dos estrechos ventanucos que se abrían en la pared de enfrente.

En ese lugar oscuro, calenturiento y poco espacioso se encontraban doce o trece sujetos de apariencia sospechosa, sentados y bebiendo juntos, atendidos por el judío y su esposa. Nuestro héroe no tuvo ningún problema en descubrir al capitán Sylvia entre toda aquella chusma, ya que le bastó una sola mirada para ver que el español mostraba una mayor presencia y compostura que el resto de los que allí había.

El capitán Morgan se le acercó y exigió sus papeles, demanda que fue replicada en el acto por una jerga incomprensible, mezcla de palabras españolas e inglesas, que nadie pudo entender. El capitán Morgan contestó que quería aquellos papeles y que no le importaba lo que tuviera que hacer para conseguirlos; acto seguido sacó la pistola del cinto y la puso en la cabeza del español.

A la vista de aquellos hechos la esposa del posadero se puso a gritar mientras que

el judío les suplicaba que no destrozaran su casa.

Nuestro héroe apenas puede contar lo que sucedió a continuación, tan sólo que de pronto el lugar se llenó de gritos y chocar de armas. Las espadas relucían por todas partes y el disparo de una pistola chasqueó tan cerca de su cabeza que se quedó completamente aturdido, escuchando los gritos de alguien que estaba cerca, pero sin saber si era amigo o enemigo. Luego sonó otro disparo atronador, que hizo que los oídos del honorable Harry le zumbaran durante más de una hora. Por entonces la habitación estaba llena del humo de la pólvora, gritos y del ruido de las espadas y cuchillos al chocar unos contra otros.

Mientras el honorable Harry, que no tenía estómago para aquellos combates ni ningún otro particular interés en la contienda, intentaba abrirse camino hacia la puerta, un pequeño portugués, tan enjuto y ágil como un mono, se acercó arrastrándose hacia la mesa con la intención de clavarle en el estómago un largo cuchillo que, de haber dado en el blanco, seguramente habría terminado con las aventuras de nuestro héroe. Al verse en peligro, Harry levantó una pesada silla y se la arrojó a su enemigo, que se preparaba para un nuevo asalto, corriendo acto seguido hacia la puerta con la sensación de que en cualquier momento iba a sentir el afilado acero entre sus costillas.

Una multitud considerable se había reunido en la entrada y muchos otros se acercaban a ver lo que estaba ocurriendo. Allí se quedó nuestro héroe, temblando como una hoja mientras un sudor helado le recorría la espalda como si fuera agua fría.

No debéis pensar que fuera un cobarde, pues apenas tenía dieciséis años, y aquélla fue su primera experiencia de tal índole. Más adelante veréis que también era capaz de mostrar gran valor en los momentos de apuro.

Mientras permanecía en el exterior, intentando recuperar la compostura, el tumulto continuaba dentro hasta que, de repente, salieron corriendo por la puerta dos hombres seguidos de una marabunta de combatientes. El primero era el capitán Sylvia; el otro, que le estaba persiguiendo, era el capitán Morgan.

La multitud se apartó de su paso y el capitán español, creyendo ver una vía de escape, cruzó la calle con increíble rapidez hacia una callejuela que se abría al otro extremo. El capitán Morgan, que veía que su presa estaba a punto de escapar, sacó la pistola del cinturón, la apoyó en el brazo para poder apuntar mejor y disparó al hombre que huía, y lo hizo con tanto tino y puntería, a pesar de que la calle estaba repleta de gente, que el fugitivo calló rodando sobre sí mismo hasta quedar boca abajo, tan quieto como una losa.

Al oír el disparo y ver el cuerpo que caía, la multitud huyó corriendo por las esquinas, gritando aterrada, hasta que la calle quedo completamente limpia. El capitán Morgan, pistola en mano, se acercó rápidamente al lugar en donde yacía su víctima, seguido de cerca por nuestro héroe.

El pobre Harry jamás había visto hasta entonces el cadáver de un hombre que

unos momentos antes había estado lleno de vida y de vigor, pues cuando el capitán Morgan dio la vuelta al cuerpo se dio cuenta en seguida, a pesar de lo poco que sabía en la materia, de que el hombre estaba completamente muerto. No era una visión agradable para aquel muchacho que casi era un niño todavía. Se quedó quieto contemplando el rostro sin vida con los brazos y piernas temblorosos. Mientras tanto la multitud volvió a congregarse a su alrededor.

En cuanto al capitán Morgan, se dedicó a su negocio con la mayor frialdad imaginable; desabrochó el chaleco del hombre al cual había asesinado sin que le temblaran los dedos ni lo más mínimo. Alrededor del cuello del cadáver colgaba una cruz de oro y varias medallas de plata. El capitán se las quitó de un tirón y se las entregó a Harry, que a punto estuvieron de caerse de entre sus temblorosos dedos.

El capitán Morgan encontró los papeles que buscaba en una cartera que había dentro de un bolsillo interior del chaleco del español. Los examinó detenidamente y, tras encontrarlos de su entera satisfacción, los dobló de nuevo y se los guardó, junto con la cartera, en su propio bolsillo.



Entonces pareció darse cuenta por vez primera de la presencia del honorable Harry que, en verdad, eta la imagen perfecta del horror y la consternación. El capitán estalló en carcajadas, se guardó en el cinto la pistola que había utilizado y dio una fuerte palmada a la espalda del pobre Harry, aconsejándole que fuera un hombre, pues en el futuro vería muchas más cosas parecidas.



Pero en realidad nada de lo sucedido le hacía gracia al pobre y honorable Harry, y pasaron muchos días antes de que lograra quitarse de la cabeza la imagen del rostro del español asesinado; mientras caminaba por las calles junto con el resto de sus camaradas, dejando detrás a la muchedumbre y el cadáver del hombre al que luego recogerían sus compañeros, con sus oídos doloridos y zumbando a causa del estallido de los disparos en la pequeña habitación, no sabía a ciencia cierta si todo lo que había ocurrido era real o un simple sueño del que iba a despertar de un momento a otro.

IV

Los informes que el capitán Morgan había obtenido como fruto del asesinato perpetrado debían de ser completamente satisfactorios ya que, tras realizar una

segunda visita al gobernador Modiford, el pirata levó anclas a la mañana siguiente y puso rumbo al Golfo de Darién. Allí, después de rastrear las aguas durante toda una quincena sin encontrar ningún tipo de presa, abordaron finalmente a una carabela que hacía la ruta de Porto Bello a Cartagena. Tomaron el navío y, al no encontrar nada mejor que pieles sin curtir, lo echaron a pique a tan sólo veinte millas de Cartagena. Supieron, por lo que dijo el capitán del barco, que la flota de la plata se hallaba en aquellos momentos en la bahía de Porto Bello, donde esperaba vientos favorables para poner rumbo a las costas de España. Aparte de aquellas nuevas, que de por sí ya eran de gran interés, los españoles dijeron a los piratas que el Sieur Simon, su esposa y su hija estaban confinados en la nave vicealmirante cuyo nombre era *Santa María y Valladolid*.

Tan pronto como el capitán Morgan consiguió la información que buscaba puso rumbo a la Bahía de Santo Blaso, en donde podría aguardar sin peligro, al resguardo del cabo del mismo nombre (aquella zona estaba completamente deshabitada), aunque tan sólo se encontraba a veinte o veinticinco leguas de Porto Bello.

Nada más echar anclas en un lugar seguro hizo saber a sus hombres cuáles eran sus verdaderas intenciones, a saber:

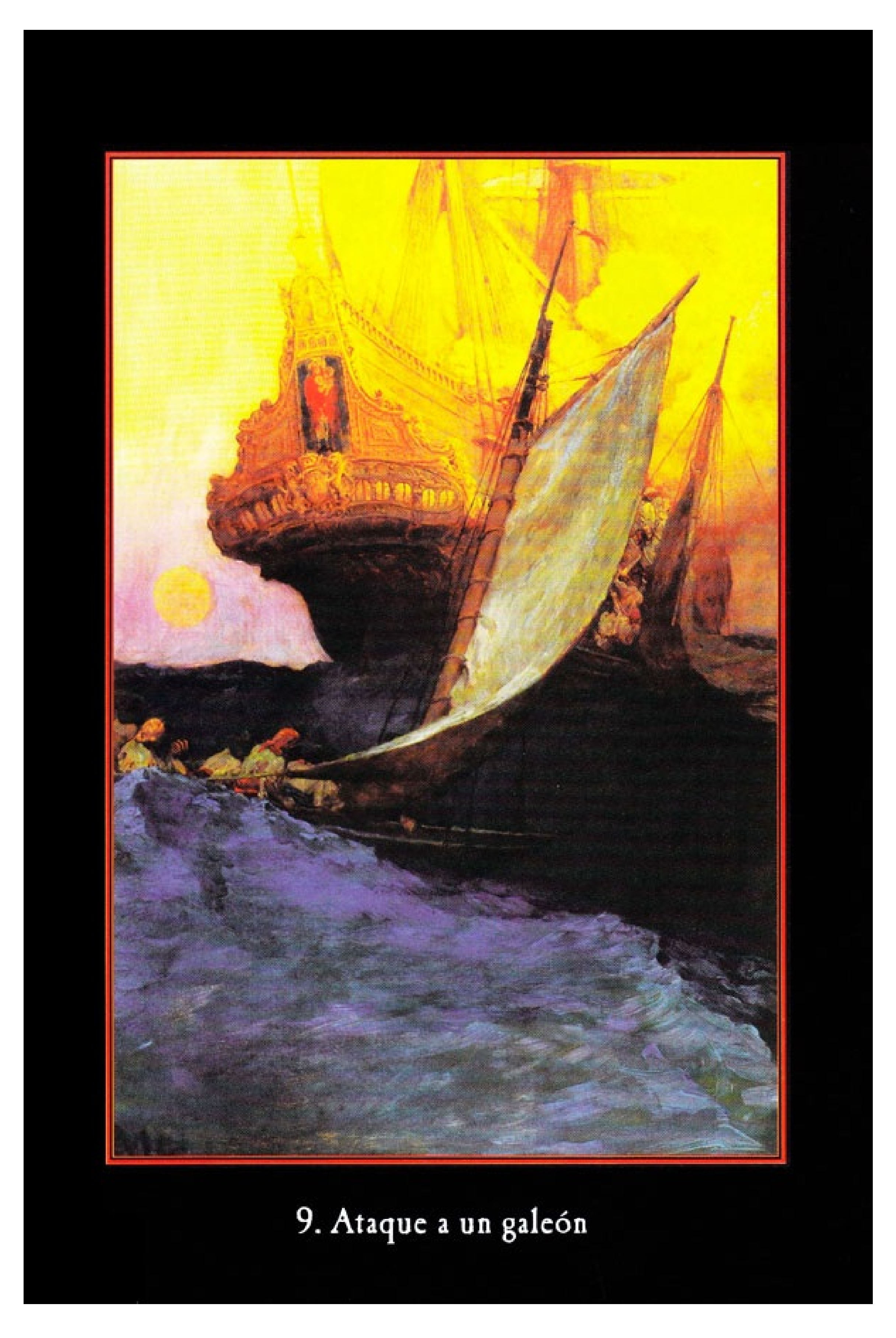
Que era una tarea imposible poner rumbo a la bahía de Porto Bello y atacar directamente a la nave vicealmirante de la flota española, al encontrarse ésta en medio de la formación, pero que, sin embargo, podrían intentar alguna estratagema para no enfrentarse abiertamente a toda la armada. Una vez dicho esto, a modo de introducción, continuó esbozando sus planes que consistían en tomar un pequeño bote español e ir con él a Porto Bello, con la esperanza de que sucediera algo que les ayudara en su empresa o simplemente para recopilar más información. Después de exponer sus intenciones, pidió voluntarios para llevar a cabo la aventura, asegurando que no obligaría a ir a nadie en contra de su voluntad ya que, como mínimo, se trataba de una empresa desesperada aunque también era cierto que, en contrapartida, si todo salía bien, el que fuera obtendría gran renombre y, seguramente, un botín considerable.

Y era tal la influencia de aquel hombre audaz, tanta la confianza en sus habilidades y astucia, que apenas ninguno de los que estaban a bordo dudó ni por un instante y todos querían ser los elegidos para la aventura.

El capitán Morgan eligió a veinte de entre todos ellos —el honorable Harry era uno de ellos— y, tras acordar con su lugarteniente que si en el transcurso de tres días no le llegaban noticias del bote debería poner rumbo hacia Jamaica y aguardar allí, se embarcó en su desesperada aventura, una aventura que, aunque no figura en los libros, posiblemente sea la más arriesgada y difícil de todas las que llevó a cabo y que le hicieron un hombre famoso. Jamás nadie se había arriesgado a acercarse al tercer puerto más fortificado del Mar de las Antillas español en un bote descubierto en el que apenas iban veinte hombres, con la intención de abordar a la nave vicealmirante que se hallaba en medio de la flota más poderosa del mundo; ¿cuántos hombres se

atreverían tan siquiera a pensar en semejante posibilidad?

Pero también hay que decir una cosa sobre aquel gran bucanero: que si se arriesgaba a llevar a cabo una empresa tan desesperada era porque la tenía tan bien planeada que nunca solía salir mal. Es más, sus aventuras eran tan imposibles y arriesgadas que ningún hombre llegaba a imaginar que pudiera ponerlas en práctica, lo cual hacía que sus enemigos casi nunca estuvieran en guardia contra sus ataques. ¡Ay! Si hubiera estado a las órdenes del rey, bajo los colores de su bandera, habría llegado a ser tan grande y famoso como el mismísimo almirante Blake.



9. Ataque a un galeón

Pero nada de eso importa ahora; lo que quiero decir es que el capitán Morgan llegó al Cabo de Salmedina, a bordo de su pequeño bote tripulado por una veintena de hombres, al atardecer de aquel mismo día. Desde allí divisaban la flota de la plata anclada en la bahía de Porto Bello y pudieron descubrir que dos buques de guerra y

una galera armada hacían guardia en la bocana del puerto, apenas a una legua del resto de las naves. Una vez comprobada la situación, los piratas recogieron la vela y remaron a lo largo de la costa, simulando ser una pequeña embarcación española que procedía de la ciudad llamada Nombre de Dios. Así, pegados a la costa, consiguieron llegar al interior de la bahía, justo en la parte contraria, y a una distancia considerable, de la fortaleza.

Viéndose ya cerca de consumar su aventura, el capitán Morgan hizo jurar a sus hombres que estarían con él hasta el fin; cosa que también hizo nuestro héroe, aunque su corazón, debo confesar, latía cada vez con más fuerza ante la proximidad de los acontecimientos. Después de que todos hubieran hecho juramento, el capitán Morgan ordenó al médico de la expedición que, a su mandato, hiciera seis agujeros en la base del bote de forma que, una vez hundido, estarían obligados a seguir hacia delante costara lo que costara, sin posibilidad alguna de retirada. Y tal era el dominio que tenía sobre sus hombres, y tanto el temor que éstos le profesaban, que ninguno emitió queja ni rumor alguno, a pesar de que las órdenes que había dado al médico significaban la victoria o la muerte, sin otra salida intermedia. Tampoco el cirujano discutió las órdenes recibidas, y mucho menos soñó tan siquiera en desobedecerlas.

Por entonces ya estaba bastante oscuro y, al descubrir a dos pescadores que iban en una pequeña canoa, el capitán Morgan les preguntó en español cuál era la nave vicealmirante ya que tenían que entregar unos despachos urgentes a su capitán. Los pescadores no sospecharon nada anormal y señalaron un enorme galeón que estaba anclado a menos de media legua de distancia.

Hacia él se dirigieron los piratas y, cuando ya era noche cerrada, el capitán Morgan le comunicó al cirujano que era el momento de que llevase a cabo la tarea que se le había encomendado. Así lo hizo de inmediato, de forma que el agua comenzó a entrar burbujeando dentro del bote con gran rapidez mientras el resto de los hombres remaban con todas sus fuerzas hacia el galeón, como si la próxima paleada fuera a ser la última.

¿Y cuáles pensáis que eran las sensaciones de nuestro héroe en aquellos momentos? Como el resto de los tripulantes del bote, su temor al capitán Morgan era tan grande que estoy seguro de que habría preferido irse al fondo ante de discutir sus órdenes, a pesar de que eso era lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, cuando sintió el agua helada burbujeando alrededor de sus pies (ya que se había quitado los zapatos y los calcetines) comenzó a experimentar tal terror al pensar que podría ahogarse que incluso los peligros del galeón español no tenían ninguna importancia mientras sintiera las sólidas planchas de madera bajo sus pies.

En realidad, toda la tripulación del bote parecía sentir algo semejante, pues se esforzaban sobre los remos con tan increíble fuerza que ya estaban casi al lado del navío cuando el agua había cubierto la mitad de su pequeña embarcación.

La noche era muy oscura pues aún no había salido la luna y, cuando estaban muy cerca, el guardia del galeón les dio el alto. Morgan gritó en español que era el capitán



Álvarez Mendazo y que traía mensajes urgentes para el vicealmirante.

Por entonces el bote estaba tan lleno de agua que podía irse a pique en cualquier momento y, de repente, se inclinó hacia un costado mientras todos los que estaban a bordo se precipitaron, sin necesidad de escuchar ninguna orden, hacia arriba, trepando como monos por costado del galeón, con el cuchillo en una mano y la pistola en la otra, hasta llegar en un momento a la cubierta antes de que el vigía pudiera pronunciar ora cosa que:

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Quiénes son éstos?

Acto seguido alguien le golpeó con la culata de la pistola, aunque nuestro héroe no pudo distinguir quién fue pues todo estaba muy oscuro y lleno de confusión.

Antes de que pudieran reaccionar los que se encontraban en cubierta, y antes también de que los que había abajo salieran al exterior, una parte de los piratas comandados por el carpintero y el cirujano habían llegado corriendo a la santabárbara y tomado posesión de las armas, mientras que el capitán Morgan, seguido del honorable Harry y un portugués llamado Murillo Braziliano, se habían colado en el camarote principal con la velocidad del rayo.

Se encontraron con el capitán de la vicealmirante que estaba jugando a las cartas con el Sieur Simon y un amigo; también estaban presentes la esposa y la hija del Sieur.

El capitán Morgan puso de inmediato su pistola contra el pecho del Capitán, jurando con furia salvaje que si abría la boca o emitía cualquier grito de aviso era hombre muerto. En cuanto a nuestro héroe, ya una vez dentro del juego, hizo lo mismo con el amigo del capitán español, diciéndole que le dispararía si despegaba los labios o hacía el más mínimo movimiento.

Mientras tanto las damas, que no entendían lo que estaba sucediendo, permanecían mudas y quietas como piedras; sin embargo, en cuanto la más joven se recuperó de la primera impresión y pudo recuperar el habla, empezó a gritar hasta que el Sieur Simon la hizo callar, haciéndole saber que se trataba de amigos que habían venido a ayudarlos.

Como sabréis entender, todo esto ocurrió en un periodo de tiempo muy pequeño, pues en seguida llegaron al camarote tres o cuatro piratas más que, ayudados por el portugués, procedieron a amordazar y atar a los españoles de pies y manos. Cuando la situación estuvo controlada y el capitán español recluido en una de las esquinas del camarote, Morgan estalló en carcajadas y estrechó con fuerza la mano del Sieut Simon, que le devolvió el saludo con la mayor alegría del mundo. Después, y

encontrándose en un excelente estado de humor gracias al éxito de su empresa, se volvió hacia las dos damas.

—Éste, señoras mías —dijo, tomando la mano de nuestro héroe y presentándole—, es un joven caballero que ha embarcado a mis órdenes para aprender el oficio de la piratería. Espero que sean amables con él.

¡Pensad en la vergüenza que embargó a nuestro héroe, que jamás en su vida había estado tan cerca de unas damas extranjeras! Imaginaos sus emociones al ser presentado de tal manera a la señora Simon y a su hija, descalzo como estaba, sin más ropa que una camisa y unos calzones, sin sombrero y con la pistola en una mano y el cuchillo en la otra. Sin embargo, y para su alivio, pronto dejó de ser el centro de atención, pues el capitán Morgan volvió a ponerse serio y recomendó al Sieur Simon que llevase a las damas a algún lugar seguro ya que aún no había finalizado lo más arriesgado de su empresa. Acto seguido abandonó el camarote acompañado del honorable Harry y de otros piratas más (pues ahora también podéis llamarle pirata a él).

Una vez en cubierta, nuestro héroe descubrió que una parte de la tripulación del barco español estaba siendo agrupada como un rebaño de ovejas (el resto se encontraba encerrado abajo con las escotillas atrancadas), y tal era el terror que tenían a los piratas, tan espantoso para ellos el nombre de Henry Morgan, que ninguno de aquellos pobres desgraciados se atrevió a levantar la voz pidiendo socorro, ni nadie osó lanzarse al agua para escapar.

El capitán Morgan ordenó que desplegaran las velas, cosa que hicieron a toda prisa sin rechistar, y, al ser la noche tan oscura, ninguno de los otros navíos que estaban cerca se percató de la maniobra.

En verdad, los piratas podían haber escapado sin más contratiempo que uno o dos disparos a cargo de los buques de guerra de no ser porque la luna llena hizo su aparición en ese preciso momento, haciéndoles visibles a los barcos de la flota que estaban en los alrededores, que en seguida se percataron de que algo extraño estaba sucediendo a bordo de la vicealmirante.

Uno de los navíos les dio el alto y, en vista de que no obtenía respuesta, volvió a hacerlo de nuevo. Incluso entonces los españoles no estaban seguros de que estuviera sucediendo algo anormal, tan sólo que la vicealmirante, por alguna razón, estaba levando anclas. Entonces alguien gritó —nadie sabe si fue el mismo capitán Morgan o alguno de los españoles presos— que la vicealmirante había sido tomada por los piratas.

Inmediatamente se dio la voz de alarma y hubo un tremendo barullo entre los barcos que rodeaban a la nave vicealmirante: gritos dando órdenes, sonar de tambores y el ir y venir por las cubiertas de las distintas tripulaciones.

Pero por entonces las velas de la vicealmirante habían cogido una fuerte brisa que soplaba desde la costa y el carpintero, siguiendo las órdenes del capitán Morgan, había cortado la cuerda de las dos anclas, de tal forma que el galeón comenzó a

alejarse rápidamente con el viento a popa. Tan sólo el barco que se encontraba más cerca de ellos era el único que podía ofrecerles cierta resistencia. En su cubierta ya habían descubierto los cañones y estaban preparados para lanzar una andanada a la vicealmirante, cosa que hicieron en seguida, acertándole en uno de sus costados, como pudo ver nuestro héroe por la nube de astillas que volaron por todos sitios a la luz de la luna llena.

El retumbar de los disparos alertó al resto de las naves de la flota y los piratas tuvieron la satisfacción de darse cuenta de que todos los barcos que se encontraban entre ellos y el mar abierto iban a hacer lo imposible por evitar su huida.

Y, en realidad, nuestro héroe llegó a pensar que la batalla que iba a tener lugar a continuación sería la más terrible de todas las que se habían desarrollado hasta entonces. Pero al principio no fue tan mal, pues los españoles necesitaban algo de tiempo antes de tener listos los cañones, a pesar de que estaban bien preparados para entrar en acción. Uno tras otro, los barcos de la flota abrieron fuego sobre el galeón, hasta que a nuestro héroe le dio la sensación de que ni aún todos los truenos del cielo cayendo de repente sobre ellos producirían barullo mayor y que era totalmente imposible que ninguno de ellos pudiera finalmente escapar.

Por entonces la luna llena ya estaba alta en el cielo, de manera que las nubes de humo que se elevaban en el aire parecían tan blancas como la nieve. Todo alrededor estaba lleno de los siseos y silbidos de las balas, y cuando hacían impacto en el barco, a la imaginación de nuestro héroe le parecían el doble de ruidosos debido a la cantidad de humo y astillas que levantaban a la luz de la luna. Finalmente contempló a un pobre desgraciado que iba dando tumbos por la cubierta, y pudo descubrir que le faltaba una mano y que su camisa estaba completamente roja y llena de sangre bajo la luz de la luna llena. Ante aquel espectáculo todo el valor del pobre Harry se vino abajo y estuvo completamente seguro de que el destino no le deparaba algo mejor.

Pero, sin embargo, aquello no era nada comparado con lo que podría haber sucedido si fuera de día, pues gracias a la oscuridad de la noche, al poco tiempo que los españoles tuvieron para prepararse para el ataque y a la extrema velocidad con la que disparaban sus cañones (muchos no entendían aún el porqué de todo aquel barullo), casi todos los cañonazos pasaban lejos del objetivo y tan sólo uno de cada veinte hacía impacto en el blanco adecuado.

Mientras tanto el capitán Morgan, junto con el Sieur Simon, que le había acompañado a la cubierta, permanecía justo encima de donde se encontraba refugiado nuestro héroe. El capitán había encendido su pipa de tabaco y estaba de pie bajo la luz de la luna, cerca de la baranda, las manos en la espalda, mirando al frente con la frialdad más increíble que uno pueda imaginar, como si la batalla que se desarrollaba a su alrededor en realidad tuviera lugar a más de veinte leguas de distancia. De vez en cuando se llevaba la pipa a los labios y daba alguna orden al hombre que se encontraba en la rueda del timón. Aparte de eso, permanecía completamente quieto mientras el viento le revolvía el cabello a su espalda.

Si no hubiera sido por la galera armada, los piratas habrían conseguido escapar con el galeón sin demasiados daños, a pesar del intenso cañoneo que había sufrido, ya que los buques de guerra que había anclados cerca de él en la bocana del puerto estaban aún demasiado lejos como para impedir que pasaran, y eso sin llevarse grandes daños, como ya he dicho. Pero justo en ese preciso momento, con la visión del mar abierto delante de ellos, la galera se precipitó sobre ellos, colocándose de tal manera que los piratas se veían obligados a enfrentarse a ella o a acercarse aún más a los buques de guerra.

Debo decir que se trataba de esa clase de galeras que resultaban muy corrientes en aquellas aguas, con un casco largo, estrecho y de poca altura para permitir que los remos llegaran al agua. La proa era afilada y se proyectaba hacia fuera en una especie de espolón, mientras que sobre la proa se amontonaban una serie de cubiertas y galerías que servían de refugio a varias compañías de mosqueteros y a los oficiales al mando.

Nuestro héroe pudo observar cómo se iba aproximando la galera por el costado de estribor y le parecía imposible poder escapar de ella o de los otros buques de guerra. Pero el capitán Morgan seguía manteniendo la compostura que había exhibido hasta entonces, dando de vez en cuando alguna que otra orden al hombre que estaba a la rueda que, agarrando con fuerza el timón, intentaba virar el galeón hacia babor y escapar así de la galera hacia las aguas despejadas que se extendían al frente. Sin embargo, la maniobra acercaba el barco a los buques de guerra que habían empezado a disparar andanada tras andanada, haciendo que las astillas de madera saltasen por todas partes con cada cañonazo y que, de cuando en cuando, se pudiera escuchar los gritos de dolor de los heridos. Desde luego, si hubiera sido de día, todos habrían muerto en la contienda, aunque, como ya he dicho, gracias a la oscuridad, las prisas y la confusión pudieron evitar ser completamente destruidos, aunque seguramente mucho tuvo que ver la providencia en todo ello.

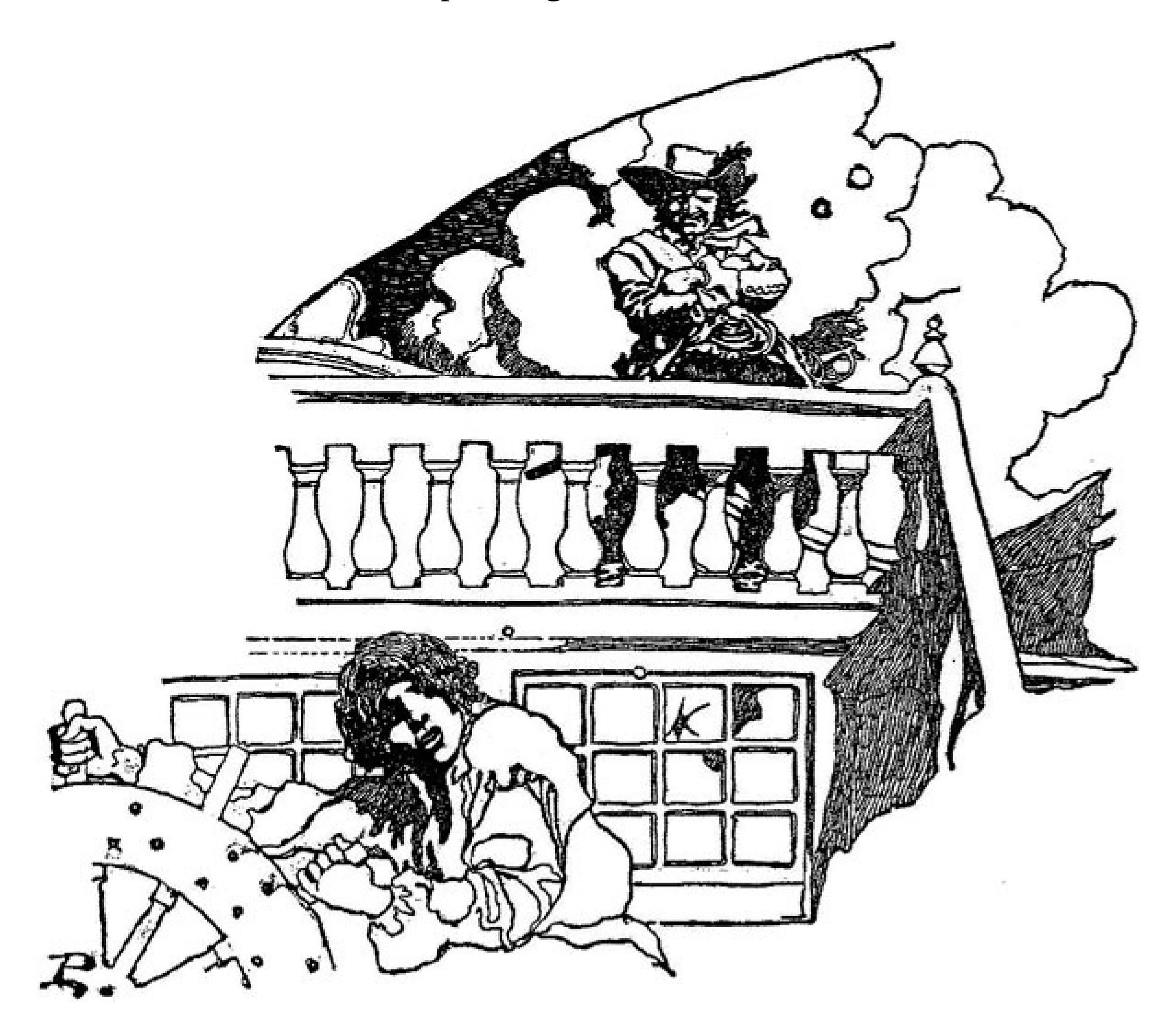
La galera, mientras tanto, había puesto rumbo a ellos para hacerles frente y ya se encontraba a tan poca distancia que empezó a abrir fuego de mosquetería contra ellos, de tal forma que el estruendo de los cañones se mezcló con los silbidos y zumbidos de las balas.

Dos minutos más y serían abordados por ella, y en ese momento el capitán Morgan ordenó a gritos al hombre que estaba a la rueda del timón que virase todo a estribor. El hombre giró la rueda a toda velocidad en el acto y el galeón, obedeciendo gentilmente los mandatos del timón, tomó un rumbo que, de mantenerse, le llevaría directamente contra el enemigo.

Es posible que los españoles pensaran al principio que los piratas intentaban escapar por la parte de popa, ya que de inmediato comenzaron a remar hacia atrás para cortarles el paso, de forma que el agua se llenó de espuma a su alrededor; mientras hacía esta maniobra dispararon tal andanada de mosquetería que fue un milagro que no produjera más que unas cuantas bajas.

En cuanto a nuestro héroe, creo que por entonces ya se había olvidado de todo lo que no fuera referente a la maniobra del capitán y a si tendría éxito o no lo tendría, pues desde el primer momento se dio cuenta de lo que en realidad pretendía el capitán Morgan.

Justo entonces, cuando la maniobra se estaba llevando a cabo, una bala alcanzó al hombre que estaba al timón. Al oír sus gritos de dolor, Harry se volvió y pudo verle caer hasta quedar tendido en la cubierta sobre un charco de sangre, mientras la rueda del timón, libre de sus manos empezó a girar locamente.



El barco se habría puesto de nuevo a favor del viento de no ser porque nuestro héroe saltó rápidamente sobre la rueda (aunque el capitán Morgan ya había dado orden a otro para que lo hiciera) y pudo sujetar las cabillas con fuerza, haciéndolas girar de vuelta y consiguiendo de esta manera que el galeón retomase el rumbo perdido.

Al principio, mientras se esforzaba al timón, no pensaba en otra cosa que obedecer las órdenes de su capitán. No prestaba atención a los cañonazos ni a las balas. Pero cuando el barco estuvo controlado, volvió a ver las galerías superiores de la galera centelleando con los disparos de los mosquetes y se imaginó aterrorizado que todas las balas iban destinadas a él. Miró a su alrededor con desesperación, pero nadie se acercaba para a la rueda para relevarle, así que se resignó a su destino y

continuó con su tarea, aunque estaba convencido de que la próxima bala le produciría una muerte violenta. Los oídos le zumbaban y el cerebro parecía flotar en su cabeza tan ligero como una pluma. Apenas respiraba y mantenía los ojos casi cerrados, como si ello pudiera librarle de las balas que zumbaban a su alrededor.

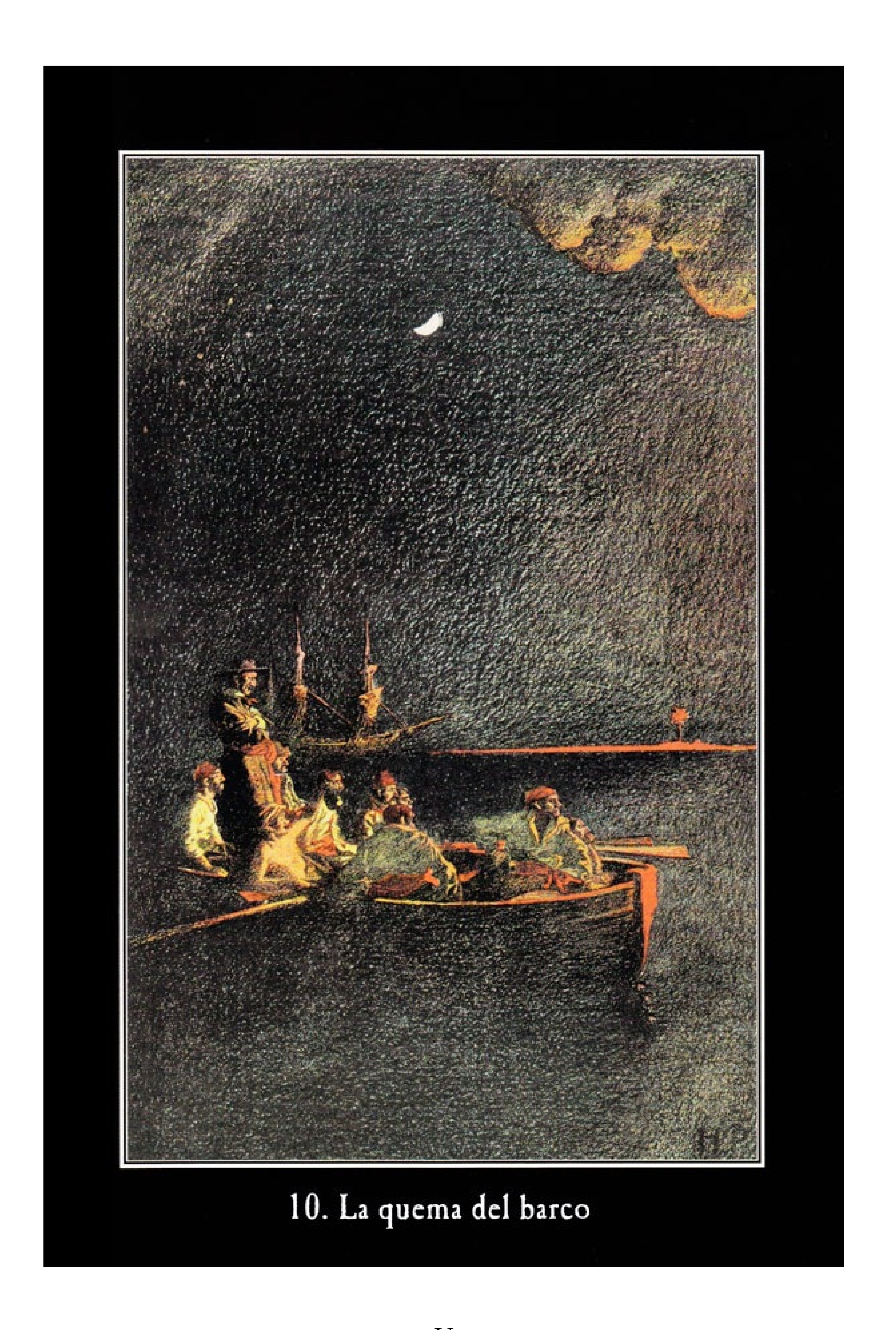
En esos momentos los españoles debieron de darse cuenta de los verdaderos planes de los piratas, pues dejaron de disparar de repente y empezaron a gritar un montón de órdenes mientras los remos agitaban el agua cubierta de espuma. Pero ya era demasiado tarde para que pudieran escapar, pues casi al instante el galeón embistió a su enemigo por el costado de estribor con tal violencia que Harry estuvo a punto de volar por encima de la cubierta. Acto seguido, tras un horrible crujido de maderas al ser desgarradas, acompañado de los gritos de los hombres, la galera fue empujada hacia un lado y el galeón pudo abrirse paso hacia el mar, dejando tras de sí los restos de su enemigo a punto de naufragar y cientos de cabezas y brazos que se agitaban en el agua a la luz de la luna llena.

Entonces, una vez hubo pasado el peligro, varios piratas se apresuraron para ayudar a nuestro héroe, que seguía al timón. En cuanto al capitán Morgan, una vez hubo bajado a la cubierta principal, dio una palmada en la espalda del joven timonel.

—Bien, señor Harry —dijo—, ¿no le aseguré que haría de usted todo un hombre?

El pobre Harry esbozó una tímida sonrisa, aunque apenas podía despegar los labios y sus manos temblaban y estaba tan frío como un témpano. Dios sabe que su verdadero estado de ánimo se encontraba más cerca del llanto que de la risa, aunque el capitán Morgan no se dio cuenta de ello.

Sin embargo, debo decir que, espoleado por la euforia del momento, lo que hizo fue en verdad una hazaña heroica, y me pregunto cuántos jovencitos de hoy en día con tan sólo dieciséis años actuarían con tanta valentía como nuestro Harry.



10. La quema del barco

V

Las proezas de nuestro héroe pronto fueron del dominio de todos los presentes y a la mañana siguiente el capitán español (que era todo un caballero) le prestó parte de

su ropa para que pudiera ser presentado a las damas de manera más adecuada. Si el capitán Morgan ya sentía de antes un cierto afecto por el muchacho, ahora su gratitud era todavía más patente. Comía en el camarote principal y era mimado por todos. La señora Simon, que era una dama obesa y de rostro colorado, le alababa sin cesar, y la joven damisela, una muchacha muy atractiva, le miraba continuamente.

Debo decir que la muchacha y el honorable Harry pasaban muchas horas juntos; ella decía que quería enseñarle el idioma francés, pero Harry estaba tan embargado por la pasión que apenas podía sofocarla. Por su parte ella, que se daba perfecta cuenta, le trataba siempre con naturalidad y complacencia; de haber sido Harry mayor y el viaje más duradero, con toda seguridad que nuestro héroe habría caído en los brazos de aquella sirena. Pero los piratas navegaban a toda vela en dirección a Jamaica, adonde llegaron sanos y salvos al tercer día de hacerse a la mar.

Durante el viaje los bucaneros casi se habían vuelto locos de alegría, pues descubrieron que el barco llevaba una carga de lingotes de plata, cuyo valor ascendía a la increíble suma de 150.000 libras. Fue un milagro que ninguno se emborrachara para celebrarlo. Sin duda lo habrían hecho de no ser porque el capitán Morgan, sabiendo que aún navegaban por aguas muy frecuentadas por la flota española, les dijo que al primer hombre que viera bebiendo una gota de ron sin su permiso le dispararía un tiro en la cubierta. El aviso surtió el efecto esperado y todos permanecieron sobrios hasta llegar a Port Royal, lo cual hicieron sobre las nueve en punto de la mañana.

Y fue entonces cuando el romance de nuestro héroe tuvo un final repentino. Apenas habían echado el ancla cuando se les acercó el bote de un buque de guerra a bordo del cual iba el lugarteniente Grantley (un amigo personal del padre de nuestro héroe) y también el hermano mayor de Harry, que le dijo con voz severa que era un completo villano, que estaba seguro de que terminaría sus días en las galeras y que se iba a venir inmediatamente con él de vuelta a casa. También le hizo saber que su familia estaba muy disgustada por su conducta cruel e ingrata. Nuestro héroe no pudo hacer nada para que cambiara de opinión.



—Bueno —dijo al fin Harry—, por lo menos deja que dividan el botín y pueda coger mi parte.

—¡De eso nada! —exclamó su hermano—. ¿Acaso te crees que nuestro padre va a consentir que pongas las manos en ese botín conseguido a base de sangre y asesinatos?

Y así, tras largas argumentaciones, nuestro héroe fue obligado a regresar, sin tener ni tan siquiera la oportunidad de despedirse de su enamorada. Jamás volvió a verla,

excepto en la distancia, mientras se alejaban en el bote, pues ella subió a despedirle al castillo de popa con el rostro lleno de lágrimas. Para él se había terminado la diversión; sin embargo aún tuvo la presencia para ponerse de pie en la popa del bote y hacer una elegante reverencia con el sombrero que le había prestado el capitán español antes de que su hermano le obligara de un empujón a sentarse de nuevo.

Y así termina esta historia, sin nada más digno que contar, excepto que nuestro buen Harry, en vez terminar sus días en galeras, llegó a ser con el tiempo un rico y respetable mercader de azúcar, casado con una mujer inglesa que le dio una retahíla de hijos, a los que, cuando estaba de humor, contaba estas aventuras (y otras varias que no figuran aquí), de la misma manera que yo os las he contado a vosotros.



Capítulo IV

TOM CHISTY EL COFRE DELTESORO

Una Historia de los Viejos Tiempos del Capitán Kidd

I



enemos que remontarnos a los lejanos días del año 1686, cuando una tremenda tormenta barrió la costa atlántica de un extremo a otro, para contar la historia de Tom Chist y de cómo llegó a obtener su nombre y vivir en el pequeño asentamiento de Henlopen, a la entrada de la Bahía de Delaware. En el apogeo de la tempestad, una barcaza embarrancó en los Bajíos Hen-and-Chicken[19], un poco por debajo del Cabo Henlopen, a la entrada de la Bahía de Delaware. Tom Chist fue el único superviviente de todos los desgraciados que iban a bordo del navío.

Antes de nada hay que hablar de este suceso, ya que trata de su extraña y milagrosa salvación y de cómo obtuvo el nombre con el que se le conocería desde entonces.

Por aquellos tiempos las colonias americanas comenzaban a establecerse y el pequeño asentamiento de Henlopen, una mezcla de ingleses, holandeses y suecos, era tan sólo un punto insignificante en medio de la naturaleza salvaje y agreste que cubría América del Norte; rodeado de pantanos y bosques, ningún hombre se atrevía a ir hacia el oeste. Aquellas tierras salvajes no sólo estaban habitadas por bestias y alimañas, sino también por feroces indios que todos los otoños se reunían en tribus para pasar el invierno a lo largo de los lagos de agua fresca que salpicaban las costas de Henlopen. Durante cuatro o cinco meses vivían allí, alimentándose de pescado, almejas, patos salvajes y gansos, y fabricando puntas de flecha, cacharros y cacerolas

de barro al abrigo de las dunas de arena y de los bosques de pino que crecían sobre los cabos.

Algunos domingos, cuando el reverendo Hillary Jones predicaba en la pequeña iglesia que se levantaba en la linde de los bosques, aquellos salvajes pieles rojas entraban en el recinto para escapar del frío y se sentaban en los bancos de atrás, escuchando con gran seriedad una retahíla de palabras que no tenían ningún significado para ellos.

Pero hablemos del naufragio de 1686. Aquel naufragio en los Bajios Hen-and-Chicken fue como un regalo enviado por Dios para los pobres y necesitados colonos que vivían en aquellas regiones agrestes, donde tanto escasean los milagros. El barco terminó haciéndose astillas durante la noche y, a la mañana siguiente, la playa estaba cubierta con sus restos: cajas, barriles, cofres, vergas, maderos y tablas, una cosecha abundante y generosa que fue recolectada por los colonos sin nadie que pudiera prohibírselo.

El nombre del barco, según estaba escrito en algunos de los barriles de agua y cofres, era el *Bristol Merchant*, y su origen, sin duda, Inglaterra.

Como ya se dijo antes, Tom Chist fue el único que pudo escapar con vida del naufragio.

Un colono, un pescador llamado Matt Abrahamson, y su hija Molly, fueron los primeros en encontrarle. Fue arrastrado a la playa junto con los restos del barco, en el interior de un enorme cofre de madera fuertemente cerrado, con una cuerda atada alrededor, y colocado entre dos trozos de una verga para poder aguantar mejor los golpes de las olas. Matt Abrahamson pensaba haber encontrado algo de gran valor cuando se acercó al cofre; pero cuando cortó la cuerda y abrió la tapa del baúl su sorpresa no pudo ser mayor que si se hubiera encontrado una salamandra en lugar del bebé de nueve o diez meses que yacía casi asfixiado entre las mantas que cubrían el fondo del cofre.

Molly, la hija de Matt Abrahamson, tenía un niño que había muerto el mes anterior. Así que cuando vio a la pequeña criatura que yacía dentro del cofre, se puso a gritar a los cuatro vientos que el Señor le había mandado otro pequeño para reemplazar al anterior.

La lluvia caía en espesas cortinas de agua tras el paso del huracán y Molly arropó a la criatura con el chaquetón que llevaba consigo, echando a correr acto seguido hacia la casa sin recoger ningún otro resto del naufragio.

El párroco Jones fue el que dio los fundamentos de su futuro nombre. Cuando se enteró de lo que había encontrado Matt Abrahamson, fue corriendo a la cabaña del pescador para ver al niño. Examinó las ropas que llevaba la criatura. Estaban bien hechas, con lino de gran calidad, y el honorable reverendo opinó que sus padres verdaderos eran de familia acomodada. El niño llevaba un pañuelo alrededor del cuello que le bajaba por detrás de los brazos y había sido atado a su espalda, y en uno de los extremos, cosidas con elegancia, podían verse las iniciales T. C.

—¿Cómo vas a llamarle, Molly? —preguntó el reverendo Jones. Permanecía de pie con la espalda hacia el fuego y calentándose las manos. Por el bolsillo de su enorme abrigo sobresalía el cuello de una botella de alcohol que había recuperado del naufragio aquella misma tarde.

—¿Qué nombre vas a ponerle? —repitió.

—Le llamaré Tom, por mi anterior hijo.

—Eso está en consonancia con las iniciales del pañuelo —dijo el reverendo Jones —. ¿Y cuál será su apellido? Mejor que sea uno que empiece por C.

—No sé —dijo Molly.

—¿Por qué no llamarle *Chist*[20], ya que en realidad ha «nacido» en un cofre traído por las olas? Tom Chist… el nombre suena como el chisporrotear del aceite en una sartén.

Y de esa manera Tom Chist fue nombrado «Tom Chist» el día de su bautismo cristiano.

Ya hemos contado lo suficiente del origen de Tom Chist. La historia del cofre del tesoro del capitán Kidd comienza al final de la primavera del año 1699.

Aquel año el famoso capitán pirata llegó desde las Indias Occidentales a la Bahía de Delaware, donde vivió durante más de un mes en espera de las noticias de sus amigos de Nueva York.

Kidd había mandado un mensaje a sus conocidos en aquella ciudad preguntando si podría regresar sano y salvo con las riquezas que había rapiñado en los mares de la India y las costas de África, y mientras le llegaba la respuesta permanecía anclado tranquilamente en la Bahía de Delaware. Pero antes de que abandonara aquellas aguas transformó por completo la tranquila existencia de Tom Chist con algo que había llevado a tierra.

Por aquel entonces Tom Chist se había convertido en un muchacho fuerte y un poco patoso de catorce años de edad. Llevaba una vida de perros con el viejo Mart Abrahamson, pues el anciano pescador perdía los estribos con frecuencia y raro era el día en el que no le gritara o diera un pescozón, por no decir una paliza. Cualquiera pensaría que semejante tratamiento podría amedrentar el carácter del pequeño huérfano; sin embargo en Tom Chist pasaba todo lo contrario, ya que era uno de esos sujetos tercos, robustos y voluntariosos que cuanto peor son tratados más duros y fuertes se hacen. Hacía ya mucho tiempo desde la última vez que Tom Chist había llorado a causa de los malos tratos del viejo Matt. Luego había aprendido a apretar los dientes y soportar lo que se le viniera encima, hasta que algunas veces el anciano y borracho pescador se volvía loco de rabia ante el silencio testarudo del muchacho. Entonces dejaba de golpearle y gritaba haciendo rechinar los dientes:

—¿No dices nada? ¿No dices nada? Bien, veremos entonces si yo soy capaz de sacarte algo.

Cuando las cosas tomaban este cariz, Molly solía interponerse para proteger a su hijo adoptivo y con frecuencia ambos tenían que luchar juntos para quitar de las

manos del viejo la vara o la correa con la que le estaba golpeando. Luego el viejo Matt salía por la puerta y daba vueltas y más vueltas alrededor de la cabaña durante casi media hora, hasta que desaparecía su rabia y volvía a entrar, dando por terminada la tempestad.

Aparte de con su madre adoptiva, Tom Chist tenía gran amistad con el reverendo Jones, quien solía venir a visitarlos de vez en cuando con el pretexto de comprar al viejo media docena de peces para el desayuno. Siempre tenía alguna palabra amable para Tom, que durante las tardes invernales también iba a la casa del buen hombre para aprender algo de lectura, escritura y números, de tal forma que ya era capaz de leer las palabras de la Biblia y los números del Almanaque, y sabía que una moneda de dos peniques equivalía a cuatro de medio penique.

Ésa era la clase de chico en la que se había convertido Tom, y aquél el tipo de vida que llevaba por entonces.

Al final de la primavera, o principios del verano, de 1699 una chalupa del barco del capitán Kidd arribó a las costas de la Bahía de Delaware y cambió para siempre la vida del muchacho.

Y de esta forma llegamos al comienzo de la historia del cofre del tesoro del capitán Kidd.

II

El viejo Matt Abrahamson escondía el pequeño y plano bote con el que solía ir a pescar a cierta distancia de la costa, cerca del lugar donde habían ido a parar los restos del barco naufragado en los Bajíos. Aquel era el sitio al que solían ir de pesca los vecinos y allí, varado en la arena, Matt dejaba su bote.

Aquella misma tarde había habido tormenta y Tom se había acercado a la playa para achicar el agua del bote y dejarlo listo para la pesca matinal.

Cuando volvía a casa apareció la luna llena en un cielo nocturno cubierto de nubes viajeras. De vez en cuando se veían lejanos resplandores por el oeste, seguidos de un estruendo sordo, que presagiaban la llegada de una nueva tormenta.

Durante todo aquel día la balandra pirata había permanecido anclada cerca de los Cabos, y Tom Chist podía divisar el pálido resplandor de las velas bajo la luz de la luna, pues habían sido desplegadas para que se secasen al viento. Caminaba por la playa en dirección a la cabaña cuando se dio cuenta de que a cierta distancia por delante de él había un bote varado en una lengua arenosa y un grupo de hombres reunidos a su alrededor. Siguió avanzando lleno de curiosidad por descubrir quién había tomado tierra, pero hasta que no estuvo muy cerca no se dio cuenta de quienes eran en realidad aquellos hombres. Entonces pensó que se trataba de una pequeña partida que procedía del barco pirata. Era evidente que acababan de tomar tierra, ya que dos de los hombres estaban sacando un cofre del interior del bote. Uno era negro

y estaba desnudo de cintura para arriba, mientras que el otro era un hombre blanco que iba en mangas de camisa y calzones de seda, y llevaba un sombrero de Monterrey sobre la cabeza, un pañuelo atado al cuello y unos pendientes de oro en las orejas. Tenía una trenza muy larga que le caía por la espalda y la vaina de un cuchillo sobresalía a un costado. Otro hombre, evidentemente el capitán del grupo, permanecía de pie a cierta distancia mientras sacaban el cofre del bote. En una mano llevaba una vara y en la otra una linterna encendida, aunque la luz de la luna llena iluminaba casi tanto como si fuera de día. Calzaba botas de gato y se cubría con una elegante capa, y tenía un bigote largo y puntiagudo que se curvaba sobre su mentón. En la cabeza llevaba un bonito sombrero adornado con plumas y el pelo largo y muy negro le caía sobre los hombros.

Todo eso fue lo que pudo ver Tom Chist al resplandor de la luna llena que al mismo tiempo hacía que los botones de su abrigo centellearan con luz dorada.

Estaban tan ocupados sacando el cofre del bote que al principio no se dieron cuenta de que Tom Chist estaba observándoles muy cerca de ellos. Fue el hombre blanco de la trenza y los pendientes de oro el primero que se percató de su presencia.

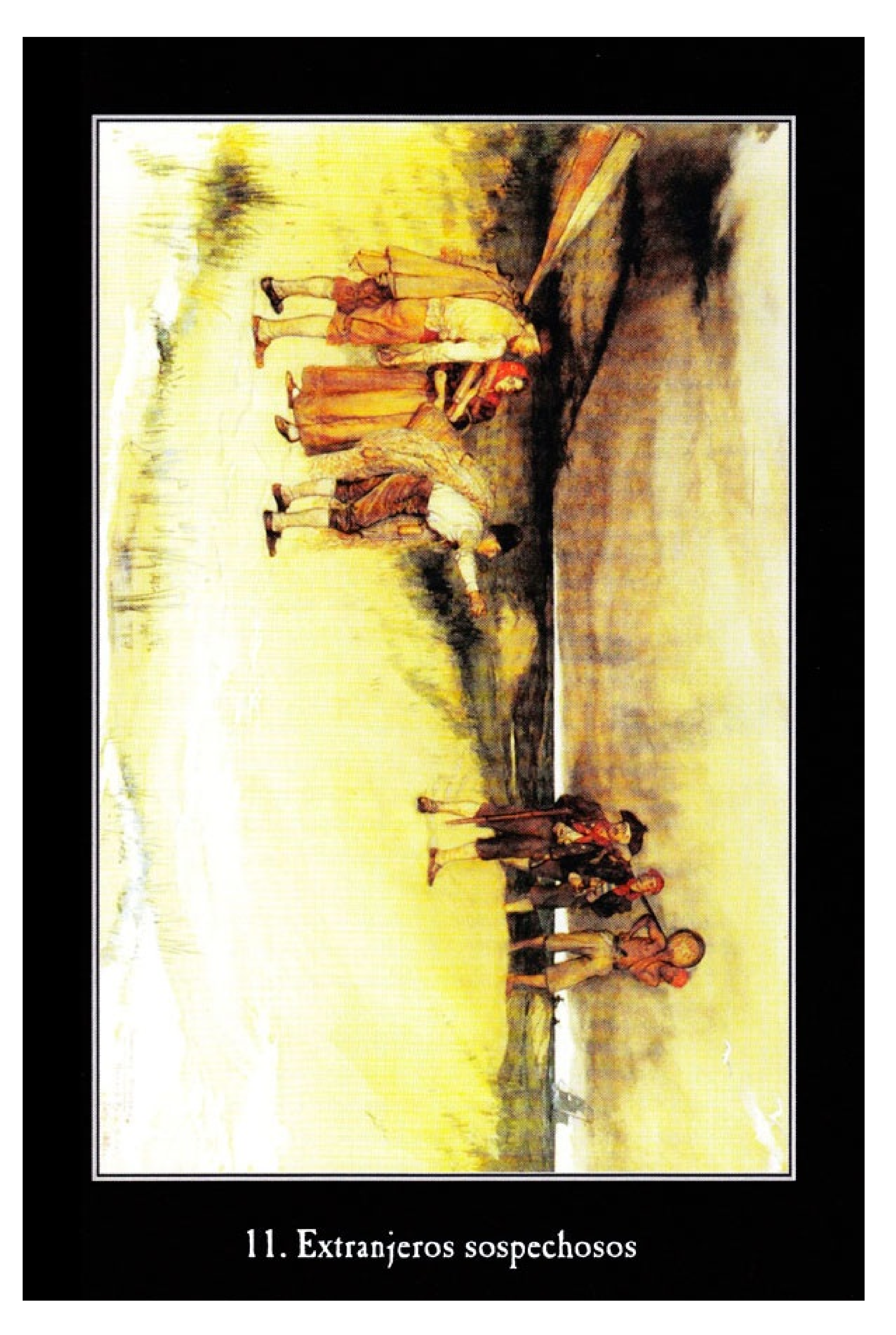
—¿Qué haces ahí, muchacho? —dijo con voz ronca y severa—. ¿De dónde has salido?

Y en seguida, mientras terminaba de sacar el cofre y sin esperar la respuesta de Tom, señaló con el dedo playa abajo y dijo:

—Será mejor que te ocupes de tus propios asuntos si no quieres saber lo que es bueno. Vete y no vuelvas o te aseguro que te arrepentirás.

Tom se dio cuenta de que todos los piratas tenían la vista fija en él, de forma que se dio la vuelta y se alejó caminando. El hombre que había hablado le siguió amenazadoramente durante un trecho, como para asegurarse de que se iba tal y como se le había ordenado. Pero en seguida paró y Tom echó a correr hasta que el bote, los piratas y todo lo demás se perdieron en la distancia bajo la luz de luna. Entonces también él se detuvo, dio media vuelta y miró hacia atrás, al camino por el que había venido.

Había algo inquietante en el aspecto de los hombres que acababa de ver y era también muy extraño lo que se traían entre manos. Se preguntaba que los había traído hasta allí y qué era lo que estaban haciendo. Permaneció quieto un rato, con la vista y el oído avizor. No veía a los hombres y tan sólo podía escuchar su lejano parloteo. ¿Qué estaban haciendo en aquella playa solitaria a esas horas de la noche? Entonces se dejó llevar por un impulso repentino, salió del camino y acortó entre las dunas, dirigiéndose tierra adentro pero aún cerca de la costa, con la intención de espiar a los piratas y descubrir que les había traído a las suaves dunas de arena que se extendían frente a la playa.



11. Extranjeros sospechosos

Siguió andando por el atajo hasta que pudo escuchar con más claridad el sonido de las voces de los piratas, que se iba haciendo mayor según se acercaba a ellos. Se detuvo y prestó atención, y en ese mismo momento, nada más pararse, los piratas también dejaron de hablar. Se agachó todo lo que pudo bajo la brillante y

resplandeciente luz lunar, rodeado del silencio que ahora se cernía sobre las dunas y que parecía presionarle como una mano invisible y ominosa. De pronto escuchó de nuevo la voz de uno de los piratas y pudo oír a alguien que contaba con mucha lentitud.

—Noventa y uno —decía—, noventa y dos, noventa y tres, noventa y cuatro, noventa y cinco, noventa y seis, noventa y siete, noventa y ocho, noventa y nueve, cien, ciento uno —la voz monótona y cadenciosa seguía acercándose—, ciento dos, ciento tres, ciento cuatro… —y así uno tras otro, monótonamente.

De repente vio tres cabezas que aparecían por encima de la duna arenosa, y estaban tan cerca de él que inmediatamente se acurrucó todo lo que pudo presa del miedo. Al principio pensó que le habían descubierto por culpa de la luz de la luna; pero no fue así y respiró aliviado cuando escuchó de nuevo a la voz que seguía contando con monotonía:

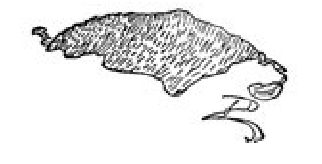
—… Ciento veinte —decía mecánicamente—, veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro… —y en esos momentos el que contaba salió de las sombras que proyectaba la duna a la blanca luminosidad de un claro de luna.

Se trataba del hombre que llevaba una vara en la mano, el que suponía capitán del grupo de hombres que habían desembarcado. Ahora llevaba la vara o bastón debajo del brazo y alumbraba con la linterna algo que sostenía en una mano, observándolo con sumo cuidado mientras proseguía su lento y meticuloso andar en línea recta a través de la arena, contando todos y cada uno de sus pasos.

—… Veinticinco, veintiséis, veintisiete, veintiocho, veintinueve y treinta.

Detrás de él iban otras dos figuras; una era la del negro que estaba desnudo de cintura para arriba, la otra la del hombre de los pendientes y la larga coleta, el que Tom había visto sacar el cofre del bote. Entre los dos acarreaban el pesado baúl, levantando la arena de la playa mientras caminaban con esfuerzo.





Nada más decir «treinta» el que contaba, los otros dos hombres depositaron el cofre sobre la arena con un bufido, y el sujeto blanco se pasó la manga de la camisa por la frente jadeando y resoplando. Inmediatamente el hombre que había contado cogió un trozo de papel e hizo alguna anotación. Permanecieron quietos largo rato, mientras Tom les espiaba desde su refugio en la duna, y durante unos momentos el silencio fue absoluto. En medio de aquella calma, Tom podía escuchar el distante romper de las olas sobre la arena de la playa y, en un momento determinado, las carcajadas lejanas de uno de los hombres que se habían quedado al lado del bote.

Pasaron uno, dos, tres minutos y los hombres volvieron a coger el cofre mientras

que el otro empezó de nuevo con la cuenta.

—Treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro —caminaba en línea recta bajo el claro de luna, mirando con intensidad el objeto que tenía en la mano—, treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete… —hasta que las tres figuras desaparecieron en la pequeña hondonada que se formaba entre la duna de Tom y la de enfrente, aunque nuestro héroe podía seguir escuchando la voz en la distancia.

Nada más desaparecer detrás de la cresta de la duna se produjo un repentino fogonazo de luz y acto seguido, mientras Tom permanecía quieto escuchando al que contaba, pudo oír tras cierto tiempo el sordo retumbar de un trueno lejano. Esperó un rato y luego se levantó y se acercó a la cresta de la duna en la que se ocultaba. Miró por todas partes, pero fue incapaz de descubrir a nadie. Empezó a descender por la ladera arenosa siguiendo la dirección que habían tomado el capitán pirata y los dos hombres que portaban el cofre. Gateaba con suma cautela, parando de vez en cuando para asegurarse de que aún podía oír la voz del que contaba, y en cuanto ésta cesaba se tumbaba sobre la arena y esperaba hasta que volvía a empezar.

Después de seguir un rato a los piratas fue capaz de ver de nuevo en la lejanía las figuras de los tres hombres y, después de rodear una duna cubierta de cañizos, llegaron a una pequeña zona abierta y llana iluminada de blanco por la luz de la luna.

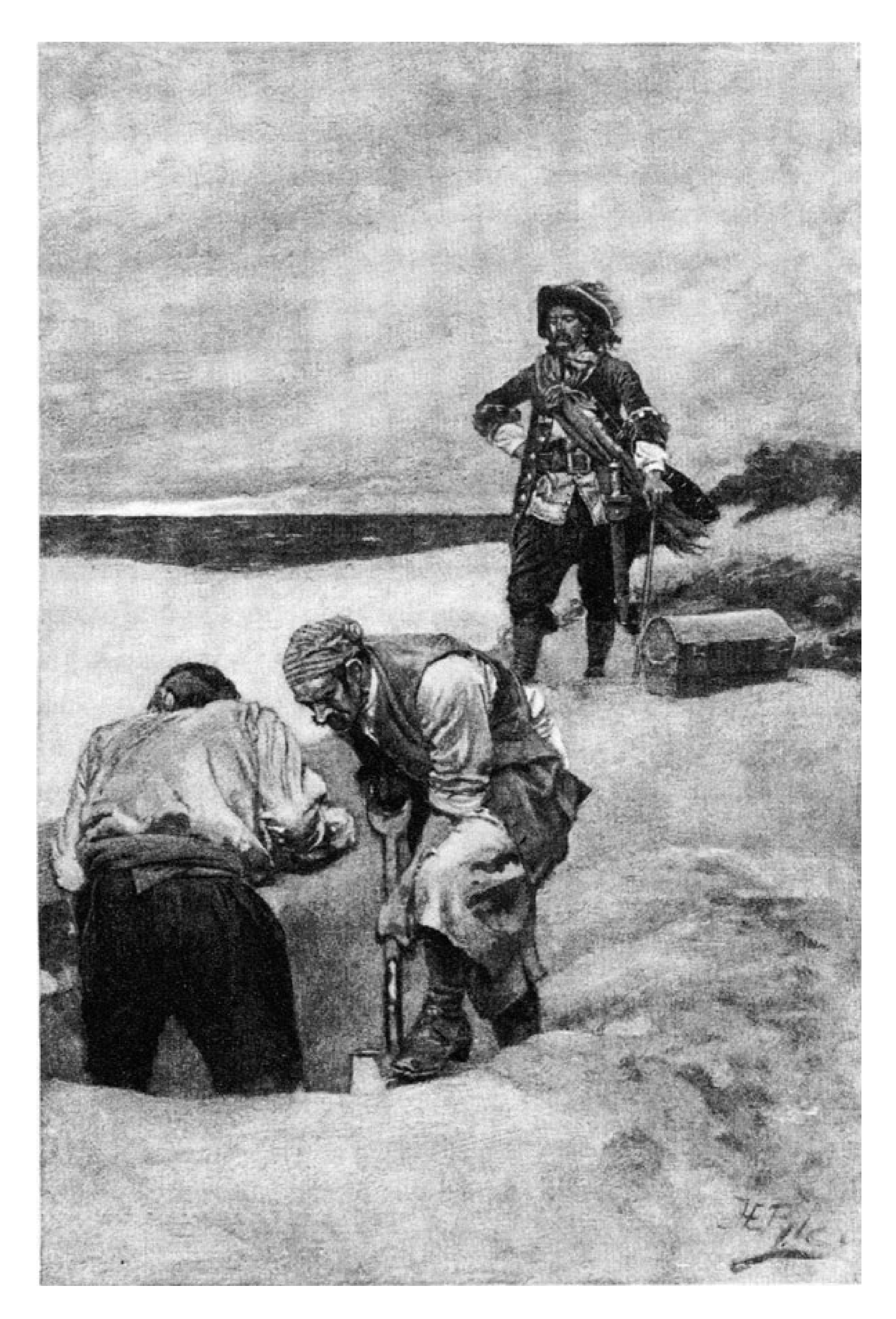
Los tres habían cruzado la duna y apenas se encontraban ahora a más de veinticinco pasos de Tom. Otra vez habían dejado el cofre sobre la arena y el hombre blanco de los pendientes de oro y la trenza estaba sentado encima mientras que el negro permanecía de pie a su lado. La luna brillaba con esplendor e iluminaba su rostro como si fuera de día. Miraba directamente a Tom Chist, y sus facciones se recortaban llenas de pálidos destellos y sombras oscuras como si fuera una estatua de marfil. Estaba sentado sin mover ni un solo músculo y Tom se echó hacia atrás pensando que lo había descubierto. Yacía en silencio mientras el corazón le latía con violencia a punto de escapársele por la garganta; pero no sucedió nada y pronto el que contaba retomó su cantinela. Cuando de nuevo se atrevió a mirar vio que el grupo cruzaba el claro en línea recta. Delante de ellos se elevaba un pequeño y suave montículo de arena. No hicieron nada por rodearlo sino que continuaron avanzando en línea recta por encima de él. El jefe del grupo tenía que ayudarse de su bastón para subir la cuesta arenosa, pero seguía contando y no perdía de vista el objeto que tenía en la mano. Acto seguido desaparecieron detrás de la blanca cresta en dirección al lado opuesto.

Tom los siguió con cautela hasta que caminaron cerca de media milla tierra adentro. La siguiente vez que pudo verlos con claridad fue desde las alturas de una pequeña elevación arenosa; los piratas estaban en una hondonada en forma de taza y la luz de luna brillaba con un resplandor deslumbrante sobre la arena.

El hombre blanco que había ayudado a portar el cofre estaba arrodillado, haciendo algo que Tom no podía distinguir al principio. Estaba afilando la punta de una larga percha de madera y, después de un rato, una vez hubo finalizado su tarea, se

levantó y se dirigió hacia el lugar en el que el supuesto jefe de la expedición había clavado su bastón como señalando algo en particular. Quitó la vara y empezó a introducir la larga percha en su lugar. Acto seguido cogió un mazo de madera que le había dado el negro y comenzó a clavarla en la tierra. Los golpes sordos del mazo sobre el extremo de la percha sonaban claramente en la quietud absoluta que reinaba en el lugar mientras Tom yacía tumbado preguntándose que querría decir todo aquello. El hombre blanco martilleaba con rapidez y pronto la percha tan sólo sobresalía unos centímetros por encima de la arena. Nada más terminar su tarea el cielo se iluminó con otro resplandor seguido, al rato, del sordo retumbar de un trueno y Tom pudo contemplar las nubes tormentosas que se acumulaban, unas sobre otras, perfiladas en el borrascoso cielo occidental.

Los dos hombres blancos se encontraban entonces erguidos al lado de la percha mientras el negro aguardaba. Luego el hombre del bastón se apartó de la percha llevando consigo el extremo de un cordel de medir mientras que el sujeto de la trenza sostenía el otro extremo pegado al trozo de percha que sobresalía de la arena. Cuando el capitán pirata llegó al final de la cuerda hizo una marca sobre la arena y, a partir de ella, volvieron a hacer una nueva medición.



Repitieron esta operación cinco veces y luego, tal y como pudo ver Tom desde donde se encontraba, el hombre de la trenza sacó punta a otra percha y la clavó justo en la base de la cuesta de arena de otra duna que se recortaba claramente contra el cielo nocturno. En cuanto el hombre de la trenza terminó su tarea empezaron a medir

de nuevo, de tal forma que, al rato, desaparecieron detrás de la duna y Tom no pudo ver lo que seguían haciendo.

El negro aún seguía sentado encima del cofre, tal y como lo habían dejado, y la luz de la luna era tan brillante que Tom podía distinguir el centelleo de sus ojos al abrir y cerrar los párpados.

Entonces, desde detrás de la duna, le llegó por tercera vez el sordo martilleo del mazo sobre la percha y después, pasado un rato, los dos hombres blancos aparecieron sobre la cresta arenosa y blanca iluminados por la luz lunar.

Se dirigieron hacia el cofre y el de la trenza ayudó de nuevo al negro a llevarlo a través del claro y detrás de la cresta arenosa, fuera ya de la vista de Tom.

III

Tom Chist ya no podía ver lo que hacían los piratas y no se atrevía a cruzar el espacio de tierra abierta que le separaba de ellos. Permaneció tumbado en el mismo sitio, especulando sobre lo que estarían haciendo, mientras las nubes tormentosas se iban acumulando en el horizonte y los truenos sonaban cada vez más fuerte siguiendo a los relámpagos que iluminaban las profundidades cavernosas y nubladas. En los momentos de silencio podía escuchar el sonido ocasional de un objeto metálico al chocar contra la arena y supuso que estaban enterrando el cofre, aunque era incapaz de imaginar el lugar exacto del enterramiento.

Sin embargo siguió en el mismo lugar, quieto y atento a lo que oía, y de vez en cuando una ráfaga de aire levantaba la arena de la playa y el retumbar de un trueno surgía de la panza tormentosa de las nubes que cada vez se hallaban más cerca. Pero Tom Chist seguía tumbado en el mismo sitio.

De repente, en el momento menos esperado, volvieron a aparecer las tres figuras recortándose sobre la cresta de la duna. El capitán pirata iba en cabeza, seguido de cerca por los otros dos hombres. Habían recorrido casi la mitad del claro arenoso que se extendía entre la duna y el montículo cubierto de cañas en el que estaba escondido Tom cuando el hombre blanco se detuvo y se inclinó como si quisiera abrocharse la hebilla del zapato.

El hombre negro siguió andando hasta quedar unos pasos por delante.

Lo que pasó a continuación sucedió con tal rapidez y tan inesperadamente que Tom Chist no se dio cuenta de lo que ocurría hasta que todo hubo terminado. Cuando el negro adelantó al hombre blanco, este último se levantó con gran celeridad y sigilo, y Tom Chist vio que en su mano, destellando bajo la luz de la luna, llevaba un cuchillo enorme con forma de daga. Avanzó dos pasos en silencio hasta colocarse detrás del desprevenido negro. Luego se produjo un destello metálico y blanquecino seguido de un golpe seco, que Tom pudo escuchar desde el lugar en el que se hallaba tumbado. El hombre negro emitió un grito ahogado y empezó a correr; luego se paró

de repente, como si estuviera pegado a la arena.

Tom había visto cómo el cuchillo penetraba en su espalda, e incluso creía haber vislumbrado la punta de la daga saliendo por la parte delantera del pecho.

Mientras tanto el capitán pirata permanecía quieto, apoyado sobre la empuñadura de su bastón, contemplando impasible la escena.



El negro echó a correr de nuevo. El otro se quedó un rato mirando hacia dónde iba; acto seguido comenzó a correr detrás de su presa. El negro no estaba muy lejos de Tom cuando se estremeció y cayó sobre la arena. Intentó levantarse de nuevo, pero no pudo y se quedó tumbado sobre la pendiente arenosa. En ese momento la luna se ocultó detrás de una nube y todo se quedó a oscuras, pero en el silencio Tom pudo escuchar otro golpe seco seguido de un estertor y la voz del hombre blanco diciéndole al capitán que había terminado su tarea.

Tom distinguió la figura nebulosa del capitán cruzando el claro arenoso y al rato, cuando la luna volvió a aparecer entre las nubes, la del hombre blanco erguido al lado de la del negro que yacía en la arena.

Tom salió corriendo y se arrojó en un hoyo que había en la arena cubierto de la sombra proyectada por la duna. Esperó un rato y volvió a correr rápidamente hasta la siguiente hondonada, y siguió haciéndolo así, de hondonada en hondonada, asustado y jadeante. Creía oír unos pasos que venían detrás de él y, aterrado como estaba, esperaba sentir en cualquier momento cómo la hoja metálica del cuchillo atravesaba sus costillas de la misma manera que había atravesado las del pobre negro.



Así que corrió y corrió como si le persiguieran todos los diablos. Sus pies le parecían de plomo, jadeaba y suspiraba, y el aire que entraba por su boca le quemaba la garganta. Pero siguió corriendo hasta que se dio cuenta de pronto de que estaba delante de la cabaña de Matt Abrahamson, jadeando, suspirando, intentando que el aire llegara a sus pulmones, con las rodillas flojas y las piernas temblorosas.

Cuando abrió la puerta y se precipitó al interior oscuro de la cabaña (ya que Matt y Molly hacía tiempo que estaban dormidos) se produjo un súbito latigazo de luz, y acto seguido, nada más cerrar de un portazo la puerta tras él, estalló el sordo retumbar de un trueno, como si algo inmenso y pesado hubiera caído desde el cielo a la tierra, haciendo que todas las puertas y ventanas de la cabaña se estremecieran.



12. «Los piratas suelen hacerlo
de vez en cuando a sus capitanes»

IV

Tom Chist se metió corriendo en la cama, tembloroso y agitado, con el corazón latiéndole desbocado y el cerebro enloquecido a causa de la huida sobre la blanda arena y el temor que había sentido al no saber a ciencia cierta si alguien le perseguía.

Permaneció despierto largo rato, sin poder conciliar el sueño a causa de los nervios y temblores que le embargaban, y cuando por fin se quedó dormido sus sueños se convirtieron en pesadillas monstruosas en las que volvía a ver, con ciertas variaciones aún más grotescas, el trágico drama que aquella noche se había representado ante sus ojos.

Pronto amaneció un día cubierto y húmedo, y antes de que el sol hubiera salido del todo Tom ya estaba en la puerta contemplando el paisaje mojado por la lluvia nocturna.

Lo primero que hizo fue subir a la duna más cercana y mirar hacia el lugar en el que el barco pirata había estado anclado el día anterior.

Ya no se encontraba allí.

Un poco después llegó Matt Abrahamson y le dijo a Tom que trajera un poco de comida para el desayuno, ya que tenían que ir a pescar.

Durante toda la mañana Tom Chist no pudo quitarse de la cabeza los sucesos de la noche, como si fueran una nube tormentosa estancada a su alrededor. Llenaba el pequeño espacio de la barca y se extendía por el ancho cielo y mar que les rodeaba. No se disipó en ningún momento. Incluso cuando tiraba del anzuelo en el que había un gran pez sacudiéndose con violencia, incluso entonces en su mente rondaban todos los acontecimientos de los que había sido testigo. Miraba el rostro ajado de Matt Abrahamson, sus mandíbulas cavernosas masticando tabaco una y otra vez, y le parecía monstruoso que el viejo no se diera cuenta de la negra nube que les envolvía.

Cuando el bote llegó de nuevo a la playa, Tom Chist saltó sobre la arena y nada más terminar de cenar se fue corriendo en busca del reverendo Jones.

No paró de correr durante todo el camino desde la choza de Abrahamson hasta la casa del párroco, y cuando llamó a la puerta resoplaba intentando recuperar la respiración.

El buen hombre estaba sentado a la puerta trasera de la cocina, fumando una larga pipa de tabaco bajo la luz del atardecer, mientras su mujer se aplicaba con los platos y sartenes preparando la cena, cuyo olor a carne de cerdo impregnaba el aire.

Tom Chist contó su historia al párroco entre balbuceos y sacudidas, precipitadamente, y el reverendo Jones le escuchó atentamente, dejando escapar de vez en cuando alguna que otra expresión de asombro. La pipa del párroco se apagó y la cazoleta se quedó fría.

—Y no sé por qué mataron al pobre negro —dijo Tom como punto final de su narración.

—Es muy sencillo —dijo el buen hombre—. ¡Lo que han enterrado es un cofre lleno de tesoros!

El reverendo Jones se había levantado nervioso de su silla y caminaba de un lado a otro, dando chupadas a la pipa como si aún estuviera encendida.

—¡Un cofre del tesoro! —exclamó Tom.

—¡Sí señor, un cofre del tesoro! Y por eso mataron al pobre negro. Era el único, aparte de los otros dos, que conocía el lugar del enterramiento, y ahora que se lo han quitado de en medio ya sólo lo saben ellos. Esos malvados… ¡Vaya, vaya, mira lo que ha pasado! —el reverendo, en su nerviosismo, había partido en dos la pipa que tenía en la mano.

—¡Pues entonces —dijo Tomes un tesoro maldito y sangriento y la desdicha caerá sobre el que lo encuentre!

—Más bien debería caer sobre el que lo ha enterrado —dijo el reverendo Jones—, y será una bendición para el que lo encuentre. Pero dime, Tom, ¿crees que serás capaz de encontrar de nuevo el sitio en el que lo enterraron?

—No lo sé —contestó Tom—, fue entre las dunas de la playa y era noche cerrada cuando lo hicieron. A lo mejor podemos ver las huellas de sus pies en la arena —añadió.

—No creo —dijo el reverendo—, la tormenta de esta noche habrá borrado todas las huellas.

—Lo que sí sé —dijo Tornes el lugar en el que dejaron el bote sobre la playa.

—Bueno, ya es un comienzo, Tom —dijo su amigo—. Si sabemos dónde está seguramente podremos descubrir adónde fueron.

—Si es un tesoro de verdad —gritó Tom Chist— rastrearé centímetro a centímetro la arena de la playa desde aquí hasta Henlopen con tal de encontrarlo.

—Será como descubrir una aguja en un pajar —dijo el reverendo Hilary Jones.

Mientras Tom caminaba de vuelta a casa le dio la sensación de que se había quitado de encima un peso enorme. Al día siguiente él y el párroco Jones iban a ir en busca del tesoro, y Tom estaba tan nervioso que no podía contener la impaciencia.

V

Al atardecer del día siguiente, el reverendo Jones y Tom Chist emprendieron la expedición que convertiría a Tom en un hombre afortunado. Tom portaba una pala al hombro mientras que el reverendo caminaba a su lado con el bastón.

Mientras avanzaban por la playa hablaban de la única cosa que les ocupaba la mente: el cofre del tesoro.

—¿Y cómo de grande dices que era? —preguntó el viejo reverendo.

—Más o menos tan largo profundo —contestó Tom mirando la pala— como esta herramienta.

—¡Pues menuda fortuna si está lleno de dinero! —exclamó el reverendo, sacudiendo el bastón de un lado a otro lleno de excitación—. Supón que está lleno de

dinero, ¿qué harías?

—¡Dios mío! —dijo Tom Chist, intentando llevar el paso de su amigo—. Compraría un barco para mí solo y comerciaría con China, con la India con quien se me antojase. Suponga que el cofre está lleno, señor, suponga que lo encontramos; ¿habrá lo suficiente para comprar un barco?

—Seguro que sí, Tom; seguro que aún sobrará un buen montón.

—¿Y si lo encuentro será mío, verdad?

—¡Claro que será tuyo! —gritó el reverendo en voz alta—. ¡Pues claro que sí!

No sabía nada de leyes, pero las dudas comenzaron a surgir en su cerebro, así que caminó en silencio durante un buen rato.

—¿Qué más cosas harás si lo encontramos? —estalló al fin—. ¿Lo sabes?

—Si alguna vez tengo un barco de mi propiedad —dijo Tom Chist—, y si voy con él a la India, le traeré una cesta del té más exquisito que haya probado nunca.

El reverendo Jones estalló en carcajadas.

—Gracias, Tom —dijo—, te lo agradeceré mucho cuando tenga mi cofre lleno de té. Pero dime, Tom, ¿has oído el cuento de la niña que contaba sus pollitos antes de que salieran del cascarón?

De esta manera siguieron hablando mientras caminaban juntos por la playa hasta que, de pronto, Tom se paró y miró a su alrededor.

—Fue justo aquí —dijo— en donde vi el bote amarrado la pasada noche. Lo sé porque recuerdo esos restos de naufragio que hay un poco más hacia allá y porque había una gran estaca clavada en la arena justo allí mismo.

El reverendo Jones se puso los binoculares y se dirigió a la estaca que señalaba Tom. La examinó con cuidado y acto seguido preguntó a Tom:

—Hace muy poco que la han clavado en la arena. Es una marca hecha con madera reciente que los piratas deben de haber puesto para indicar algo.

Tom se acercó y miró la estaca de madera. Se trataba de una sólida rama de roble de varios centímetros de espesor; había sido afilada con cierto cuidado y la punta estaba pintada de rojo. Sacudió la marca, intentando moverla, pero estaba tan firmemente clavada al suelo que no pudo hacerlo.

—Seguro, señor, que es una marca, pues no tengo duda de que ayer por la mañana no estaba.

Miró a su alrededor intentando descubrir alguna otra señal de la presencia de los piratas. A cierta distancia había algo de color blanco que asomaba un poco por encima de la arena. Se trataba de un trozo de papel y se puso a gritar señalándoselo al reverendo:

—Más allá hay un papel, señor. Seguramente se les ha caído.

Fue un milagro que el papel estuviera allí. Tan sólo se veía un centímetro del borde y si no hubiera sido por los penetrantes ojos de Tom, seguramente habría pasado desapercibido a cualquiera. Los vientos de la próxima tormenta lo habrían cubierto por completo y nada de lo que sucedió a continuación habría tenido lugar.

—Mire, señor —dijo, sacándolo de entre la arena—, tiene algo escrito.

—Déjame ver —dijo el reverendo Jones.

Se ajustó aún más los binoculares sobre la nariz, tomó el papel y le echó un vistazo.

—¿Qué es todo esto? —exclamó—. Un montón de garabatos y nada más.

Luego comenzó a leer en voz alta:

—«Marca S. S. W. S. por S.» ¿Qué crees que significa todo esto, Tom?

—No sé, señor —contestó Tom—. Pero a lo mejor lo entendemos mejor si lo lee desde el principio.

—Hay un montón de garabatos —dijo el reverendo Jones— a los que no les encuentro explicación, a no ser que sean coordenadas marítimas.

Empezó a leer de nuevo:

—«Marca S. S. W. por S. 40, 72, 91, 130, 151, 177, 202, 232, 256, 271». Ves, creo que deben de ser coordenadas: «299, 335, 362, 386, 415, 446, 469, 491, 522, 544, 571, 598». Hay un montón: «626, 652, 676, 695, 724, 851, 876, 905, 940, 967. Percha. S. E. por E. 269 pies. Percha. S. S. W. por S. 427 pies. Cavar al oeste del sexto pie».

—¿Qué es eso de una percha? —exclamó Tom—. ¿Una percha? ¡Y también algo sobre cavar!

Una lucecilla parecía abrirse paso en su cabeza, haciendo que cada vez estuviese más excitado.

—Léalo de nuevo, señor —gritó—. Se acuerda de que le dije algo acerca de una percha clavada en la arena. ¿No pone ahí algo sobre cavar al lado de ella? ¡Léalo de nuevo, por favor!

—¿Percha? —dijo el buen hombre—. Seguro que se trata de una percha. Vamos a ver… Sí, aquí está: «Percha S. E. por E. 269 pies».

—¡Claro! —gritó Tom Chist de nuevo, lleno de excitación—. ¿Recuerda lo que le dije sobre los 269 pies, señor? Seguramente eso era lo que estaban haciendo con aquella cinta métrica.

El reverendo Jones comenzó a contagiarse del nerviosismo que por momentos se adueñaba de Torn Chist. Sentía que algo extraordinario estaba a punto de sucederles.

—¡Claro, claro! —exclamó en voz alta—. Y luego midieron 427 pies en dirección sur—suroeste por sur, clavaron otra percha y enterraron el cofre seis pies al oeste de ella. ¡Por Dios, Tom! Si hemos interpretado bien estos garabatos tenemos una fortuna al alcance de nuestras manos.

Tom Chist se quedó mirando el rostro excitado del párroco, sin ver otra cosa que el brillante resplandor del crepúsculo. ¿En verdad estaban a punto de encontrar el cofre del tesoro? Sentía el sol sobre los hombros y oía el graznido ronco y monótono de una golondrina de mar que volaba en círculos mientras la larga cola y las blancas alas brillaban por encima de sus cabezas a la luz del atardecer; sin embargo, durante todo el tiempo, había estado con la mirada fija en el rostro del viejo párroco.

El reverendo Jones fue el primero en hablar.

—Pero, ¿qué significan todos estos garabatos?

Y Tom Chist vio que el papel se agitaba entre las manos temblorosas del párroco. Se puso la hoja cerca de los binoculares y volvió a leer:

—«Marca - 40, 72, 91».

—¿Marca? —dijo Tom, casi gritando—. ¿No significará eso la estaca que hay ahí clavada?; eso tiene que ser la «marca».

Y señaló el trozo de madera de roble pintado de rojo que lucía por encima de la blanca arena de la playa.

—Y el «40, 72, 91» —gritó el reverendo, con la misma voz chillona— podrían ser el número de pasos que contaba el pirata mientras tú le estabas espiando.

—¡Claro que sí! —gritó Tom Chist—. ¡Eso es, no puede haber otra explicación! Vamos, señor, vamos. ¡Démonos prisa y encontrémoslo!

—¡Espera un poco! ¡Espera! —dijo el viejo párroco, sujetándole por la muñeca; de nuevo Tom Chist se dio cuenta de que su mano temblaba llena de excitación y nerviosismo. Mantenía la voz firme, aunque un poco ronca, pero las manos se sacudían como si estuviera enfermo de perlesía[21]—. ¡Espera! En primer lugar tenemos que seguir al pie de la letra estas instrucciones. Es increíble —dijo, después de una pausa— que hayamos encontrado este papel.

—A lo mejor la tormenta lo trajo hasta aquí —sugirió Tom Chist.

—Es posible, es posible —dijo el reverendo Jones—. A lo mejor, después de que los piratas enterraran el cofre y asesinaran al pobre negro, la tormenta de viento se echó sobre ellos con tal fuerza que sacó la hoja de papel del bolsillo del pirata y se la llevó sin que se diera cuenta.

—¡Busquemos el tesoro! —gritó Tom Chist, sin poder contener los nervios.

—Está bien, está bien —replicó el buen hombre—, sólo espera un poco hasta que estemos seguros de lo que hay que hacer. Aquí tengo una brújula de bolsillo, pero necesitamos algo para medir la distancia cuando lleguemos a la primera percha. Vete corriendo a casa de Tom Brooke y coge la barra métrica que utiliza para medir el nuevo establo que está construyendo. Mientras regresas yo iré midiendo los pasos con la ayuda de la brújula.

VI

Tom Chist tardó toda una hora, a pesar de que hizo corriendo el camino de ida y vuelta como si le empujara el viento. Cuando regresó, sofocado, descubrió que el reverendo Jones ya no estaba, pero siguió sus huellas que iban tierra adentro entre las dunas y hondonadas arenosas, hasta que al fin lo encontró en un lugar que reconoció al instante.

Se trataba del mismo claro en el que los piratas habían clavado la primera percha

y donde Tom Chist vio cómo mataban al pobre negro. Miró a su alrededor intentando descubrir alguna señal de la tragedia, pero la arena estaba tan lisa como el suelo de una casa excepto hacia la mitad, donde el reverendo Jones examinaba algo que había a su lado.

Aún estaba inclinado cuando Tom Chist le vio, limpiando algo que acababa de encontrar.

¡Se trataba de la primera percha!

Apenas media hora después ya habían encontrado la segunda y tercera percha, y Tom Chist se quitó el abrigo y empezó a cavar en la arena como un poseso, mientras el reverendo Jones permanecía de pie a su lado observando la operación. El sol ya estaba muy bajo por el oeste cuando la pala de Tom Chist tropezó con algo duro.

Su respiración no habría sido más brusca si, en vez de con la pala, hubiera estado golpeando la arena con su agitado corazón.

¡Era el cofre del tesoro!

El mismo reverendo Jones bajó al interior del agujero y empezó a quitar la arena con las manos como si se hubiera vuelto loco. Por fin, con gran esfuerzo, pudieron arrastrar el cofre, cubierto de restos de arena, fuera del agujero.

Estaba cerrado con un gran candado y tuvieron que darle un montón de golpes con la pala hasta que la cerradura se rompió. El reverendo Jones abrió la tapa.

Tom Chist se inclinó para poder ver mejor el interior del cofre. Esperaba ver un montón de monedas de oro y joyas brillantes rebosando hasta el borde, pero lo que vio fue un gran número de papeles y libros mezclados, a partes iguales, con unos saquitos de tela cerrados con unos cordeles fuertemente anudados.



El reverendo Jones cogió uno de los sacos que tintineó al sacudirlo. Estaba lleno de dinero.

Cortó el lazo y, con manos temblorosas, se lo entregó a Tom que, completamente excitado y atónito por el deleite, vació el saco sobre su abrigo extendido en la arena, y su contenido salió en una catarata de brillantes monedas de plata que tintineaban y relucían en un montón sobre la basta tela.

El reverendo Jones levantó las manos al cielo mientras Tom miraba asombrado las monedas, preguntándose si eran de verdad y si estaba despierto. Todo aquello le parecía un sueño.

Había veintidós sacos dentro del cofre: diez estaban llenos de monedas de plata, ocho de monedas de oro, tres de oro en polvo y otro, más pequeño, de joyas envueltas entre papeles y algodón.

—Hay lo suficiente —gritó el reverendo Jones— para que seamos ricos durante el resto de nuestras vidas.

El cálido sol del verano, aunque ya muy bajo en el horizonte, les azotaba con fuerza en la espalda; pero ninguno parecía darse cuenta. Tampoco tenían sed ni hambre, sino que permanecían sentados y miraban completamente hipnotizados el cofre abierto y el contenido de los sacos, un gran montón de dinero desparramado sobre el viejo abrigo. Transcurrida una hora, el reverendo Jones comenzó a examinar los libros y papeles que estaban dentro del cofre.

De los tres libros que había, dos eran los diarios de navegación de los piratas que habían estado navegando por las aguas de la Bahía de Delaware. El tercer libro estaba escrito en español y se trataba, con toda seguridad, del diario de navegación de alguna presa capturada.

Fue entonces, sentado en la cálida arena y leyendo con voz alta y ronca, cuando nuestro querido reverendo descubrió todas las fechorías que se narraban en los dos primeros libros y que el caudillo de los piratas era el famoso capitán Kidd. Una y otra vez el reverendo paraba la lectura y exclamaba:

—¡Oh, que hombre tan malvado y sangriento! —o también—: ¡Qué gente más cruel! —y luego retomaba la lectura.

Mientras, Tom permanecía sentado escuchándole y de vez en cuando desviaba la vista y acariciaba el dinero que aún seguía amontonado sobre el abrigo.

Uno se siente inclinado a preguntarse por qué el capitán Kidd guardaba tan minucioso registro de todos estos hechos sangrientos. Seguramente los había ido anotando todos porque implicaban a mucha gente importante de la colonia de Nueva York y, si el pirata hubiera sido apresado, al menos una docena de estos hombres eminentes habrían ido a parar a la cárcel junto con él. Si hubiera conservado los diarios en su poder, habrían sido un arma muy poderosa para poder evitar la horca. Y en realidad, cuando finalmente el capitán Kidd fue condenado a la horca, no fue a causa de sus acciones de piratería sino por golpear con un cubo en la cabeza a un marinero rebelde y matarle accidentalmente. Las autoridades no quisieron acusarle de piratería. Pero en realidad fue colgado por ser un pirata, y ahora sabemos que todo fue gracias a los diarios de navegación que Tom Chist llevó a Nueva York, aunque de cara al público tan sólo fue acusado de asesinar con un cubo al carpintero de a bordo.

Allí, sentado sobre la cálida arena, el reverendo Jones leyó las terribles hazañas del pirata mientras que Tom, al lado de un montón de monedas de oro y plata, le escuchaba sin parpadear.

¡Vaya un espectáculo digno de verse! Sin embargo estaban solos, rodeados de un horizonte desolado y amplio encima de sus cabezas, y de una desértica franja de playa arenosa a sus pies. El sol estaba cada vez más bajo, de forma que apenas pudieron echarle un vistazo al resto de los papeles que había en el cofre.

Casi todos eran facturas de piezas de orfebrería a favor de ciertos mercaderes eminentes de Nueva York. El reverendo Jones conocía de oídas a casi todos los

caballeros que aparecían en los papeles.

—¡Vaya, aquí está este caballero! —decía—. ¡Me lo imaginaba! ¿Cómo? Y aquí está el señor… ¡Vaya, vaya! Si todo lo que pone aquí es verdad, ese villano ha robado a uno de sus mejores amigos. Me pregunto por qué ha escondido todos estos papeles tan cuidadosamente con el resto de los tesoros; si salen a la luz le perjudicarán mucho.

En seguida respondió a su propia pregunta:

—Seguramente porque piensa que así podrá sobornarlos y salvar el cuello. Te voy a decir una cosa, Tom —prosiguió—, si fueras a Nueva York para negociar la devolución de estas facturas con sus legítimos dueños te podrías hacer con una fortuna tan grande como la que tienes delante de los ojos.

La mayoría de las facturas estaban a nombre de un tal señor Richard Chillingsworth.

—Es uno de los hombres más ricos de Nueva York —dijo el reverendo Jones—. Irás a verle para decirle lo que hemos descubierto.

—¿Cuándo? —preguntó Tom.

—En el primer barco que salga —contestó el reverendo.

Se dio la vuelta, guardándose los papeles en el bolsillo, y cogió con las manos una cascada del dinero que aún seguía sobre el abrigo.

—Me pregunto, Tom —dijo—, si puedes prestarme un montoncito de estos doblones.

—Y cincuenta, si quiere —exclamó Tom, lleno de gratitud y generosidad por su recién adquirida riqueza.

—Siempre supe que eras un buen muchacho, Tom —dijo el reverendo—, y siempre te estaré agradecido hasta el fin de mis días.

Tom cogió con ambas manos un buen puñado de monedas de plata.

—Cójalas, señor —dijo—, y coja todas las que quiera.

Las depositó en las manos del buen hombre y el reverendo hizo la intención de echárselas al bolsillo. Pero se detuvo al instante, como si las dudas comenzaran a abrirse paso en su mente.

—No sé si es muy correcto que tome este dinero pirata —dijo.

—¿Y por qué no? —preguntó Tom.

El reverendo siguió indeciso.

—No —exclamó—, no voy a tomarlo; es dinero sangriento.

Y mientras hablaba vació el contenido de sus manos en el cofre vacío. Luego se levantó y se sacudió la arena de los pantalones. Acto seguido, con gran resolución y energía, ató de nuevo los sacos y los volvió a meter en el cofre.

Enterraron de nuevo el cofre en el mismo agujero del que lo había sacado y el reverendo Jones dobló con cuidado el precioso papel que contenía las instrucciones y se lo guardó cuidadosamente en el bolsillo.

—Tom —dijo por centésima vez—, a partir de hoy serás un hombre rico.

Y Tom Chist, mientras hacía tintinear en su bolsillo la media docena de doblones que se había guardado, sentía que lo que decía su amigo era del todo verdad.

Cuando ambos caminaban de vuelta a casa por la franja arenosa de playa, Tom Chist se detuvo de repente y se puso a mirar a su alrededor.

—Justo aquí —dijo, clavando el tacón del zapato en la arena— mataron al pobre negro.

—Y ahí seguirá enterrado por siempre —dijo el reverendo Jones, introduciendo la punta del bastón en la arena. Tom Chist se estremeció. No le habría sorprendido nada que la punta de hierro del bastón topase con algo blando por debajo de la fina capa de arena. Pero no fue así, como tampoco había ningún signo visible de la reciente tragedia. Adónde los piratas se llevaron el cuerpo y en que sitio lo enterraron, o si la tormenta borró todos los restos de sangre que quedaron sobre la arena, es algo que nadie jamás supo… al menos en cuanto a lo que respecta a Tom Chist y al reverendo Hilary Jones.

VII

Ésta es la narración del cofre del tesoro. Tan sólo nos queda terminar la historia de Tom Chist y todo lo que sucedió después.

No volvió a vivir con el viejo Matt Abrahamson. El reverendo Jones se hizo cargo a partir de entonces de él y de su fortuna, y Tom no regresó a la cabaña de pescadores.

El viejo Abrahamson protestó violentamente, acusando al reverendo Jones de que Tom se había ido de casa por su culpa. Pero Tom procuraba no estar presente cuando el viejo se presentaba en la casa del párroco, y sus lamentaciones cayeron en saco roto.

Tom iba a visitar de vez en cuando a su madre adoptiva, pero siempre cuando el viejo no estaba en casa. Y Molly Abrahamson solía advertirle de que se mantuviera lejos de su padre.

—Nunca le he visto de tan mal humor —le decía—, está todo el día enfadado y creo que te mataría si te encuentra aquí.

Por supuesto, Tom no había dicho nada del tesoro, ni tan siquiera a su madre adoptiva, y, tanto él como el reverendo guardaban silencio sobre el asunto. Tres semanas después el reverendo Jones consiguió embarcar a Tom con destino a Nueva York, a cuyo puerto arribó unos días más tarde. Jamás había estado en un lugar semejante y todo lo que veía le causaba asombro y estupor: la enorme cantidad de casas de ladrillo, la cantidad de gente que iba y venía por las relucientes aceras embaldosadas, las tiendas y comercios repletas de mercancías, y, sobre todo, las baterías y fortificaciones del puerto, las hileras de amenazantes cañones y los

centinelas de casaca escarlata que desfilaban de un lado a otro por las murallas. Todo era fascinante, y también los barcos que se alineaban en los muelles con las anclas echadas. Parecía un mundo nuevo, completamente distinto al de las colinas arenosas y llenas de juncos de Henlopen.

Tom Chist se hospedó en una taberna cerca del ayuntamiento e hizo que el recadero le llevara al señor Chillingsworth una carta escrita por el reverendo Jones. Al poco volvió el chico de los recados con un mensaje en el cual Tom era invitado por el señor Chillingsworth para que fuese a su casa aquella misma tarde a las dos en punto.

Tom fue a la dirección indicada acuciado por los nervios y su corazón estuvo a punto de estallar cuando se encontró delante de una hermosa y enorme mansión de ladrillo, de tres pisos de alto y con letras de metal tallado sobre la entrada principal. La casa de cuentas se encontraba en el mismo edificio; sin embargo Tom, gracias a la carta del señor Jones, fue conducido directamente a la sala en donde el rico comerciante le estaba aguardando. Se hallaba sentado en un sillón de respaldo alto tapizado de cuero, fumando una pipa de tabaco y con una botella de añejo madeira cerca del codo.

Tom aún no había tenido la oportunidad de comprarse ropas nuevas, de forma que su apariencia no era muy elegante con las rudas vestimentas que había traído de Henlopen. Tampoco al señor Chillingsworth pareció gustarle mucho su aspecto, pues se quedó sentado mirando de reojo a Tom mientras seguía fumando.

—Bueno, muchacho —dijo—, ¿qué es eso tan importante y maravilloso que tienes que contarme? Así me lo recomienda el… señor Jones en su misiva. Estoy dispuesto a escuchar lo que quieras decirme.



A pesar de lo que en un principio pensaba de Tom Chist por su aspecto, pronto tuvo que cambiar completamente de opinión, pues apenas había dicho veinte palabras cuando el semblante del señor Chillingsworth se transformó. Se enderezó en la silla, dejó a un lado la pipa, apartó el vaso lleno de madeira y pidió a Tom que tomara asiento.

Sin decir una sola palabra escuchó todo lo que decía Tom sobre el tesoro enterrado, sobre el asesinato del desgraciado negro del cual había sido testigo y la manera en la que él y el reverendo Jones habían recuperado el tesoro. El señor Chillingsworth tan sólo le interrumpió una vez.

—¡Y pensar —gritó— que ese ser despreciable pasea por la ciudad de Nueva

York ahora mismo como si fuera un hombre honesto! ¡Si pudiéramos hacernos con esos diarios de navegación de los que hablas! Pero sigue, sigue contando.

Cuando Tom Chist acabó su relato, el trato que le dispensó el señor Chillingsworth fue tan distinto como la noche al día. Le hizo un montón de preguntas, con el tono de voz más respetuoso y cordial que uno pueda imaginarse, y no sólo le ofreció un vaso de madeira sino que también le invitó a quedarse para cenar. En casa, le dijo, sólo estaban su mujer, su hija y él mismo.

Tom, horrorizado por la presencia de las dos damas, declinó incluso la taza de te que el señor Chillingsworth le había ofrecido.

Aún no sabía que estaba destinado a permanecer allí el resto de su vida.

—Y ahora —dijo el señor Chillingsworth— háblame de ti.

—No tengo nada especial que decirle, Su Excelencia —dijo Tom—, excepto que fui arrojado a la playa por las olas.

—¡Arrojado a la playa por el mar! —exclamó el señor Chillingsworth—. ¿Cómo es eso? Vamos, empieza por el principio y cuéntamelo todo.

Y así lo hizo Tom, narrándole todo lo que le había pasado, tal y como tantas veces se lo había relatado Molly Abrahamson a él mismo. Según iba avanzando en su historia el señor Chillingsworth fue excitándose cada vez más. De pronto saltó de la silla y se puso a andar de un lado a otro de la habitación.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó al fin, interrumpiendo a Tom—. ¡Espera! Dime, ¿sabes el nombre del barco que naufragó y del cual pudiste escapar?

—He oído —dijo Tom Chist— que se trataba del *Bristol Merchant*.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —exclamó el gran hombre en voz alta, extendiendo los brazos al aire—. Lo sentí desde el mismo momento en el que empezaste a contar la historia. Pero dime una cosa más, ¿no encontraron también alguna marca o nombre en la cesta?

—Había un pañuelo —dijo Tom— con una T y una C.

—¡Theodosia Chillingsworth! —gritó el comerciante—. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Dios mío! ¡Quién iba a pensar que algo tan extraordinario pudiera ocurrir! ¡Muchacho!, ¿sabes quién eres en realidad? Eres el hijo de mi hermano. Se llamaba Oliver Chillingsworth, era mi socio y tu padre.

Acto seguido corrió hacia la puerta y se puso a llamar a gritos a su mujer e hija.

De esta manera Tom Chist —o Thomas Chillingsworth, que era como en realidad se llamaba— se vio obligado a quedarse a cenar, después de todo.

Ésta es la historia, una historia que espero les haya gustado. Tom Chist, como es de suponer, llegó a ser un hombre muy rico y se casó con su preciosa prima Theodosia (que se llamaba así en honor de su madre, ahogada en el naufragio del *Bristol Merchant*).

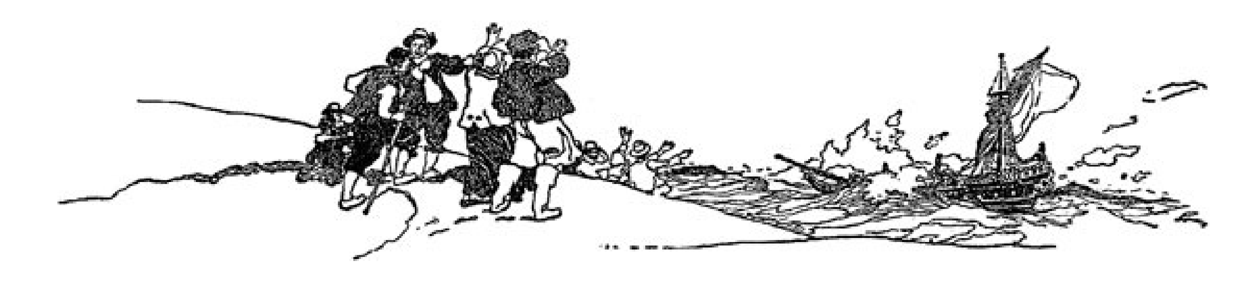
No se olvidó de sus amigos e hizo que el reverendo Jones se fuera a vivir a Nueva

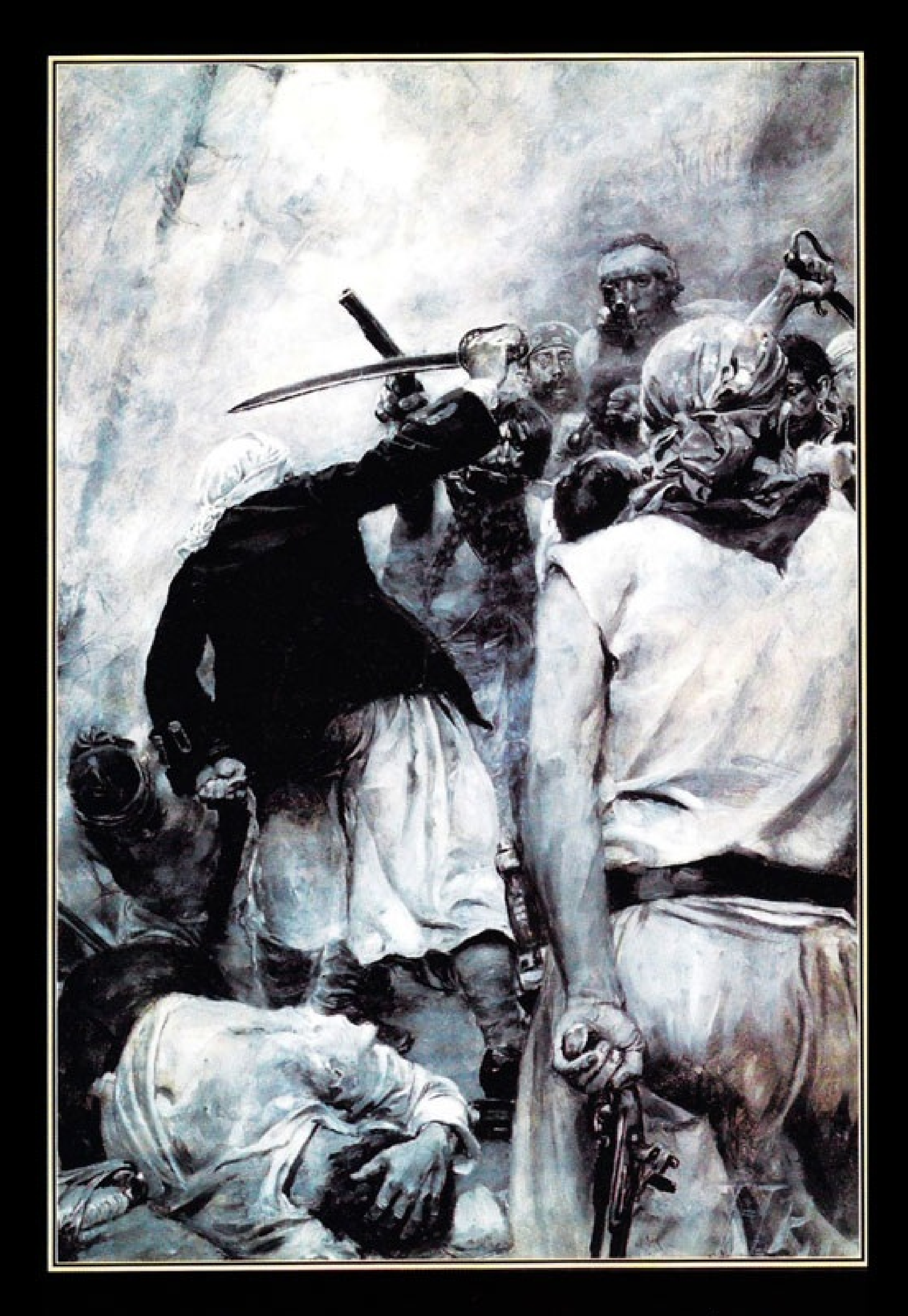
York.

Molly y Matt Abrahamson recibieron, a partir de entonces y hasta el fin de sus días, una pensión de diez libras anuales; Tom ya no sentía rencor por los malos tratos que el viejo pescador le había dado.

Trajeron el cofre del tesoro a Nueva York y, aunque Tom no pudo quedarse con todo el dinero (tal y como pensaba el reverendo Jones), sí consiguió una suma respetable.

Y es mi parecer que todos esos diarios de navegación tuvieron más peso a la hora de que el capitán Kidd fuera arrestado en Nueva York y colgado en Londres que todas las demás fechorías que se suponía había cometido.





13. «Los combatientes luchaban y daban tajos con furia salvaje»



Capítulo V

LA FORTUNA DE JACK BALLISTER

I



los que vivimos en estos tiempos, tan protegidos por las leyes y por toda la gente que nos rodea, nos resulta muy difícil entender los días de las recién establecidas colonias americanas, a principios del siglo XVIII, cuando un sujeto de la calaña del capitán Teach, más conocido como Barbanegra, campaba a sus anchas y, además, era el protegido, tal vez con la esperanza de compartir sus tesoros, del gobernador y el secretario de la provincia en la que vivía.

Por aquel entonces las colonias eran lugares poco civilizados y sus pobladores gente ruda que apenas sabía nada de modales. Generalmente vivían en asentamientos aislados, separados unos de otros por distancias enormes, de forma que no podían dictar leyes para protegerse a sí mismos. Cada individuo o grupo de individuos dependían de su propia fortaleza para conservar lo que les pertenecía y para evitar que otros hombres sin escrúpulos les arrebatasen sus posesiones.

Todos tenemos una inclinación natural a tomar lo que nos gusta. Los niños, por ejemplo, siempre intentan conseguir y quedarse para sí las cosas que más les atraen. Para corregir esta conducta, hay que decirles una y otra vez que no es correcto conseguir por la fuerza lo que no les pertenece. Es decir, que sólo gracias a la educación se consigue enseñar a las personas a ser honestas y a no tomar lo que no les pertenece. Cuando la educación no es suficiente, o cuando la propia naturaleza de la persona no es capaz de asimilar estas enseñanzas, entonces su único interés consiste en arrebatar a los demás lo que le gusta, como si aún fuera un niño.

Los hombres que vivían en las colonias por aquellos días, como ya he dicho

antes, eran demasiado pocos y estaban tan dispersos que apenas podían proteger sus pertenencias de la codicia de los demás, y, de esta manera, llevaban una existencia salvaje y sin ley, algo que en nuestros tiempos es bastante difícil de comprender.

La costa occidental estaba completamente infestada aquellos días de bandas armadas, piratas y filibusteros que abordaban los barcos mercantes y robaban todo lo que podían.

Cada provincia estaba dirigida por un gobernador real nombrado por el rey. Al mismo tiempo, cada gobernador podía hacer y deshacer a su antojo dentro de su jurisdicción. Tan sólo tenía que dar cuentas al rey, pero Inglaterra se hallaba tan lejos que él era en realidad el único responsable de su gobierno.

Por regla general los gobernadores deseaban hacerse ricos con la mayor rapidez y tomar para si todo lo que más les atraía; sin embargo les habían enseñado que los piratas y ladrones no eran buena gente y que arrebatar a los demás sus pertenencias estaba prohibido. Deseaban enriquecerse fácil y rápidamente, pero el deseo no era lo suficientemente fuerte como para hacerles caer en el deshonor, tanto propio como ajeno. Es posible que, de habérselo propuesto, pudieran haber acabado con los actos de piratería, pero eran demasiado débiles para proteger los barcos mercantes de los piratas, y para perseguirlos y castigarlos cuando tomaban tierra. Las provincias no tenían ejército ni armada, ni había la gente suficiente como para hacer cumplir las leyes a estos hombres fieros y deshonestos.

Las piezas y bienes robados a los barcos mercantes se perdían pronto de vista. Nadie sabía adónde habían ido a parar. Las mercancías y productos robados se escondían en los almacenes de los piratas y no tenían ninguna utilidad excepto para ellos mismos.

Los gobernadores y secretarios de las colonias no solían robar directamente a los barcos mercantes, pero no parecía tan deshonesto tomar parte en el negocio cuando los bienes ya habían sido robados por los piratas y no tenían ningún dueño aparente.

A los niños se les enseña que no está bien, por ejemplo, quitarle el terrón de azúcar a uno de sus compañeros; pero cuando algún muchacho malvado coge el terrón a otro y se dispone a comérselo, mientras su compañero vuelve llorando a casa, no parece tan malo que un tercer niño acepte el trocito que el ladrón le ha ofrecido, aunque sepa que ha sido robado.

Sin duda eso es lo que pensaron el gobernador Eden y el secretario Knight, de Carolina del Norte, o el gobernador Fletcher, de Nueva York, o tantos otros gobernadores coloniales, cuando se decidieron a tomar parte del botín robado por piratas como Barbanegra. No parecía demasiado deshonesto exigir a semejantes filibusteros unas migajas de lo que ya no tenía dueño.

En tiempos del gobernador Eden, sin embargo, las colonias empezaron a estar más pobladas y las leyes para proteger las pertenencias de las personas cada vez eran más duras. El gobernador Eden fue el último dirigente colonial que tuvo trato con los piratas, y Barbanegra fue el último pirata que, apoyado por su banda de ladrones,

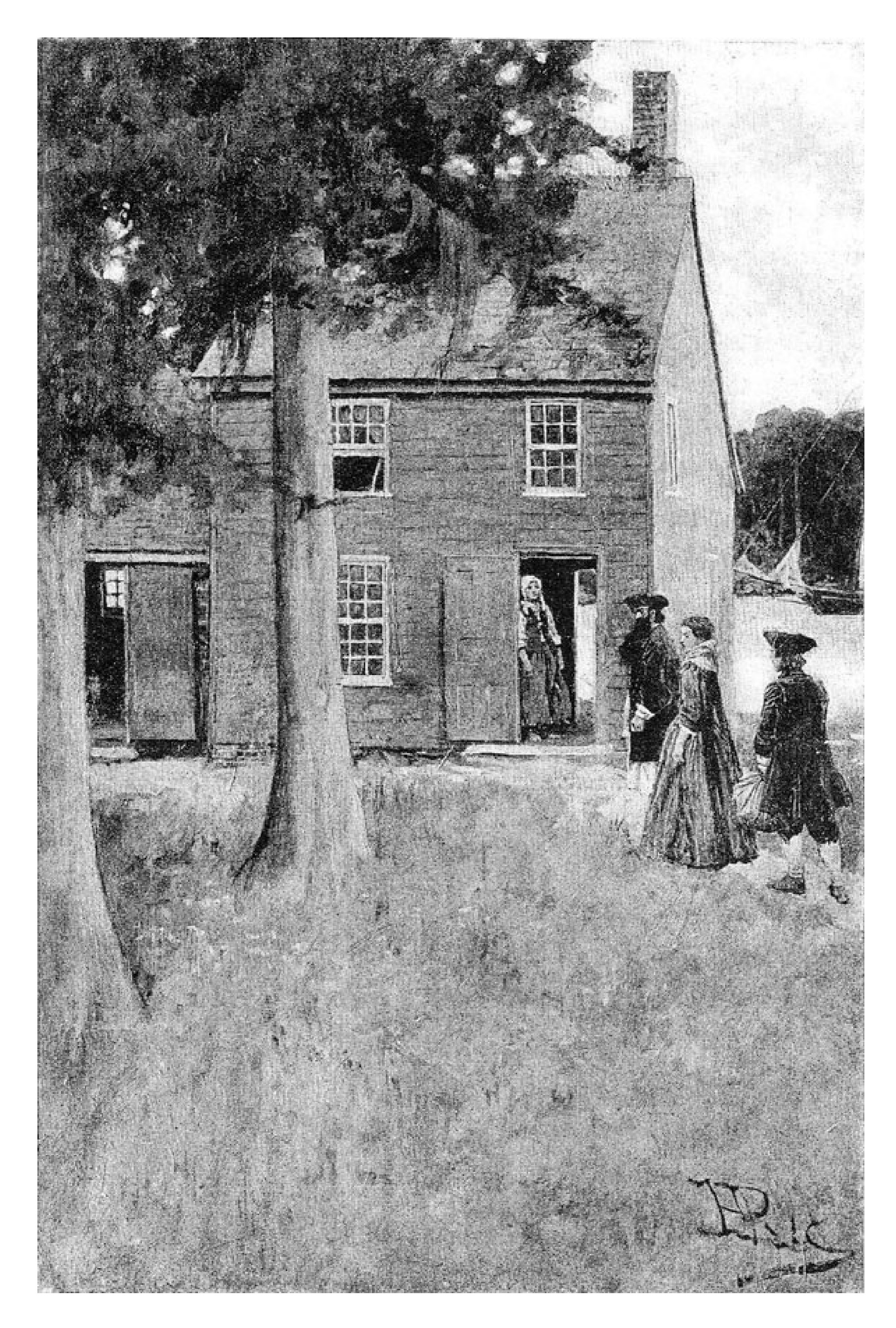
tuvo el poder suficiente como para pasearse entre la misma gente a la que robaba.

En aquellos tiempos, Virginia era la provincia más grande y opulenta de América, al igual que Carolina del Sur, también poderosa y rica. Estas dos colonias fueron las que más padecieron las fechorías de Barbanegra, y muy pronto las personas honestas que allí vivían dejaron de soportar semejantes tropelías.

Los mercaderes, comerciantes y todos los que eran robados solicitaron protección con tanta insistencia que los gobernantes no pudieron hacer oídos sordos.

Se le exigió al gobernador Eden que actuara inmediatamente contra los piratas, pero este no hizo nada porque tenía gran amistad con Barbanegra, como el niño que ha probado el azúcar robado hacia el ladrón que se lo ha ofrecido.

Por fin, cuando Barbanegra marchó al mismísimo corazón de Virginia y secuestró a la hija del personaje más importante de la colonia, el gobernador de Virginia, al darse cuenta de que su homólogo de Carolina del Norte no estaba dispuesto a hacer nada, tomó el asunto en sus manos y ofreció una recompensa pública, consistente en cien libras, para aquel que capturara a Barbanegra, vivo o muerto, así como otras sumas de dinero menos cuantiosas por las cabezas de cualquiera de sus seguidores.



El gobernador Spottiswood tenía permiso para lanzar la proclama, pero no lo tenía, en cambio, para comisionar al lugarteniente Maynard a que armase una flotilla y navegase a la vecina provincia de Carolina del Norte para atacar a los piratas. Así era entonces la ruda y salvaje vida en las colonias.

La proclama contra los piratas fue emitida por el gobernador el día 11 de noviembre. Se leyó en las iglesias al siguiente domingo y se puso en todas las puertas de los edificios gubernamentales de Virginia. El lugarteniente Maynard, al mando de los barcos que el coronel Parker había fletado contra los piratas, se hizo a la mar en Ocracoke el 17 del mismo mes. Cinco días más tarde la batalla tendría lugar.

La balandra de Barbanegra se hallaba oculta en la ensenada de Ocracoke, entre los bancos de arena, cuando se enteró de la proclama emitida por el gobernador Spottiswood.

Había tenido lugar una fuerte tormenta y muchos barcos se habían refugiado en la ensenada. Barbanegra conocía a los capitanes de aquellos navíos y gracias a ellos se enteró de la proclama.

Había abordado uno de los barcos, un navío costero de Boston. El viento aún soplaba con fuerza del suroeste. Habría entonces casi una docena de barcos capeando el temporal en la ensenada y el capitán de uno había ido a hacer una visita a su camarada de Boston cuando Barbanegra llegó a bordo. Los dos capitanes habían estado hablando. Dejaron de conversar en cuanto el pirata entró en la cabina, pero ya había escuchado lo suficiente como para hacerse una idea de lo que estaban tratando.

—¿Por qué se callan? —dijo—. He oído lo que hablaban. ¿Y qué? ¿Acaso creen que me importa? Spottiswood ha enviado a sus rufianes tras de mí. Eso es lo que han dicho. ¿Y qué? ¿Piensan que tengo miedo de esas ratas?

—No, capitán, no he dicho que tenga miedo —dijo el capitán que estaba de visita.

—Y ¿con qué derecho hace venir a sus secuaces a Carolina del Norte? ¿Me lo pueden explicar?

—Con ninguno, es cierto —dijo el capitán de Boston, con tono apaciguador—. ¿Quiere un poco de licor, capitán?

—Tiene el mismo derecho a venir aquí, a la provincia del gobernador Eden, que el que yo tengo a abordar su goleta, Tom Burley, y a llevarme dos o tres barriletes de ese excelente licor de Holanda.

El capitán Burley emitió una risa forzada.

—Pero capitán —dijo—, no creo que encuentre tres barriletes llenos de licor a bordo. Sin embargo, si quiere que yo le envíe uno para su propio uso lo haré con mucho gusto, en honor a nuestra vieja amistad.

—Tengo que advertirle, señor —dijo el capitán visitante a Barbanegra—, que en esta ocasión la cosa va en serio. El gobernador Spottiswood ha lanzado un edicto contra su persona y se ha leído en todas las iglesias. Yo mismo lo leí en Yorktown, claveteado a la puerta de la casa de aduanas. El gobernador ha ofrecido cien libras por su cabeza, cincuenta por las de sus oficiales y otras veinte por cualquiera de las de sus hombres.

—Bueno —dijo Barbanegra, levantando su vaso—, les deseo buena suerte, y cuando consigan sus cien libras por mi cabeza estarán en semejante estado que le va a

resultar muy difícil disfrutarlas. En cuanto a lo del licor de Holanda —exclamó, volviéndose al capitán Burley—, se perfectamente lo que lleva y lo que no lleva a bordo. ¿Se cree que puede engañarme? Envíeme dos barriletes y no registraré sus bodegas.

Ambos capitanes permanecieron en silencio.

—Y sobre ese lugarteniente del que han estado hablando —dijo Barbanegra—, ese tal Maynard, lo conozco muy bien. Estuvo muy ocupado luchando contra los piratas de Madagascar. Supongo que les gustaría que me echara de esta agua, ¿no?, pero no lo hará. No hay nadie al servicio de Su Majestad con el que yo quiera encontrarme más que con ese lugarteniente Maynard. Le voy a mostrar que Carolina del Norte no es Madagascar.

La noche del 21 las dos naves bajo el mando del lugarteniente Maynard llegaron a la entrada de la ensenada de Ocracoke y echaron el ancla. Mientras tanto el tiempo se había aclarado y todos los barcos, excepto uno, habían abandonado la ensenada. La embarcación que aún seguía en la zona provenía de Nueva York. Llevaba allí todo el día y la noche, y su capitán y Barbanegra se habían hecho grandes amigos.

El mismo día que el lugarteniente llegó a la ensenada se celebraba una boda en tierra. Muchas personas llegaban a la playa montadas en trineos y carretas de bueyes, mientras que otras venían por el agua en bote desde lugares más distantes.

El capitán de Nueva York y Barbanegra fueron a tierra poco después de anochecer. El de Nueva York había estado en la embarcación del pirata durante casi toda la tarde y ambos habían estado bebiendo en su camarote. El de Nueva York estaba un poco achispado, se reía y decía estupideces mientras iban en el bote hacia la playa. El pirata permanecía serio y silencioso.

Cuando embarrancaron el bote en la arena ya estaba muy oscuro. El de Nueva York dio un tropezón al bajar y cayó rodando por la playa, mientras la tripulación del bote reía a carcajadas.

Los invitados de la boda habían comenzado a bailar en un cobertizo que se erguía frente a la costa. Habían encendido antorchas alrededor del edificio y el interior estaba alumbrado por un resplandor rojizo. Un negro tocaba el violín en algún lugar del cobertizo, que estaba repleto de una multitud de grotescas figuras de hombres y mujeres que bailaban. De vez cuando daban un grito para seguir el son de la danza, y el chirrido del violín se elevaba incesante por encima de los golpes y taconeos de los danzantes.

El capitán Teach y el otro de Nueva York contemplaban la escena. El de Nueva York se había acercado a un poste y permanecía agarrado a él para conservar el equilibrio. De vez en cuando movía su otro brazo estúpidamente y chasqueaba los dedos, como siguiendo el ritmo de la música.

La joven que acaba de casarse se aproximó a ellos. Había estado bailando y se encontraba agitada y enrojecida, con el pelo revuelto sobre su cabeza.

—Hola, capitán —dijo a Barbanegra—, ¿quiere bailar conmigo?

Barbanegra se quedó mirándola.

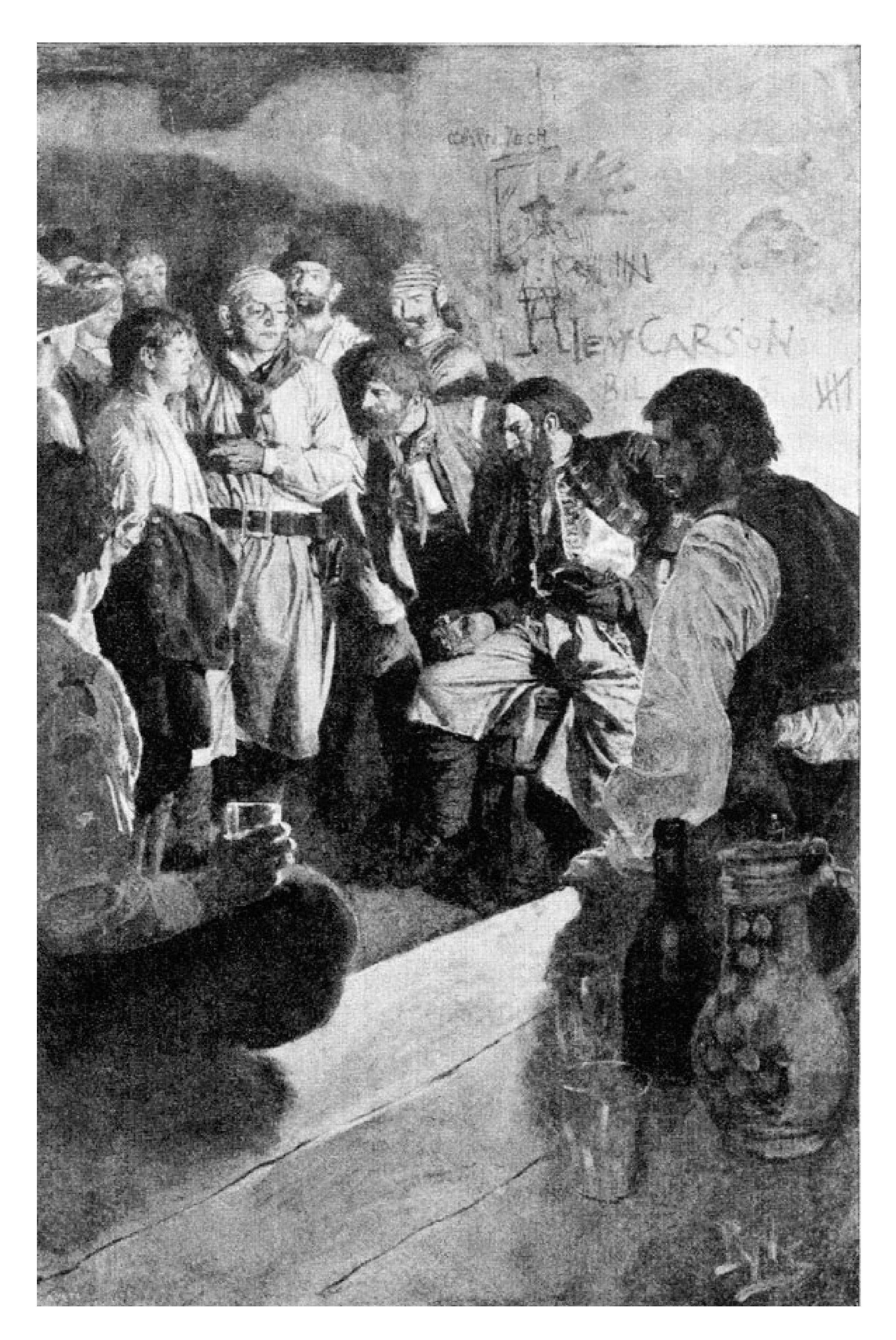
—¿Quién eres? —preguntó.

La joven estalló en carcajadas.

—Parece que está a punto de comerse a alguien —gritó.

El rostro de Barbanegra comenzó a relajarse poco a poco.

—Veo que eres una jovencita descarada —dijo—. Muy bien, bailaré contigo. ¿Por qué no?



Apartó a un lado con el codo a su reciente marido. El hombre, que se había dado cuenta de que Barbanegra había estado bebiendo, estalló en carcajadas, y el resto de los danzantes, que habían permanecido a su alrededor mirando la escena pronto se dispersaron, de manera que el suelo del cobertizo quedó bastante despejado. Ahora el

negro era visible; estaba sentado en un barril al fondo de la habitación. Mostraba unos dientes blanquísimos mientras sonreía y no dejaba de rasgar una y otra vez las cuerdas del violín, cambiando constantemente de melodía. Barbanegra saltaba en el aire y se golpeaba los tobillos emitiendo, al hacerlo, el grito seco y ronco. Luego empezó a bailar de manera grotesca y violenta. La mujer se movía frente a él, de aquí para allá, con las manos en las caderas. Todos los presentes comenzaron a reírse ante la forma de bailar de Barbanegra. Reían y reían mientras daban palmadas, y el negro rasgaba las cuerdas del violín con furia y frenesí. El cabello de la mujer le caía por la espalda. Bailaba sin cesar, reía y jadeaba, y el sudor comenzó a caer por su rostro. Por fin estalló en una carcajada y se detuvo, jadeante. Barbanegra siguió saltando y golpeándose los tobillos. Volvió a dar un grito y, mientras lo hacía, paró en seco y dio un giro completo. De nuevo todos los presentes estallaron en risas y aplaudieron, y el negro dejó de tocar el violín.

Cerca de allí había un tenderete que servía bebidas y el capitán Barbanegra, seguido del de Nueva York se acercaron y continuaron bebiendo.

—¡Capitán! —dijo uno de los hombres—, Maynard ha llegado a la boca de la ensenada. Jack Bishop acaba de venir de allí. Dice que el señor Maynard le hizo parar y que le preguntó si había algún piloto que pudiera guiarle ensenada adentro.

—¡Pues que tenga suerte! ¡Pero no conseguirá atraparme! —gritó Barbanegra con su voz áspera y ronca.

—Eh, capitán —dijo una voz—, ¿luchará mañana contra él?

—¡Claro! —aulló el pirata—. Le daré su merecido, y parte del negocio, si logra encontrarme. En cuanto a eso que ha dicho del piloto os advierto una cosa… como alguien de los aquí se presentes se ofrezca de guía a ese villano le prometo que será la peor elección de toda su vida. A partir de entonces no querrá vivir en estos lugares de América, si yo permanezco en ellos.

Hubo una carcajada multitudinaria.

—¡Hagamos un brindis, capitán! ¡Denos algo de beber y brindaremos! —exclamaron una docena de voces al unísono.

—Bien —gritó el capitán pirata—, parece que mañana va a haber una buena batalla. ¡Tiros y más tiros por todas partes!

Empezó a sacar la pistola del cinto, pero se atascó en el cuero y Barbanegra tiró de ella para sacarla. Los hombres se apartaron precipitadamente de su alrededor y en seguida pudo sacar la pistola del cinto. Apuntó a un lado y a otro. Se hizo un silencio total. De repente sonó un disparó, hubo un estallido de chispas y, acto seguido, el cristal de una botella cayó al suelo hecho pedazos. Uno de los presentes se puso a gritar y empezó a tocarse la parte de atrás del cuello.

—Ha roto la botella que estaba justo encima de mí —gritó.

—Así sucederá mañana —dijo Barbanegra.

—¡Vaya por Dios! —dijo el propietario del tenderete—. No pienso servir una gota más si se desperdicia de esta manera. Si hay algún otro problema cierro el puesto

ahora mismo.

Aún podía oírse el sonido rechinante del violín y los gritos y pisadas de los que bailaban en el establo.

—Suponga, capitán, que mañana le dan su merecido —dijo uno de los presentes —. ¿Qué pasará entonces?

—Bueno, si tiene que ser así —contestó Barbanegra—, pues así será, y no hay que decir nada más del asunto.

—Su mujer será una viuda muy rica, ¿no? —dijo otro hombre; y hubo un estallido de risas.

—¿Por qué —dijo el capitán de Nueva York—, por qué un pi-pirata tan sa-sanguinario como usted está casado como si… como si fuera una persona honesta?

—No será más rica de lo que lo es ahora —exclamó Barbanegra.

—Pero sabe dónde tiene escondido el dinero. ¿No es así, capitán? —preguntó uno de los presentes.

—Sólo el diablo y yo mismo sabemos dónde está escondido el dinero —dijo Barbanegra—, y el que más viva de los dos se quedará con todo. No tengo nada más que hablar del asunto.

El horizonte oriental comenzaba a clarear cuando Barbanegra y el capitán del barco de Nueva York llegaron al bote. Este último hizo todo el trayecto bamboleándose de un lado para otro y cayendo al suelo más de una vez.

II

Aquella mañana temprano, cerca de las ocho en punto, el lugarteniente Maynard envió uno de los botes de su goleta hacia el pequeño asentamiento que se encontraba a ocho o nueve kilómetros de distancia. Varios hombres holgazaneaban en la arena, esperando la llegada del bote. Remaron hasta el embarcadero y amarraron el bote mientras el contramaestre de la goleta, que estaba al mando de la operación, bajaba a tierra a preguntar si había alguien dispuesto a guiarles por los bajíos.

Todos se quedaron mirándole estúpidamente, sin decir una sola palabra. Al rato, uno de los hombres se quitó la pipa de los labios.

—Aquí no hay pilotos, señor —dijo—; no hay ni un solo guía.

—¡De qué diablos hablas! —gruñó el contramaestre—. Te crees que no he estado aquí antes y que no sé de sobra que cualquiera de los de aquí conocéis perfectamente los canales arenosos.

El sujeto se quedó con la pipa en la mano. Miró a otro de los que estaban con él.

—¿Conoces los pasos entre los bajíos, Jem? —preguntó.

El hombre al que había preguntado era un sujeto de pelo largo y quemado por el sol que le caía sobre los ojos descuidadamente. Sacudió la cabeza y gruñó:

—¡Qué va! No sé nada de esos bancos de arena.

—Vengo de parte del lugarteniente Maynard que está al mando de aquellas naves de la armada de Su Majestad —exclamó el contramaestre—. Pagará cinco libras a quien lo guíe por entre los bajíos.

Los hombres que estaban en el embarcadero se miraron unos a otros sin decir una palabra mientras el contramaestre los observaba. Se dio cuenta de que no tenían intención de contestarle.

—Ya veo —dijo— que no tenéis ni una pizca de ingenio… Ayudadme a encallar el bote en la arena y veré si puedo encontrar a alguien que sea lo suficientemente listo como para ganar cinco libras por un trabajo tan sencillo como es el de guiarnos entre los bancos.

Cuando el contramaestre fue tierra adentro, los hombres a los que había preguntado permanecieron cerca del bote encallado y empezaron a hablar entre ellos en voz alta para que la tripulación restante del bote les escuchara.

—Han venido —dijo uno— para acabar con el pobre Barbanegra.

—¡Ay! —dijo otro—, con lo pacífico que es. Seguro que se queda tan tranquilo y no hace nada por evitar que lo cojan.

—Es muy joven todavía —exclamó un tercer sujeto—; no es correcto que nadie muera tan joven. No me gustaría estar en su lugar ni por un millar de libras.

—Supongo que Barbanegra estará tan asustado que no sabe lo que hacer —dijo el que empezó la conversación.

Al fin, uno de los hombres del bote se decidió a hablar.

—A lo mejor no sabe qué hacer —dijo—, pero es posible que nosotros le abramos los ojos de una vez por todas.

Varios lugareños más se habían estado reuniendo alrededor del embarcadero hasta formar un grupo de gente bastante numeroso; todos miraban a los hombres del bote.

—¿Qué diablos habéis venido a hacer a Carolina vosotros, unos masticadores de tabaco de Virginia? —dijo uno de los recién llegados—. Nadie os ha pedido que invadieseis las aguas de nuestra Colonia.

—A lo mejor puedes obligarnos a abandonar estas aguas —dijo uno de los hombres del bote—, o a lo mejor no.

—Bueno —respondió otra voz—, seguro que no nos resultaría nada difícil, seguro.

En el extremo del embarcadero había una pesada cabilla de hierro. Uno de los hombres que estaban reunidos la empujó muy despacio con la punta del pie. Permaneció un instante en equilibrio inestable sobre el extremo y luego cayó en el bote con un golpe sordo.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó el patrón de la chalupa—. ¿Qué pretendéis, malvados? ¿Queréis hacer un agujero en el bote?

—¡Vaya! —dijo el que la había empujado—. Ha sido sin querer.

—Pues vuélvelo a hacer y alguien saldrá herido —exclamó el patrón, mostrando la culata de su pistola.

Los hombres que estaban en el embarcadero comenzaron a reírse. En ese momento apareció el contramaestre que volvía de tierra adentro. La inquieta multitud se tranquilizó al ver que se acercaba, abriendo un pasillo para permitirle el paso. Venía solo, sin guía, y saltó a la popa del bote ordenando con sequedad:

—¡Remen!

Los lugareños concentrados en el embarcadero se quedaron mirándolos mientras se alejaban y, cuando el bote estaba a bastante distancia mar adentro, les lanzaron una lluvia de improperios y carcajadas.

—¡Desgraciados! —dijo el contramaestre—. Están de acuerdo entre sí. Ni tan siquiera me han permitido llegar a la aldea para contratar un guía.

El lugarteniente y su oficial de navegación estaban esperando la llegada del bote.

—¿Así que no ha podido conseguir un piloto, Baldwin? —dijo el señor Maynard cuando el contramaestre subió a bordo.

—No, señor —respondió el hombre—. Se han puesto de acuerdo entre ellos y además tienen miedo de los piratas. Ni tan siquiera me han dejado ir hasta la aldea para contratar uno.

—Bueno —dijo el señor Maynard—, entonces tendremos que arreglárnoslas nosotros mismos como mejor sepamos. La marea alta sera a la una en punto. Navegaremos a todo trapo hasta donde sea posible y luego tendrá que ir usted delante en el bote, sondeando la profundidad en busca de un canal mientras nosotros le seguimos. Asegura conocer bien esta agua, ¿no es así?

—En tierra dicen que los piratas cuentan con cuarenta hombres —puntualizó el contramaestre[22].

Las fuerzas del lugarteniente Maynard constaban de treinta y cinco hombres que iban a bordo de la goleta y otros veinticinco en la balandra. No llevaba cañones ni carronadas y sus barcos no eran los más adecuados para llevar a cabo la tarea encomendada. La goleta, que él mismo comandaba, no ofrecía una protección adecuada a sus hombres. La barandilla apenas sobresalía treinta centímetros por encima de la empavesada y los hombres de cubierta eran un blanco fácil. La barandilla de la balandra era un poco más alta, pero tampoco estaba correctamente adaptada para la lucha. En realidad, el lugarteniente dependía más de la moral y fuerza de sus hombres que de la potencia de fuego de sus armas para vencer a los piratas. Nunca pensó, hasta el último momento, que el pirata fuera a ofrecer resistencia. Es muy posible que, de haber sabido que el lugarteniente no tenía ningún derecho legal para combatir en aguas de Carolina del Norte, el ataque jamás se hubiera llevado a cabo.

Hacia el mediodía izaron el ancla y ambos barcos, con la goleta abriendo la marcha, se deslizaron vigorosamente empujados por una fuerte brisa que había comenzado a soplar por la mañana. Se puso un hombre en la punta de proa que sondeaba la profundidad del agua con frecuencia. Mientras se adentraban en las marismas pudieron ver la balandra pirata a unas tres millas de distancia.

El lugarteniente y el oficial de navegación permanecían sobre el tejado de la cabina principal. El oficial de navegación miraba por un catalejo.

—Lleva un cañón largo y cuatro carronadas. Va a ser difícil abordarla, señor, con las armas ligeras que llevamos.

El lugarteniente se echó a reír.

—Vaya, Brookes —dijo—, me da la sensación de que usted cree que van a ofrecer resistencia. Usted no los conoce como yo. Son unos fanfarrones y hacen mucho ruido, pero cuando se sienten acosados renuncian por completo a la lucha. Estoy seguro de que no va a haber ni un solo disparo de mosquete. Ya he tenido que bregar mucho con ellos. Conozco bien a esos desgraciados.

Como ya se ha dicho, el lugarteniente Maynard no se dio cuenta hasta el final de que los piratas iban a tener estómago para luchar.

Los dos navíos se habían aproximado a tan sólo una milla del barco pirata cuando descubrieron que el agua era poco profunda como para seguir navegando con la vela izada. Entonces, tal y como había planeado el lugarteniente, bajaron el bote y el contramaestre embarcó en él con la sonda. Los dos barcos, con las velas aún izadas pero sin coger el viento, fueron detrás.

La nave pirata también tenía la vela izada, pero permanecía sin moverse, como esperando a que la balandra y la goleta se acercaran.

El bote del contramaestre se había adelantado a una considerable distancia de las dos embarcaciones, que se impulsaban por medio de remos, y ahora se encontraba a un cuarto de milla de los piratas; los barcos grandes estaban a una media milla. De repente, de la balandra pirata salió una nube de humo, y luego otra y otra más, seguidas al poco de tres estallidos de mosquetes.

—¡Por todos los diablos! —dijo el lugarteniente—. Creo que están disparando al bote.

Y entonces vieron que el bote se daba la vuelta y remaba hacia ellos.

El contramaestre al mando de la chalupa llegó rápidamente. De nuevo se produjeron otras tres o cuatro nubes de humo, seguidas de los consiguientes estallidos, que venían del lejano navío. Al poco el bote estaba junto al costado del barco y el contramaestre subió a bordo temblando.

—No icéis el bote —dijo el lugarteniente—; lo remolcaremos. Que la tripulación suba rápidamente a bordo.

Se volvió hacia su oficial de navegación.

—Bien, Brookes, haga todo lo posible para llevar el barco entre los bajíos a media vela.

—Pero, señor —contestó el oficial—, vamos a embarrancar.

—Ya ha oído mis órdenes —dijo el lugarteniente—. Si tenemos que embarrancar embarrancaremos. No hay más que decir.

—He sondeado tan sólo un poco más de una braza —dijo el contramaestre—, por lo menos hasta donde hemos podido llegar. Esos malvados no nos han dejado

continuar. Sin embargo, creo que estamos en el canal adecuado. Por allí está más abierto. Hay una especie de agujero y si logramos pasar los bancos de arena creo que todo irá bien.

—De acuerdo entonces. Póngase al timón, Baldwin —dijo el lugarteniente—, y hágalo lo mejor que pueda.

El lugarteniente Maynard se quedó mirando la balandra pirata, a la que se aproximaban lentamente navegando a media vela. Descubrió que había gran movimiento entre los hombres de la cubierta. Luego empezó a caminar de un lado a otro del camarote. El barco pirata se hallaba a cierta distancia por la parte de popa. Daba la sensación de que estaba embarrancado y de que intentaban liberarlo empujando con remos y tablas. El lugarteniente miró el fondo de las aguas desde la popa y descubrió que la goleta casi rozaba el cieno con la quilla. Luego se dirigió a proa. Sus hombres estaban agachados a lo largo de la barandilla y se les notaba gran tensión y nerviosismo. El lugarteniente les observó mientras pasaba.

—Johnson —dijo—, coja la sonda y échela desde la proa.

Luego dijo a los demás:

—En cuanto abordemos a la balandra suban tan rápido como puedan, ¿lo entienden? No esperen a la balandra, ni piensen en ella; actúen con rapidez. Si alguien opone resistencia dispárenle. ¿Está listo, señor Cringle?

—¡Sí, señor! —dijo el artillero.

—De acuerdo entonces. Prepárense; dentro de uno o dos minutos les abordaremos.

—Menos de una braza de profundidad, señor —sonó la voz de Johnson desde la proa. Mientras hablaba se oyó el roce de la madera contra el fondo arenoso y la goleta se quedó inmóvil. Habían embarrancado.

—¡Pongan la vela a sotavento! —rugió el contramaestre desde el timón—. ¡Pónganla a sotavento!

Giró la rueda mientras hablaba. Media docena de hombres cogieron de inmediato los remos y barras y empezaron a empujar. Otros más les ayudaron pero los remos se hundían en el barro sin poder mover la goleta. Las velas se habían desinflado y ahora chasqueaban agitadas por la brisa. Más miembros de la tripulación se pusieron en pie para ayudar a sus compañeros con las barras. El lugarteniente fue rápidamente a popa. Estaban muy cerca de la balandra pirata y, de repente, alguien gritó desde su cubierta. Cuando se dio la vuelta observó a un hombre que estaba sobre la barandilla del barco pirata, agarrado al contraestay.

—¿Quiénes sois? —gritaba en la distancia—. ¿De dónde venís? ¿Qué os trae aquí, acosándonos sin motivo?

El lugarteniente oyó a alguien que decía:

—Es el mismísimo Barbanegra.

Se puso a mirar a la lejana figura con gran interés.

El pirata se erguía arrogante contra el nublado cielo. Uno de sus hombres le

cuchicheaba algo detrás de él. Volvió la cabeza y empezó a gritar de nuevo.

—¡Somos pacíficos comerciantes! —dijo—. ¿Con que autoridad se presentan ante nosotros? Si vienen a bordo les enseñará mis papeles y verán que lo que digo es cierto.

—¡Granujas! —comentó el lugarteniente al oficial de navegación que estaba a su lado—. ¡Decir que son pacíficos comerciantes! ¡Y tienen cuatro carronadas y un cañón de gran calibre a bordo!

Acto seguido contestó a gritos:

—¡En seguida iré a bordo, en cuanto saque la goleta del barro!

—Si intenta abordarme —advirtió el pirata— dispararé sin vacilar. No tiene ninguna autoridad para abordar mi barco, ni yo pienso concedérsela. Si lo hace será bajo su propia responsabilidad, ya que no pienso pedirle cuartel ni tampoco voy a dárselo.

—De acuerdo —dijo el lugarteniente—, si ésa es su elección haga como más le plazca; porque pienso abordar su barco, tan cierto como hay un cielo.

—¡Liberen la proa! —gritó el contramaestre desde la rueda del timón—. ¡Vamos! ¿Por qué no empujan?

—Está bien metida en el barro —respondió el artillero—. Apenas podemos moverla.

—Si nos disparan ahora —dijo el oficial de navegación— nos reducirán a pequeñas piezas.

—No lo harán —dijo el lugarteniente—. No se atreverán.

Saltó desde la cabina principal y empezó a caminar de un lado a otro, animando a los hombres para que se esforzaran en la tarea. El barco estaba empezando a moverse.

En ese momento el oficial de navegación llamó al lugarteniente.

—¡Señor Maynard! ¡Señor Maynard! ¡Van a lanzarnos una andanada!

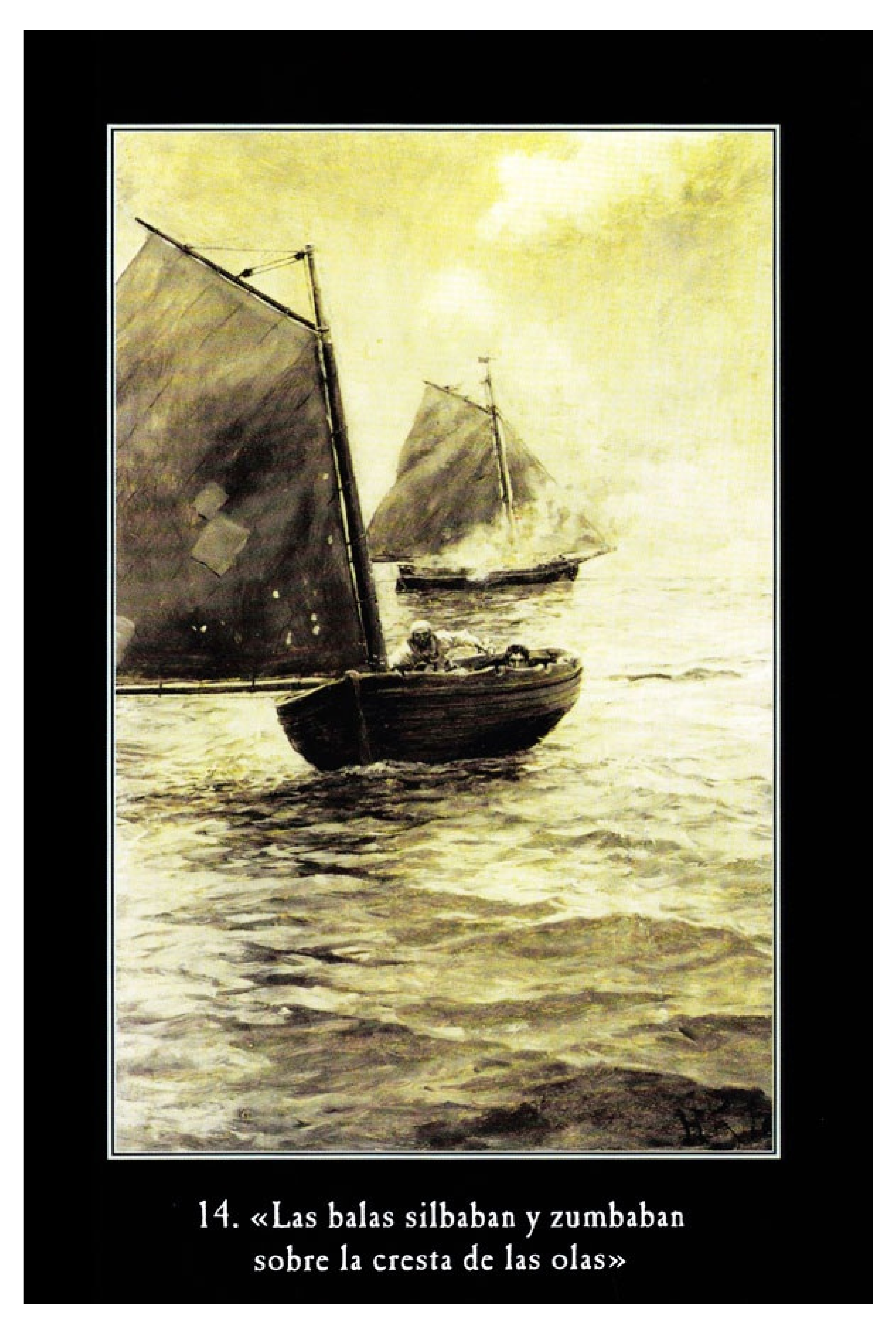
Casi antes de que las palabras salieran de su boca, antes de que el lugarteniente Maynard pudiera darse la vuelta, sonó un estallido sordo y seco, y luego otro y otro más, seguidos al instante del chasquido de la madera al resquebrajarse. El aire se llenó de cientos de astillas que volaban por todas partes. Un hombre cayó de golpe delante del lugarteniente, empujándole, aunque pudo asirse a un estay y salvar la vida. Durante un instante contuvo la respiración. Luego, por todo a su alrededor, comenzaron a oírse quejidos, gritos y juramentos. El hombre que se había desplomado delante de él permanecía boca arriba sobre la cubierta. Le temblaban los muslos mientras un charco de sangre se iba extendiendo por debajo de su cuerpo. Había más hombres caídos a lo largo de la cubierta. Algunos conseguían levantarse, otros lo intentaban y algunos apenas se movían.

Hubo un repentino clamor de risas y aullidos que llegaba en la distancia. Provenía de la balandra pirata. Los piratas hacían gestos subidos en la barandilla. Habían echado los cañones hacia atrás y, por encima de los gruñidos y lamentos que llenaban el aire a su alrededor, el lugarteniente pudo escuchar el sonido de los atacadores al

cargar de nuevo los cañones, y supo que iban a volver a disparar.

La barandilla apenas proporcionaba protección; lo único que se podía hacer era ir al interior de la nave para evitar la metralla.

—¡Todos abajo! —rugió el lugarteniente—. ¡Protegeos y estad atentos a las órdenes!



14. «Las balas silbaban y zumbaban sobre la cresta de las olas»

Los hombres corrieron de inmediato a la bodega, y la cubierta quedó completamente despejada, excepto por los tres tripulantes muertos, y otros tres o cuatro heridos, que quedaron tendidos sobre la tablazón. Los únicos hombres en pie que permanecieron arriba fueron el contramaestre, a la rueda del timón, y el propio

lugarteniente, Había manchas y regueros de sangre por todas partes.

—¿Dónde está Brookes? —preguntó el lugarteniente.

—Le han herido en el brazo y ha bajado a la bodega, señor —contestó el contramaestre.

El lugarteniente subió a la escotilla de proa y le dijo al artillero que trajera otra escalerilla para que los hombres pudieran acceder rápidamente al exterior si los piratas intentaban abordar la nave. En ese momento el contramaestre gritó que los piratas se disponían a disparar de nuevo y el lugarteniente, al volverse, pudo ver el momento en el que el artillero pirata prendía la mecha del cañón. Se protegió tras la escotilla. Hubo otra explosión seguida al instante de otra y otra, y otras dos casi seguidas. El contramaestre gritó:

—¡La balandra, señor! ¡Mire la balandra!

La balandra había desembarrancado y venía en ayuda de la goleta; los piratas habían disparado la segunda salva de cañonazos contra ella. Cuando el lugarteniente miró en su dirección, la balandra se agitaba por el impacto recibido y en seguida se puso a la capa; pudo ver cómo los hombres heridos intentaban levantarse y se tambaleaban por la cubierta.

Acto seguido el contramaestre les advirtió que los piratas venían al abordaje y mientras hablaba la balandra enemiga apareció entre el humo de los cañonazos, creciendo de tamaño según iba aproximándose. El lugarteniente, aún agachado tras la barandilla, contempló la nave que se acercaba. Cuando estaba a poca distancia se puso de costado. Estaba muy cerca. Un objeto llegó volando desde el cielo, luego otro y otro más. Eran botellas. Una se rompió al estrellarse contra la cubierta. Las demás rodaron por el entarimado. Todas tenían una mecha humeante. Casi al instante hubo un resplandor seguido de un terrorífico estallido y el aire se llenó de afiladas partículas de hierro y cristal que silbaban por todas partes. Se produjo otra explosión y todo se vio envuelto de humo y pólvora.

—¡Nos abordan! —rugió el contramaestre.

—¡Todo el mundo afuera! —gritó el lugarteniente casi en el mismo momento.

Un segundo después ambos barcos chocaron produciendo un sonido sordo.

El lugarteniente echó a correr hacia el costado, sacando una de las pistolas del cinturón con una mano y llevándose la otra a la vaina de la espada. Tras él los hombres se precipitaron fuera de las bodegas. Hubo un pistoletazo, y luego otro y otro más, casi seguidos. Se oyó un rugido y el golpe sordo de un cuerpo al caer, y entonces una figura se dibujó por encima de la barandilla, seguida de otras dos que iban detrás. El lugarteniente estaba en medio de la nube de pólvora cuando, de repente, Barbanegra apareció delante de él. El capitán pirata estaba desnudo de cintura para arriba. El cabello, negro y abundante, le caía por encima de los ojos y parecía un verdadero demonio recién salido del infierno. Casi instintivamente el lugarteniente apuntó la pistola y disparó. El pirata se tambaleó, cayendo… pero no; casi al instante volvió a levantarse. Llevaba una pistola en cada mano, pero un hilillo

de sangre salía de uno de sus costados. De pronto, el cañón de una pistola apuntó directamente a la cabeza del lugarteniente. Se agachó instintivamente mientras golpeaba con el sable. Oyó un pistoletazo sordo y repentino cerca de los oídos. Vio el resplandor de un cuchillo que bajaba y se protegió con su sable, repeliendo el ataque. Alguien disparó detrás de él y, en el mismo momento, vio que uno de sus hombres atacaba al pirata. Barbanegra retrocedió tambaleante, con un profundo tajo en la garganta. Luego, otro de los hombres de Maynard se precipitó encima de él. Ambos cayeron, aunque consiguió levantarse en seguida y, mientras lo hacía, descubrió que la balandra pirata se separaba lentamente de ellos y que los ganchos de abordaje se habían roto. Le escocia la mano como si le hubiesen dado un latigazo. Miró a su alrededor; no había rastros del capitán pirata… sí, estaba tendido cerca de la barandilla. Se irguió apoyándose en el codo y el lugarteniente vio que intentaba apuntarle con su pistola, pero la mano le temblaba y el arma estuvo a punto de resbalar de entre sus dedos. De repente su codo cedió y cayó a la tarima boca abajo. Intentó erguirse pero de nuevo volvió a desplomarse. Sonó un pistoletazo seguido de una nube de pólvora y, cuando se aclaró el humo, Barbanegra estaba de nuevo incorporado. Su aspecto era terrible. Alguien volvió a disparar y el cuerpo cayó finalmente. Permaneció quieto un instante, rodó sobre sí mismo y luego volvió a quedar inmóvil.

Hubo un estallido de alegría por parte de los hombres de la goleta, seguido casi al mismo tiempo de un grito:

—¡Cuartel! ¡Cuartel!

El lugarteniente corrió hasta el costado del barco. Tal y como había supuesto, los ganchos de abordaje de la balandra pirata se habían partido, dejándola a la deriva. Los pocos piratas que habían abordado la goleta levantaban las manos en señal de rendición.

—¡Cuartel! —gritaban—. ¡No disparéis!

Así terminó la lucha.

El lugarteniente se miró la mano y descubrió que tenía un profundo tajo de cuchillo y que la manga de su camisa estaba cubierta de sangre. Se dirigió a popa, sujetándose la muñeca. El contramaestre aún seguía a la rueda del timón.

—¡Por todos los diablos! —exclamó el lugarteniente con una sonrisa tensa y temblorosa—. No pensaba que esos desgraciados iban a ofrecer tanta resistencia.

Su goleta, herida y maltrecha, comenzaba de nuevo a moverse impulsada por el viento en las velas, pero los piratas se habían rendido y la batalla había concluido.

Capítulo VI

EL PIRATA PIELAZUL

I

[1] abo May y Cabo Henlopen forman las enormes quijadas de una gigantesca boca que encierra en su monstruosa cavidad las turbias aguas de la Bahía de Delaware, al resguardo de las olas azul verdosas del Océano Atlántico. De la parte más baja de la mandíbula formada por el Cabo Henlopen surge un colmillo curvo cubierto de dunas altas y onduladas que se recortan contra el cielo azul y transparente; es una zona desierta, silenciosa y desnuda, cuya soledad sólo es rota por el faro de blancas paredes levantado en el montículo más alto. En el interior de esta curva, cubierta de pequeñas elevaciones arenosas, apenas se agitan las aguas tranquilas de Puerto Lewes y, un poco más allá de la costa, la pintoresca y vieja ciudad, con sus sombrías casas de madera sobre cimientos de guijarros, parece dormir entre los mástiles de los barcos anclados en el muelle y el lejano horizonte púrpura más allá de la línea del horizonte.

Lewes es una pequeña, extraña y vieja ciudad que huele a la brisa del mar y al aroma salobre de las marismas. Apenas la visitan los forasteros. Las personas que allí viven son los descendientes de antiguas generaciones, y es un lugar adecuado para cuidar, preservar y amamantar las viejas leyendas de tiempos pasados, que surgen de pequeñas fábulas y noticias locales y llegan a convertirse en importantes sucesos históricos. Así como en el mundo normal la gente habla de las elecciones pasadas, aquí se comentan y discuten estos retazos incompletos de historias, y cualquiera que este un poco interesado puede enterarse de las leyendas de la Guerra de 1812, cuando la flota de Beresford permaneció anclada frente a la ciudad, amenazando con bombardearla; o la historia de la Revolución y de los buques de guerra de Earl Howe, que recalaron en las tranquilas aguas del puerto antes de salir río arriba y sacudir la vieja ciudad de Filadelfia con el estruendo de sus cañones en Red Bank y Fuerte Mifflin.

Y junto con los retazos de historias que se sustentan en una base real también se entremezclan leyendas más coloristas, relatos sobre las oscuras hazañas de famosos piratas, de sus misteriosas y siniestras idas y venidas, de tesoros enterrados en las dunas arenosas y en los paramos cubiertos de pinos que se extienden a la espalda del cabo, por el sur, frente a la playa que mira al Atlántico.

Tal es la historia del pirata Pielazul.

II

Sucedió a finales del otoño y comienzos del invierno del 1750, y también durante el verano del siguiente año, cuando el famoso pirata Pielazul se incorporó a las historias y leyendas tradicionales de Lewes.

Durante algún tiempo —tres o cuatro años— se habían escuchado rumores y noticias sobre las hazañas de Pielazul en las Indias Occidentales. No existía un pirata más cruel, sangriento, desesperado y avieso navegando por aquellas aguas infestadas de filibusteros. Circulaban toda clase de relatos sangrientos y diabólicos sobre su figura, pero a la buena gente de Lewes jamás se le pasó por la cabeza que un día fueran a formar parte su historia.

Pero un día una goleta recaló en el puerto de Lewes; estaba destrozada, con el castillo de proa reducido a astillas, el palo mayor medio caído y la vela atravesada por tres lugares distintos. El primer oficial, acompañado de un tripulante, llegó a tierra en bote para pedir ayuda y la presencia de un médico. Dijo que el capitán y el cocinero estaban muertos y que había tres hombres heridos a bordo. El cada vez más numeroso grupo de gente que se reunía a su alrededor se estremeció al escuchar su historia. Contó que se habían tropezado con el pirata Pielazul cerca de la Isla Penwick (a unos cincuenta o sesenta kilómetros de los cabos) y que habían sido abordados, pero que al ver que la carga de la goleta tan sólo consistía en astillas de ciprés y maderos se habían llenado de ira. Seguramente Pielazul estaba muy contrariado al no encontrar nada de valor a bordo, o, a lo mejor, su estado de ánimo era más diabólico de lo normal aquella mañana, pero el caso es que, cuando el barco pirata se disponía a partir, escupió tres andanadas de metralla contra la indefensa goleta. El capitán murió con los primeros disparos, al igual que el cocinero, mientras que otros tres hombres habían sido heridos y el barco quedó seriamente dañado.

En resumidas cuentas, ésa era la historia del primer oficial. Los rumores se extendieron por la ciudad como un reguero de pólvora. La Isla Fenwick estaba muy cerca; Pielazul podía presentarse en el puerto en cualquier momento y entonces… En tan sólo una hora el *sheriff* Jones hizo llamar a todos los personajes importantes de la villa, se cogieron rifles y mosquetes de los frontales de las chimeneas y todo se dispuso para defender la ciudad del ataque de los piratas, por si llegaban a puerto e intentaban desembarcar.

Pero Pielazul no llegó aquel día, ni tampoco el siguiente ni el otro. Pero al atardecer del tercero comenzaron a llegar noticias de que el pirata se hallaba en los cabos. La gente —hombres, mujeres y niños— fue corriendo a la pradera que se extendía delante de la posada, donde ya había un pequeño grupo de viejos lobos de mar mirando fijamente al horizonte y hablando en voz baja. Dos embarcaciones: un bergantín y una goleta más pequeña, se acercaban lentamente hacia la bahía, a tres o cuatro kilómetros de distancia, cerca del cabo. No parecían tener nada de especial,

pero la muchedumbre que seguía agrupándose en la pradera las contemplaba con un nerviosismo mal contenido. Navegaban de bolina, la goleta siguiendo a su consorte como el pescador sigue la estela del tiburón.

Pero el curso que llevaban no les conducía al puerto, sino más bien hacia la costa de Jersey, y cada vez parecía más claro que Pielazul no pensaba visitar la ciudad. Sin embargo, nadie de los que estaban mirando exhaló un suspiro de alivio hasta que, tras contemplar las dos naves piratas durante más de una hora y media, descubrieron que, de repente, a más de diez kilómetros de distancia, ambas naves se dirigían de nuevo hacia el mar abierto.

—¡Se marchan esos sangrientos malvados! —dijo el capitán Wolfe, cerrando su catalejo con un chasquido.

Pero Lewes aún no estaba a salvo de Pielazul. Dos días después un lugareño de la bahía del Río Indio les hizo saber que los piratas habían tomado tierra en la caleta —a unos 25 kilómetros de Lewes— para carenar y limpiar sus embarcaciones.

Es posible que Pielazul no quisiera enemistarse con los habitantes del lugar, ya que el lugareño les contó que no había hecho ningún daño y que había pagado generosamente las vituallas compradas a los granjeros de Río Indio.

Y justo cuando la situación estaba en su punto más álgido, Levi West regresó a su hogar.

III

Incluso a mediados del siglo pasado el molino de Lewes, situado a casi cuatro kilómetros de distancia, tenía un aspecto vetusto y sucio, aunque había sido construido sólo cincuenta o sesenta años antes. Las vigas de madera de ciprés estaban renegridas por el viento y el clima, y se hallaban cubiertas de una platina gris oscura; el polvillo blanco de la harina lo cubría todo, como si el tiempo morase en su interior, y las sombras eran suaves, difusas y misteriosas. Una docena de cipreses se erguían a lo largo de la senda del molino, que era en sí mismo un edificio sencillo, largo y estrecho. Por entonces pertenecía a Hiram White, que lo había heredado de su abuelo, el viejo Ephraim White, quien lo había construido en 1705.

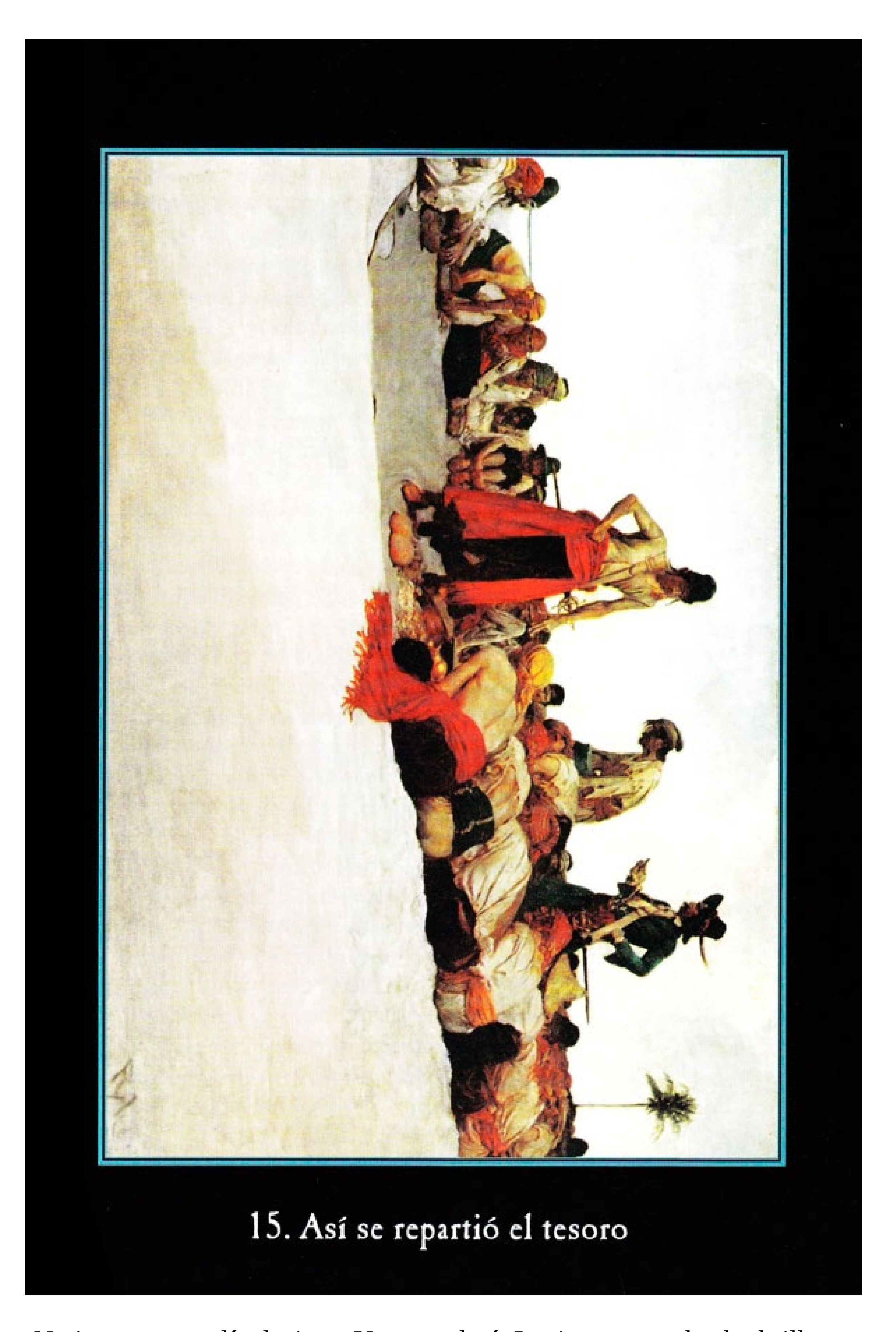
Hiram White tan sólo contaba veintisiete años pero en la ciudad ya tenía cierta «fama». Desde niño se le consideraba un poco «medio tonto» y, como suele ocurrir en los lugares pequeños en los que todo el mundo conoce a todo el mundo, tuvo la desgracia de ser el blanco de las bromas y chanzas de sus vecinos más crueles. Ahora que ya había llegado a la plena juventud, aún era considerado —diciéndolo de una manera pintoresca— «mentalmente débil», o «no del todo bien». Era un hombre pesado, torpe, desgarbado, enorme y prodigiosamente fuerte. Su rostro tenía un aspecto bobalicón, de labios gruesos y algo colgantes que le daban un aire de estupidez, entre gracioso y patético. Tenía los ojos pequeños y muy separados entre

sí, sus cejas eran casi blancas y el pelo apenas del color de la arena. Era bastante taciturno, ceceaba mucho al hablar y tartamudeaba frecuentemente, como si las palabras que salían de su boca fueran más rápido que los pensamientos que surgían en su mente. Muchos bromistas del lugar solían intentar hacerle hablar, ya que les hacía mucha gracia contemplar cómo se quedaba con la boca medio abierta después de pronunciar alguna frase torpe y entrecortada. Seguramente la única persona en todo Lewes que dudaba de que Hiram fuera retardado era el hacendado Hall. Había tenido ciertos tratos con él y estaba seguro de que cualquiera que dijera que Hiram era tonto no sabía muy bien de lo que estaba hablando. Y es que, estuviera o no en sus cabales, lo cierto es que gobernaba las finanzas de su molino con gran destreza, ahora que la prosperidad había llegado a aquellas regiones del sur de Delaware.

Hiram White había sufrido bastantes pérdidas seis meses atrás, por culpa del mismo Pielazul que en esos momentos merodeaba por la ensenada de Río Indio. Se había asociado con Josiah Shippin, un comerciante de Filadelfia, arriesgando una cantidad de setecientas libras esterlinas. El dinero se había invertido para comprar una mercancía de harina y maíz que se embarcó con destino a Jamaica en el barco *Nancy Lee*. El *Nancy Lee* había sido capturado por los piratas cerca de Currituck Sound, su tripulación fue metida en un bote y la nave, junto con toda su carga, quemada sobre la superficie del mar.

De las setecientas libras invertidas en la empresa quinientas eran la herencia del padre de Hiram legada siete años atrás a Levi West.

Eleazer White se había casado dos veces, la segunda con la viuda West. Ella había llevado a su nuevo hogar un hijo bastante guapo, de largas piernas y ojos y cabellos negros, que era casi un año menor que Hiram. Era muy listo, dicharachero, ingenioso, vago, terco y bastante desobediente, pero tan inteligente e inquieto como un diablillo. Era totalmente opuesto al pobre y torpe Hiram. Eleazer White nunca había querido a su hijo; le avergonzaba su desgana y poca inteligencia. Sin embargo estaba muy orgulloso de Levi West; siempre le llamaba «nuestro Levi» y le trataba como si fuera hijo suyo. Intentó instruirle en las tareas del molino y su paciencia fue más allá de los límites que cualquier padre común habría tolerado.


15. Así se repartió el tesoro

—No importa —solía decir—. Ya aprenderá. Levi es un muchacho brillante.

Pero el viejo molinero se llevó uno de los disgustos más grandes de su vida cuando Levi se decidió por la vida en el mar. Al final de sus días, acosado por la enfermedad, el viejo pensaba constantemente en su perdido hijastro.

—A lo mejor vuelve —decía—, y si lo hace seré bueno con él, Hiram. Ya he hecho herencia y te he dejado la casa y el molino, pero quiero que me prometas que si Levi vuelve tú le darás cobijo y hogar bajo este techo, si él lo solicita.

Hiram se lo prometió.

Después de que Eleazer muriera se supo que había legado quinientas libras a su «querido hijastro, Levi West», dejando al hacendado Hall de fideicomiso.

Levi West se había marchado hacía casi nueve años y nadie sabía ni una palabra de él; casi todo el mundo pensaba que había muerto.

Un día Hiram se presentó en la oficina del hacendado Hall con una carta en la mano. Por aquel entonces estaban en guerra con Francia y la harina y el maíz habían alcanzado unos precios desorbitados en la Indias Occidentales Británicas. La carta que Hiram llevaba consigo la remitía un comerciante de Filadelfia llamado Josiah Shippin, personaje con el que ya antes había tenido tratos. El señor Shippin le proponía a Hiram que le enviase un cargamento de harina y maíz a Kingston, Jamaica. Hiram había estado dándole vueltas al asunto durante toda la noche y ahora le traía la carta al viejo terrateniente. Hall leyó la carta y meneó la cabeza.

—¡Demasiado arriesgado, Hiram! —dijo—. El señor Shippin no te habría ofrecido este negocio si ya tuviera a alguien dispuesto a hacerlo. Te aconsejo que no lo aceptes. Has venido para que te dé mi opinión, ¿no es así, Hiram? —Hiram negó con la cabeza—. ¡Vaya! ¿Y cuál es el motivo entonces?

—Setecientas libras —dijo Hiram.

—¡Setecientas libras! —exclamó el hacendado Hall—. No puedo prestarte setecientas libras, Hiram.

—Están las quinientas legadas a Levi; yo dispongo de cien más otras tantas de la hipoteca —dijo Hiram.

—No, no, Hiram —dijo el hacendado Hall—, nunca haré eso. Imagina que Levi West vuelve. Soy el responsable de ese dinero. Aceptaría si quisieras tomarlo prestado para un negocio seguro, pero esa aventura tan descabellada en la que quieres embarcarte…

—Levi ya no va a regresar —exclamó Hiram—, han pasado nueve años… Seguro que está muerto.

—Es posible —dijo el hacendado Hall—, pero no lo sabemos a ciencia cierta.

—Le daré un recibo por la cantidad —dijo Hiram.

El terrateniente Hall se quedó en silencio un instante.

—Está bien, Hiram —dijo, no muy convencido—, como quieras. El dinero era de tu padre y no quiero que su propio hijo no pueda disponer del mismo por mi culpa. Pero si lo pierdes, Hiram, y Levi regresa, será tu ruina.

Así que Hiram invirtió setecientas libras en la aventura de Jamaica y hasta el último billete ardió a manos de Pielazul en Currituck Sound.

IV

Se decía que Sally Martín era la chica más bonita de Lewes Hundred y, cuando se supo que Hiram White la cortejaba, todo el mundo se lo tomó a broma. Era lo habitual que la gente del pueblo saludase a Hiram con un: «¡Eh, Hiram! ¿Qué tal está Sally?» Hiram jamás contestaba sino que proseguía su camino tan cabizbajo, impasible y triste como siempre.

Y sin embargo la broma era cierta. Dos veces a la semana, lloviese o brillara el sol, Hiram White estaba siempre a la puerta de Billy Martín. Dos días a la semana, los jueves y los domingos, jamás dejaba de ocupar su asiento habitual frente a la chimenea de la cocina. Casi nunca decía nada, se limitaba a asentir las observaciones del padre, de la madre y de Sally y, cuando estaba en casa, también las del hermano; pero no iba más allá. Se quedaba sentado desde las siete y media hasta las nueve, callado, torpe e impasible, dirigiendo su mirada roma de un miembro a otro de la familia, aunque al final siempre se quedaba fija en Sally. A veces ella tenían visita, algún otro muchacho de la vecindad. Sin embargo, aquello no parecía afectarle a Hiram; soportaba las bromas que iban dirigidas a él, las chanzas y las risitas que las seguían con la misma paciente indiferencia. Así permanecía, silencioso e impasible hasta que, en cuanto sonaba la primera de las nueve campanadas en el reloj, se levantaba, embutía su desgarbada figura en el abrigo, se ponía su sombrero de tres picos y, tras despedirse con un «Buenas noches, Sally, me voy», cerraba con sumo cuidado la puerta al salir.

Seguramente jamás una muchacha ha tenido un enamorado y un cortejo tan raro como el que tuvo Sally Martín.

V

Sucedió la tarde de un jueves de finales de noviembre, apenas una semana después de que Pielazul apareciese en escena, cuando la llegada de los piratas a Río Indio era el único tema del que se hablaba en la ciudad. La atmósfera estaba tranquila y fría, había caído una helada repentina y los charcos de los caminos se habían congelado; el humo de las chimeneas se elevaba recto en el aire sosegado y las voces sonaban muy altas, como suele suceder con tiempo frío.

Hiram White estaba sentado al tenue resplandor de una lámpara de aceite enfrascado en la revisión de varios libros de cuentas. Todavía no habían dado las siete y jamás iba a ver a Sally Martín antes de esa hora. Mientras pasaba un dedo tembloroso por las columnas de números, oyó que la puerta de la cocina se abría y volvía a cerrarse, ruido de pasos que cruzaban la habitación y el chirrido de una silla

al ser arrastrada junto a la chimenea. Acto seguido escuchó el ruido de un saco de mazorcas de maíz al ser abierto y chisporroteo animado de la chimenea cuando su contenido alimentó el fuego. Hiram no supo qué pensar, pero supuso vagamente que se trataba de Bob, el empleado negro del molino, o del viejo Dinah, el guardia del edificio, y, de tal modo, siguió con sus cálculos.

Por fin cerró el libro de un golpe y, tras alisarse el cabello, se irguió, cogió una vela y atravesó la sala en dirección a la cocina.

Había un hombre sentado frente a la lumbre de mazorcas de maíz que ardían con fuerza en la enorme chimenea. Un abrigo tosco colgaba del respaldo de la silla, detrás de él, y tenía las manos extendidas hacia el fuego. Se dio la vuelta al oír el ruido del picaporte y los pasos de Hiram; éste se quedó de piedra cuando reconoció su rostro. Sus facciones, aunque muy cambiadas por el tiempo transcurrido, eran las del hermanastro de Hiram, Levi West. No estaba muerto; había regresado de nuevo al hogar. Durante un rato ningún sonido quebró el silencio excepto el chisporroteo del fuego en la chimenea y el ronco tictac del gran reloj que había en una esquina. Un rostro tosco y estólido, iluminado por el resplandor de la vela, se quedó mirando completamente inamovible e impertérrito al que tenía enfrente, una cara astuta, afilada e inteligente, un rostro que la luz del fuego tiznaba de rojo y hacía resaltar unos pómulos altos, una nariz fina y unos ojos vivos, chispeantes y negros. De repente hizo una mueca, abrió la boca y dibujó una amplia sonrisa.

—Hola, he vuelto —exclamó Levi, y el sonido de las palabras quebró el extraño silencio.

Hiram no dijo ni una palabra. Se acercó a la chimenea, puso la vela en la polvorienta repisa, entre botellas y cajas, y, tras correr una silla al otro lado de la chimenea, tomó asiento.

Sus ojos desteñidos y pequeños no se apartaron del rostro de su hermanastro. En su expresión no había signos de curiosidad, sorpresa o asombro. El grueso labio inferior se abrió un poco más y su aspecto era un poco más triste y estúpido de lo habitual; pero eso fue todo.

Como ya se ha dicho, el rostro que contemplaba estaba extraña y asombrosamente cambiado desde la última vez que lo había visto nueve años atrás, y, aunque en verdad era la cara de Levi West, también hay que decir que no se parecía mucho a aquella otra con la que el inquieto e ingobernable hermanastro se había hecho a la mar en un bergantín brasileño hacía tanto tiempo. El primer Levi West era un muchacho despreocupado, tosco y alegre; irreflexivo y egoísta pero sin nada esencialmente malo o siniestro en su naturaleza. El Levi West que ahora estaba sentado al otro lado del fuego tenía estampada en sus facciones toda esa maldad de la que antes carecía. Estaba tan moreno y tostado por el sol como un verdadero piel roja. En uno de los lados de su cara tenía una curiosa decoloración de la piel y una larga y tortuosa cicatriz le corría en diagonal de un lado a otro de la frente, bajándole por la sien hasta la mejilla como una costura blancuzca. La decoloración era de un azul

lívido, como si fuera un tatuaje. Casi tenía el tamaño de una mano desde el cuello hasta la mejilla. Hiram no podía apartar los ojos de aquella marca y de la cicatriz que la atravesaba.

La forma de vestir de Levi también era un tanto extraña; de las orejas le colgaban un par de pesados aros de oro, llevaba un sucio pañuelo rojo anudado alrededor del cuello y un collar sobre el que resaltaba un cuello nervudo y el «hueso de la manzana de Adán», o nuez, cuyo conjunto le daba un aire muy marinero. El abrigo que portaba antaño había sido de un espléndido color ciruela, pero ahora estaba sucio y desgastado, y parecía demasiado pequeño para su corpulencia. Los puños de la camisa estaban muy sobados y en los dedos de las manos llevaba media docena, o más, de anillos rebosantes de piedras y joyas que relucían al resplandor del fuego. Llevaba el cabello rizado al estilo español, pegado a las mejillas y con una larga trenza cayéndole por la espalda.

Hiram siguió sin decir una palabra; permaneció sentado observando todos los detalles de la figura de su hermanastro.

Levi no parecía darse cuenta del escrutinio al que estaba siendo sometido y seguía inclinado hacia delante con las manos extendidas cerca de la lumbre. Pero por fin empujó la silla, haciéndola chirriar contra el suelo, y se puso de cara a su hermanastro. Metió las manos dentro de uno de los enormes bolsillos del abrigo y sacó una pipa que empezó a llenar de tabaco.

—Bueno, hola de nuevo —dijo—. He vuelto a casa.

—Creí que habías muerto —dijo Hiram con voz apagada.

Levi soltó una carcajada, prendió un fósforo, lo acercó a la cazoleta de la pipa y empezó a dar chupadas y a echar grandes nubes de humo por la boca.

—Qué va, qué va —exclamó—, todavía no; aunque parezca extraño. Pero *(¡cof!)*, por Todos los Santos, si he estado muchas veces *(¡cof!)* jugando con el viejo Davy Jones.

Hiram se quedó mirando inquisitivamente la dentada cicatriz y Levi se dio cuenta de su mirada.

—Estás mirando esto, ¿no? —dijo, siguiendo con un dedo la sinuosa línea—. Parece bastante malo, pero no es para tanto —dejó el dedo un rato sobre la lívida marca—. Un demonio de Singapur me la hizo cuando abordamos un junco lleno de opio en el Mar de la China, en septiembre hará cuatro años. Esto otro —se tocó de nuevo el parche azulado— estuvo un poco más cerca. Un capitán español me disparó cerca de Santa Catarina. La pólvora se introdujo dentro de la piel y ya nunca ha querido volver a salir… Sus ojos… mejor habría sido que disparase a otra parte aquella mañana… Pero dejémoslo pasar. Reconozco que he cambiado algo, ¿no es así, Hi?

Se quitó la pipa de los labios y miró con fijeza a Hiram, que asintió.

Levi soltó una carcajada.

—Pero, ¡qué diablos! —exclamó—, haya o no haya cambiado me apuesto lo que

sea a que tú sigues siendo el mismo de siempre, Hi. Recuerdo que papá solía decir que apenas tenías el suficiente ingenio como para resguardarte de la lluvia. Y, hablando de papá, Hi, he oído que murió hace nueve años. ¿Sabes por qué he vuelto?

Hiram sacudió la cabeza.

—He vuelto porque me he enterado de que papá me dejó quinientas libras.

Hiram se quedó quieto durante uno o dos segundos y luego dijo:

—Invertí el dinero en un negocio y lo perdí todo.

El rostro de Levi se transfiguró mientras volvía a quitarse la pipa de los labios y miraba a Hiram de manera hosca e intensa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Pensaba que habías muerto… e invertí… setecientas libras… en el *Nancy Lee*… y Pielazul lo quemó cerca de Currituck.

—¡Quemado cerca de Currituck! —repitió Levi. De repente se iluminó su rostro como si hubiera recordado algo—. ¡Quemado por Pielazul! —repitió mientras se daba la vuelta en su asiento y estallaba en una repentina y corta carcajada—. Bien, por Todos los Santos, Hi, vaya una suerte. Quemado por Pielazul, ¿verdad?

Hizo una pausa, como si recordara algo. Luego volvió a estallar en carcajadas.

—Siempre igual —dijo—, ya lo ves, no puedo quejarme de los actos de Pielazul. El dinero es mío y vas a tener que dármelo, Hiram, esté hundido o quemado y sea o no la culpa de Pielazul.

Dio varias chupadas más a la pipa.

—Ya ves, Hi —dijo, continuando la conversación—, no quiero ser excesivamente duro contigo. Al fin y al cabo te falta un tornillo. Te doy un mes de plazo para que consigas el dinero y mientras tanto me quedaré por aquí. Estoy en un apuro, Hi. Tengo problemas y necesito esconderme. Te contaré lo que pasó: tuve un ajuste de cuentas en Filadelfia con un pirata de tierra y alguien resultó herido. Por esa razón he venido; no se lo digas a nadie. ¿Lo entiendes?

Hiram abrió los labios con la intención de decir algo, pero en seguida pareció pensárselo mejor y se limitó a asentir con la cabeza.

Aquella noche de jueves fue la primera en seis meses que Hiram White no se presentó a la puerta de Billy Martín.

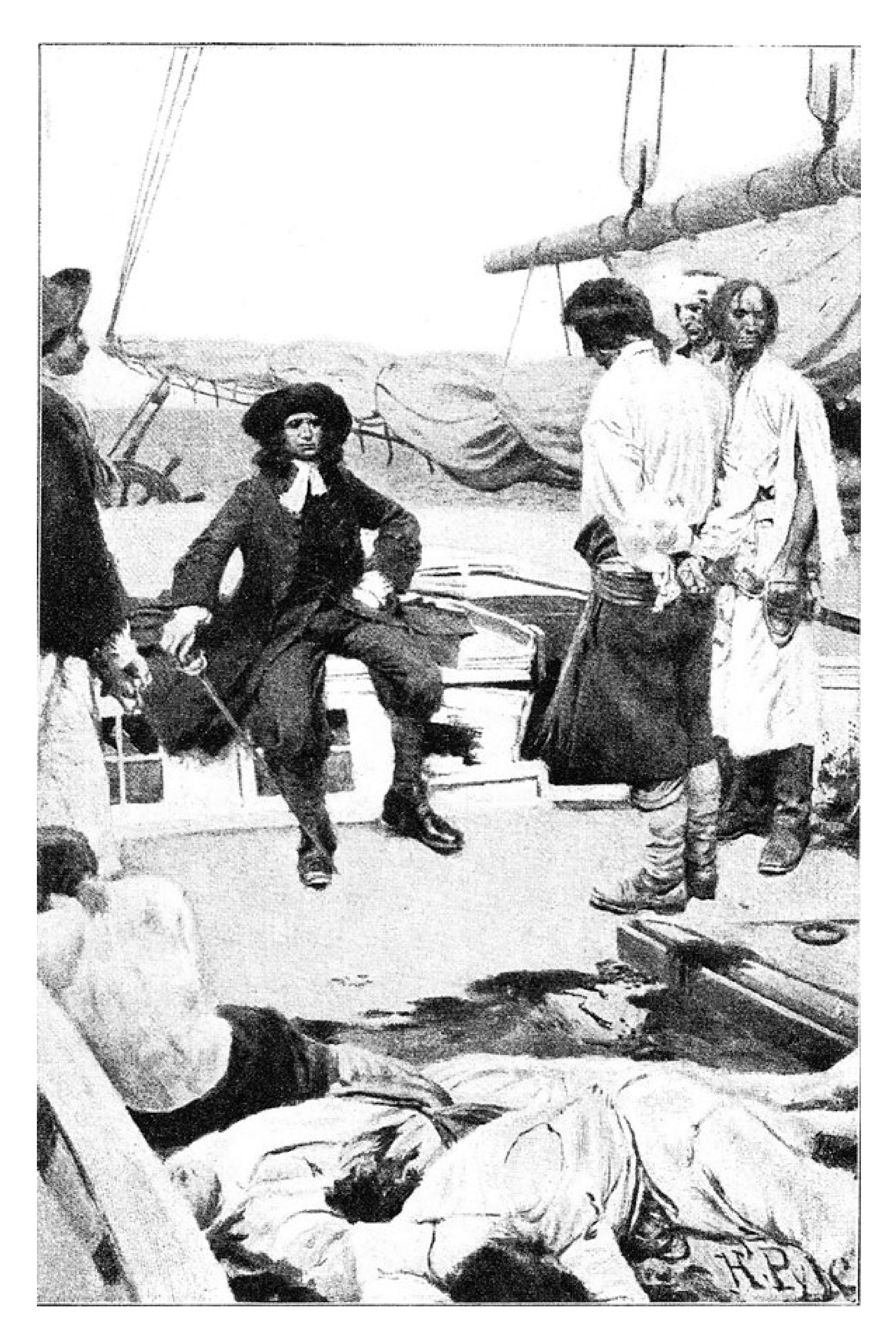
VI

En tan sólo una semana Levi West había recuperado sus viejos amigos y hábitos, aunque se comportaba de manera diferente que hace nueve años, ya que el Levis de ahora no era el mismo de antes. Sin embargo era el personaje más popular en la barra de la taberna y en el almacén de víveres, y siempre se formaban corrillos de parroquianos a su alrededor. Los nueve años que había pasado fuera parecían haber estado repletos de aventuras y sucesos extraordinarios, tanto en el mar como en la

tierra, y la gente apreciaba sus historias. Podía estar contando relatos durante horas y más horas, como un viejo lobo de mar que hubiera viajado por los océanos desde la más temprana niñez. El dinero parecía sobrarle y le encantaba derrocharlo en la taberna, para asombro y admiración de la concurrencia.

Durante aquel tiempo, el pirata Pielazul estaba en boca de todos y el prestigio de Levi subió como la espuma, pues había visto en persona al sangriento y malvado filibustero. Levi lo describía como un sujeto pesado y fornido, de barba negra como el carbón, un verdadero diablo cuando tenía la pistola y la espada en las manos, pero no tan fiero en tierra. Contó numerosas aventuras de Pielazul, que fueron escuchadas por la gente con gran interés.

En cuanto al propio Pielazul, los habitantes de Lewes empezaron a dejar de preguntarse qué había venido a hacer al ver lo tranquilas que estaban las cosas en Río Indio, lugar en el que se había establecido. Apenas se acordaban ya de la pobre y destrozada goleta que había llegado con su carga de muerte y destrucción apenas un par de semanas atrás. Pero no pasó mucho tiempo antes de que volvieran a interesarse por lo que Pielazul había venido a hacer a sus costas.



Un día un bergantín de Bristol, con destino a Cuba y portando una valiosa carga de tela y seda, recaló en Lewes para hacerla aguada. El capitán del barco desembarcó y estuvo dos o tres horas en la taberna. Dio la casualidad de que Levi estaba allí en esos momentos y el tema de conversación fue el pirata Pielazul. El capitán inglés, un

viejo lobo de mar, escuchó los cuentos de Levi con desprecio. Dijo que había navegado lo suficiente por el peligroso Mar de la China y el Océano Índico como para tener miedo ahora de un simple pirata comepuercos yanqui. Un junco lleno de diablos amarillos armados hasta los dientes sí era un tema digno de conversación, pero ¿a quién le interesaban las andanzas del tal Pielazul que se limitaba a abordar una simple canoa española o un barco costero yanqui?

Levi sonrió.

—Pues si yo fuera usted, caballero —dijo—, le daría algo más de crédito a Pielazul. He oído decir que ha carenado y puesto a punto su nave, y es posible que le dé un buen susto si se acerca demasiado a él. El inglés se limitó a responder que todo cabe dentro de lo posible, pero que la tarde siguiente, si el viento y las condiciones meteorológicas lo permitían, levaría anclas y se haría a la mar.

Levi volvió a sonreír.

—Me gustaría estar aquí para ver qué sucede —dijo—, pero esta noche tengo que ir río arriba para visitar a una amiga y seguramente no volveré hasta dentro de tres o cuatro días.

Al atardecer del día siguiente el bergantín inglés izó velas y, tal y como había prometido su capitán, se hizo a la mar. Durante toda esa noche la ciudad de Lewes permaneció despierta, contemplando un resplandor rojizo que ardía sobre el cielo por el sudeste. Dos días después un pescador de ostras negro llegó de Río Indio con la noticia de que Pielazul estaba anclado en la ensenada, y que había comenzado a descargar y a apilar grandes cantidades de mercancías en la playa. También contó que en Río Indio se decía que Pielazul había abordado un barco inglés, que lo había quemado después y que había asesinado al capitán y a toda la tripulación excepto a tres que habían preferido unirse a los piratas.

La excitación que provocó el conocimiento de estos horribles sucesos sólo pudo ser acallada por otro pavoroso acontecimiento que sucedió poco después. Un atardecer llegó a Lewes un bote de remos con cinco hombres y dos mujeres a bordo. Se trataba del bote salvavidas del barco correo de Charleston, con destino a Nueva York, al mando del primer oficial. La nave había sido atacada y capturada por los piratas a diez leguas al sudeste de Cabo Henlopen. Los filibusteros la habían abordado por la noche y no hubo resistencia alguna. Quizá de puro milagro, o por casualidad, no había habido violencia ni víctimas. Sin embargo, los oficiales, pasajeros y tripulación habían sido desposeídos de todos sus objetos de valor y embarcados en los botes salvavidas, y el barco había sido incendiado. El bote más grande, en el que ellos se encontraban, se había separado del resto durante la noche y había divisado Henlopen un poco después del crepúsculo.

Hay que hacer notar que el terrateniente Hall envió a Filadelfia una descripción detallada de estos dos sucesos por medio del primer oficial. Pero por alguna razón tuvieron que pasar cuatro semanas antes de que una balandra armada fuera enviada desde Nueva York. Mientras tanto los piratas habían hecho desaparecer el botín

acumulado en la playa de Río Indio, embarcando parte de la mercancía en pequeñas chalupas y enviando el resto tierra adentro en carromatos.

VII

Levi le había dicho al capitán inglés que iba a visitar a una de sus amigas al interior de la región. Ya llevaba fuera casi dos semanas. Reapareció de repente, de la misma manera que la primera vez. Hiram estaba cenando cuando se abrió la puerta y entró Levi con la mayor tranquilidad del mundo. Colgó el sombrero detrás de la puerta como si acabara de regresar de un corto paseo. Estaba de un humor de perros y se sentó a la mesa sin decir una sola palabra, con la barbilla entre las manos y mirando fijamente el pastel de maíz que Dinah le había traído en un plato.

Su llegada hizo que el apetito de Hiram se desvaneciera por completo. Puso el plato a un lado y se quedó mirando a su hermanastro, que se lanzó sobre el jamón y los huevos como un lobo hambriento. Nadie dijo nada hasta que Levi terminó de comer y encendió la pipa.

—Mira, Hiram —dijo mientras cogía un tizón del fuego—. ¡Mira, Hiram! He estado en Filadelfia… por ese pequeño problema del que te hablé nada más llegar. ¿Entiendes? ¿Lo recuerdas? ¿Lo encuentras dentro de tu cabezota?

Miró por encima del hombro a la espera de alguna contestación, pero al no obtener ninguna prosiguió:

—Esta noche espero a dos hombres que vienen desde Filadelfia. Son amigos míos y tenemos que hablar de nuestros negocios, así que es mejor que no estés en casa, Hi. Puedes irte a cualquier sitio. ¿Entiendes? —Y, con una sonrisa, añadió—: Vete a ver a Sally.

Hiram se levantó de la silla y apoyó la espalda contra el murete de la chimenea.

—Me quedaré en casa —dijo.

—Pero yo no quiero que te quedes, Hi —dijo Levi—. ¡Tenemos que hablar de negocios y no quiero que estés aquí!

—Pues me quedaré —dijo Hiram de nuevo.

El rostro de Levi se oscureció. Hizo rechinar los dientes y parecía a punto de estallar. Pero consiguió controlarse.

—Eres un cabeza de chorlito y un atontado —dijo. Hiram ni tan siquiera parpadeó—. En cuanto a ti —continuó, dirigiéndose a la negra Dinah que estaba recogiendo la mesa—, deja todo eso y desaparece de aquí. No vuelvas a entrar en la cocina hasta que yo te lo ordene. Si te pillo remoloneando por aquí te sacaré los ojos y el hígado, o incluso el mismísimo corazón.

Apenas una hora después llegaron los amigos de Levi; uno era un sujeto delgado y marchito de aspecto extranjero. Vestía un traje mohoso y negro, calcetines grises y

zapatos con hebillas de latón. El otro también era extranjero. Vestía ropa marinera, calzones y enaguas de seda, un pesado chaquetón y botas altas hasta las rodillas. La cintura estaba ceñida por un fajín carmesí y, cuando apartó a un lado el chaquetón, Hiram pudo ver el destello metálico de una pistola. Era un hombre fuerte y fornido, de frente corta y cuello ancho, y una espesa barba de color azulado le cubría las mejillas, el mentón y la garganta. Llevaba un pañuelo rojo atado alrededor de la frente y un sombrero alto con un deslucido galón dorado.

Levi les abrió la puerta. En el exterior intercambió unas breves palabras con sus visitantes, hablando en una lengua extraña que Hiram no pudo entender. Ninguno de los forasteros se dirigió a Hiram; el hombrecillo pequeño le dirigió una mirada malévola y el otro rufián le observó con el ceño fruncido, pero ninguno le saludó.

Levi cerró las contraventanas, echó el cerrojo a la puerta y atrancó con el respaldo de una silla de la cocina la puerta que daba a la habitación contigua. Luego los tres sujetos se sentaron a la mesa que Dinah había dejado a medio recoger y se enfrascaron en el estudio de un hatillo de papeles que el visitante fornido había sacado del bolsillo de su chaquetón. La conversación se desarrolló en la misma lengua extranjera con la que Levi se había dirigido a ellos nada más llegar, un idioma totalmente incomprensible para Hiram. De vez en cuando el rumor de las voces crecía de tono, como si no estuvieran de acuerdo en algún tema; otras, sin embargo, apenas hablaban en susurros.

Dos veces sonó el gran reloj de la esquina dando las horas; sin embargo Hiram permaneció en el más absoluto silencio durante toda la conversación, contemplando con fijeza las tres cabezas agrupadas alrededor de la luz apagada y oscilante de la vela, sobre el grupo de papeles esparcidos por la mesa.

De pronto dejaron de hablar, las tres cabezas se separaron y los sujetos corrieron las sillas hacia atrás con un chirrido. Levi se levantó, fue hasta el armario y sacó una botella del licor de manzana de Hiram. Puso tres vasos y un cántaro de agua sobre la mesa, y cada uno de los visitantes se sirvió a su antojo.

Levi se quedó en el umbral de la puerta, contemplando cómo se alejaban las dos difusas figuras hasta que desaparecieron engullidas por las sombras. Acto seguido dio media vuelta, cerró la puerta, tembló, se bebió un último vaso de licor y se fue a cama sin dirigirle a Hiram ni una sola palabra.

Hiram se quedó solo y estuvo un rato en silencio y sin moverse, luego miró a su alrededor lentamente, se encogió de hombros y, cogiendo la vela, salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí con sumo cuidado.

VIII

Por aquel tiempo (cuando se produjo esta visita inoportuna) el pobre Hiram White estaba lleno de preocupaciones. El dinero no tenía entonces el mismo valor que

ahora, y quinientas libras era una cantidad enorme; toda una fortuna en el Condado de Sussex. Hiram intentaba con desesperación reunir el dinero que su padre le había dejado en herencia al hermanastro. El terrateniente Hall, como se ha visto antes, sentía un cálido afecto por Hiram y creía en él cuando el resto de la gente le despreciaba; sin embargo, en los asuntos de dinero el viejo era tan inflexible y duro como un diamante. Haría todo lo posible por ayudar a Hiram pero esas quinientas libras tendría que reunirlas por su cuenta. Le dijo que podía prestarle trescientas libras por la hipoteca del molino. Le habría dado cuatrocientas pero el molino ya tenía una primera hipoteca de cien libras.

Hiram poseía una considerable cantidad de trigo que había comprado para especular y que se encontraba guardada en un almacén de Filadelfia. La vendió en subasta pública con gran sacrificio y apenas pudo sacar cien libras más. El horizonte financiero se presentaba bastante oscuro para Hiram; sin embargo, consiguió reunir la cantidad de quinientas libras y entregársela al terrateniente Hall, por lo que se vio liberado de su deuda.

Finalmente sellaron la transacción una tarde fría y gris de principios de diciembre. Hiram hizo pedacitos el recibo que le había hecho a Hall, mientras éste ordenaba los papeles de su mesa y comenzaba a hablar.

—Hiram —dijo de repente—, Hiram, ¿sabes que Levi West está merodeando a todas horas por la casa de Billy Martín y que anda detrás de esa preciosa hija suya?

Hiram permaneció tanto tiempo en silencio que el terrateniente Hall pensó que no había oído sus palabras. Pero Hiram sí las había escuchado.

—No —dijo—, no lo sabía.

—Pues es verdad —dijo el hacendado Hall—. Es la comidilla de todo el pueblo. Y bastante malintencionada, por cierto. ¿Sabes que andan diciendo por ahí que ella estuvo fuera de casa durante tres días y que nadie sabe adónde fue? Ese hombre le ha trastornado la cabeza con cuentos sobre sus viajes y el mar.

Hiram permaneció en completo silencio, mirando al terrateniente con fijeza.

—Ese hermanastro tuyo —continuó el viejo terrateniente— es un bribón, sí, un bribón, y a lo mejor algo peor. He oído que últimamente ha sido visto en ciertos lugares y compañías no muy recomendables.

Hizo una pausa, pero Hiram siguió sin decir nada.

—Y, bueno, Hiram —exclamó el hacendado—, he oído también que tú andabas cortejando a la muchacha, ¿es cierto?

—Sí —contestó Hiram—, la cortejo.

—¡Malo, malo! —dijo el terrateniente—. Es una pena. Me parece que deberías dejar de hacerlo, Hiram.

Tras dejar la oficina del terrateniente, Hiram permaneció parado en la calle unos momentos con la cabeza desnuda y el sombrero en la mano, mirando fijamente al suelo, con la boca abierta en una mueca estúpida y los ojos deslucidos. Levantó una mano y empezó a mesarse lentamente el cabello terroso, apartándose los mechones

que le caían sobre la frente. Por fin pareció despertar de su ensoñación, miró a uno y otro lado de la calle, se puso el sombrero y echó a andar con lentitud y torpeza.

El crepúsculo invernal daba paso rápidamente a la noche, ya que el cielo estaba plomizo y amenazador. Mientras caminaba por las afueras de la ciudad, Hiram se paraba una y otra vez sumido en profundos pensamientos. Por fin, dio media vuelta lentamente y, en vez de dirigirse a su hogar, tomó el camino que iba, entre paramos, cercas y campos marchitos, a la casa de Billy Martín.

Sería difícil decir qué era lo llevaba a Hiram a la mansión de Billy Martín a aquellas horas de la tarde. Lo cierto es que no podía haber elegido un mejor momento para confirmar todas sus sospechas, pues pudo ver lo que más temía su corazón.

Al lado del camino, y a poca distancia de la casa, había un seto de naranjos falsos que se encontraban ahora desnudos y sin hojas. Mientras Hiram se acercaba pudo oír pasos y voces muy suaves. Se echó hacia atrás, ocultándose en un recodo del seto, al abrigo de la maraña de pequeñas ramitas. Dos figuras paseaban lentamente por el camino bajo la luz grisácea del crepúsculo. Una era su hermanastro, la otra Sally Martín. Levi la cogía por los hombros y susurraba algo a sus oídos mientras la cabeza de ella reposaba sobre su brazo.

Hiram se quedó tan quieto y silencioso como si estuviera congelado. Los caminantes se detuvieron en un lado del camino, un poco más allá de donde estaba Hiram. Éste no podía apartar los ojos de ellos. Estuvieron un rato hablando en voz baja y sus palabras llegaban de vez en cuando a los oídos de Hiram.

De repente se abrió la puerta de la casa y la voz chillona de Betty Martín rompió el silencio.

—¡Sal! ¡Sal! ¡Sally Martín! ¡Eh, Sally! Ven aquí. ¿Dónde estás?

La muchacha se echó al cuello de Levi y sus labios se encontraron. Acto seguido ella se esfumó rápida y silenciosa, pasando al lado de donde estaba Hiram. Levi se quedó mirándola hasta que desapareció y luego dio media vuelta y se marchó silbando.

Su silbido fue desvaneciéndose lentamente mientras se alejaba y por fin Hiram pudo salir de su escondrijo en el seto. Su rostro nunca antes había tenido un aspecto semejante.

IX

Hiram permanecía delante del fuego con las manos cruzadas detrás de la espalda. No había probado la cena que había en la mesa. Levi, en cambio, comía con apetito. De repente miró por encima del plato a su hermanastro.

—¿Qué pasa con las quinientas libras, Hiram? —dijo—. Te di un mes para reunirlas y, aunque todavía no ha terminado el plazo, seguramente me iré pasado mañana y quiero el dinero que legalmente me pertenece.

—Hoy le he dado el dinero al terrateniente Hall. Él te lo entregará —dijo Hiram, con voz apagada.

Levi dejó sobre la mesa el cuchillo y el tenedor.

—¡El terrateniente Hall! —exclamó—. ¿Qué tiene que ver el terrateniente Hall con todo esto? Él no tiene que darme el dinero sino tú, y, por todos los Cielos que si no me lo pagas te demandaré ante la justicia…

—El terrateniente Hall es el administrador, y no yo —contestó Hiram, con el mismo tono apagado de voz.

—No sé nada de administradores —replicó Levi—, ni de temas relacionados con las leyes. Lo que de verdad quiero saber es si vas a pagarme de una vez.

—No —dijo Hiram—, yo no te voy a dar el dinero; el terrateniente Hall te lo entregará.

El rostro de Levi se puso de color púrpura. Ernpujó brutalmente su silla hacia atrás.

—¡Eres… eres un maldito pirata de tierra! —exclamó, haciendo rechinar los dientes—. Sé lo que estás tramando. Quieres quedarte con mi dinero. Sabes que el terrateniente Hall anda detrás de mí, que manda un informe tras otro a Filadelfia y que está haciendo todo lo posible para poner a la gente y a los chaquetas azules en mi contra. Me doy perfecta cuenta de tus argucias, pero no vas a conseguir engañarme. Si hay ley en este mundo conseguiré el dinero que me pertenece… ¡Maldito ladrón que no quieres llevar a cabo los mandatos de tu padre muerto!

Si el cielo hubiese caído en esos momentos sobre Levi, éste no se habría quedado tan asombrado como por lo que sucedió a continuación, pues, de repente, Hiram se dirigió a grandes zancadas hacia su hermanastro y se quedó frente a él con los puños apretados y la mirada fija en los ojos de Levi. Su rostro, apagado y estúpido, se hallaba convulsionado por una pasión extrema. Las venas se le hincharon en la sien como las cuerdas entrelazadas de un látigo y cuando habló su voz era más parecida a un gruñido ronco que a la voz de un ser humano.

—¿Me vas a llevar ante la ley? —exclamó—. ¿Tú me vas a llevar ante la ley? Tú eres el que tiene miedo de la ley, Levi West. Haz que venga y veremos qué pasa. ¡Quién eres tú para llamarme a mi ladrón! ¡Tú, un villano y asesino sangriento! Tú eres el ladrón, Levi West, llegaste aquí y me robaste a mi padre; eso es lo que hiciste. Me has arruinado, tengo que darte un dinero que debería haber sido mío y además… además me robas a la muchacha a la que estaba cortejando.

Hizo una pausa, como si buscara las palabras adecuadas.

—Te conozco —continuó, apretando los dientes—. ¡Te conozco! Da gracias a Dios que papá me hizo prometer lo de la herencia.

Señaló la puerta con un dedo tembloroso.

—¡Ahí está la puerta! ¡Sal de mi casa y no vuelvas a entrar nunca! Si lo haces, o si vuelvo a verte merodear cerca, te juro por lo más sagrado que te llevaré a la oficina del juez y le contaré todo lo que sé y todo lo que he visto. ¡Si quieres ley ya me

encargará yo de darte tu ración de ley! ¡Fuera de mi casa!

Levi pareció encogerse ante las palabras de Hiram. El color de su rostro fue pasando del oscuro cobrizo a un deslucido y cerúleo amarillo. Cuando Hiram terminó Levi no dijo ni una sola palabra. Corrió la silla hacia atrás, se levantó, se puso el sombrero y salió de la casa tras echar una furtiva mirada de reojo, sin terminar la cena a medio consumir. Jamas volvió a atravesar la puerta de Hiram.

X

Hiram había conseguido sacar un espíritu maligno de su hogar, pero el daño ya estaba hecho y no podía ser enmendado. Al día siguiente se supo que Sally Martín se había escapado de casa en compañía de Levi West. El viejo Billy Martín había ido a la ciudad con el rifle en busca de Levi, con la intención de que le devolviese a su hija.

Y, de la misma manera que el espíritu maligno había abandonado la casa de Hiram, también otro ser malvado desapareció de los alrededores de la ciudad. Al cabo de unos días llegaron noticias de que Pielazul había salido de la ensenada de Río Indio con dirección al sudeste; y parecía ser, según fuentes bien informadas, que por fin se había ido para siempre.

El pirata hizo bien pues tan sólo tres días después de su partida arribó al puerto de Lewes la balandra de guerra *Scorpion*. A bordo del barco iban el agente de la desafortunada goleta correo y un comisionado del gobierno.

Sin pérdida de tiempo, el oficial al mando llevó a cabo una detenida investigación que sacó a la luz varios hechos bastante curiosos y singulares. Se descubrió que, durante algún tiempo, hubo un entendimiento amistoso entre los piratas y los habitantes de Río Indio, ya que se hallaron muchos objetos —algunos de gran valor — en las casas de las gentes del lugar; objetos que habían sido robados por los piratas y que ahora fueron confiscados. Incluso también se encontraron este tipo de cosas en algunas casas de Lewes.

Muchos vecinos parecían haber sido contaminados, en mayor o menor medida, por la presencia de los piratas.

Incluso el pobre Hiram no pudo escapar a las sospechas de haber colaborado con ellos. Los investigadores pronto descubrieron que Levi West había tenido mucho que ver con los manejos de Pielazul.

La vieja Dinah y Bob, el negro, también fueron investigados, y pronto salió a la luz que Hiram estuvo presente en la reunión que Levi West tuvo con sus dos extraños amigos, y que, parece ser, trató sobre la realización de nuevos robos.

Todo esto parecía inculpar al pobre Hiram tan clara como injustamente. Era como una última maldición, la peor de todas.

Levi le había robado el amor de su padre y, prácticamente, le había arruinado. Se había ido con la mujer a la que amaba y, por último, le había hecho perder su buen

nombre.

Y las investigaciones no habían hecho más que empezar.

También se tuvieron en cuenta las facturas de Goldsmith, por una cantidad de varios miles de libras, y Hiram fue investigado de manera casi inquisitorial, intentando descubrir si tenía algo que ver con ellas.

Con tantas desgracias encima, Hiram se hizo aún más taciturno y reservado, más serio, malhumorado y triste. Podía quedarse mirando fijamente el fuego durante horas, sin moverse ni un ápice.

Una noche —una noche gélida de febrero en la que el suelo estaba cubierto de un palmo de nieve dura—, mientras Hiram se hallaba en tal estado de melancolía, se escucharon unos suaves golpeteos en la puerta de su casa.

Hiram, perdido en sus pensamientos, se sobresaltó ante el sonido. Permaneció sentado un momento, mirando a uno y otro lado. Luego corrió la silla, se levantó y abrió la puerta de par en par.

Era Sally Martín.

Hiram se quedó perplejo contemplándola. Ella habló primero.

—¿Me dejas pasar, Hi? —dijo—. Estoy casi congelada, tengo hambre y creo que estoy a punto de morirme. Déjame pasar, por favor.

—Sí —dijo Hiram—, claro que puedes entrar, pero ¿por qué no vas a tu casa?

La pobre muchacha estaba temblando y tiritando por el frío; empezó a llorar y se tapó los ojos con un pliegue de la capa que le cubría los hombros y la cabeza.

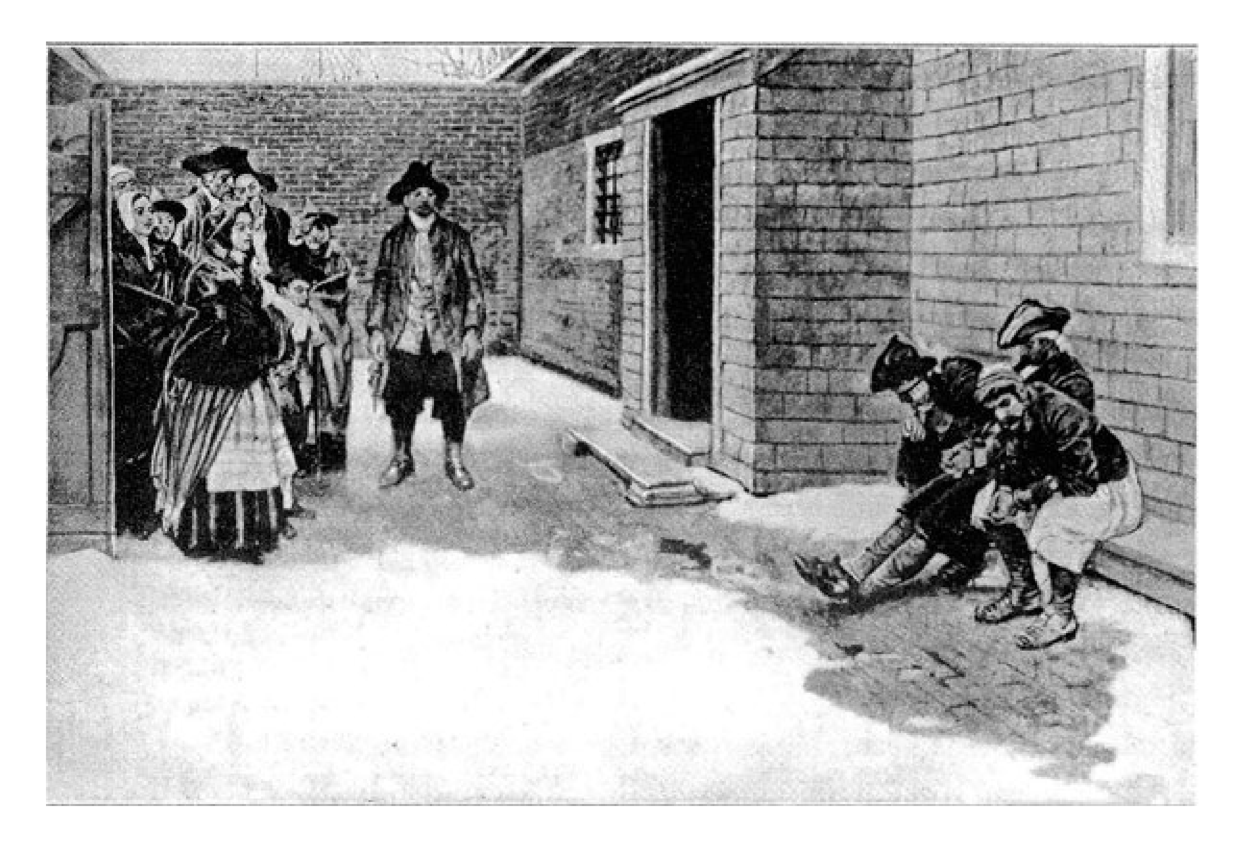
—Ya he ido a mi casa, Hiram —dijo—, pero mi padre me cerró la puerta delante de la cara. Me maldijo, Hi… ¡Me gustaría estar muerta!

—Será mejor que entres —dijo Hiram—. Vas a coger frío ahí fuera.

Se hizo a un lado y la muchacha entró con rapidez y agradecimiento.

Hiram hizo que la negra Dinah le sirviera algo de comida, y Sally la devoró con verdadera ansia. Mientras comía, Hiram se puso de espaldas al fuego, contemplando el rostro de la muchacha, un rostro cansado y ojeroso que antes había sido redondo y hermoso.

—¿Estás enferma, Sally? —preguntó Hiram.



—No —respondió ella—, pero lo he pasado muy mal desde que abandoné mi hogar, Hi.

Las lágrimas empezaron a salir de sus ojos al recordar todas sus desgracias, pero consiguió quitárselas con la manga de la chaqueta y siguió comiendo con ferocidad.

Hubo un silencio mortal durante un buen rato. Dinah estaba sentada en una banqueta al otro lado de la chimenea, escuchando con atención. Hiram no parecía haberla visto.

—¿Te fuiste con Levi? —dijo Hiram al fin.

La muchacha le miró furtivamente con la cabeza gacha.

—Sí —contestó—, me escapé con él, Hi.

—¿Adónde?

Ella dejó el cuchillo y el tenedor sobre la mesa.

—No me preguntes eso, Hi —dijo ella, nerviosa—. No puedo decírtelo. No conoces a Levi, Hiram; no pienso decirte nada. Si te digo dónde he estado él se enterará y vendrá a por mí; me matará, Hi. Si supieras lo que yo sé, Hiram, no me preguntarías nada sobre sus asuntos.

Hiram se quedó contemplándola tristemente durante mucho tiempo; por fin, volvió a hablar.

—Creo que tengo una idea, Sally —dijo.

La muchacha no contestó nada de inmediato pero, pasado un rato, levantó los ojos con resolución.

—Hiram —dijo—, ¿me prometes que no dirás absolutamente nada a nadie si te cuento algo?

Hiram asintió.

—Te lo diré entonces, pero si Levi se entera me matará, tan cierto como que tú estás ahí. Acércate y te lo diré en voz baja.

Hiram inclinó la cabeza cerca de donde ella estaba sentada. La muchacha miró a un lado y a otro, abrió los labios y comenzó a susurrarle en el oído:

—Soy una mujer honesta, Hi. Me casé con Levi antes de fugarme de casa.

XI

El invierno y la primavera terminaron, dando paso al verano. Hiram, sintiera lo que sintiera, no dio muestras de sufrimiento. Sin embargo, su cara regordeta empezó a ponerse un poco fofa, se le hundieron las mejillas y su cuerpo fornido y ancho parecía estar más encogido dentro de la ropa. Se despertaba con frecuencia por las noches y echaba a andar de un lado a otro hasta altas horas de la madrugada.

Una de esas noches de vigilia tuvo lugar el suceso más terrible e importante de toda su vida.

Fue una noche tórrida de julio. El aire parecía el aliento de un horno y resultaba prácticamente imposible dormir, aun cuando uno estuviera a gusto consigo mismo y con sus pensamientos. La luz de la luna llena entraba por la ventana abierta y Hiram, mientras paseaba de un lado a otro, atravesaba los blancos rayos, haciendo que su figura se iluminase cuando entraba en el rectángulo de luz.

El reloj de la cocina estaba dando las doce y Hiram se detuvo para contar las campanadas.

El eco de la última se disipó en el vacío y aún él seguía inmóvil, escuchando con un interés nuevo y repentino, ya que, nada más acabar de dar las doce, escuchó el sonido amortiguado de pasos que se dirigían con suma cautela desde el camino a la ventana abierta de su habitación. Unos segundos después pudo oír un chirrido de bisagras oxidadas. El misterioso visitante había entrado en el molino. Hiram se acercó cautelosamente a la ventana. La luna resplandecía en la fachada polvorienta del molino, a tan sólo treinta pasos, y descubrió que la puerta estaba abierta de par en par. Durante un rato no ocurrió nada y entonces, mientras miraba con atención, vio aparecer de repente la figura de un hombre que se recortaba con nitidez sobre la puerta del molino. Hiram pudo verle la cara como si fuera de día. Era Levi West, y llevaba un saco vacío de harina sobre el brazo.

Levi West miró a un lado y a otro y, acto seguido, se quitó el sombrero y le sacudió el polvo con la palma de la mano. Cerró la puerta del molino con cuidado y se alejó con la misma cautela con la que había llegado. Hiram contempló cómo pasaba al lado de la casa, justo debajo de donde se encontraba él. Estaba tan cerca que podía haberle rozado con los dedos de la mano.

Se detuvo a unos cincuenta o sesenta metros y apareció una segunda figura de entre las negras sombras de un recodo de la cerca. Ambos permanecieron hablando

durante un rato y Levi señalaba al molino de vez en cuando. Al rato se volvieron, escalaron la cerca y marcharon a campo traviesa, sobre la hierba alta, en dirección sureste.

Hiram se enderezó y respiró profundamente; la luna le bañaba el rostro de luz, un rostro tenso y nervioso, como la primera vez que volvió a ver a su hermanastro en la cocina siete meses antes. Tenía la frente llena de grandes gotas de sudor que se enjugaba con la manga del pijama. Acto seguido, sin vestirse ni ponerse el sombrero, saltó por la ventana cayendo en la espesa hierba y, sin dudar ni un solo instante, caminó a grandes zancadas por el camino, siguiendo la dirección que había tomado Levi.

Mientras escalaba la cerca pudo ver a los dos hombres en la lejanía iluminados por la luz pálida; se aproximaban a una zona ondulada cubierta de pinos.

Al poco fueron engullidos por las sombras oscuras de los árboles.

Con la mirada fija y los labios apretados, con la misma tenacidad y obstinación de un cazador implacable que acecha a su presa, Hiram siguió la huella de los dos hombres bajo la luz de la luna llena. Al rato él también fue engullido por las sombras de los pinos. Ningún sonido quebraba allí el silencio nocturno. Sus pies no producían ruidos al andar sobre el terreno acolchado. En medio de aquel silencio mortal podía oír claramente las voces distantes de Levi y de su compañero, que resonaban entre los árboles. Pasado el bosquecillo había un campo de maíz y Hiram escuchó el sonido crepitante de los tallos mientras los dos sujetos se abrían paso entre la jungla del sembrado. Siguió detrás de ellos, guiado por el ruido que producían al avanzar entre las cañas.

Más allá del campo de maíz discurría el camino que daba un rodeo por el sur de Lewes y, tras pasar un puente de madera, se adentraba en las marismas que separaban la ciudad de las lejanas dunas de arena. Hiram llegó al camino y se dio cuenta de que había ido recortando la distancia sobre los dos sujetos a los que perseguía; ahora tan sólo estaba a unos cincuenta pasos y pudo ver que el compañero de Levi llevaba un hatillo lleno de herramientas sobre los hombros.

Permaneció un rato parado para que los dos sujetos volvieran a adelantarse y tuvo que quitarse de nuevo con la manga del pijama el sudor que perlaba su frente; acto seguido, sin apartar los ojos de ellos, trepó la cerca del camino.

Siguió a los dos hombres durante tres o cuatro kilómetros a través de campos ondulados, granjas dormidas y silenciosas, graneros, cobertizos y almiares cuya silueta se recortaba oscura contra la luz de la luna, dejando atrás sembrados, bosques, claros y los últimos vestigios de la ciudad, hasta que llegó a las brumosas marismas que parecían prolongarse interminablemente bajo la pálida luz de la luna y cuya monotonía sólo era rota por la línea distante de las dunas arenosas que relucían blancuzcas en la lejanía.

Les siguió por entre las marismas, atravesando pútridos cañaverales y charcos en los que se reflejaba su propia imagen invertida. Por fin llegaron a la zona de pinos

bajos, retorcidos y grises, que crecían a los pies de las blancas dunas arenosas.

Hiram se ocultó entre las sombras. Los otros dos hombres andaban despreocupadamente y sus sombras, tan negras como la tinta, se dibujaban claramente en la arena; en el silencio mortal y absoluto podía oírse el lejano y sordo batir de las olas del Atlántico sobre la dunas arenosas, a casi dos kilómetros de distancia.

Por fin, ambos sujetos doblaron por la parte sur de uno de los montículos y, cuando Hiram siguió su mismo camino, ya no pudo verlos más.

Delante de él se erguía una gran duna que trepaba suavemente, recortándose contra la claridad del cielo. Un rastro de pisadas subía por la ladera arenosa, perdiéndose en la cresta. Más allá de la cima se abría una hondonada con forma de cuenco de unos quince metros de ancho por cinco o seis de profundidad, y cuya forma circular casi perfecta había sido labrada por la acción del viento. Hiram siguió las huellas con sumo cuidado y en absoluto silencio, se tumbó en la cima y miró hacia la hondonada que se abría abajo. Los dos hombres estaban sentados en la arena, cerca del esqueleto de un pino marchito que se erguía, austero y gris, en medio de la arena que lo había sofocado siglos atrás.

XII

Levi se había quitado la chaqueta y el chaleco y estaba abanicándose con el sombrero. Descansaba sentado sobre el saco que habían traído desde el molino. Su compañero estaba frente a él. La luz de la luna le daba de lleno y Hiram descubrió al instante quién era: se trataba del mismo rufián fornido y de aspecto extranjero que, en compañía de otro hombre más bajo, había ido a visitar a Levi al molino tiempo atrás. También se había quitado el sombrero y se estaba limpiando el sudor de la frente con un pañuelo rojo. A su lado descansaba el hatillo de herramientas: dos palas, un trozo de cuerda y una larga y afilada barra de hierro.

Ambos estaban hablando, aunque Hiram no podía entender sus palabras ya que hablaban la misma lengua extraña de la primera reunión. Pero veía a su hermanastro señalar con el dedo en dirección al árbol marchito o a la ladera blanca que subía por la otra parte de la hondonada.

Por fin, después de descansar, dieron por terminada la conversación y Levi avanzó hacia el pino marchito seguido de cerca por el otro. Nada más llegar se puso a mirar alrededor, como si buscara algún tipo de señal; luego, tras descubrir lo que estaba buscando, sacó del bolsillo una cinta métrica y una gran brújula de latón. Dio a su compañero uno de los extremos de la cinta y sujetó el otro justo encima de un sitio en concreto del árbol. De vez en cuando daba instrucciones a su compañero mientras miraba su brújula. Por fin le ordenó que se detuviera y el hombre sacó del bolsillo una estaca de madera y la clavó sobre la arena. Tomando la estaca como punto de

referencia volvieron a hacer distintas medidas con la brújula y clavaron otra estaca más. Repitieron la operación una tercera vez y, por fin, parecieron dar con el lugar que buscaban.

Levi dibujó una cruz en la arena con el tacón de la bota.

El otro le entregó la barra de hierro que estaba debajo de las palas y se quedó mirando cómo Levi la introducía una y otra vez profundamente en la arena, como si buscara alguna cosa que estuviera enterrada. Transcurrió algún tiempo antes de que encontrase lo que estaba buscando, pero al fin la punta de hierro tropezó con un objeto duro, produciendo un chasquido seco. Volvió a introducir la barra unas cuantas veces más para asegurarse de que en verdad era lo que estaban buscando y, tras dejar la barra clavada, Levi empezó a cavar en la arena con las manos.

—Trae las palas, Pedro —dijo, hablando en inglés por primera vez.

Los dos hombres se dedicaron a cavar con ahínco durante un buen rato. El objeto que buscaban estaba enterrado a unos dos metros de profundidad y el trabajo era pesado y laborioso, ya que la arena volvía a resbalar al interior del agujero. Pero por fin el borde de una de las palas chocó contra algo más duro y Levi dejó de cavar y empezó a apartar la arena con ambas manos.

El otro salió del agujero que habían excavado y arrojó la cuerda a Levi. Éste la ató rápidamente al objeto que estaba en el hoyo y subió a reunirse con su compañero. Ambos tiraron trabajosamente, sacando un pesado cofre con cierres metálicos de casi un metro de largo por treinta centímetros de ancho y profundo.

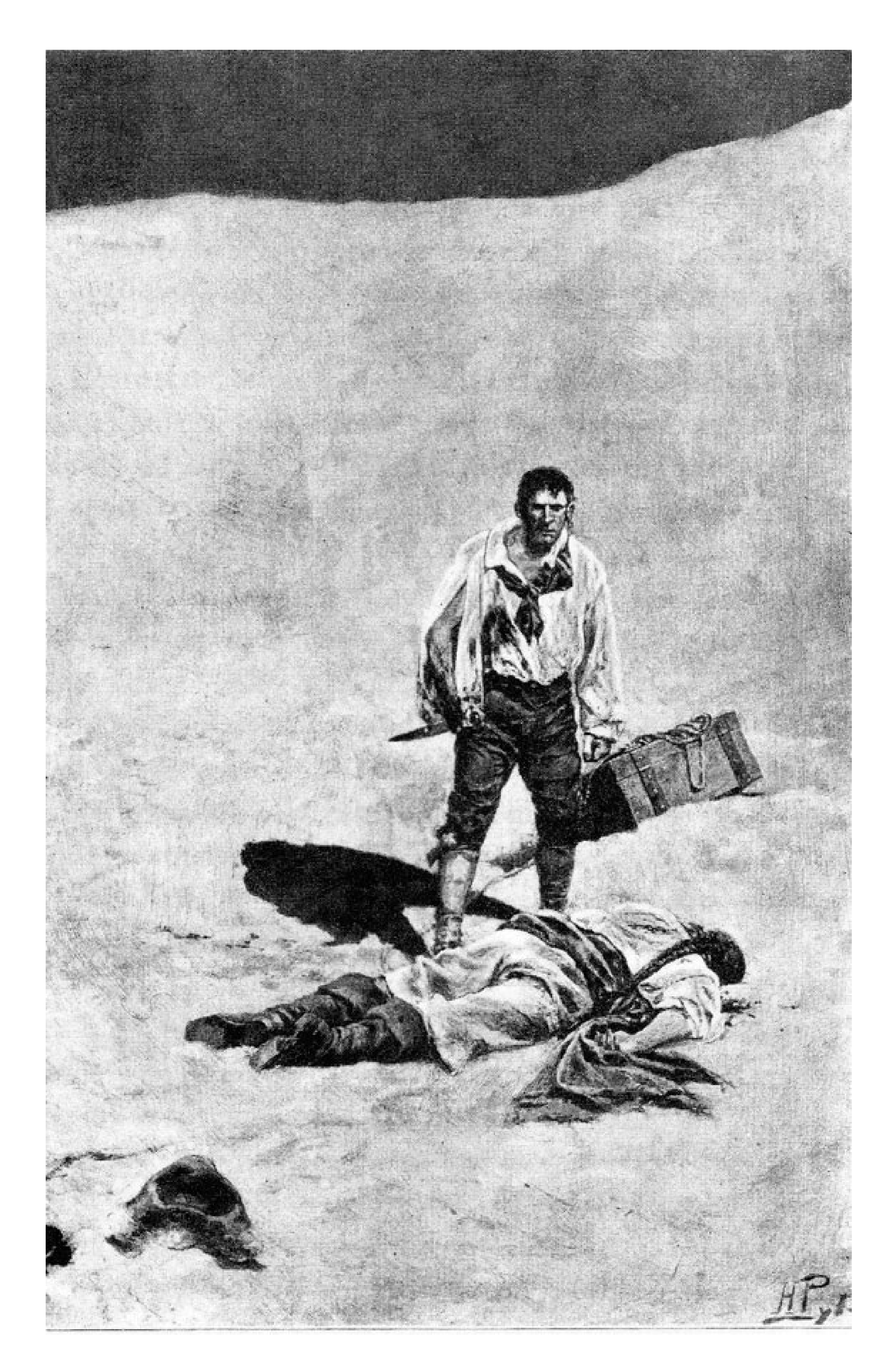
El compañero de Levi desató la cuerda y la dejó encima de la tapa del cofre.

A continuación sucedió algo terrible, inadvertido y repentino. Levi dio un paso hacia atrás y miró de reojo y con rapidez a uno y otro lado. Se llevó la mano a la espalda y, acto seguido, Hiram vio un largo y afilado cuchillo que brillaba a la luz de la luna. Levi lo sujetaba en una mano. Luego, mientras el otro se erguía después de dejar la cuerda, comenzó a asestar un golpe tras otro a su antiguo compañero. Hiram veía cómo la afilada hoja del cuchillo se hundía en el cuerpo del hombre, y pudo oír el ruido sordo del metal al chocar contra las costillas, una y otra vez, una y otra vez. El sujeto fornido de barba negra dio un grito terrible y agudo, y trastabilló hacia delante. Luego, tras dar otro grito, en un último y desesperado esfuerzo, agarró a Levi por el brazo y el cuello. Acto seguido reinó un silencio absoluto y terrorífico. No se oía nada excepto una respiración entrecortada y el roce de unas botas sobre la arena que empezaba a teñirse de rojo alrededor del cuerpo caído. Pero tan sólo duró unos segundos. Levi se zafó del brazo que lo sujetaba y que le había desgarrado la manga de la camisa desde la muñeca al hombro. Volvió a acuchillar a su compañero una y otra vez hasta que la hoja se cubrió por completo de sangre y ya no brillaba bajo los rayos de la luna…

Todo terminó de repente. El compañero de Levi dejó de agitarse y quedó tendido en la arena como un trapo viejo. Estuvo un rato totalmente quieto e inerte, luego un último espasmo recorrió su cuerpo y se quedó tumbado en silencio, con el rostro

medio enterrado en la arena.

Levi, aún con el cuchillo fuertemente apretado en la mano, permaneció de pie delante de su víctima, mirando el cuerpo caído. Tenía la camisa, la mano y el brazo herido cubiertos de sangre. La luz de la luna brillaba sobre su rostro, el rostro de un demonio salido del infierno.



Al fin tuvo un escalofrío y se limpió la mano, el brazo y el cuchillo en las ropas del hombre muerto. Volvió a guardarse el arma en el cinturón, sacó una llave del bolsillo y abrió el cofre. Bajo el resplandor de la luna, Hiram pudo ver que estaba lleno de papeles y pequeños sacos de cuero, aparentemente llenos de dinero.

Hiram había contemplado, sin mover un solo músculo, la lucha y su terrible final, mirando desde la cresta de la duna, con una fascinación espantosa, la escena de muerte que se había desarrollado en la hondonada. Ahora se levantó. Pequeños regueros de arena comenzaron a deslizarse hacia abajo mientras lo hacía, pero Levi estaba tan absorto en el contenido del cofre que no se dio cuenta al instante.

El rostro de Hiram estaba horriblemente pálido y macilento. Durante un rato abrió los labios como intentando decir algo, pero las palabras no llegaron a su boca. De forma que se quedó en silencio, erguido como una estatua; luego, de repente, sus ojos se posaron en el saco que Levi había traído del molino para transportar, seguramente, el tesoro del cofre y que aún yacía tirado sobre la arena. En esos momentos, como si algo hubiera estallado en su cerebro, le cambió la expresión del rostro, apretó los labios con fuerza, como si temiera que algún sonido involuntario escapara por ellos, y la indecisión desapareció de sus ojos.

Con sumo cuidado y cautela, Hiram descendió por la ladera arenosa de la duna. Avanzó con un silencio mortal, ya que los pies no hacían ruido al hundirse en la blanda superficie. Paso a paso descendió hasta el lugar donde estaba tirado el saco y lo cogió con cuidado. Levi, inclinado sobre el cofre y absorto en la lectura de los papeles que había dentro, se encontraba a poco más de un metro. Hiram levantó el saco con las manos. Seguramente hizo algún ruido pues de repente Levi volvió la cabeza. Pero ya era demasiado tarde. Al momento siguiente el saco le cubría la cabeza, los hombros, brazos y parte del cuerpo.

Hubo un forcejeo tan desesperado, feroz y corto como el que se había producido unos momentos antes. Levi, a pesar de ser un hombre fuerte y vigoroso, y de luchar desesperadamente por su vida, no tenía ninguna posibilidad de vencer a su corpulento hermanastro. De cualquier manera la lucha acabó pronto, ya que Levi tropezó con el cuerpo de su camarada muerto y cayó sobre la arena, con Hiram encima de él. A lo mejor se quedó conmocionado por el golpe o a lo mejor se dio cuenta de que era inútil forcejear, pero lo cierto es que se quedó quieto mientras Hiram, arrodillado a su lado, cogía la cuerda que había sobre el cofre y comenzaba a anudarla alrededor del saco y de la víctima apresada dentro, dando una y otra vuelta y apretando con fuerza los nudos. Levi habló una sola vez.

—Si me dejas ir —dijo una voz sofocada dentro del saco—, te daré quinientas libras del cofre del tesoro.

Hiram no contestó nada, sino que siguió apretando con fuerza los nudos de la cuerda.

XIII

La balandra de guerra *Scorpion* había permanecido en el puerto de Lewes durante todo aquel invierno y la primavera, ante la posibilidad remota de que volvieran a

aparecer los piratas. A las ocho en punto de la mañana el lugarteniente Maynard estaba sentado en la oficina del hacendado Hall, abanicándose con el sombrero y charlando despreocupadamente. De pronto se oyó el sonido distante y sordo de una gran multitud que se acercaba poco a poco. El terrateniente y su visitante se precipitaron a la puerta. La muchedumbre subía por la calle gritando y dándose empujones, ocupando la acera y la calzada. La gente se asomaba a las puertas y ventanas para ver lo que sucedía. Fueron acercándose cada vez más hasta que pudieron darse cuenta de que la muchedumbre rodeaba a una persona, a la cual acompañaban. Se trataba de Hiram White, que iba sin chaqueta ni sombrero, con el sudor chorreándole por el rostro, pero tan silencioso y estoico como siempre. Llevaba un saco sobre los hombros, atado con varias vueltas de cuerda. Pero hasta que la muchedumbre y el hombre no llegaron más cerca de Hall y del lugarteniente, éstos no pudieron ver que un par de piernas embutidas en unas botas grises sobresalían del interior del saco. Hiram llevaba a alguien sobre los hombros.

Había cargado con el bulto durante casi toda la mañana y recorrido una distancia de ocho kilómetros sin ningún tipo de ayuda y sin apenas pararse a descansar.

Llegó directamente a la oficina del terrateniente, aún rodeado por la multitud, y subió los escalones de la entrada. Arrojó el saco al suelo sin decir una sola palabra y se limpió el sudor de la frente.

El terrateniente se quedó con las manos en la mesa, mirando primero a Hiram y luego al extraño bulto que había traído consigo. Un silencio repentino se hizo sobre la multitud.

—¿Qué es eso, Hiram? —preguntó el terrateniente Hall.

Hiram habló por vez primera, recalcando sus palabras.

—Es un asesino sangriento —dijo, señalando con el dedo tembloroso a la figura que yacía inmóvil.

—¡Que venga alguien! —exclamó el terrateniente—. ¡Vamos! ¡Desatad a este hombre! Veremos quién es.

Una docena de hombres desataron los nudos con rapidez y descubrieron a la persona que estaba prisionera dentro del saco.

Tenía la cara, los párpados, los cabellos y las ropas cubiertas de harina, pero, a pesar de toda su inocente blancura, podían verse grandes manchas oscuras de sangre en su brazo, cabeza y camisa. Levi se irguió y miró con el ceño fruncido a la multitud de rostros que le observaban llenos de asombro.

—¡Pero si es Levi West! —exclamó el terrateniente.

De repente, el lugarteniente Maynard avanzó unos pasos hasta colocarse entre la multitud y el prisionero. Le cogió del pelo y observó detenidamente a Levi, echándole la cabeza hacia atrás.

—¡Levi West! —dijo en voz alta—. ¿Éste es el Levi West del que me habéis hablado? ¡Mire esta cicatriz y la marca de la mejilla! *Este hombre es el mismísimo Pielazul*.

XIV

En el cofre que Pielazul había sacado de la arena no sólo se encontraron las facturas del joyero robadas del barco correo, sino también muchos otros objetos de valor sustraídos a los oficiales y pasajeros del desafortunado navío.

Los agentes de Nueva York ofrecieron a Hiram una suculenta recompensa por sus esfuerzos para recuperar las facturas perdidas, pero Hiram la rechazó.

—Lo único que quiero —dijo, con la misma parsimonia de siempre— es que la gente sepa que soy una persona honrada.

Sin embargo, a pesar de no aceptar lo que le habían ofrecido los agentes del barco correo, el destino hizo que le correspondiera una suculenta recompensa por la captura de Pielazul. El pirata fue llevado a Inglaterra a bordo del *Scorpion*. Pero jamás llegó a tener un juicio. Mientras estaba en Newgate, él mismo se suicidó ahorcándose en la ventana de la celda con sus propias medias. A principios de ese otoño se supo en Lewes del trágico fin de Levi West y el terrateniente Hall tomó inmediatamente medidas para que las quinientas libras legadas por el padre de Hiram pasaran directamente a su hijo legítimo.

Hiram se casó en noviembre con la antigua esposa del pirata.



16. «Allá abajo fue el capitán Goldsack,
arratrándose, arrastrándose, arrastrándose,
buscando su tesoro en las profundidades»



EL CAPITÁN SCARFIELD

Prólogo

El autor de este relato no puede recordar si ha leído, en alguna historia de los más famosos piratas, una descripción detallada y completa sobre la vida y la muerte del capitán John Scarfield. Sin duda, ciertos datos sobre su muerte y la destrucción de su goleta pueden ser tomados de los informes del lugarteniente Mainwaring que ahora están guardados en los archivos del Departamento Naval, pero aparte de estos breves e incompletos apuntes el autor no sabe nada del mencionado sujeto excepto lo publicado en un pequeño capítulo del libro de historia de Isaiah Thomas, editado en Newburyport entre 1821-22, y titulado «La verdadera historia de la vida y muerte del capitán Jack Scarfield». La ausencia de datos sobre uno de los más notables en su profesión es un lastre que este relato pretende cubrir, y, si el autor de dicha narrativa ha decidido escribir la historia de manera novelada, ha sido con la única intención de que ésta se haga más grata de leer a todos aquellos que decidan seguirla desde el inicio hasta el final.

Capítulo VII

EL CAPITÁN SCARFIELD

I



leazer Cooper, o capitán Cooper, como mejor era conocido en Filadelfia, fue un miembro eminente de la Sociedad de Amigos[23]. Era un alto cargo de la orden y, ocasionalmente, un gran orador en circunstancias especiales. Cuando regresaba al hogar, después de llevar a cabo alguno de sus muchos viajes, nunca faltaba a las reuniones del Primer y Quinto Día, y era considerado por todos sus vecinos como un modelo de integridad en los negocios y hombre de gran responsabilidad en su vida personal.

También es necesario contar que el capitán Cooper era uno de esos marineros mercantes que llevaban sus mercancías a bordo de sus propias embarcaciones, que ellos mismos comandaban, y que también tenían muelles propios para la carga. Su navío era una goleta ligera y bastante larga llamada *Eliza Cooper*, de Filadelfia, en honor a su esposa. Las rutas que solía navegar atravesaban las Indias Occidentales, llevando cargas de harina y melaza de maíz desde los molinos del Brandywine, en Willmington, Delaware.

Durante la guerra de 1812 había ganado, como era bien conocido, una considerable fortuna con el negocio, ya que la harina y la melaza de maíz alcanzaron unos precios desorbitados en las Indias españolas, francesas, holandesa y danesas debido al bloqueo marítimo decretado por Inglaterra.

Atravesar este bloqueo era una de las aventuras más difíciles que uno pueda imaginarse, pero el capitán Cooper lo había conseguido en repetidas ocasiones, consiguiendo vender sus mercancías con tal provecho que, para cuando acabó la guerra, se había convertido en uno de los comerciantes más prósperos de su ciudad nativa.

De todos era sabido que su saldo en el Mechanics' Bank era superior al de cualquier otro individuo y que, en una ocasión, había llegado a ingresar un cofre lleno de monedas de plata extranjeras, cuyo valor total, al cambio en divisa americana, alcanzó más de cuarenta y dos mil dólares; una suma prodigiosa de dinero para aquellos días.

El capitán Cooper era un sujeto alto y anguloso. Su rostro era flaco y serio, y

siempre mostraba una expresión resuelta y sobria. Tenía unos modales secos y algo taciturnos, y su conducta ante la vida estaba siempre guiada por los credos de sus tendencias religiosas.

Vivía en una antigua casa situada en Front Street, debajo de Spruce; una elegante y tranquila casa propia de un acomodado marino mercante. Detrás de la casa una pradera de hierba descendía suavemente hasta el río. Al sur estaban los muelles y almacenes; al norte había un huerto y un cenador rodeado de abundante vegetación. Dos enormes castaños daban sombra al porche y a la pequeña pradera de hierba, y cuando alguien se sentaba bajo su sombra se podía ver, entre dos setos de matorrales, el río brillante que discurría hacia las playas de Jersey.

En el tiempo en el que se desarrolla esta historia —hacia el año 1820—, la propiedad se había revalorizado enormemente, pero se trataba del hogar ancestral de los Cooper, y Eleazer Cooper no prestaba atención a tales asuntos. De tal forma, al haber elegido como morada la misma casa en la que habían vivido su padre y su abuelo antes que él, se negaba en redondo a considerar cualquier oferta de compra, aunque le ofrecieran cinco o seis veces más de lo que casa costó en un principio.

Como ya se ha dicho, era un lugar bonito y cómodo, que causaba una impresión de limpieza y orden a todos los que lo visitaban por vez primera; una limpieza que se reflejaba en el brillo de los tiradores de latón de las puertas; en los sillones tapizados en cuero del recibidor, con sus tachuelas de latón brillando cual estrellas; una limpieza que relucía en los suelos de madera claveteada que olían maravillosamente a jabón y agua caliente, dejando una grata sensación al visitante.

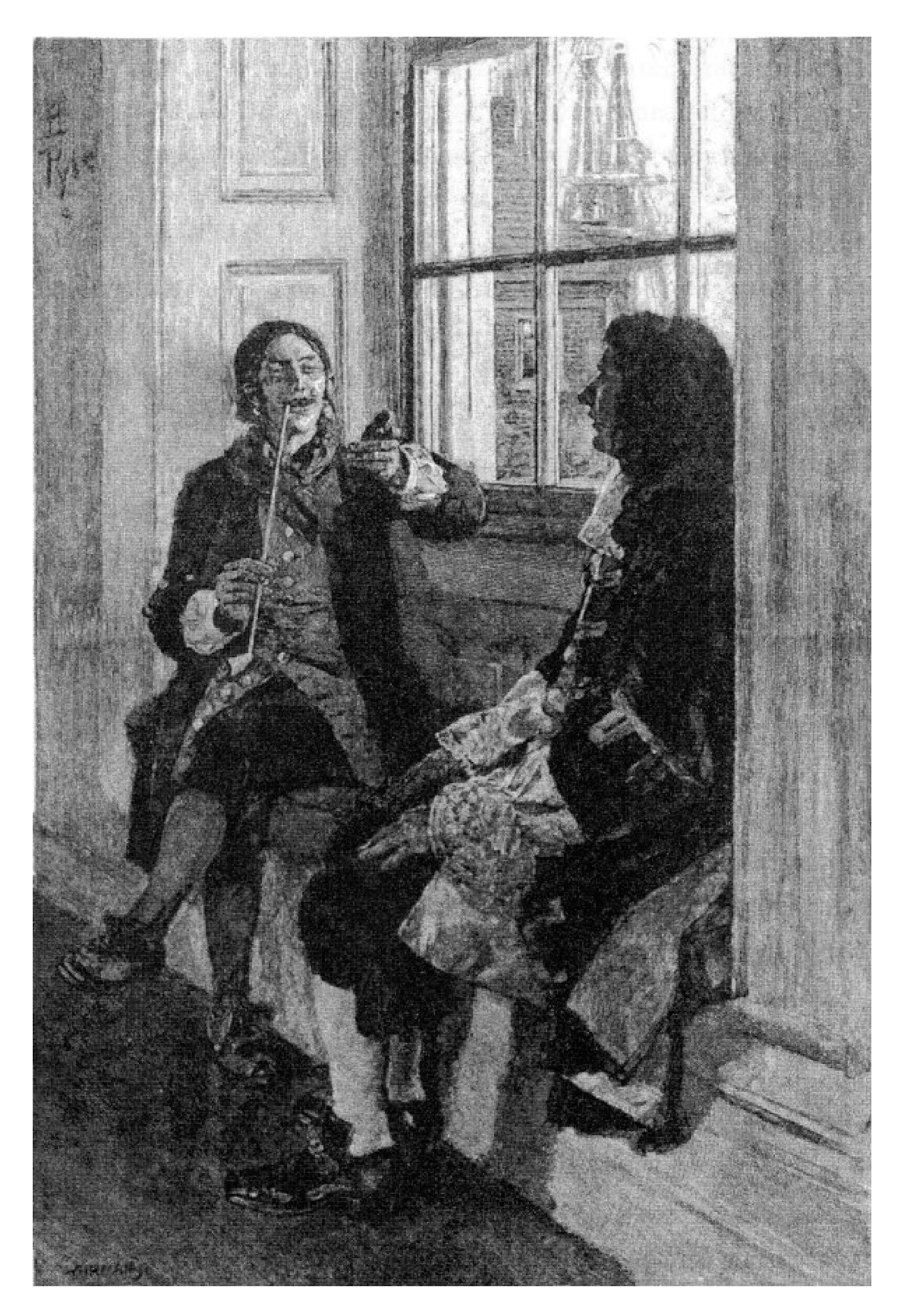
Eleazer Cooper y su esposa no tenían hijos, pero sí a alguien que llenaba de vida y alegría la silenciosa, oscura y enorme mansión. Lucinda Fairbanks, sobrina del capitán Cooper por parte de su hermana única, era una muchacha hermosa y alegre de diecinueve o veinte años a la que toda la comunidad cuáquera de la ciudad adoraba.

Ya sólo nos queda hablar del último, y quizá más importante, personaje de este relato: el lugarteniente Mainwaring. Durante los últimos doce meses había visitado con suma frecuencia la casa del capitán Cooper. Era un sujeto de hombros anchos y mejillas coloradas que andaba por los veintiséis o veintisiete años. También era muy apreciado por sus vecinos, a lo cual se unía que había luchado a bordo del *Constitution* contra el *Guerriere*, y que, además, había sido el primero en prender la mecha de los cañones que rugieron en aquella memorable batalla.

La madre de Mainwaring y Eliza Cooper siempre habían sido amigas íntimas, y las idas y venidas del joven a la casa durante su periodo de permiso se veían como algo absolutamente normal. Por lo menos media docena de veces solía ir de visita, con la excusa de que tenía un recado para las damas, o, si el capitán Cooper estaba presente, para fumar una pipa de tabaco con él o beber un trago de su famoso ron Jamaicano, o echar una simple partida de damas al atardecer. No es de extrañar que las personas de más edad no se dieran cuenta del motivo real de estas visitas; es más, ni tan siquiera sospechaban que ambos jóvenes sentían algo especial el uno con el

otro.

Lo cierto es que Mainwaring y la joven estaban profundamente enamorados. Se trataba de un amor que tenían que guardar en el más absoluto secreto, y no sólo porque Eleazer Cooper fuera un hombre en extremo riguroso —a pesar de que pudiera dar su consentimiento, siendo Mainwaring un hombre íntegro y un militar competente—, sino también porque Lucinda no podía casarse con alguien que no fuera miembro de la Sociedad de Amigos sin que perdiera sus derechos de nacimiento. Ella misma no daba mucha importancia a tal pérdida, pero su temor, o respeto, hacia su tío la obligaba a seguir de cerca los credos que él admiraba. De esta manera siempre se veían en la clandestinidad, pero sus encuentros eran deliciosos. Con el mismo secreto Lucinda, a instancias de su amante, había encargado una miniatura del retrato de Mrs. Gregory y la había engarzado a una cadena de oro que Mainwaring, con gran placer y sentimiento, llevaba colgada del cuello, debajo de la camisa, y muy cerca del corazón.



En el mes de abril de 1820 Mainwaring recibió órdenes de Washington. Durante el otoño anterior los piratas de las Indias Occidentales, especialmente el capitán Jack Scarfield, se habían mostrado muy activos, y se temía que la pérdida del barco correo *Marblehead* (del que no volvió a oírse nada tras salir del puerto de Charleston, en

Carolina del Sur) fuera a causa de sus actividades. Otras dos embarcaciones costeras de Georgia habían sido saqueadas e incendiadas por Scarfield, y el gobernador por fin se había decidido a tomar medidas drásticas contra aquella peste que infestaba las aguas de las Indias Occidentales.

A Mainwaring se le dio el mando del *Yankee*, un bergantín ligero y poderosamente armado, y se le ordenó que navegara hacia las Islas Bahamas y que capturara y destruyera todos los navíos piratas que se encontrara a su paso.

Durante el viaje de Washington a Nueva York, lugar en el que el *Yankee* estaba amarrado a la espera de órdenes, Mainwaring hizo un alto en Filadelfia para despedirse de sus amigos. Llegó a la antigua mansión Cooper. La primavera había comenzado pronto y el tiempo era delicioso, casi tan caluroso como el de un día veraniego. Los manzanos estaban llenos de flores e impregnaban el ambiente con su fragancia. Por todas partes se oía el zumbido de las abejas y el crepúsculo soñoliento era en verdad maravilloso.

Por aquel entonces Eleazer acaba de regresar de un provechoso viaje a Antigua… Mainwaring encontró a toda la familia sentada bajo la sombra ligera de los castaños aún deshojados. El capitán Cooper fumaba en su larga pipa de arcilla mientras leía tranquilamente un ejemplar de la *National Gazette*. Eleazer escuchaba con gran interés lo que le contaba Mainwaring sobre la misión que le habían encomendado. Sabía muchas cosas de los piratas y, dejando a un lado de momento su habitual seriedad, empezó a contar lo que conocía, sobre todo del capitán Scarfield, en el cual parecía tener un interés especial.

Para gran sorpresa de Mainwaring, el viejo cuáquero se empeñó en defensa de los piratas, asegurando que se exageraban enormemente todas las maldades de las que se les acusaban. Dijo que conocía bastante bien a algunos filibusteros y que la mayoría eran pobres, sujetos mal guiados que, indirectamente, habían caído en el mal camino al ser contratados como bucaneros por las autoridades durante la última guerra. Admitía que el capitán Scarfield había llevado a cabo muchas acciones malignas y crueles, pero aseguraba que también había realizado actos buenos y caritativos. El mundo no se había dado cuenta de estos últimos pero, en cambio, sí había condenado con saña sus piraterías. Reconocía que era cierto que el pirata hubiera permitido a su tripulación disponer de la vida de la esposa y la hija del capitán del *Northern Rose*, pero que, sin embargo, ninguno de sus acusadores mencionaba que había arriesgado su propia vida y la de toda su tripulación para socorrer a la goleta *Halifax*, que había sido encontrada a la deriva con todos los tripulantes enfermos de fiebre amarilla. Nadie se había parado a relatar cómo él y su tripulación navegaron en aquel barco infestado hasta dejarlo en las aguas del puerto de Kingston. Eleazer confesó que no podía negar tampoco que Scarfield había atado al patrón del *Baltimore Belle* al palo mayor de su propio barco y que había permitido a su salvaje tripulación (que estaba completamente ebria) que le arrojaran las botellas vacías, a resultas de lo cual el desvalido prisionero murió aquella misma noche. Por esa acción era justamente

condenado pero ¿quién, sin embargo, elogiaba la hazaña que realizó al llevar, a riesgo de su propia vida y delante de las narices de las autoridades, una carga de provisiones que él mismo había capturado en la Bahía de Tampa a la Isla de Bella Vista después del espantoso huracán de 1818? Durante esta peligrosa travesía escapó por un pelo, después de una persecución que duró dos días, de la fragata inglesa *Ceres*, cuyo capitán, de haberlo capturado, lo habría colgado de inmediato de la verga, a pesar de la misión humanitaria que estaba llevando a cabo.

Eleazer había adoptado el papel de defensor del pirata. Cuanto más hablaba más animado y comunicativo se mostraba. La pipa se le apagó y un tic nervioso apareció en ambas mejillas. Mainwaring permanecía en su silla, asombrado al escuchar cómo el pacífico y severo cuáquero defendía a un pirata tan sanguinario y cruel como el capitán Jack Scarfield. La atmósfera cálida e inocente, la vieja casa de ladrillos que se erguía a sus espaldas, el olor de las flores de los manzanos y el monótono zumbido de las abejas daban un aire aún más incongruente a toda esta situación. Y el viejo cuáquero siguió hablando casi sin interrumpirse hasta que el sol comenzó a declinar por el oeste y el día tocó a su fin.

Aquel anochecer Mainwaring se quedó a tomar el té y cuando se despidió de Lucinda Fairbanks ya era noche cerrada. La luna llena brillaba con fuerza en el cielo luminoso y un resplandor pálido e irreal envolvía la vieja mansión, las flores de los manzanos, la pradera herbosa y el río que discurría más allá. Rogó a su amada que le permitiera poner en conocimiento de su tío el amor que le profesaba y si el viejo lo aprobaba, pero ella no lo hizo. De todas formas fueron muy felices. ¿Quién sabía si su tío iba a prohibirles su relación amorosa? ¿No podía esperar un poco más? A lo mejor todo se arreglaba dentro de un tiempo. Era tan cariñosa, tan amable, tan melosa cuando estaba junto a él que Mainwaring no tuvo valor para insistir. Por otra parte, un sentimiento teñido de melancolía y desesperación le invadía al saber que iba a partir, en un viaje que a lo mejor se prolongaba durante dos años, sin poder declarar abiertamente a todo el mundo quién era su verdadera amada.

Cuando se despidió de las personas adultas lo hizo con un sentimiento de culpa. Aún notaba el roce de la mejilla de la muchacha sobre su hombro, sus caricias suaves y unos labios de terciopelo sobre los suyos. Pero, ¿qué significaban en realidad todas aquellas expresiones en comparación con lo que suponía saber a ciencia cierta que ella le pertenecía cuando estuviera muy lejos, navegando por distantes mares? Y además, se sentía como un cobarde que había eludido cumplir con su obligación.

Pero el amor estaba por encima de todo. La mañana siguiente amaneció cubierta y lluviosa en contraste con el calor del día anterior. En la diligencia viajaba él solo y, en la húmeda soledad impregnada del olor a cuero de los asientos, sacó de debajo de la camisa la pequeña cadena con el retrato oval y miró fijamente, con ternura y amor, el rostro inocente, los ojos azules, los labios rojos y sonrientes que se dibujaban tras la superficie satinada y lisa.

II

Durante la mayor parte de los siguientes cinco meses Mainwaring navegó por las aguas que rodean las Islas Bahamas. Varias veces fue a tierra para acabar con una docena de nidos de piratas. Destruyó no menos de quince embarcaciones corsarias de todos los tamaños, desde grandes botes balleneros hasta goletas de trescientas toneladas. El nombre *Yankee* se convirtió en el terror de cualquier lobo de mar de los trópicos occidentales, y las aguas de las Islas Bahamas quedaron limpias de los sangrientos ladrones que las habían infestado.

Pero la presa que más codiciaba, el capitán Jack Scarfield, parecía evitarle como una sombra y escurrirse entre sus dedos como por arte de magia. Al menos dos veces tuvo noticias del famoso filibustero, las dos por los terribles destrozos que había causado a la presa capturada. El primer contacto fueron los restos de un barco que aún humeaba navegando a la deriva en el gran canal de la Bahamas. Se trataba del *Water Witch*[24], de Salem, aunque no conoció su trágica historia hasta que, dos semanas más tarde, encontró a una parte de su tripulación en Puerto María, en la costa norte de Jamaica. Desde luego, era un relato espantoso. Los náufragos le contaron que ellos habían sido los únicos sobrevivientes de toda la tripulación y que el capitán Scarfield les había dicho que, si se encontraban con él, le comunicaran que pensaba quemar todo barco que apresara.

Tres semanas después rescató los restos de la tripulación del *Baltimore Belle*, que estaba en un estado lastimoso, quienes le relataron que ocho marineros habían sido atados de pies y manos, por orden del pirata, y después fueron arrojados por la borda. De nuevo el capitán Scarfield había dejado un mensaje para el comandante del *Yankee*: que pensaba condimentar a su gusto todo lo que se encontrara por delante.

Mainwaring tenía un temperamento furioso y sanguíneo. Juró, con gran vehemencia, que uno de los dos, o John Scarfield o él mismo, sobraba en este mundo.

Poco sospechaba que pronto se iba a cumplir su furiosa profecía.

Por aquel entonces la Isla de San José, una de las más meridionales del grupo de las Bahamas, era una de las principales guaridas de los piratas. Allí, antes de que llegara el *Yankee*, solían carenar y limpiar sus embarcaciones, recoger provisiones, pólvora y ron, y preparar nuevos ataques contra los pacíficos barcos comerciales que navegaban cerca de las islas o a través de los pasos estrechos del Canal de las Bahamas.

Mainwaring se había dejado caer varias veces por ese nido de filibusteros. Consiguió hacer dos capturas notables y esperaba que allí apresaría al fin al propio capitán Scarfield.



17. El bucanero es un tipo pintoresco

Es aconsejable hacer una pequeña descripción de este importante núcleo de filibusteros. Se trataba de un pequeño asentamiento de casas bajas y chatas, construidas a base de juncos mezclados con barro, muy comunes en las Indias Occidentales. Tan sólo había tres casas de cierta envergadura hechas de madera. Una

era un almacén, otra un local en el que se servía ron y la tercera el hogar de una mulata que se suponía era la amante del capitán Scarfield. Casi toda la población era negra y mestiza. Uno o dos judíos y media docena de comerciantes yanquis, de dudosa reputación, componían la población blanca. El resto era una mezcla de negros, mulatos, medio españoles y gran cantidad de mujeres y niños negros o amarillos. El asentamiento se levantaba en una caleta de la playa que formaba un pequeño puerto natural y permitía fondear a las pequeñas embarcaciones, excepto cuando soplaban los vientos huracanados del sureste. Las casetas solían estar rodeadas de cocoteros y plataneras, y una extensa curva de arena blanca se abría de cara al Atlántico, lamida por sus aguas de color esmeralda.

Ésta es una breve descripción del famoso asentamiento de piratas de la Isla de San José —un paraíso natural y, al mismo tiempo, un nido de depravación y maldad —, y allí fue Mainwaring pocos días después de que rescatara a la tripulación del destrozado y medio hundido *Baltimore Belle*.

En cuanto estuvo a la vista la pequeña bahía con su hilera de cocoteros y las pequeñas chozas de barro y paja, Mainwaring descubrió un navío que estaba anclado cerca del puerto. Se trataba de una goleta de tres palos, de doscientas cincuenta o trescientas toneladas. El *Yankee* se puso de costado y echó el ancla de manera que sus cañones pudieran abrir fuego de inmediato contra la extraña embarcación. Mainwaring miró por su catalejo con la intención de leer el nombre del barco que estaba tallado debajo de la balconada de popa. Es imposible descubrir su enorme sorpresa cuando, claramente impresas en la lente circular, pudo leer *The Eliza Cooper*, de Filadefia.

No podía creer lo que veía. En verdad, lo último que hubiera esperado en este mundo era descubrir que la irresponsabilidad había caído sobre el señor Eleazer Cooper.

Ordenó que se bajara el bote y él mismo se dirigió hacia la goleta. Toda duda sobre la identidad del barco desapareció por completo cuando vio con sus propios ojos al capitán Cooper que le aguardaba apoyado en la barandilla. El rostro impasible de su amigo no mostraba ninguna clase de sorpresa o confusión, a pesar de que aquél era un encuentro totalmente inesperado.

Pero cuando subió a la cubierta del *Eliza Cooper* y miró a su alrededor, Mainwaring apenas podía creer el cambio que se había producido en la embarcación. Sobre la cubierta principal había ocho carronadas de doce libras cubiertas con una tela alquitranada y en la proa apuntaba un largo cañón cuidadosamente tapado.

Mainwaring se sentía completamente incapaz de aceptar todo lo que veía y, al mismo tiempo, le parecía que, bajo su manto de indiferencia, Eleazer Cooper estaba casi tan confundido como él mismo.

Cuando el capitán Cooper le invitó a su camarote y ambos se sentaron a fumar una pipa de tabaco, acompañada de la invariable botella de fino ron de Jamaica, Mainwaring no pudo evitar preguntar a su interlocutor el motivo de aquella extraña y

singular transformación.

—Soy hombre de paz, James Mainwaring —dijo Eleazer—, pero hay hombres sedientos de sangre navegando por estas aguas; tal demostración de fuerza puede proteger al inocente del malvado. Si yo aparentara ser el pacífico comerciante que, en realidad, soy, ¿cuánto tiempo crees que tardarían en abordar mi barco?

Mainwaring pensaba que todo aquel poderoso armamento era bastante más que suficiente, si no excesivo, para tener una mera utilidad preventiva. Se quedó fumando un rato sin decir nada y preguntó el otro punto que le había sorprendido, a saber: si sería capaz de entablar batalla con el tal capitán Scarfield en caso de que ambos se encontraran.

El viejo capitán mercante cuáquero se quedó en silencio. Su mirada, pensó Mainwaring, delataba que no estaba seguro de si debía, o no, ser del todo franco.

—Mi querido amigo James —dijo al fin—, conozco a mi tripulación y sé que algunos son hombres rudos. No creo que ellos piensen ni actúen como yo lo haría. Me inclino a pensar que, si algún día me tropiezo con esos granujas, no creo que mis deseos de paz y concordia sean suficientes para aplacar la ira de mis hombres y que no respondan a la violencia con más violencia. En cuanto a mí, tú ya sabes cuáles son mis creencias en tales asuntos.

Mainwaring no hizo ningún comentario a la bastante cuestionable respuesta del cuáquero sobre cómo combatir el mal, pero le preguntó otra cosa:

—Me gustaría saber —dijo— que hace usted aquí y por qué ha venido a un lugar tan miserable y peligroso como éste.

—Claro, sabía que ibas a preguntármelo —dijo el capitán Cooper— y voy a ser completamente franco. Esos hombres sangrientos son, después de todo, seres humanos y, como cualquier otro, necesitan comida. Mi navío lleva una carga de doscientos cincuenta barriles de harina cuyo valor se cotiza aquí más alto que en cualquier otro lugar de las Indias Occidentales. Para ser franco contigo, debo decirte que supuse que podría hacer una gran fortuna vendiendo aquí la mercancía a un importante cliente mío antes de que desaparezca al saber que estás aquí.

Mainwaring se quedó sentado fumando en silencio. Lo que el otro le había dicho explicaba muchas cosas que no entendía. Explicaba por qué el capitán Cooper sacaba el mismo beneficio de su harina ahora, en tiempos de paz, que cuando había guerra y el bloqueo estaba en su máxima extensión. Explicaba también el empeño que había puesto al defender al capitán Scarfield y a los piratas en la conversación que mantuvieron la tarde anterior a su partida. Pero, ¿qué debía hacer? Eleazer había confesado abiertamente que tenía tratos con los piratas. ¿Cuál era su cometido en estos casos? ¿Era la carga del *Eliza Cooper* contrabando y, por tanto, tenía que ser requisada? Y una pregunta más que rondaba su mente: ¿Quién era ese misterioso cliente que había desaparecido cuando él llegó?

Antes de que Mainwaring pudiera poner en palabras lo que estaba pensando el otro empezó a hablar del asunto.

—Sé —dijo— que de un momento a otro me preguntarás quién es ese cliente del que acabo de hablarte. No pienso ocultártelo. Se trata del hombre conocido como capitán Jack, o capitán John Scarfield.

El patrón cuáquero volvió a cargar con cuidado su pipa, que ya había terminado.

—Supongo —dijo— que será tan sólo cuestión de unas horas el que las noticias de tu presencia lleguen a tierra. El granuja desaparecerá de inmediato.

Eleazer encendió la cazoleta y comenzó a dar profundas chupadas, echando grandes nubes de humo por la boca.

—Quiero que entiendas, James Mainwaring —resumió—, que no soy amigo de ese rufián pecador. Su seguridad no me importa. Es tan sólo un asunto de negocios; él compra y yo vendo. Si te parece bien, prometo traerte todas las noticias que puedan revelar el paradero de esa bestia maligna. También creo que vas a recibir noticias suyas, directa o indirectamente, en el plazo de no más de un día. Si es así, tendrás que apañártelas como puedas, sin esperar ninguna ayuda por mi parte, ya que yo no soy un hombre guerrero ni sangriento, ni pienso tomar partido por ningún bando.

A Mainwaring le dio la sensación de que aquellas palabras ocultaban un doble sentido no del todo claro aún. Todo aquello le parecía tan ambiguo que, cuando estuvo de regreso en el *Yankee*, se lo confesó a su segundo, el lugarteniente Underwood. Cuando se hizo de noche dobló la guardia y se preparó concienzudamente para repeler cualquier ataque que pudiera producirse.

III

La noche cae en los trópicos con una rapidez sorprendente. Un momento antes la tierra parece brillar resplandeciente de sol, y al siguiente todo está envuelto en las más absolutas tinieblas. La noche en particular en la que se desarrolla esta historia no era del todo clara; se acercaba la estación de las lluvias y las cálidas nubes tropicales oscurecían el cielo nocturno, de forma que la oscuridad cayó aún más deprisa de lo normal. Las tinieblas eran muy densas. De vez en cuando se veía alguna estrella brillando entre la bruma pero la noche era extrañamente silenciosa y la oscuridad parecía de terciopelo.

Mainwaring había ordenado que se encendieran linternas y se colgaran de los arbotantes; la luz amarillenta rasgaba las tinieblas iluminando la cubierta y reluciendo en los aparejos metálicos, haciendo que los cañones parecieran desproporcionadamente grandes.

Por algún motivo Mainwaring se sentía inquieto. Caminaba de un lado a otro de la cubierta hasta que, aún lleno de ansiedad, decidió bajar a su camarote para escribir el diario de a bordo. Desenvainó el sable y lo dejó sobre la mesa, encendió la pipa en la vela y estaba a punto de quitarse la chaqueta cuando se le comunicó que el capitán de la goleta se acercaba y que tenía importantes noticias para él.

Mainwaring supuso que lo que quería contarle el comerciante tenía que ver con el capitán Scarfield y, casi de inmediato, a la vista de alguna noticia importante, todo su cansancio desapareció como por arte de magia. Ordenó que se hiciera pasar al capitán Cooper a su camarote en cuanto llegara, y, al rato, la figura alta y angulosa del cuáquero apareció en el estrecho y mal iluminado cubículo.

Mainwaring se dio cuenta en seguida de que su visitante parecía alterado y nervioso. Se había quitado el sombrero y pudo ver que su frente estaba perlada de gotitas de sudor. No contestó al saludo de Mainwaring, ni tan siquiera pareció escucharle, sino que se sentó directamente al lado de la mesa con una mano encima del diario de a bordo en el que el lugarteniente acaba de haber estado escribiendo. Mainwaring se sentó enfrente mientras la alta figura del patrón se quedó mirándolo como si lo hiciera desde una gran distancia.

—James Mainwaring —dijo—, prometí darte cualquier noticia que supiera del pirata. ¿Estás listo para escucharlas?

Había algo tan extraño en su aspecto que Mainwaring comenzó a contagiarse de su nerviosismo.

—¡No sé qué quiere decir, señor —gritó—, al preguntarme si quiero oír esas noticias! En estos momentos no hay nada que desee más en este mundo.

—¿De verdad? —gritó el otro, aún más agitado—. ¿Tanto deseas encontrarle? Muy bien, muy bien. Supón que puedo hacer que os veáis cara a cara, ¿eh? ¡Cara a cara con él, con el capitán Scarfield!

Mainwaring pensó de inmediato que el pirata había vuelto a la isla, y que quizá, en ese mismo momento, estaba al alcance de la mano.

—No le entiendo, señor —gritó—. ¿Quiere decir que sabe dónde se encuentra ese villano? Si es así, no pierda tiempo en decírmelo, pues cualquier retraso puede ayudarle a escapar de nuevo.

—¡No, eso no pasará! —exclamó el otro con vehemencia—. ¡Eso no pasará! ¡Te diré dónde se encuentra y te lo presentaré de inmediato!

Mientras hablaba golpeó con el puño el diario de navegación. Sus ojos parecían verdosos bajo la luz de la vela y, en su excitación, las gotas de sudor que perlaban su frente le caían ahora a chorretones por el rostro. Una gota colgaba de su nariz como si fuera una perla. Se acercó a Mainwaring y se inclinó sobre él; había algo tan extraño y siniestro en su mirada que el lugarteniente se echó instintivamente hacia atrás.

—El capitán Scarfield le ha mandado algo —dijo Eleazer, con voz ronca—, algo que, sin duda, le va a sorprender.

El cambio en su forma de tratarle, el haber pasado del «tú» al «usted» tan de repente, causó al lugarteniente Mainwaring una extraña impresión.

Mientras hablaba, Eleazer rebuscaba algo en uno de los profundos bolsillos de su casaca, hasta que sacó un objeto que brillaba a la luz de la vela.

Acto seguido Mainwaring vio el cañón de una pistola que le apuntaba directamente a la cara.

Se produjo un silencio mortal y luego las palabras de Eleazer:
—¡Yo soy el hombre que busca! —dijo con voz tensa y entrecortada.
Todo había sido tan rápido e inesperado que Mainwaring se quedó petrificado. Si un rayo hubiera caído a sus pies en ese mismo momento su sorpresa no habría sido mayor. Le parecía estar en medio de una horrible pesadilla y contemplaba aquel rostro tan conocido como a través de una niebla irreal que lo había transformado en un ser diabólico. Aquella cara, ahora terriblemente pálida, tenía una sonrisa demoníaca. Los dientes brillaban a la luz de la vela. Las cejas, levantadas en una mueca tensa, ocultaban dos orificios negros en los que ardían unos ojos verdosos y fieros como los de un animal salvaje. Volvió a hablar con la misma voz entrecortada.
—¡Yo soy John Scarfield! ¡Mírerne, si quiere ver a un verdadero pirata!
De nuevo se hizo el silencio y Mainwaring puedo escuchar el ruido que hacía la guardia al marchar sobre la cubierta. Acto seguido el pirata volvió a hablar.
—¿Quería echarme de la Indias Occidentales, verdad? ¡Maldito sea! ¿Qué va a hacer ahora? Le he atrapado en su propia trampa y se lo voy a hacer pagar caro antes de que salga de esta. ¡Diga una palabra más alta que otra, haga un solo movimiento extraño, y le volaré la tapa de los sesos! Escuche lo que voy a decirle o dese por muerto. Ordene de inmediato que mi oficial y el contramaestre entren en el camarote, y hágalo con rapidez, pues tengo el dedo en el gatillo y me basta con apretar un poco para cerrarle la boca para siempre.
Cuando, más adelante, Mainwaring recordaba lo sucedido nunca dejaba de asombrarse de lo rápido que recuperó la compostura tras el primer impacto. Incluso mientras el otro estaba hablando, su cerebro comenzó a funcionar con increíble claridad; contemplaba todas las posibilidades con una vivacidad que jamás había experimentado antes. Sabía que si intentaba escapar o dar un grito de alarma sería hombre muerto, ya que el cañón de la pistola le apuntaba directamente a la cabeza. Si podía desviar el punto de mira durante un breve instante, aún tendría una pequeña posibilidad de escapar con vida. Inmediatamente puso en práctica su plan. Tenía que conseguir que el otro desviara su atención y, de repente, se puso a gritar con todas sus fuerzas:
—¡Dele, contramaestre, dele! ¡Rápido!
Cogido por sorpresa, y pensando, sin duda, que otro enemigo se le aproximaba por la espalda, el pirata se echó a un lado con la pistola lista para repeler el ataque. Pero en cuanto vio que todo había sido una trampa se dio la vuelta al instante. Este movimiento de ida y vuelta apenas había durado unos segundos, pero gracias a su ardid el lugarteniente Mainwaring salvó su pellejo. Justo en el momento en el que el pirata se daba la vuelta, Mainwaring saltó sobre él. Se produjo un estampido al ser disparada la pistola que resonó fuertemente en su cabeza. Durante unos segundos pensó que la bala le había alcanzado, pero en seguida se dio cuenta de que no había sido así. Con la energía de la desesperación saltó sobre su enemigo y le empujó contra una esquina de la mesa. El pirata lanzó un gruñido ronco y ambos cayeron al

suelo, Mainwaring encima del otro mientras la pistola chocaba contra el suelo. Incluso mientras caía Mainwaring gritó con voz de trueno:

—¡Todo el mundo a cubierta! ¡Nos abordan! ¡Todo el mundo a cubierta!

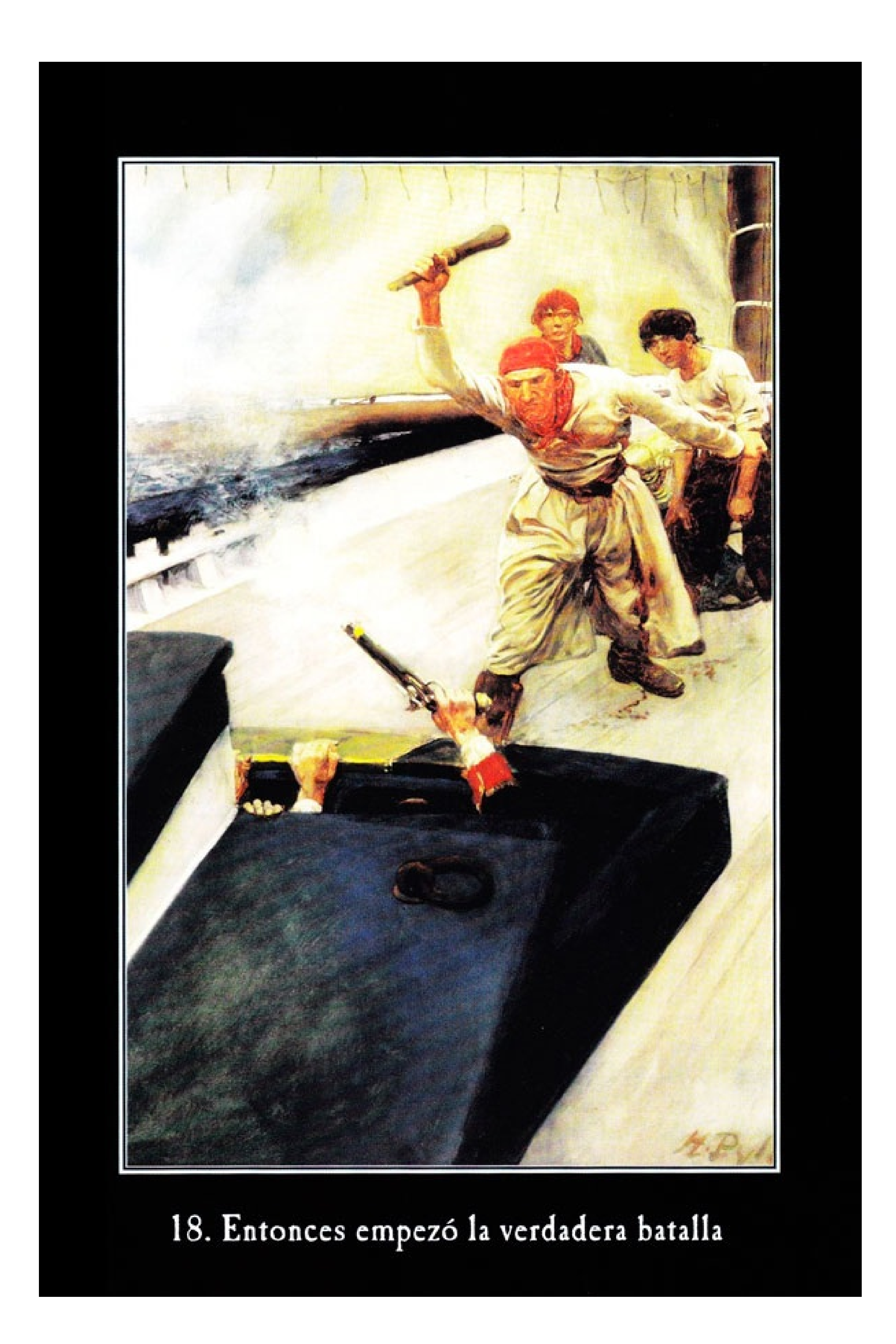
A pesar de estar dolorido por el golpe contra la esquina de la mesa, el pirata se debatía como si estuviera poseído por el diablo. Mainwaring pudo ver el destello de un largo y afilado cuchillo que su enemigo había sacado de algún sitio. El lugarteniente consiguió sujetarle por la muñeca, pero los músculos del otro parecían estar hechos de acero. Ambos lucharon con desesperación y en silencio, el uno intentando llevar a cabo sus instintos asesinos, el otro luchando por su vida. Varias veces Mainwaring sintió muy cerca de su cuerpo el filo del cuchillo, en los hombros, en el pecho, cerca de la garganta. Sintió que un reguero de sangre caliente le corría por el brazo y miró a su alrededor con desesperación. La pistola estaba cerca, sobre el entarimado de la cabina. Mainwaring siguió sujetando con una mano la muñeca del otro mientras que con la otra cogió la pistola descargada y empezó a golpear a su enemigo en la frente. Golpeó con todas sus fuerzas hasta que, por fin, sintió que los músculos de su enemigo se relajaban y que había conseguido vencerle.

Mientras luchaba había sido perfectamente consciente de los gritos y voces que se producían en cubierta. Había oído carreras, pasos y el percutir de las armas, con lo cual sabía que los piratas estaban asaltando su barco. Sintió que la lucha y el tumulto que venía de fuera poco a poco iba desapareciendo hasta que todo quedó en silencio. Se levantó, cogió el sable, que aún estaba sobre la mesa, y salió precipitadamente, dejando atrás el cuerpo caído sobre un charco de sangre.

Había sido una suerte que aquella noche doblara la guardia y se preparara para un posible ataque de los piratas, de otra manera el *Yankee* habría sido tomado. Sin embargo, el asalto había sido tan inesperado que, durante un tiempo, los piratas, que habían venido a escondidas en un gran bote ballenero, consiguieron hacer retroceder a la tripulación hasta casi confinarla en las bodegas.

Pero en cuanto Mainwaring apareció en el puente cubierto de sangre, los piratas temieron que su propio capitán había sido vencido y, casi al instante, su ataque feroz y desesperado comenzó a evaporarse. Varios saltaron por encima de la borda; otro, que parecía ser el contramaestre, cayó muerto de un disparo, y en seguida cambió el rumbo de la lucha. Se produjo una rápida retirada que dejó al descubierto multitud de cuerpos caídos a la luz de las linternas, seguida del chapoteo del agua al lanzarse los piratas por la borda.

La tripulación del *Yankee* siguió disparando a los cuerpos fosforescentes que se alejaban nadando, aunque no se sabe si sus disparos eran certeros o no.



18. Entonces empezó la verdadera batalla

IV

El capitán pirata no murió inmediatamente. Permaneció semiinconsciente durante tres o cuatro días más, delirando continuamente. Durante todo el tiempo, la mulata con la que había vivido parte de su extraordinaria doble existencia, le atendió y cuidó con la misma rudeza que exigían estas regiones salvajes. La dualidad que había presidido su vida se hizo notar en sus delirios. A veces era la persona cuerda y tranquila, sobria y austera, perteneciente a una pacífica orden religiosa, que tenía muchos amigos respetables en su ciudad natal; otras, en cambio, se convertía en la bestia furiosa y salvaje que ocupaba la otra mitad de su personalidad. Ahora hablaba con calma y serenidad sobre cosas pacíficas; al rato blasfemaba y aullaba lleno de furia.

A veces Mainwaring, aún convaleciente de sus heridas, se sentaba al lado del hombre agonizante en las silenciosas noches tropicales. Con frecuencia, mientras observaba el rostro delgado y austero y escuchaba los balbuceos sin sentido del pirata, se preguntaba cómo podía ser posible que sucediera algo así. ¿Podía la locura separar en dos existencias completamente distintas e igualmente perfectas el bien del mal? Quiso creer que ése era el motivo. ¿Quién, consciente o inconscientemente, no ha sentido alguna vez esa dualidad innata del hombre aflorando por encima de los sentimientos de moralidad y decoro? ¿Pueden esos sentimientos malignos salir a la superficie, como en el caso del señor Cooper, y ocupar una parte de su personalidad? Éstas y otras preguntas parecidas ocupaban la mente de Mainwaring. ¿Y cómo había llegado a producirse una cosa así? ¿Cómo era posible que una persona tan respetable como el capitán cuáquero, un hombre cuerdo y decoroso, hubiera llegado a convertirse en un ser despreciable y malvado? Todos estos pensamientos turbaban la mente de Mainwaring, y sobre ellos meditaba en la quietud de la noche tropical mientras permanecía sentado frente al capitán pirata, que pasaba sus últimos días en un mundo que había mancillado. Por fin el desgraciado expiró, y la tierra se libró de uno de sus peores tormentos.



Se llevó a cabo una búsqueda sistemática en la isla del resto de la tripulación, pero no se pudo capturar a ningún pirata. Es posible que tuvieran lugares secretos donde esconderse (algo que no parecía muy probable) o que hubieran escapado en botes ocultos entre la vegetación selvática. Lo cierto es que habían desaparecido.

Tampoco pudo descubrir Mainwaring ninguna pista de tesoros escondidos. Después de la muerte del pirata, y tras someterla a un cuidadoso interrogatorio, la llorosa mulata confesó en un inglés balbuceante que el capitán Scarfield había llevado cierta cantidad de monedas de plata a bordo de su nave. Podía estar equivocada, o tal vez los piratas cogieron el dinero y volvieron a esconderlo, pero lo cierto es que no se encontró nada.

De hecho, no habrían encontrado ningún tesoro de no ser por un accidente fortuito y casual.

Mainwaring había ordenado que se quemara el *Eliza Cooper*, y un grupo de la tripulación estaba encargándose de llevar a cabo su mandato. El cocinero del *Yankee* le había solicitado que le permitiera coger algo de la harina de Wilmington y el Brandywine para hacer un pastel, y Mainwaring consintió a su propuesta, de manera que ordenó a uno de los hombres que abriera uno de los barriles y le diera la harina solicitada al cocinero.

Apenas llevaban un cuarto de hora los miembros de la tripulación realizando sus encargos cuando se dio la noticia de que habían encontrado el tesoro oculto.

Mainwaring fue a bordo del *Eliza Cooper* y pudo ver que, enterradas en un barril de harina, había gran cantidad de monedas de plata. Se hizo una búsqueda más detenida. Se abrieron todos los barriles, uno por uno, vaciando su contenido en la cubierta. La brisa dispersaba la harina y pronto se formaron nubes blancas que tiñeron el mar de un color lechoso en un radio de varias yardas.

Al final se pudieron reunir ciento cincuenta mil dólares en monedas de plata que estaban ocultas dentro de la inocente harina. No era de extrañar que el pirata, que era capaz de transformarse sin problemas de un peligroso lobo de mar a un cuáquero pacífico y respetable que vendía su harina a las hambrientas poblaciones de las Indias Occidentales, pudiera transportar fácilmente los tesoros manchados de sangre a su hogar del norte.

Para terminar esta parte de la historia debemos añadir que, dentro de la bodega del *Eliza Cooper*, se encontró un trozo de tela teñido de negro. En él, pintado con grandes letras blancas, se podía leer: «The Bloodhound»[25]. Sin duda, esta bandera se usaba en determinadas ocasiones para tapar el nombre pacífico y real de la goleta mercante, de la misma forma que el capitán cubría su cruel y sanguinaria existencia con un delgado velo de moralidad y respeto.

Ésta es la verdadera historia de la muerte del capitán Jack Scarfield.

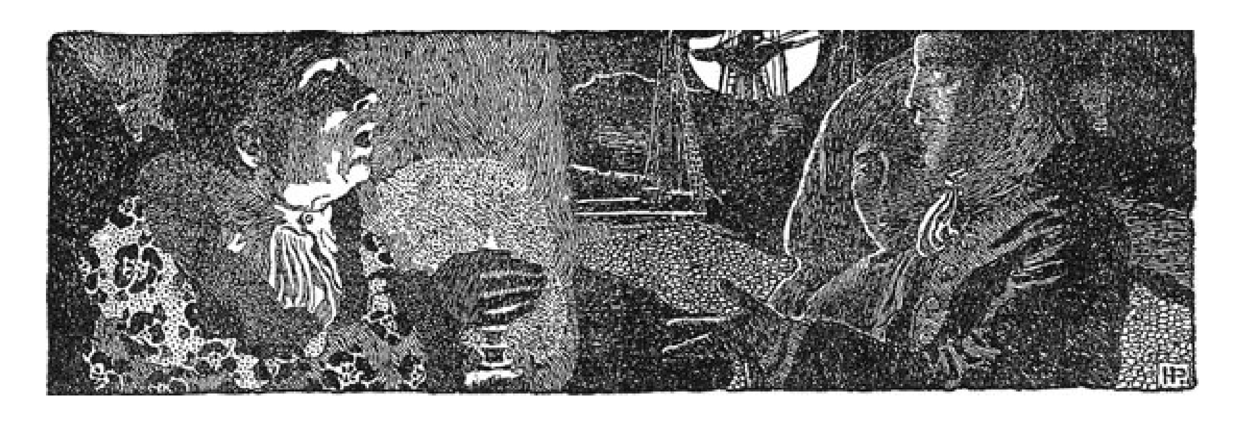
El capítulo del libro de Newburyport, al que ya nos hemos referido al principio, tan sólo habla de cómo el pirata encubría sus actividades bajo la insignia de un barco mercante cuáquero.

Nadie fue capaz de identificar a Eleazer Cooper con el pirata, ya que sólo Mainwaring y la tripulación del *Yankee* conocían la verdadera personalidad del capitán Scarfield. Lo único que se hizo saber al resto del mundo fue que el capitán Eleazer Cooper había muerto en un enfrentamiento con los piratas.

Apenas un año después Mainwaring se casó con Lucinda Fairbanks. En cuanto a la fortuna de Eleazer Cooper, que pasó a las manos de Mainwaring a través de su esposa, muchas veces se preguntó el lugarteniente cómo había sido obtenida en realidad. En ocasiones estaba seguro de que una parte era producto de sus piraterías, pero resultaba completamente imposible determinar cuánta provenía del comercio legal.

Durante algún tiempo Mainwaring estuvo tentado en deshacerse por completo de ella, pero resultaba algo tan extraño y quijotesco que al final abandonó la idea. Con el tiempo sus dudas desaparecieron y procuró disfrutar de lo que el destino le había legado gracias a su matrimonio.

Pronto los Mainwaring se mudaron a Nueva York, y una parte de la fortuna del pirata Jack Scarfield fue empleada para crear la empresa de navegación Mainwaring & Bigot, cuyos famosos barcos correo transoceánicos fueron, en su tiempo, la admiración de todo el mundo.



Capítulo VIII

EL RUBÍ DE KISHMOOR

Prólogo



quellos días surcaba los mares un pirata muy famoso llamado el capitán Keitt.

Antes de embarcarse en su infame carrera fue un conocido y reputado comerciante de la Isla de Jamaica. Pero, tras dedicarse al comercio con las costas de África, decidió hacerse pirata, acabando sus días como uno de los más renombrados filibusteros de toda la historia.

La acción más importante que llevó a cabo, y por la que llegó a ser el pirata más importante de su tiempo, fue la captura del gran barco del rajá de Kishmoor, *The Sun of the East*[26]. En aquel navío viajaba la reina favorita del rajá que, junto con su séquito, se dirigía de peregrinación a La Meca. La corte de aquel poderoso personaje oriental llevaba, como uno puede imaginarse, gran cantidad de joyas y oro, de tal forma que, con los adornos y riquezas que la reina y sus asistentes llevaban encima, junto con el gran tesoro que había embarcado para los gastos de la expedición, los filibusteros se hicieron con un botín increíble en joyas y oro.

El espléndido rubí de Kishmoor se encontraba entre las piedras preciosas capturadas en la acción. Seguramente el lector sabrá que aquella gema era una de las más grandes del mundo, una joya única a causa del tamaño y la pureza de su color. El rajá de Kishmoor había regalado aquella piedra preciosa a su reina predilecta y ésta la llevaba encastrada en el centro de una corona que descansaba sobre su cabeza cuando fue capturada por los piratas.

Simplemente el mero hecho de haber atacado el barco en el que navegaba una persona de tanta categoría y conseguir un tesoro semejante, habría bastado por sí solo

para encumbrar al pirata. Pero la captura de un botín tan extraordinario como el rubí de Kishmoor —que valía en sí mismo por todo un reino oriental—, le elevó a las más altas cotas de la fama.

Después de saquear el barco, nuestro capitán lo hizo hundir con toda la tripulación a bordo. Tan sólo sobrevivieron tres tripulantes, los cuales dieron a conocer el tremendo desastre a los oídos de un mundo perplejo.

Como se puede suponer, tras aquella aventura, ya no le fue posible al capitán Keitt permanecer en la relativa impunidad de la que había disfrutado hasta entonces. Ahora se había convertido en un personaje muy popular para el resto de la gente. De inmediato se prepararon varias expediciones que zarparon de distintos lugares para encontrarle, y estaba claro que ya no podía refugiarse en la ignorancia de su persona pues era bien conocido por todos a causa de su hazaña. De tal manera, se puso inmediatamente a buscar un lugar seguro y decidió dejar para siempre la vida de pirata, ya que había conseguido realizar sus más inimaginables expectativas de obtener fama y riquezas.

A partir de entonces, las aventuras de nuestro capitán adoptaron un cariz más mundano. Se sabe que llegó sano y salvo a las Indias Occidentales, ya que fue visto en una ocasión en Port Royal y en otras dos en Ciudad Española, en la Isla de Jamaica. Sin embargo, al poco tiempo, se esfumó por completo; tuvieron que pasar varios años para que el mundo volviera a oír hablar de él.

Cierto día Nicholas Duckworthy, que antaño había sido artillero en el barco *The Good Fortune*[27], perteneciente al capitán pirata, fue arrestado en la ciudad de Bristol cuando intentaba vender a un comerciante del lugar unas valiosísimas joyas de entre un montón que llevaba envueltas en un gran pañuelo rojo.

Durante la confesión, el mencionado Duckworthy declaró que el capitán Keitt, después de llevar a cabo su gran aventura y de dejar sano y salvo las costas de África, llegó a los mares del Nuevo Mundo, y que, tras encallar *The Good Fortune* en un arrecife de coral cerca de las Islas Windward[28], abandonó inmediatamente el navío acompañado de su maestro de navegación (que era portugués), del capitán del bergantín consorte *The Bloody Hand*[29], de un malvado granuja llamado Hunt (que, a pesar de no ocupar ningún puesto de importancia entre los piratas, era el instigador de la mayoría de las crueldades del capitán Keitt) y de él mismo, y que todos ellos arribaron sanos y salvos a un puerto cercano. Aquellos cinco malvados llegaron por fin a la Isla de Jamaica, llevando consigo todas las joyas y un poco del oro obtenido en la captura de *The Sun of the East*.

Sin embargo, cuando iba a llevarse a cabo el reparto, el rubí de Kishmoor había desaparecido del montón de joyas. Todos los piratas sospecharon al instante de que su capitán lo había robado y estaban tan convencidos de ello que intentaron forzar su confesión.

Sin embargo no pudieron hacerle hablar y el capitán murió a manos de sus hombres, llevándose consigo —si es que realidad lo sabía— el lugar secreto en el que

estaba escondido el enorme rubí.

Duckworthy terminó su confesión declarando que, en su opinión, los únicos supervivientes que quedaban de toda la tripulación del capitán Keitt eran el maestro de navegación portugués, el capitán de *The Bloody Hand*, Hunt y él mismo, ya que *The Good Fortune* había sido destrozado por una tormenta, justo después de que los cinco hombres desertasen, y toda su tripulación había perecido ahogada.

Hay que añadir a esta historia que Duckworthy fue colgado de inmediato, de forma que, si sus suposiciones eran ciertas, ahora tan sólo quedaban tres hombres vivos de toda la cruel tripulación que había llevado a cabo con éxito la más increíble e importante aventura realizada por pirata alguno.



19. Capitán Keitt

I
Jonathan Rugg

Nunca se sabe a ciencia cierta las aspiraciones románticas que subyacen debajo de una conducta sobria y tranquila.

Observando a Jonathan Rugg, un joven cuáquero[30] alto, flaco y tranquilo, de aspecto severo, cabello negro y liso, frente prominente sobre unas cejas pobladas y un par de ojos pequeños de mirada profunda, y una mandíbula cuadrada, nadie sospecharía ni por un instante que, bajo aquel aspecto tan serio y comedido, yacía una personalidad aventurera y romántica.

Sin embargo, al verse obligado a mudarse desde la tranquila y sobria ciudad de Filadelfia al encanto tropical de Kingston, en la Isla de Jamaica —las noches brillantes por la luz de la luna llena flotando sobre un cielo opalino, la cálida y luminosa oscuridad llena de los misterios de la noche tropical, los aromas de la brisa que venía del interior impregnando la atmósfera nocturna—, se dio cuenta de repente de que estaba tan ansioso de emprender cualquier excitante aventura que, de haber tenido la más mínima ocasión, se habría lanzado a ella sin importarle las consecuencias.

Si tales pensamientos le hubiesen embargado en su ciudad de origen (era el escribiente de un importante mercader llamado Jeremiah Doolittle), habría pensado al momento que estaba volviéndose majareta, pero ahora que se encontraba por vez primera en un país extranjero, rodeado de sonidos e imágenes insólitos y poco corrientes, todo le llevaba a imaginar aventuras extravagantes y acrecentaba un deseo vehemente en su interior por llevar a cabo las más extraordinarias experiencias, cosa a la que no estaba en absoluto habituado.

Desde la calle en la que residía, que era de una blancura reluciente y brillaba bajo la luz de la luna con un resplandor increíble, podía ver una larga línea de muros tras los que crecía una vegetación lujuriosa y llena de aromas tropicales.

En el interior de aquellos jardines, cerca de la calle, se erguían varias mansiones de aspecto soberbio cuyas cortinas y persianas permanecían abiertas durante la noche para dejar pasar el aire fresco y fragante. En su interior había luces brillantes y podía escuchar el sonido de risas y voces que hablaban alegremente, o alguna canción acompañada por el son de la espineta[31] o la guitarra. Ocasionalmente un grupo de figuras, vestidos con ropa veraniega y alegre de colores vivos, pasaban delante de él iluminados por la luz de la luna; de tal forma que a Jonathan Rugg, después de ver y escuchar toda aquella insólita alegría, unida al calor y luminosidad de la noche, le parecía habitar en una especie de país extraordinario y encantado, completamente distinto al que había estado acostumbrado durante toda su existencia.

Antes de seguir con la narración el lector debe saber que nuestro héroe había llegado a este mundo maravilloso como sobrecargo del barco *Susanna Hayes*, de Filadelfia, y que durante muchos años había sido tan honesto y diligente en su trabajo en el negocio de mercancías del señor Jeremiah Doolittle que este hombre noble había concedido a su digno escribiente la oportunidad de llevar a cabo sus ansias de

viajar y de hacer méritos que en un futuro redundarían en beneficio de su persona. El *Susanna Hayes* había llegado a puerto esa misma tarde y ésta era la primera noche que Jonathan pasaba en estas latitudes tropicales a las que su mente y su imaginación le habían llevado tantas veces mientras rellenaba sobre la mesa los recibos de facturas que llegaban de países extranjeros.

Para acabar debo decir también que, de haber imaginado con cuánta rapidez y en qué grado se realizaron sus ansias de aventura, éstas posiblemente se habrían precipitado por las posibilidades que se mostraban ante él.

II
La Misteriosa Dama del Velo Plateado

En ese momento nuestro héroe se dio cuenta de pronto de que alguien había abierto la rejilla de la puerta de madera que había enfrente y que un par de ojos le observaban con gran descaro y atención.

Apenas pudo darse cuenta de la presencia de aquella mirada cuando la puerta se abrió de par en par y apareció delante de él, a la luz de la luna, la figura encorvada y retorcida de una negra muy vieja. Llevaba un vestido de calamaco[32] y varios adornos y colgantes de colores vivos que sugerían el mundo tropical en el que vivía. Tenía toda la cabeza cubierta, como es habitual entre su gente, por los pliegues de un enorme pañuelo rojo. Tenía un rostro huesudo y deformado, lo que, unido a unos labios gruesos y sin forma, y a unos ojos tan amarillos como el azafrán, le hizo pensar a Jonathan Rugg que jamás había visto a un ser tan extraordinario y repulsivo.

Ante aquella visión, a nuestro héroe se le ocurrió que posiblemente estaba a punto de entrar en esa aventura que tan ardientemente había deseado un rato antes. No estaba descaminado, pues acto seguido la negra miró a uno y otro lado y después, con una expresión extremadamente astuta y cautelosa, tras comprobar que en aquellos momentos la calle estaba completamente despejada de gente, le hizo señas para que se acercase. Cuando estuvo lo suficientemente cerca sintió que la negra le cogía de la manga y le llevaba hacia el jardín que había un poco más allá, echando el cerrojo tras de sí con un cuidado y una minuciosidad de lo más sorprendente y misterioso.

En ese mismo momento apareció un negro enorme de entre las sombras y se interpuso entre Jonathan y la puerta, de tal forma que si nuestro héroe hubiera querido escapar se habría tenido que enfrentar inevitablemente al negro gigantesco.

—¿Tiene miedo, blanco? —dijo la negra, mirando con intensidad a Jonathan.

—Pues no —contestó nuestro héroe—; y si quieres que te diga la verdad, amiga, aunque soy hombre de paz y pertenezco a esa orden religiosa conocida como la Sociedad de Amigos, no me considero un hombre débil ni asustadizo, ni me permito tener miedo de nadie. Además, si en verdad quisiera escapar, lo haría, y creo no pecar de falsa modestia si te digo que sinceramente creo que me abriría paso aun cuando el

hombre que vigilara la puerta fuera más robusto que ese que me mira tan amenazadoramente.

Ante aquellas palabras en el rostro de la negra se dibujó una sonrisa tan grotesca que, bajo la luz de la luna, daba la sensación de que toda la parte inferior de su mandíbula se había quedado sin carne, mostrando una dentadura reluciente.

—Eres un blanco valiente —dijo en un inglés casi ininteligible—. Ven con Melina, y Melina te llevará con mujer bella, si quieres tomar cena con ella.

Acto seguido, y sin dejar que nuestro héroe declinara tan extraordinaria invitación, aunque fuera ésa su intención, le cogió de la mano y le condujo a la soberbia y enorme mansión que se erguía sobre el jardín.

—Me parece —pensó Jonathan mientras seguía a la negra, unos pasos por delante del otro gigantesco sujeto—, me parece que estoy a punto de ver saciados mis deseos de aventura, si en verdad este comienzo significa algo.

El interior suntuoso de la mansión estaba en perfecta consonancia con su exterior ya que, después de atravesar una galería iluminada y llegar a una sala repleta de luces, Jonathan se vio rodeado por tal abundancia de exquisiteces y buen gusto como nunca antes había visto en ninguna parte del mundo.

Las velas y candelabros parecían estrellas resplandecientes sobre arañas de cristal que se apoderaban de los rayos de luz y los reflejaban por toda la estancia con los distintos colores del arco iris, de tal forma que una luz suave invadía los rincones. Espejos pulidos de una claridad cristalina, enmarcados en oro sobre las paredes, reflejaban los suelos encerados, las ricas alfombras orientales y las suntuosas pinturas que colgaban de los paneles de marfil; tal era la apariencia de los hermosos objetos que adornaban aquella sala y que ocupaban casi cualquier rincón sobre el que dirigiese la vista.

La negra ofreció asiento a nuestro héroe, que él aceptó, sentándose en el extremo de una silla tapizada de oro y raso, no sin cierta turbación y reserva. Acto seguido, la que había sido su guía, le dejó a solas absorto en lo que miraba.

Antes de que tuviera la oportunidad de hacer otra cosa que adoptar su habitual estado de serenidad, las cortinas de seda que separaban una puerta en el extremo contrario de la habitación se separaron de improviso y Jonathan se encontró delante de una figura femenina que poseía una silueta perfecta y exquisita. Vestía toda de blanco y estaba envuelta de la cabeza a los pies en un velo de delicada gasa del color de la plata que, a pesar de ocultar sus facciones, permitía sin embargo adivinar la finas líneas y la extrema elegancia de su semblante. Se acercó a nuestro héroe y extendió una mano delicada tan blanca como el alabastro, y en cuyos dedos brillaban multitud de anillos con piedras preciosas.

—Señor —dijo con un acento musical y adorable—, sin duda se halla profundamente sorprendido al encontrarse en esta situación, y al haber sido obligado a entrar en la casa de una persona completamente desconocida para usted. Pero ya que no me conoce, debo informarle de que soy buena anfitriona con mis visitas, pues

mis agentes le han estado observando desde el momento en el que tomó tierra esta misma tarde y le han seguido hasta hace un rato, cuando se paró delante de la puerta de mi jardín. Estos criados le han vigilado con una intensidad en la que usted, sin duda, no ha reparado. También me han informado de que, debido al extremo interés que usted ha mostrado por su nuevo vecindario, aún no ha cenado. A sabiendas de esto, y suponiendo que debe de estar en verdad hambriento, debo preguntarle si me concedería el sumo placer de sentarse conmigo a la mesa y compartir una cena que, aunque le sorprenda, ha sido completamente preparada en su honor.

Una vez dichas tales palabras, y sin dejar que Jonathan replicara, le ofreció su mano y le llevó, con la mayor cortesía imaginable, al interior de un comedor exquisito que estaba en la habitación adyacente.

Había una mesa cubierta con un mantel tan blanco como la nieve, lleno de adornos de plata y cristal imposibles de describir. Una vez tomó asiento la dama indicó a Jonathan que hiciera lo propio en la silla de enfrente, tras lo cual se sirvió una cena que nuestro héroe jamás había disfrutado y que tan sólo podría ser comparable a las que se describían en ciertos cuentos orientales que había leído por casualidad tiempo atrás.

Esta cena (que por sí sola habría bastado para saciar el apetito de los Dioses) fue regada abundantemente con vinos y licores, llenando la habitación del aroma de las uvas de las que se había extraído su jugo, y haciendo que se estimulase su apetito, aunque no fuera en absoluto necesario. La dama, aunque apenas probó la comida, aguardó pacientemente hasta que Jonathan sació su apetito. Sin embargo, cuando consideró que su interés por los postres con los que concluía el banquete había decrecido, comenzó a hablarle del asunto que, evidentemente, ocupaba su pensamiento.

—Señor —dijo—, sin duda es consciente de que todo ser humano, ya sea hombre o mujer, tiene un enemigo. Debo informarle de que en mi caso son al menos tres que, para conseguir sus propósitos, sacrificarían mi vida con sumo placer. En ningún momento estoy a salvo de sus maquinaciones ni tengo a nadie —gritó llena de angustia— que pueda socorrerme en un momento de necesidad. Por eso espero encontrar un amigo en usted, pues mis criados no sólo han visto que es honesto y fuerte sino también un hombre de gran energía y determinación; estoy ansiosa de poner al corriente de su buen criterio un hecho del que no creo que tenga ni la más leve sospecha. Por favor, dígame si está dispuesto a ayudar a una pobre e indefensa dama que se halla en graves apuros.

—Por supuesto que sí —dijo Jonathan, con mayor vivacidad de la que solía mostrar habitualmente y que le resultaba del todo extraña; estado al que le había llevado, sin duda, la generosa abundancia y calidad de los vinos que había ingerido durante la velada—, claro que sí, amiga mía, si con ello consigo que su rostro recupere la alegría que, por lo poco que he podido observar, creo que lo harían aún más hermoso.

—Señor —dijo la dama, asombrada y divertida ante tan inesperada respuesta—, soy, como debe saber, tal y como Dios me ha hecho. A lo mejor algún día, aunque sólo sea para satisfacer su curiosidad, puedo mostrarme muy feliz y exhibir delante de usted mi pobre semblante. Pero ahora —volvió a hablar con gran seriedad— me veo obligada a preguntarle de nuevo: ¿estaría dispuesto a ayudar a una mujer indefensa en un momento de enorme peligro? Si no lo está, mis esclavos le acompañarán a la misma puerta por la que ha entrado y le dejarán marchar en paz. Si, por el contrario, acepta prestarme ayuda, tiene que saber que no recibirá ninguna compensación a cambio, excepto la gratitud de alguien que apeló a usted en un momento de necesidad.

Jonathan permaneció en silencio durante un rato, pues se daba cuenta de que estaba a punto de adentrarse en algo que podría sobrepasar con creces todas las suposiciones que se había hecho sobre el asunto. Además era de natural cauteloso y jamás se embarcaba en aventuras tan raras ni laberínticas como la que tenía delante de los ojos.

—Amiga mía —dijo al fin—, debo decirle que me siento inclinado a ayudarla a resolver todas sus dificultades, pero también debo informarle de que soy un hombre cauteloso y de que jamás he estado implicado en asuntos de tal índole. Sin embargo, antes de prometerla nada que luego me obligue en el futuro, debo exigirle, como demanda el sentido común, que me diga cuáles son las tareas que me tiene reservadas.

—Por supuesto, señor —exclamó la dama en un tono más alegre y vivo, como si se hubiera quitado de encima el temor que sentía a que su huésped no hubiera querido saber nada del problema—, claro que sí, y se dará cuenta de que la tarea que le quiero encomendar no es, en apariencia, tan dura como mis palabras, a lo mejor, le han dado a entender.

»Debe usted saber que estoy en posesión de cierta baratija que, en las manos de cualquier otro que, como usted mismo, sea un extraño en estas regiones, no tendría ninguna característica especial pero que, al estar en mi poder, significa una peligrosísima amenaza para mi persona.

Una vez dichas estas palabras dio una palmada y casi de inmediato entró en la sala una de sus asistentes, la misma negra que había introducido a Jonathan en la extraña aventura a la que estaba a punto de exponerse. Su persona parecía aún más grotesca y deforme bajo el brillante resplandor de la sala que a la luz de la luna y llevaba en las manos una servilleta blanca que entregó a su señora. Al desdoblarla apareció una pequeña esfera de mármol del tamaño de una lima… Tras ordenar a la negra que se retirase, la dama entregó la bolita a Jonathan, quien se puso a examinarla con gran curiosidad. Parecía tratarse de un objeto muy antiguo, de un color amarillo tan intenso que casi era marrón. Estaba cubierto de figuritas extrañas y de apariencia oriental que a nuestro héroe le parecieron de origen chino.

—Debo decirle, señor —dijo la dama, después de dejarle examinar el objeto en

silencio durante un rato—, que aunque le parezca de poca estima es, sin embargo, en extremo valioso. Y sin embargo, tan sólo es una curiosidad que alguien que este interesado en tales objetos querrá poseer a toda costa. Lo que quiero preguntarle es esto: ¿estaría dispuesto a tomarlo bajo su cuidado, a guardarlo con suma precaución —sí, como si fuera la niña de sus ojos— mientras permanezca aquí y a devolvérmelo el día de su partida? No creo que sea capaz de comprender el favor tan grande que me hará si su respuesta es afirmativa, pero tenga por seguro que yo me sentiré en deuda con usted durante el resto de mi vida.

Por entonces Jonathan ya tenía en mente su respuesta.

—Amiga mía —contestó—, todo este asunto se escapa de mis conocimientos y quehaceres habituales, como a un clérigo que se ve metido en negocios mercantiles. Sin embargo, me siento inclinado a ayudarla, y confío en que haya exagerado los peligros que cree que la acechan. Creo que esto es una bagatela insignificante y que no tiene la importancia que le otorga, pero haré lo que me pide. Lo guardare en un lugar seguro y se lo devolveré dentro de una semana, momento en el que espero haber terminado con mis obligaciones aquí y seguiré mi viaje a Demerara.

Tras estas palabras, la dama, que había estado escuchándole con el ansia dibujada en su rostro, estalló en un mar de palabras tan llenas de gratitud que acabaron con todas las dudas de nuestro héroe. Una vez aplacada su excitación, permitió que Jonathan se marchara acompañado de nuevo por la negra que le guió a través del jardín hasta la cancela que daba a la calle.

III
El Fantástico Encuentro con el Pequeño Caballero Negro de Un Ojo

Al llegar de nuevo a la calle, Jonathan Rugg permaneció un momento quieto bajo la luz de la luna, intentando recuperar algo de la compostura y sobriedad que le caracterizaban, ya que, a decir verdad, se encontraba bastante excitado por los inesperados sucesos que le habían acontecido. Mientras permanecía así parado se dio cuenta de que un pequeño caballero vestido de negro se había detenido a poco distancia y le observaba fijamente. Bajo la luz brillante de la luna pudo darse cuenta de que el hombre sólo tenía un ojo y de que llevaba un bastón de pomo dorado en una mano. Apenas pudo pensar en todo ello cuando el otro se acercó mostrando gran cortesía y cordialidad.

—Señor —dijo—, ¿creo que no me equivoco al pensar que es usted el sobrecargo del barco *Susanna Hayes*, que ha arribado a puerto esta misma tarde?

—Así es —dijo Jonathan—, no se equivoca; amigo. Ésa es mi ocupación y el medio en el que he llegado hasta aquí.

—¡Claro! —dijo el pequeño hombrecillo—. ¡Claro! El *Susanna Hayes* con un cargamento de harina de maíz de las Indias, fletado por mi querido amigo Jeremiah

Doolittle, de Filadelfia. Conozco muy bien a su superior, desde luego que sí. ¿Y nunca ha oído usted hablar de su amigo el señor Abner Greenway, de Kingston, Jamaica?

—Pues no —contestó Jonathan—, no me suena el nombre, ni tengo conocimiento de que figure en nuestros libros.

—¡Claro! ¡Claro! —replicó el pequeño caballero con vivacidad y exagerada cortesía—. Mi nombre no tiene por qué aparecer en el libro de empleados ya que no pertenezco al negocio, sino que fui, en el pasado, uno de sus más íntimos amigos. Hay muchas cosas que me gustaría preguntarle sobre él y, a decir verdad, esperaba que usted fuera el portador de una carta dirigida a mí. Me alojo a poca distancia y, si no es mucha molestia, le agradecería que me acompañara para que me pusiera al corriente de cómo anda. Iría gustoso con usted a su barco, en vez de pedirle que viniera a mi casa, pero debo decir que estoy atacado por unas fiebres malignas y que mi médico me ha prohibido salir de noche.

—Claro —dijo Jonathan, que, como habréis observado, era de talante complaciente—, claro, estaré encantado de acompañarle a su alojamiento. No hay nada que me plazca más que atender a un buen amigo del señor Jeremiah Doolittle.

Ambos echaron a andar juntos y amigablemente; el caballero vestido de negro y con un ojo solo palmeaba la espalda de Jonathan con familiaridad y golpeaba el suelo con el bastón mientras andaba a paso vivo por la calle. Conocía la ciudad perfectamente, no en vano era un ciudadano más, y su conversación era tan interesante que ya habían recorrido una considerable distancia cuando Jonathan se dio cuenta de que se hallaban en un barrio más tenebroso y menos frecuentado que en el que habían empezado su caminata. A los lados se erguían altas casas de ladrillo, entre las que discurría una estrecha calzada con un desagüe en el centro.

El guía de nuestro héroe se paró enfrente de una de estas casas —una estructura alta y tenebrosa— y, tras abrir la puerta con una llave, le hizo entrar. Su nuevo amigo condujo a Jonathan por unas oscuras escaleras en las que resonaban sordamente sus pasos y, tras dos tramos de escalones y un descansillo, abrió una puerta que estaba al final del pasillo e hizo pasar a Jonathan a una sala apenas iluminada por la luz de la luna que entraba por una ventana y dibujaba un brillante resplandor cuadriculado sobre el suelo.

El guía encendió una candela con las chispas de un pedernal y a su luz nuestro héroe descubrió lo que parecía ser un dormitorio bastante elegante que tenía toda la apariencia de pertenecer a un hombre soltero.

—Perdone —dijo su nuevo amigo— si cierro las contraventanas, pero incluso el aire nocturno perjudica mucho mi estado de salud debido a esas fiebres malignas de las que ya le he hablado, de otra manera me pondría a temblar de los pies a la cabeza y los dientes me estarían castañeteando hasta que se hiciese de día.

De esta forma no sólo cerró las contraventanas sino también los pesados cerrojos de hierro que las atrancaban. Después rogó a Jonathan que tomara asiento y, tras

ponerle delante un vaso lleno de un magnífico ron y algo de tabaco de una calidad excelente, continuaron hablando cordialmente. Durante el curso de su charla, que en algunos momentos llegó a ser muy personal, Jonathan confió a su nuevo amigo los pormenores de la aventura con la dama en la que se había visto envuelto aquella misma noche, palabras que su interlocutor escuchó con la mayor atención e interés.

—Desde mi punto de vista —dijo, cuando Jonathan terminó de contarle lo sucedido—, espero que no sea víctima de alguna estúpida trampa. Déjeme ver lo que le ha confiado la dama.

—Claro —contestó Jonathan. Se llevó la mano al bolsillo y sacó la esfera de marfil.

Nada más sacar el objeto, el único ojo del pequeño caballero de negro se iluminó con un brillo de lo más extraordinario y singular. Una bala que le hubiera atravesado el corazón en esos mismos momentos no le habría provocado una reacción más violenta y curiosa, ni le habría hecho permanecer sentado con tanta rigidez y sin resuello.

Controló sus emociones con gran dificultad mientras Jonathan volvía a guardar el objeto en su bolsillo, y luego hizo una profunda inspiración y se pasó la palma de la mano por la frente, como si acabara de despertar de un largo sueño.

—Y usted es —dijo de repente—, creo entender, un cuáquero. ¿Jamás ha llevado arma alguna, ni tan siquiera en un sitio como este en el que, en cualquier momento, puede sentir cómo un cuchillo español se abre paso entre sus costillas?

—Pues no —contestó Jonathan, algo sorprendido por el cariz que estaba tomando la conversación—. Soy hombre de paz y no me gusta la sangre. Los miembros de la Sociedad de Amigos nunca llevamos armas, ni para defendernos ni para atacar.

Mientras Jonathan terminaba su réplica, el pequeño hombrecillo se levantó de repente de su asiento y fue rápidamente al otro lado de la habitación. Nuestro héroe, que le observaba con cierta sorpresa, contempló cómo cerraba la puerta con llave y se guardaba ésta. Acto seguido se volvió hacia Jonathan con el rostro completamente transformado, como si se hubiera quitado una máscara. Ya no mostraba ninguna cortesía ni la tranquila apariencia de un viejo hombre soltero sino toda la pasión innombrable de alguien furioso y lleno de un ansia desbordante.



—¡Esa esfera! —gritó con voz ronca y estridente—. ¡Esa bola de marfil! ¡Démela ahora mismo!

Mientras hablaba sacó del interior de su casaca un largo y afilado cuchillo español, cuya mera apariencia hablaba por sí sola, y sin equívocos, de muerte y asesinato.

La pasión malsana que alteraba todas y cada una de las líneas del rostro del pequeño caballero de negro llenó de tal asombro a nuestro héroe que no sabía decir si estaba despierto o soñando, pero en cuanto vio que el otro avanzaba hacia él con el afilado y brillante cuchillo en la mano recuperó de inmediato el control de sí mismo. Se puso en pie y saltó al otro lado de la mesa.

—¡Será mejor, amigo mío, —gritó con voz aterrorizada—, será mejor que se aleje de mí, pues aunque soy hombre de paz y aborrezco la sangre, le prometo que no pienso quedarme quieto ni callado sin defender mi vida!

—¡Grite todo lo que quiera! —exclamó el otro—. ¡Nadie le puede oír aquí! Grite hasta quedarse ronco; nadie de los alrededores se parará a preguntar qué sucede. ¡Estoy decidido a conseguir como sea esa esfera de marfil, aunque tenga que rebanarle el cuello de un tajo!

Mientras hablaba su rostro se desfiguró en una mueca tan maligna, y sus palabras sonaban tan sinceras y seguras, que a nuestro héroe le daba la sensación de que unos dedos de hielo le recorrían el espinazo.

Sin embargo, Jonathan fue capaz de dominar sus miedos y pudo responder con fingida tranquilidad:

—Claro, amigo, claro; pero parece olvidar que le doblo en tamaño y que tengo la mitad de años que usted, y que, aunque usted está armado con un cuchillo, yo estoy decidido a defender mi vida hasta el final. No pienso entregarle lo que me pide y, por su bien, le ruego que abra la puerta y me deje salir o puede terminar perjudicado.

—¡Estúpido! —gritó el otro—. ¿Cree que tengo tiempo para charlar mientras dos malvados me están esperando, posiblemente justo detrás de la puerta? ¡Muera, maldita sea!

Sus dientes rechinaron amenazadores, apoyó la mano sobre la mesa y saltó con increíble agilidad por encima en pos de nuestro héroe, quien, completamente desprevenido, se vio empujado contra la pared con un brazo tan fuerte como el acero sobre su garganta y el cuchillo reluciendo delante de sus ojos como si fuera el heraldo de una muerte segura.

Tan sólo el instinto le hizo coger la muñeca de su enemigo y apartarla de sí mismo, dedicando todas y cada una de las fibras de su cuerpo a rechazar el ataque con un esfuerzo sobrehumano. El otro, aunque era menos corpulento y joven, parecía estar hecho de músculos de acero, y su determinación era tal que por unos momentos nuestro héroe sintió verdadero temor por su vida. La saliva parecía secarse en sus labios y el cabello se le erizó. Con un grito desesperado y lleno de angustia hizo un esfuerzo supremo por defenderse y, atravesando su tobillo entre las piernas del otro y echando todo su peso encima, pudo echarle boca arriba sobre el suelo. Ambos cayeron, rompiendo una silla con gran estrépito, y unidos en un desesperado abrazo, siempre nuestro héroe encima de su enemigo.

Mientras forcejeaban en el suelo el pequeño hombrecillo de negro emitió un grito agudo y terrorífico, y casi al instante sus músculos se relajaron, dejando poco a poco

de golpear el suelo con la palma de las manos y la alfombra en la que se había enganchado con los talones de los pies.

Nuestro héroe se puso en pie y contempló el cuerpo de su enemigo con los ojos dilatados y la mente confusa, como si se hubiese vuelto de piedra. En seguida se dio cuenta de lo que había pasado y de que, sin quererlo, había matado a un ser humano. El cuchillo se había clavado en el pecho del hombrecillo, que ahora daba los últimos estertores. Un hililllo de sangre comenzó a salir por entre sus labios entreabiertos mientras Jonathan le contemplaba; vio cómo los ojos perdían su brillo, cómo se contraían los párpados, como se estiraba el cuerpo, como la muerte se adueñaba de él.

IV
La Importante Aventura con el Extraño de los Aros de Plata

Largo rato permaneció así nuestro héroe, perplejo y atónito, como si se hubiera convertido en piedra. El cerebro parecía inflarse en su interior como un globo, la sangre le palpitaba en las orejas mientras el corazón la bombeaba salvajemente con cada palpitación y las manos parecían impregnadas de un sudor frío y repugnante. El cuerpo sin vida le miraba desde el suelo con los ojos abiertos y vidriosos, y, en la confusión que embargaba a Jonathan, se sintió en verdad un asesino.

¿Qué hecho monstruoso había caído sobre el que, un momento antes, era una persona inocente de cualquier delito de sangre? ¿Qué tenía que hacer ahora con su víctima, que yacía a sus pies con un puñal en el pecho? ¿Quién le creería inocente cuando todas las pruebas apuntaban contra él? ¿Qué posibilidades tenía él, un extraño en tierra extranjera, de defenderse de tal acusación? Todas estas preguntas atenazaban su mente y hacían que su cuerpo se cubriese de un sudor helado. ¡No, no debía entretenerse más buscando excusas! ¡Tenía que huir inmediatamente de aquel lugar o, de otra manera, sería descubierto y su destino sellado para siempre!

Justo en ese momento, cuando se hallaba completamente desesperado, sonó un golpe en la puerta, tan repentino y sordo, resonando con tal fuerza en el silencio de la habitación, que los nervios de nuestro héroe se tensaron aún más, casi a punto de estallar. Se quedó petrificado, sin apenas atreverse a respirar; luego, al ver que tenía la boca medio abierta, se humedeció con la lengua los labios resecos y cerró las mandíbulas con un chasquido.

Volvió a oír un golpe seco e insistente sobre la puerta, seguido de una palabra imperiosa:

—¡Abra!

Jonathan miró a su alrededor con terror y desesperación, pero no había ninguna otra salida. Estaba encerrado dentro con su víctima, como una rata en una ratonera. No podía hacer otra cosa que obedecer a la voz del exterior. Además, a pesar de su extrema confusión, aún poseía la suficiente claridad como para percibir que cuanto

más tardase en abrir la puerta más difícil le resultaría parecer inocente a quienquiera que estuviese detrás.

Cruzó la habitación con los movimientos de un autómata a medio construir, pasando con cuidado por encima del cuerpo tendido sobre el suelo, y abrió finalmente la puerta tras descorrer el cerrojo lleno de dudas.

La figura que se dibujaba más allá del resplandor era la vela, perfilándose contra la oscuridad del pasillo, tenía un aspecto tan extraño y singular que encajaba a la perfección con la tragedia de la cual Jonathan era, a la vez, víctima y verdugo.

Era la figura de un hombre flaco y alto, de rostro amarillento en el que sobresalía un gran mostacho negro y unos ojos profundos, vivos y extremadamente oscuros. Llevaba un pañuelo carmesí atado alrededor de la frente y un par de aros de plata, en los que se reflejaba la luz de la vela, centelleaban sobre las tinieblas inescrutables que se extendían por el descansillo.

Aquel ser extraordinario entró de inmediato en la sala sin pedir permiso ni esgrimir ningún tipo de excusa ante nuestro héroe; estiró su largo y raquítico cuello para poder mirar por encima de la mesa y concentró la mirada sobre el cuerpo que permanecía sin vida en el centro de la habitación.

—¡Cómo se atreve! —dijo, con acento extranjero y gutural, y sin esperar respuesta se puso de rodillas al lado del cuerpo. Después de poner las manos sobre el pecho hundido y silencioso dirigió sus penetrantes ojos hacia Jonathan que, lleno de asombro y abrumado por la desesperación, parecía estar encadenado a las raíces de una espantosa pesadilla.

—¡Está muerto! —exclamó el desconocido, y Jonathan asintió con la cabeza.

—¿Por qué le ha matado? —preguntó su interlocutor.

—¡No sé —gritó Jonathan, que al fin había recuperado la voz, aunque era tan ronca y áspera que no la reconocía como suya—, no sé qué puedo hacer con todo este lío! Pero le aseguro, amigo mío, que soy completamente inocente de lo que ve.

El desconocido siguió con la mirada fija en nuestro héroe y Jonathan se sintió obligado a añadir algo más sobre todo aquel suceso.

—En realidad soy víctima inocente de una aventura de lo más extraordinaria y extravagante. Esta misma tarde, a pesar de ser un recién llegado, se me invitó a la casa de una bella mujer, quien me confió un objeto que a mí me parece insignificante y absurdo. Se trata de esta pequeña esfera de mármol —dijo, sacando el objeto del bolsillo y mostrándoselo al otro—. Es como si hubiera traído la desgracia consigo, pues nada más salir de la casa de la dama se me acercó el hombre que ahora puede usted ver muerto en el suelo y me hizo acompañarlo a sus aposentos. Una vez ganada mi confianza, me ordenó que le entregara esta insignificante baratija. Al negarme, me atacó como si fuera un ser poseído y fuera de sí, con la intención clara de acabar con mi vida.

Nada más ver la esfera de mármol, el extranjero se incorporó de inmediato y dirigió a nuestro héroe una mirada de lo más extraordinaria. Sus ojos se dilataron

como los de un gato, y empezó a inhalar y espirar el aire con tanta fuerza que parecía que en cualquier momento se le iba a cortar la respiración. El sujeto no recuperó el dominio de sus sentidos hasta que Jonathan volvió a guardar de nuevo el objeto en el bolsillo. Pero tan pronto como el causante de esta brusca reacción desapareció en la chaqueta de Jonathan, el extranjero pareció sacudido por una descarga eléctrica. Se transformó de inmediato como por arte de magia. Una luz maligna y repentina centelleó en sus ojos, el rostro se le puso de un color rojo sangre y se llevó la mano al bolsillo con un movimiento brusco.

—¡La esfera! —gritó con voz ronca y estridente—. ¡La esfera! ¡Deme la esfera!



Y acto seguido nuestro héroe descubrió que una pistola le apuntaba directamente a la cabeza.

Se quedó petrificado durante unos momentos; luego, encarando el peligro mortal que le amenazaba, emitió un profundo aullido que sonó en sus oídos como el de una bestia salvaje, y se arrojó sobre el otro con la violencia y la furia de un hombre enloquecido.

El extranjero apretó el gatillo y hubo un resplandor chispeante. Tiró el arma a un lado e intentó coger otra del segundo bolsillo. Sin embargo, antes de que pudiera apuntar, nuestro héroe le cogió ambas muñecas, impidiendo que pudiera disparar sobre su persona. Acto seguido se produjo un forcejeo de extraordinaria ferocidad, mientras el extranjero intentaba liberar su mano y Jonathan empleaba toda la energía de su desesperación en evitar que el sujeto llevase a cabo sus propósitos criminales.

Durante la lucha nuestro héroe se vio empujado contra el borde de la mesa. Sentía que la espalda se le doblaba y era consciente de que, en aquella situación, no podría defenderse adecuadamente. El rostro del extranjero estaba muy cerca del suyo. Sentía sobre las mejillas su aliento cálido, con restos de olor a ajo, y entre sus labios, abiertos en una mueca fiera y salvaje, centelleaban a la luz de la vela unos dientes afilados.

—¡Deme la esfera! —dijo en un susurro furioso y áspero.

En ese momento sonó el disparo sordo y repentino de una pistola, y Jonathan no estuvo seguro de haber sido herido mortalmente sin percatarse de ello. Acto seguido, el hombre con el que forcejeaba sufrió un brusco cambio; sus ojos parpadearon varias veces con increíble velocidad y luego se pusieron en blanco; abrió las mandíbulas con un terrible y cavernoso bostezo; la pistola cayó al suelo produciendo un sonido sordo y sus músculos, tan tensos unos momentos antes, se relajaron por completo. Las articulaciones se quedaron rígidas y el hombre se desplomó sobre el suelo, encima del otro cuerpo, mientras una nube espesa de pólvora inundaba la habitación. Sus manos se sacudieron durante breves instantes; el cuello pareció estirarse aún más; las piernas delgadas y largas fueron relajándose lentamente y todas y cada una de las fibras de su cuerpo adoptaron poco a poco la laxitud de la muerte. Debajo de su cuello comenzó a brotar un reguero de sangre mientras su rostro iba perdiendo el color y se hacía cada vez más pálido desteñido.

Nuestro héroe observó sin moverse y con gran atención todos los increíbles cambios que iban produciéndose en su enemigo, como si para él fuera algo de suma importancia, y sólo levantó los ojos del cadáver cuando el último soplo de vida escapó de su segunda víctima, entonces miró a su alrededor sin apenas ver, sofocado por las nubes sulfurosas que ocultaban los objetos que le rodeaban.

V
El Inesperado Encuentro con el Capitán de la Nariz Rota

Si la primera catástrofe que sobrevino a nuestro héroe le había arrebatado su capacidad para pensar o sentir, esta segunda, aún más violenta y terrible, tuvo el efecto contrario, haciendo que recuperase al instante el dominio de sus sentidos. Toda la confusión y miedo que habían hecho presa de él al principio se esfumaron de inmediato, y Jonathan se dio cuenta de que una fría tranquilidad se había adueñado de

él. Mientras permanecía quieto ante su segunda víctima, de cuya muerte era tan inocente como de la primera, observó que no sentía ningún tipo de miedo o remordimiento. Cogió el sombrero, que había caído al suelo en el primer encuentro, y, sacudiéndole el polvo contra la manga de la chaqueta con extremo cuidado, se lo puso con delicadeza sobre la cabeza. Se dio la vuelta y, como si estuviera bajo los efectos de una droga, se dispuso a abandonar tranquilamente el trágico escenario que tantos horrores le había traído.

Pero antes de que pudiera llevar a cabo estos planes, sus oídos captaron el ruido de unas pisadas sonoras y rápidas que subían desde abajo a toda velocidad. Los pasos se detuvieron de pronto en el descansillo de abajo y luego comenzaron de nuevo a aproximarse, pero con mayor cautela, hacia la habitación en la que había tenido lugar la doble tragedia y en la que aún seguía nuestro héroe, silencioso e inerte.

Jonathan no intentó escapar sino que se quedó completamente quieto, dispuesto a afrontar lo que pasase a continuación. Se sentía como la víctima de un destino sobre el que no tenía ningún tipo de control. Aguardó su siguiente aventura mirando tranquilamente la puerta a medio abrir. De nuevo las pisadas se detuvieron, esta vez justo al otro lado del umbral, y acto seguido la puerta comenzó a abrirse lentamente.

Mientras nuestro héroe esperaba a que la puerta se abriese por completo fue haciéndose visible ante sus ojos la figura robusta de un hombre que parecía habituado a la vida en el mar. Tenía un galón dorado sobre el sombrero, varias insignias que colgaban de su pecho y una forma de moverse que le conferían cierto aire de importancia. Era de constitución fuerte y tenía la cabeza muy cerca de los hombros, apenas separada de ellos por un cuello ancho y robusto. Llevaba un *foulard* negro atado con un grueso nudo y una casaca roja con complicados adornos dorados; un cinturón de cuero con hebilla de latón y unas enormes botas de marino completaban una indumentaria que hablaba sin lugar a dudas de la profesión a la que se dedicaba. Su rostro era redondo y amplio, como el de un gato, y estaba curtido por la continua exposición a los vientos y al sol, como si fuera de madera de caoba pulida. Sin embargo, su apariencia, que podría haber sido agradable, resultaba particularmente repulsiva por el hecho de que tenía la nariz rota y tan pegada al rostro que lo único que podían distinguirse eran dos orificios circulares en el lugar en el que debería estar la nariz. Sus ojos eran, sin duda, tan siniestros como el resto de su persona, de un color gris brillante y demasiado vivaces: además permanecían semiocultos bajo unas pobladas cejas negras. Cuando habló, lo hizo con una voz tan hueca y resonante que más bien parecía salir de las profundidades de un barril que de la garganta de un ser humano.

—¡Bueno, bueno, amigo mío! —gritó con voz tan alta que hizo resonar las membranas auditivas de nuestro héroe—. ¡Bueno, bueno, amigo mío! ¿Qué pasa aquí? ¿Quién dispara tiros a estas horas de la noche?

Acto seguido, tras percatarse de las dos figuras que yacían en el suelo, despegó los gruesos labios con una expresión de asombro mientras los ojos grises se le

dilataban hasta alcanzar el tamaño de dos pelotas, de tal manera que, unido a los dos orificios que hacían de nariz en su rostro achatado, le dieron un aspecto que, bajo otras circunstancias, habría resultado absurdo y grotesco.

—¡Por Cristo! —gritó—. ¡Dos asesinatos!

—¡Asesinato no! —exclamó Jonathan, con voz jadeante—. ¡No ha sido asesinato! Fue un accidente. Yo soy tan inocente como un niño.

El recién llegado le miró, luego volvió su atención a las dos figuras que yacían en el suelo, y después volvió de nuevo la vista hacia Jonathan, con mirada jocosa y astuta. Acto seguido su boca se abrió en una profunda y burlona sonrisa.

—¡Accidente! —repitió—. ¡Por Cristo! ¡Vaya un extraño accidente! ¡Dos hombres muertos y bien muertos y otro sin un solo rasguño!

Fue hasta el otro lado de la habitación y, tras coger por los hombros a la última víctima de Jonathan con tan pocos miramientos como los que hubiera tenido si levantase un saco de harina, puso su cuerpo al lado del primer cadáver. Luego tomó la vela y, a su luz, examinó ambos cuerpos. Estuvo mirándolos largo rato, estudiándolos con detenimiento y en el más absoluto silencio.

—Están tan muertos —dijo el marino— como el mismísimo Davy Jones[33] y, quienquiera que sea, le aseguro que ha hecho el trabajo más limpio y perfecto que he visto en mi vida.

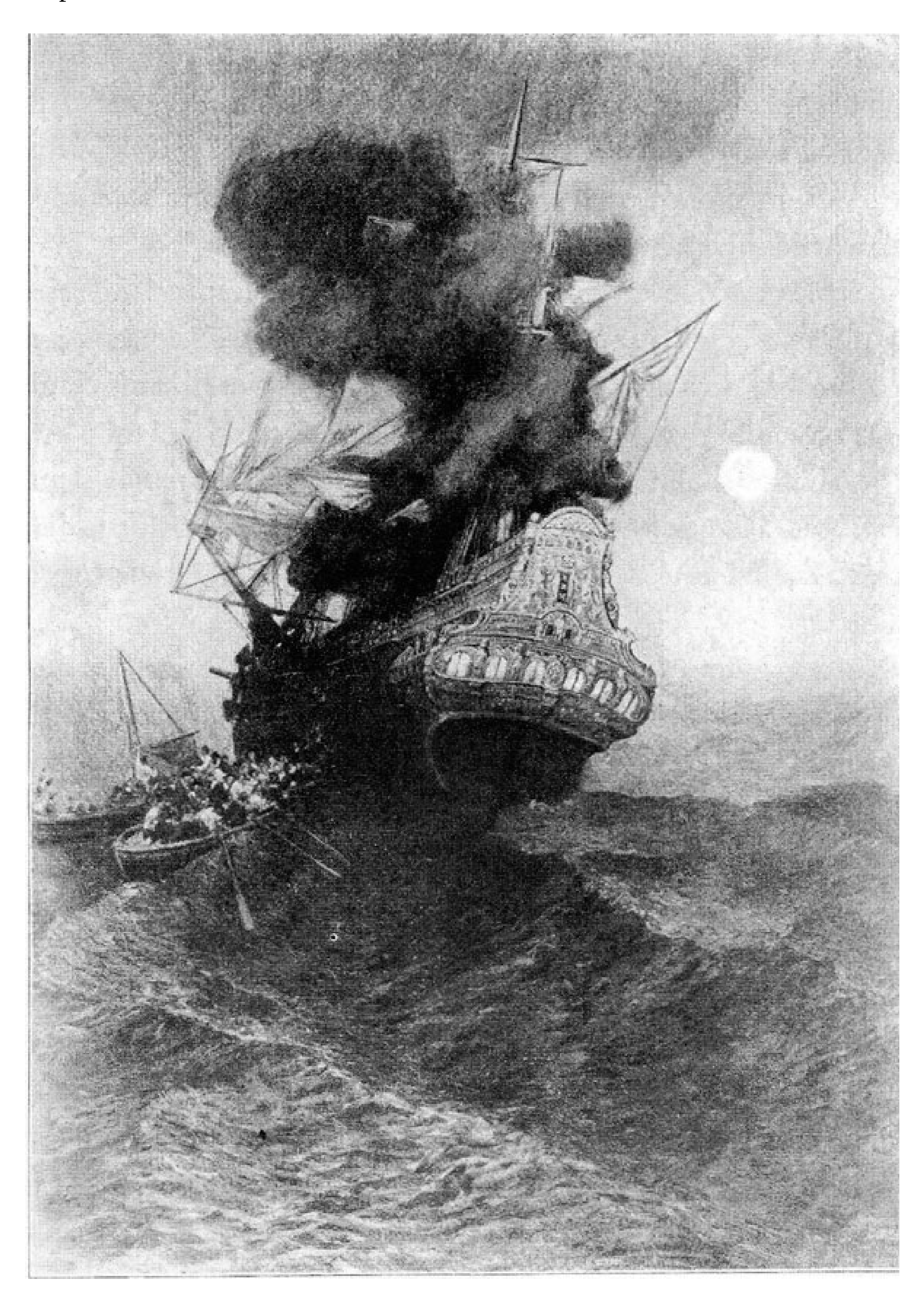
—Claro —gritó Jonathan con la misma voz temblorosa y jadeante—, porque han sido ellos mismos los que lo han hecho. Primero fui atacado por uno y luego por el otro, y lo único que hice fue intentar defender mi vida. Ése cayó sobre su propio cuchillo y el otro se disparó a sí mismo intentando quitarme la vida.

—Ya —dijo el marino—, a lo mejor un hombre de tierra adentro puede llegar a creérselo; pero no puede engañar tan fácilmente al capitán Benny Willitts. Y, si se me está permitido preguntarlo, ¿cuál fue la razón de que ambos atacasen a un hombre tan pacífico como asegura usted ser?

—No lo sé —gritó Jonathan—, pero con gusto le contaré todo lo que ha pasado. Debe saber que soy miembro de la Sociedad de Amigos. Hoy mismo arribé al puerto de Kingston y me encontré con una señora muy distinguida que me rogó guardara durante unos días esta pequeña esfera de marfil. Ante la visión de este objeto —en el que yo soy incapaz de detectar algo que pueda producir semejantes reacciones de violencia— esos dos hombres parecieron perder la cordura y se lanzaron sobre mí con una furia asesina y salvaje. ¡Vea! ¿puede usted creer que semejante baratija llegue a producir tamaña reacción?

Y mientras hablaba mostró al otro el objeto que había sido el causante de la doble tragedia. Pero en cuanto los ojos del capitán Willitts se posaron en la esfera, su expresión se transfiguró por completo. Las mejillas rubicundas se tornaron de un color pálido y amarillento, abrió los gruesos labios y los ojos se volvieron vidriosos y fijos en el objeto. Se incorporó con una expresión de asombro y fascinación, dirigiendo primero la vista hacia nuestro héroe y luego a la esfera que tenía en la

mano, como si fuera incapaz de hablar. Por fin, después de que Jonathan retornase el objeto al interior de su bolsillo, el marino fue recobrando poco a poco la compostura, haciendo verdaderos esfuerzos de contención y tomando aire con una profunda inspiración. Se pasó la manga de su casaca negra sobre el sudor que empezaba a correrle por la frente.



—Bueno, amigo mío —dijo al fin, con un repentino cambio de entonación—, en verdad su aventura es de lo más extraordinaria —volvió a respirar profundamente—. ¡Bueno! ¡Por Cristo! Con sinceridad debo decirle que sé leer el rostro de las personas. Bueno, pienso que es usted una persona honesta y me siento inclinado a creer su historia. ¡Por Cristo! Lamento profundamente lo que le ha sucedido y quiero ayudarle a salir con bien de todo este lío.

»Lo primero que hay que hacer —continuó— es deshacerse de estos dos cadáveres; creo que no será difícil. Podemos envolver uno en esa alfombra y el otro en aquella colcha que hay sobre la cama. Usted cargará con uno y yo con el otro, y, como el puerto no está muy lejos, los llevaremos fácilmente hasta allí y después los arrojaremos al mar, y nadie sabrá lo que ha pasado. Por su propia seguridad, puede darse perfecta cuenta de ello, no debe dejar estos cuerpos aquí, a la vista de cualquiera.

Nuestro héroe, tal y como estaba la situación, se mostró conforme con los razonamientos del otro y no puso ninguna objeción. De esta forma, tal y como habían planeado, envolvieron a las dos silenciosas víctimas que, dentro de sus mortajas, no tenían una apariencia tan terrible ni sospechosa.

Jonathan cargó con el bulto que contenía al hombrecillo de negro mientras el capitán hacia lo propio con el otro. Bajaron a oscuras las escaleras y salieron a la calle. El capitán se puso al frente de la marcha y recorrieron varias callejuelas y pasadizos secundarios —haciendo un alto de vez en cuando para descansar ya que los bultos eran pesados y difíciles de cargar—, hasta llegar al puerto, sin que nadie les preguntase, o sospechase, nada sobre su carga. Del muelle sobresalía un embarcadero que se adentraba a considerable distancia por encima del mar. El capitán abrió la marcha seguido de Jonathan. Caminaron a lo largo del muelle, tropezando de cuando en cuando con las tablas sueltas, hasta que llegaron a un sitio en el que las aguas tenían la suficiente profundidad para llevar a cabo sus propósitos. El capitán dobló los hombros y arrojó su carga a las aguas misteriosas y oscuras, y Jonathan siguió su ejemplo. Los cuerpos cayeron al agua con un chapoteo sordo y hueco, y se desprendieron de las envolturas que los cubrían; la alfombra y la colcha emergieron a la superficie y luego se fueron alejando lentamente con la marea.

Mientras Jonathan observaba cómo iban desapareciendo poco a poco las últimas evidencias de sus dos crímenes involuntarios, se dio cuenta de repente de que dos poderosos brazos le rodeaban el cuerpo por detrás. Debido a la presión sus hombros se elevaron automáticamente y Jonathan se quedó paralizado y atónito durante unos instantes, mientras la voz del capitán, resonando muy cerca de sus oídos, exclamaba:



—¡Cuáquero sangriento y asesino, o me da esa esfera de marfil o acabo con su vida ahora mismo!

Estas palabras produjeron en Jonathan el mismo efecto que un chorro de agua fría que le cayese encima de golpe. Empezó a sacudirse de inmediato, intentando liberarse del abrazo, lleno de horror y desesperación. Sus esfuerzos eran tan prodigiosos que más de una vez estuvo a punto de quedar libre, pero los fuertes brazos de su captor siguieron sobre él como un anillo de acero. Mientras tanto, el asaltante hacía frecuentes, aunque inefectivos, intentos por meter la mano en el bolsillo de la chaqueta de Jonathan en el que estaba guardada la esfera de marfil, pronunciando una y otra vez terribles y espantosos juramentos. Por fin, dándose cuenta de que aquella tarea resultaba imposible, y harto de los continuos forcejeos de su víctima, intentó tirar a Jonathan al suelo. Sin duda lo habría conseguido de no ser porque uno de sus tobillos se enganchó en un tablón de madera que estaba suelto.

Ambos cayeron sobre el embarcadero con violencia, el capitán debajo de Jonathan pero aún manteniendo el abrazo de hierro sobre su presa. Nuestro héroe sintió que la parte superior de su cabeza golpeaba violentamente contra el chato rostro del capitán y escuchó un terrible chasquido de huesos, semejante al de un huevo al romperse sobre una superficie de madera, cuando la cabeza del capitán se golpeó contra las tablas del embarcadero. Estaban peligrosamente cerca del agua y casi al instante, Jonathan sintió que caía a las negras aguas del puerto con un tremendo chapoteo mientras los brazos del otro se desprendían repentinamente de su cuerpo.

El contacto con el agua le hizo recuperar de inmediato los sentidos y, como era buen nadador, no tuvo ningún problema para llegar hasta una de las escalerillas de madera, cubiertas de algas y moho, que subían hasta la tablazón del embarcadero.

Después de llegar sano y salvo a tierra, Jonathan miró a uno y otro lado, intentando descubrir por dónde se produciría el siguiente ataque contra su persona. Pero se hallaba completamente solo, no había nadie más sobre el embarcadero. En la superficie del agua aún se podían ver algunas ondas, como si algo se agitase debajo; pero el capitán, que sin duda había muerto al golpearse la cabeza contra el piso del embarcadero, jamás volvió a emerger de las aguas.

La luz de la luna brillaba pacífica y resplandeciente, y, aparte de los rumores distantes de la ciudad, ningún sonido perturbaba la paz y el silencio de la fragante noche tropical. El agua clara, iluminada por el resplandor de la luna, lamía la base del embarcadero. Todo el mundo estaba en calma, sereno, envuelto en un manto de profundo silencio.

Jonathan miró el globo brillante que lucía en el cielo por encima de su cabeza y se preguntó asombrado si era posible que todo lo que le había sucedido aquella noche fuera verdad y no una tremenda alucinación. Entonces se le vino a la cabeza de golpe todo lo que realmente había pasado y echó a correr como un poseso por el embarcadero hasta perderse de nuevo en las calles de la ciudad envueltas bajo la luz de la luna.

VI
El Final de la Aventura con la Dama del Velo Plateado

Apenas se dio cuenta de por dónde había emprendido su desesperada huida cuando de repente, tal vez llevado por alguna extraña influencia de la que no podía escapar, se encontró delante de la puerta del jardín donde, hacía menos de una hora, habían comenzado las terribles aventuras que tan nefastos resultados acababan de producir.

La gente aún estaba paseando de un lado a otro, y un grupo de personas —compuesto de jóvenes damas y caballeros— se paró al otro lado de la calle mirando,

con no poca curiosidad y asombro, su aspecto mojado y destartalado. Pero en la mente de nuestro héroe solo había un pensamiento: deshacerse cuanto antes del objeto que tan nefastos resultados le habían traído a él y a sus víctimas. Corrió hasta la puerta del jardín y empezó a golpearla con insistencia, totalmente perdido el control de sus actos. Era consciente de que todo el vecindario se estaba despertando, ya que vio luces que se encendían y oyó voces que preguntaban, pero no le importaba lo más mínimo y siguió golpeando la puerta con insistencia.

Por fin, en respuesta a sus continuos golpes, se abrió una rendija en la pequeña cancela y aparecieron dos ojos brillantes. Acto seguido la puerta se abrió de inmediato de par en par y la figura de la negra se dibujó en el umbral. Le cogió de la manga de la chaqueta y tiró de él hacia el interior del jardín.

—¡Blanco! ¡Blanco! —gritó—. ¿Qué hace? ¡Va a despertar a toda la ciudad! —Acto seguido miró sus ropas—. Ha estado en el agua. Cogerá las fiebres y empezará a temblar hasta morirse.

—¡Tu señora —gritó Jonathan, sin poder contener sus emociones—; llévame ahora mismo ante ella, o no respondo de mis actos!

Cuando llevaron de nuevo a nuestro héroe ante la presencia de la dama, esta vestía un elegante salto de cama, que resaltaba su esplendida figura, y seguía cubierta por el velo plateado que llevaba puesto antes.

—¡Amiga mía —gritó con vehemencia, acercándose a ella y tendiéndola la pequeña esfera de marfil—, le devuelvo el objeto que me ha entregado! Ha sido el causante de la muerte de tres hombres, y no sé que terrible destino me tiene reservado si sigue en mi poder.

—¿A qué se refiere? —grito ella, con voz chillona—. ¿Dice que ha provocado la muerte de tres hombres? ¡Vaya! Cuénteme todo lo que ha sucedido, pues tengo la sensación de que las noticias que tiene significan el fin de mis peligros y desgracias.

—¡No sé lo que quiere decir! —exclamó Jonathan, aún lleno de excitación—. Pero esto es lo que sé: que cuando la dejé era un hombre inocente y que ahora que vuelvo a verla llevo encima la carga de tres hombres muertos, y de los cuales, aunque me considero inocente, he sido el instrumento de su desgracia.

—¡Explíquese! —gritó la dama, golpeando el suelo con el tacón del zapato—. ¡Explíquese! ¡Explíquese!

—¡Así lo haré —dijo Jonathan—, y tan rápido como pueda! Cuando me marche de aquí fui abordado por un pequeño caballero vestido de negro.

—¡Claro! —gritó la dama—. ¿Uno que es tuerto y lleva un bastón de mango dorado?

—Exacto —dijo Jonathan—; me aseguró ser amigo íntimo del señor Jeremiah Doolittle.

—¡No le conocía! —exclamó la dama con vehemencia—. Era un ser vil llamado Hunt que tiempo atrás fue consorte del pirata Keitt. En esta misma casa acuchilló a su antiguo compañero en el pecho, asesinándole. Seguramente él mismo, o sus

compinches, estaban vigilando mi puerta cuando salió.

—No sé cómo sucedió —dijo Jonathan—, pero consiguió que le acompañara a sus aposentos y, tras conocer que yo tenía el objeto en cuestión, exigió que se lo entregase y, al rehusar hacerlo, me atacó con un cuchillo. En el forcejeo posterior se clavó sin querer el cuchillo en el corazón, encontrando así la muerte.

—¿Y qué pasó después? —gritó la mujer, que apenas podía contener la emoción.

—Luego —contestó Jonathan— llegó un hombre muy raro, un extranjero, que esgrimió una pistola con la intención de acabar con mi vida y quedarse con la pequeña esfera.

—¿Tenía un largo mostacho de color negro y unos aros de plata en las orejas?

—Sí —dijo Jonathan—, así es.

—No podía ser otro —exclamó la dama— que el oficial de navegación portugués del capitán Keitt. Seguro que estaba espiando a Hunt. ¡Dígame que sucedió!

—Habría acabado fácilmente con mi vida —contestó Jonathan— de no ser porque la pistola se le disparó accidentalmente durante el forcejeo y cayó muerto a mis pies. No sé qué habría sido de mí si el capitán no hubiese llegado en esos momentos.

—¡Un capitán! —exclamó la dama—. ¿Tenía la cara ancha y plana, y la nariz rota?

—¡Exacto! —contestó Jonathan.

—Entonces se trataba del socio del capitán Keitt —dijo ella—, el llamado capitán Willitts, de *The Bloody Hand*[34]. Sin duda estaba tras los pasos del portugués.

—Me aconsejó —siguió Jonathan— que llevara los cuerpos al muelle y los arrojara al mar. Cuando estábamos allí, y sin nadie a la vista que pudiera interferir en sus planes, se abalanzó sobre mí con la intención de arrebatarme la esfera de marfil. En la lucha que hubo a continuación ambos caímos al mar y el capitán, que antes se había golpeado en la cabeza contra la tablazón del embarcadero, se hundió para siempre en las aguas.

—¡Gracias a Dios! —gritó la dama, dando palmadas y llena de una profunda emoción—. ¡Por fin estoy libre de todos los que me han perseguido y amenazado mi existencia! Antes me dijo que le gustaría ver mi rostro; ¡se lo mostraré ahora mismo!

Mientras hablaba se quitó el velo, dejando al descubierto, ante los ojos de nuestro héroe, un rostro extraordinariamente hermoso. Tenía unos ojos tan brillantes como perlas de java bajo unas cejas exquisitamente arqueadas. Su frente era como el mármol pulido y los labios parecían pétalos de rosa. El cabello, tan suave como la más fina seda, le caía en abundantes mechones.

—Soy —dijo— la hija del desafortunado capitán Keitt que, aunque fuera débil y pirata, no tenía tan mal corazón. Habría sido un buen hombre de no haberse dejado influir por el malvado Hunt, que a punto estuvo también de acabar con su vida. Volvió a esta isla un poco antes de morir, haciéndome la heredera única de todas las riquezas que había ido acumulando —seguramente con métodos no muy honestos—

en sus correrías por las aguas del Océano Índico. Pero el tesoro más grande de toda aquella fortuna es esa pequeña joya que usted ha defendido con tal fidelidad y coraje que no se cómo agradecérselo. Se trata de una gema de valor incalculable llamada el Rubí de Kishmoor. Se la enseñaré.

Puso la pequeña esfera de marfil en su mano y, con un movimiento de sus bonitas muñecas, desenroscó el objeto, que estaba tan bien hecho que era imposible ver ninguna unión a simple vista, separándolo en dos mitades. Dentro había algo envuelto en un trozo de seda, un objeto que puso delante de los asombrados ojos de nuestro héroe. Se trataba de una piedra de color rojo del tamaño de un huevo de chorlito, que brillaba y resplandecía con tal fuerza que deslumbró la mirada atónita de nuestro héroe. No necesitaba que le dijeran el valor incalculable del tesoro que reposaba sobre la mano rosada que se extendía ante él. Cuanto más miraba la extraordinaria joya más valiosa le parecía; pero pronto su atención se vio rota por la voz de la dama.

—Esos tres malvados —dijo ella—, que esta noche han encontrado una muerte violenta y sangrienta, descubrieron por accidente que la joya estaba en mi poder. Desde entonces mi vida ha estado pendiente de un hilo y cualquier paso que daba era vigilado por esos indeseables, los enemigos más crueles e incansables que nadie pueda tener. Usted me ha salvado de sus mortales y peligrosas maquinaciones, mostrando un coraje y una determinación dignos de alabanza. Sepa que tiene toda mi admiración y respeto. ¡Volvería a encomendarle a usted mi vida y me felicidad antes que a cualquier otro hombre que he conocido! No sé cómo puedo recompensarle por todos los peligros que ha afrontado para salvaguardar mis intereses, pero —dudó unos instantes, como si estuviera buscando las palabras adecuadas para expresarse—, pero si está usted dispuesto a aceptar esta joya y toda la fortuna que poseo, junto con la persona de la pobre Evaline Keitt, no sólo la piedra y las riquezas sino también a la mujer, puede usted actuar como crea más conveniente.

Nuestro héroe se sintió tan asombrado ante estas últimas palabras que no pudo responder al instante.

—Amiga mía —dijo al fin—, le agradezco en el alma su oferta y, aunque no quisiera parecer un desagradecido, debo decirle sin embargo que, en cuanto a la piedra y la fortuna de la que me ha hablado, y cuya historia conozco de sobra, no tengo ningún interés en poseer cualquiera de las dos, pues ambas son fruto del robo, la rapiña y el asesinato. En el tiempo que esa joya ha estado en mis manos he visto la muerte de tres hombres, y ahora tiene tan poco valor para mí que no deseo poseerla. En realidad, no hay nada en el mundo que pueda persuadirme de aceptarla, ni tan siquiera de tenerla en mis manos de nuevo. En cuanto al resto de su generosa oferta, debo decirle que dentro de cuatro meses voy a casarme con una hermosa mujer de Kensington, en Pennsylvania, llamada Martha Dobbs, y que no soy un hombre libre como para considerar cualquier otro tipo de propuesta.

Una vez dichas estas palabras, Jonathan hizo una profunda inclinación de cabeza y se alejó de la encantadora presencia de la dama que, con las mejillas sonrojadas y

los ojos entrecerrados, no hizo nada por detenerle.

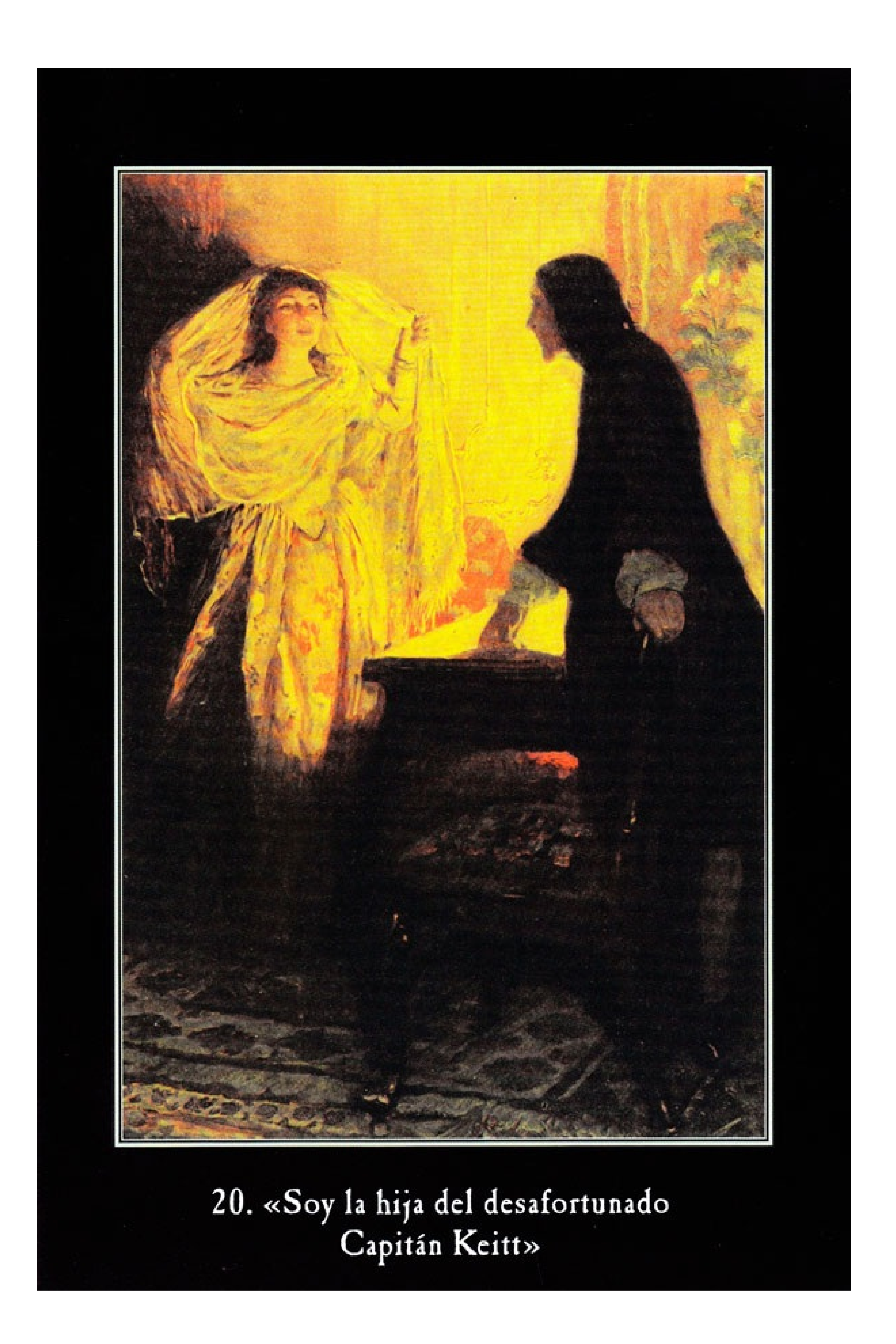
Así termina la única aventura en la que Jonathan se vio envuelto en toda su vida. Desde entonces se dedicó, si cabe con mayor ahínco aún, a las tareas mercantiles de su profesión y vivió una vida tranquila y pacífica.

Epílogo

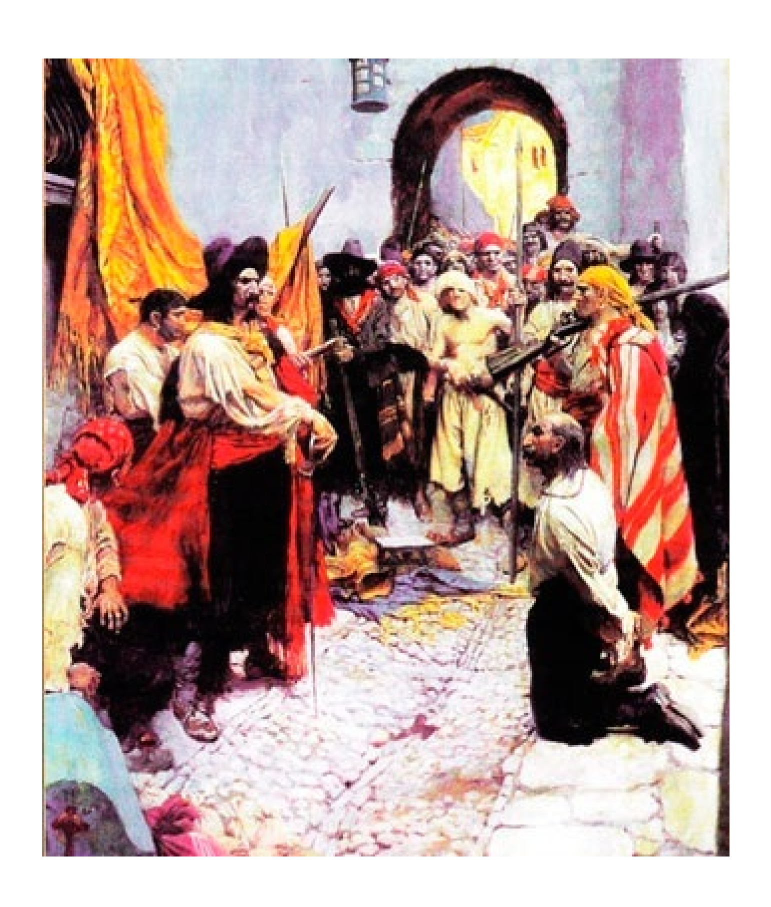
Para finalizar hay que decir que cuando el noble Jonathan Rugg se casó con Martha Rugg, en el mes de junio, un misterioso amigo regaló a la novia un collar de perlas de tan considerable valor que, al contabilizarse en dinero, le permitió hacerse socio en la empresa del señor Jeremiah Doolittle, y que, a partir de entonces, su posición se fue haciendo cada vez más importante hasta convertirse en uno de los mercaderes más influyentes de su nativa ciudad de Filadelfia.



FIN



20. «Soy la hija del desafortunado
Capitán Keitt»



HOWARD PYLE (1853-1911), ilustrador y autor de narraciones de aventuras norteamericano, creó un estilo propio de ilustración lleno de vida, fuerza y realismo histórico que ha hecho volar la imaginación de varias generaciones de lectores.

El presente volumen reúne diversas historias, acompañadas de ilustraciones (a color y en blanco y negro) de Pyle sobre aquellos marineros de los viejos días que navegaban a lo ancho de inexplorados océanos en sus pequeños barcuchos de menos de cien toneladas, en busca de aventuras, de mares desconocidos, y también tras los tesoros de los anchos galeones españoles que surcaban de un lado a otro el mar Caribe y atravesaban el canal de las Bahamas. Frobisher, Davis, Drake, Morgan, Kidd y muchos otros «caballeros de fortuna» llevaban una vida al límite, navegaban siempre sin rumbo fijo, sin hogar, fuera de la ley, en un océano inmenso. De pronto, desaparecían durante meses, iban a carenar el barco en alguna playa desierta, y volvían a aparecer inesperadamente para abatirse sobre algún mercante con estruendo de mosquetería, gritos, alaridos y un infierno de pasiones desatadas. Pues también la crueldad está presente en estas historias: cuando los galeones españoles lograban hacer prisioneros entre los piratas ingleses, la muerte era la pena más leve que se les aplicaba; si los ingleses salían victoriosos de su ataque, torturaban también a sus presas con una saña que atemorizaba al resto de la flota. La crueldad genera crueldad, y es difícil decir quién era más eficiente torturando a sus víctimas, si los ingleses o los españoles: hoy todo esto es leyenda.

Notas

[1] Ver nota número 7 en la página 40. *(N. del T.)* <<

[2] En castellano en el original. *(N. del T.)* <<

[3] El «*bucaneo*» o «*bucaneado*» de la carne, palabra por la que los bucaneros obtuvieron su nombre, consistía en el proceso de curar delgadas tiras de carne, salándolas, ahumándolas y dejándolas después secar al sol. *(N. del A.).* [En el idioma español no existe una palabra correspondiente que defina tal proceso, tan sólo el término «bucanero» está aceptado por la Real Academia Española. Tratándose éste de un libro que hace abundantes referencias a los bucaneros y a sus negocios me he tomado la libertad de utilizar el verbo «bucanear» y sus correspondientes «bucaneo» o «bucaneado» *(N. del T.)*] <<

[4] En castellano en el original. *(N. del T.)* <<



[5] Pequeña lengua de tierra situada en el Golfo del Darién, al norte y el oeste de Colombia. (*N. del T.*) <<

[6] Cita textual del libro de Alexandre O. Exquemelin, *Piratas de la América y Luz a la Defensa de las Cartas de Indias Occidentales* (1681), publicado por Valdemar con el título de *Bucaneros de América*, en 1999. La cita textual se halla en la página 217 de esta última edición. *(N. del T.)* <<

[7] Tampoco la palabra *maronero* existe en el *Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia*. Una vez más me he sentido inclinado a buscar una palabra con que traducir la equivalente inglesa: *marooners*. La traducción al español del verbo correspondiente, *maroon*, podría ser: «abandonar a un hombre en una isla desierta». Por tanto, los *maroneros*, como más adelante explica detalladamente el autor, son una clase de piratas cuyo principal castigo consiste en abandonar al penado que ha incumplido sus normas en un lugar semejante. (*N. del T*) <<

[8] Castellanización del verbo inglés *maroon*. Véase nota siete. (*N. del T.*) <<

[9] Noah Webster (Connecticut, 1758-New Haven, 1843) lexicógrafo y escritor estadounidense. Interesado desde siempre en construir una identidad nacional tras la guerra de la independencia americana, fue el autor del primer *Diccionario americano de la lengua inglesa*, que incluía un total de 70.000 palabras. Su obra, ampliada y actualizada, mantiene en nuestros días el carácter de «diccionario de todo el mundo anglófono moderno». (*N. del T.*) <<



[10] Pequeña isla en el extremo este de Long Island, prácticamente abandonada en aquellos días. (*N. del T.*) <<



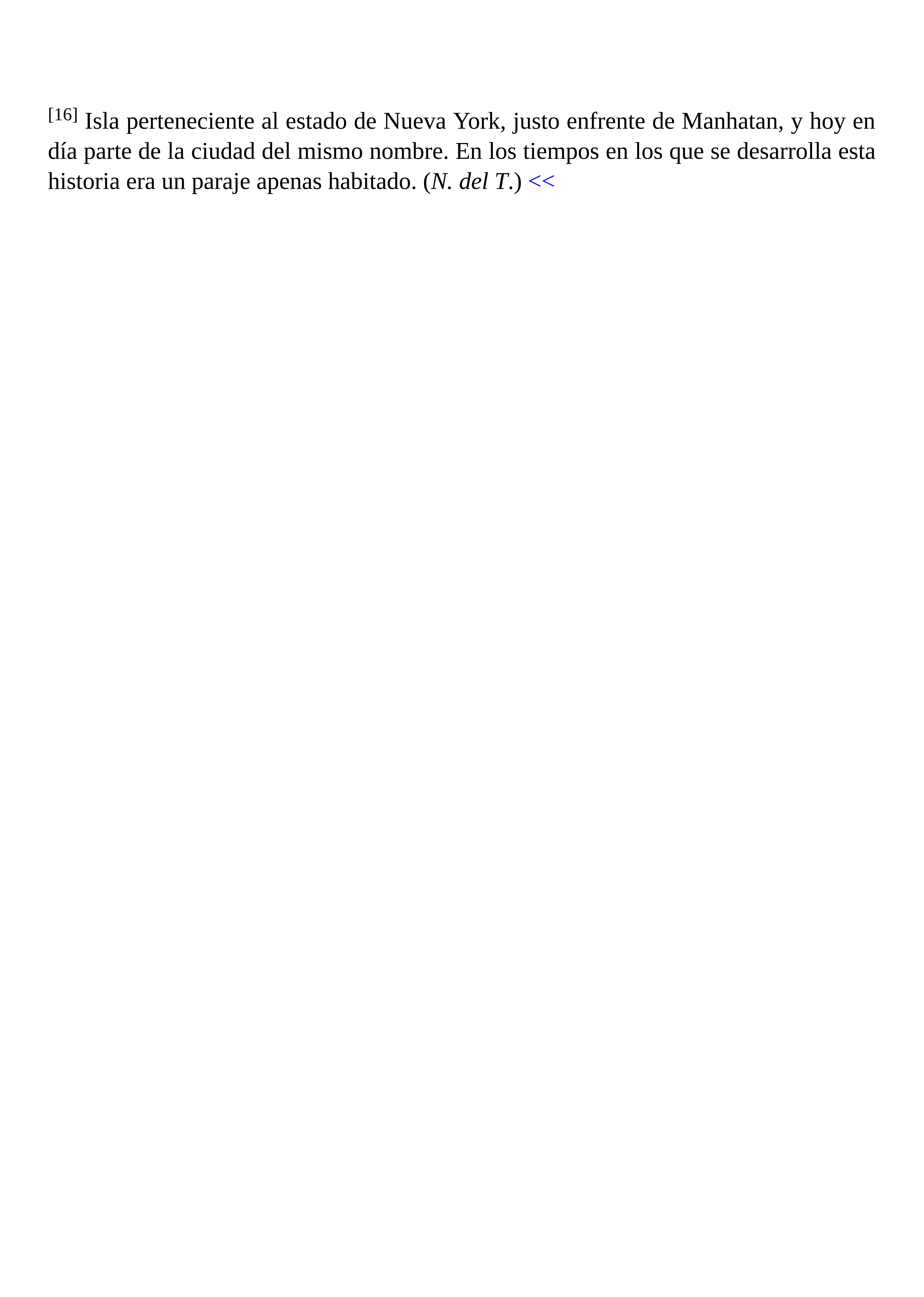
[11] Peluca con bucles y coleta que se utilizaba habitualmente a finales del siglo XIII y principios del XIX. (*N. del T.*) <<

[12] (Del inglés, *grog* = «brebaje»). Bebida compuesta generalmente de ron diluido en agua que solía darse (y todavía se da) a las tripulaciones de los barcos con el objeto de prevenir el escorbuto. El nombre proviene del almirante inglés Edward Vernon, cuyo apodo era Old Grogman («Viejo Hombrebrebaje»), quien por primera vez ordenó que el ron se mezclase con una cuarta parte de agua. (*N. del T.*) <<

[13] La *Black Roger* («Negra Roger») o, más correctamente, *Jolly Roger* («Alegre Roger»), era el nombre con el que se designaba el pabellón de los piratas: generalmente una bandera de fondo negro sobre la que resaltaban varios símbolos, las más de las veces en blanco, que representaban a la muerte: una calavera y unos huesos cruzados, un reloj de arena o diferentes armas como cuchillos, sables y arpones. El nombre seguramente proviene de la palabra inglesa *roger* en su significado de «vagabundo pedigüeño» o como referencia al Diablo (*Old Roger*). Aunque también hay otras versiones: se dice que los bucaneros franceses llamaban a su enseña *joli rouge* («bonita roja»), mientras que otros aseguran que el nombre proviene de un pirata de la India llamado Ali Rajah, cuyo nombre los ingleses pronunciaban «*Olly Roger*». (*N. del T.*) <<

[14] Mezcla de agua y ron. Ver nota 12. (*N. del T*.) <<

[15] En español en el original. (*N. del T.*) <<



[16] Isla perteneciente al estado de Nueva York, justo enfrente de Manhatan, y hoy en día parte de la ciudad del mismo nombre. En los tiempos en los que se desarrolla esta historia era un paraje apenas habitado. (*N. del T.*) <<

[17] *Good Samaritan: el Buen Samaritano*. (*N. del T*.) <<

[18] Port Royal: antigua ciudad famosa por ser lugar de encuentro de piratas y bucaneros; situada al sur de la isla de Jamaica. Hoy en día forma parte de la ciudad de Kingston. (*N. del T.*) <<

[19] *Hen-and-Chicken*, «Gallina-y-Pollo». (*N. del T*.) <<

[20] *Chist*, de la palabra inglesa *chest*: «cofre, cesta». (*N. del T.*) <<



[21] *Perlesía*. Debilidad muscular producida por la edad o por otras causas, que siempre se acompañaba de temblores. (*N. del T.*) <<



[22] En realidad, el capitán Barbanegra tan sólo tenía veinticinco hombres a bordo de su balandra cuando tuvo lugar la batalla. (*N. del A.*) <<



[23] *Sociedad de Amigos*: Nombre con el que los cuáqueros se llamaban a sí mismos. Ver nota 30, en la página 226 (*N. del T.*) <<

[24] *Water Witch*: «Bruja del Agua». (*N. del T*.) <<

[25] The Bloodhound: «El Perro Sangriento». (*N. del T.*) <<

[26] *The Sun of the East*: «El Sol del Este». (*N. del T.*) <<

[27] *The Good Fortune*: «La Buena Fortuna». (N. del T.) <<

[28] *Islas Windward*. Se trata de las Islas de Barlovento: Granada, Santa Lucía, Antigua (entre otras), situadas al sur y al este del Mar Caribe. (N. del T.) <<

[29] *The Bloody Hand*: «La Mano Sangrienta». (N. del T.) <<

[30] *Cuáquero* (Del inglés *quaker*: «tembloroso»). Individuo perteneciente a una secta religiosa de origen inglés que se distinguía por no tener culto externo ni jerarquía eclesiástica. Los cuáqueros generalmente eran personas sobrias y llanas. Howard Pyle provenía de una familia de cuáqueros. (*N. del T.*) <<

[31] *Espineta*. Especie de clavicordio pequeño de una sola cuerda. (*N. del T.*) <<



[32] *Calamaco*. Tela de lana angosta y delgada, listada de varios colores y generalmente con flores entre las listas. (*N. del T.*) <<

[33] *Davy James*. El espíritu del mar para los marineros ingleses. Su nombre se cree que proviene del término «Duffy», usado por los negros y que significa «fantasma», y «Jonah», un pirata que hacía «caminar por la tabla» a sus prisioneros. (*N. del T*.) <<

[34] *The Bloody Hand*. «La Mano Sangrienta» (*N. del T*.) <<